REPUTACIÓN

Lex Croucher

Traducido por Xavier Beltrán

VERSÁTIL
romántica

Índice de contenido

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Agradecimientos

Título original: *Reputation*

©□ 2021 Lex Croucher

_____

Diseño de cubierta y fotomontaje: Eva Olaya

Traducción: Xavier Beltran

_____

1.ª edición: septiembre 2022

_____

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2022: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

_____

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita de la editorial.

Para Jane Austen. Lo siento, Jane.

Capítulo uno

Todo empezó en una fiesta, como suele ocurrir con casi cualquier cosa de interés.

Aquella en particular no había sido un gran acontecimiento, en absoluto. La cena había sido claramente escasa. El violista, más que tocar el instrumento, parecía que le estuviera dando una paliza. La insuficiencia de velas —causada sin duda por la falta de organización de la anfitriona, y no tanto por la escasez de medios económicos— sumió todas las estancias en una penumbra que resultaba peligrosa.

—¡Así es más romántico! —había exclamado la señora Burton con alegría cuando unas horas antes hizo una visita por la casa. Había evitado por poco chocar de bruces con una criada que portaba una bandeja con ponche aguado, una muchacha que se apartó con agilidad y que fue engullida por las sombras de inmediato.

No era más romántico. Su tía le había prometido una noche de bailes gráciles, amistades delicadas y florecientes, y abundancia de solteros disponibles con abrigos largos y bigotes elegantes. Sin embargo, Georgiana estaba recostada en un sombrío rincón del vacío pasillo, atando y desatando los nudos de su segundo mejor vestido y pensando con melancolía en funerales vikingos.

Los guerreros nórdicos ardían en piras junto a sus barcos, acompañados de la mayoría de sus pertenencias. Georgiana había leído acerca de aquella costumbre en uno de los libros de su tío y había conversado con él al respecto con entusiasmo y en detalle unos días antes, mientras cenaba en la mesa de los Burton y comía patatas. Había estado a punto de llegar al momento en que las esposas y los sirvientes seguían a sus amos a la muerte cuando su tía asestó un golpe en la mesa con la mano en una demostración de fuerza impropia de ella y gritó:

—¿Has terminado ya, Georgiana?

La muchacha había levantado la vista de las patatas y se había encontrado con una expresión de horror en el rostro de su tía.

—Lo siento, señora Burton, pero, si me permite terminar, le diré que no creo que las esposas y los sirvientes dieran importancia al hecho de seguir a los vikingos hasta la muerte. Los escandinavos creían en una especie de paraíso. Si el señor Burton se cayera mañana durante el paseo matutino y se abriera la cabeza con una piedra, ¿a usted no le gustaría acompañarlo? Si el paraíso es tan maravilloso como todo el mundo dice, serían como unas vacaciones. Tiene tantas ganas de ir a St. Ives en septiembre que sería como poder visitar el municipio costero antes de tiempo. ¿Acaso no se abalanzaría a una pira en llamas si así pudiera estar en St. Ives mañana mismo?

Obviamente, la señora Burton no lo haría. Y el tema de los vikingos quedaba en adelante prohibido en toda conversación cortés.

***

En los trece días que llevaba en la casa de su tía y de su tío, Georgiana había llegado a conocerlos muchísimo mejor que en los últimos veinte años de su vida. Enseguida le quedó claro que, si bien los Burton eran un matrimonio muy amable y acomodaticio, también eran grandes especialistas en llenar los días y las semanas con el tipo de monótonas minucias en las que Georgiana no hallaba placer alguno. Habían desestimado cualquier sugerencia de una salida o una actividad que prometiera el más mínimo parecido a una aventura o travesura con la aseveración de que ella todavía «se estaba instalando».

Georgiana ya se había instalado tanto que, si la obligaban a instalarse un poco más, era probable que perdiera la conciencia por completo y se convirtiera en parte de la estructura de la casa; como un muro de carga, pero en ser humano. Hacía poco había pasado toda una tarde en su nuevo y reducido dormitorio, obligada a probarse todas y cada una de las prendas de ropa que poseía, mientras la señora Burton y su tímida criada, Emmeline, revisaban con atención cualquier remiendo o alteración necesaria. Para cuando comenzaron a alabar su último vestido, Georgiana ya estaba impaciente, a la defensiva y con los ojos como platos por la

irritación.

Era obvio que, en opinión de la señora Burton, el proceso de «instalarse» adecuadamente requería un período de aburrimiento y soledad tan atroz que dejaba a la persona en cuestión en un estado de letargo que la hacía menos proclive a rebelarse contra las costumbres de la casa. Pero todo tiene un límite. Hasta la cantidad de veces que una joven puede leer los anuncios locales u ordenar cientos de alfileres por tamaño o hablar de la planificación de los menús para tres personas como si fuera un banquete para cinco mil. La mañana en que el caballo de un vecino se había escapado y había dado vueltas por el jardín, incoherente en su libertad, fue un momento de tal emoción que Georgiana se aferró a aquel recuerdo durante varios días.

No era así como alguien empezaba de cero en las novelas, y Georgiana había leído una ingente cantidad de ellas. Dos semanas atrás, había arrastrado un baúl que la doblaba en tamaño hasta la casa de su tía y de su tío, lleno de los volúmenes que había sido incapaz de dejar en su casa. En todos los libros que había leído cuyas heroínas empezaban de cero en un nuevo pueblo o ciudad o castillo, la protagonista emprendía al poco una sucesión de emocionantes aventuras o se perdía en un páramo con gran dramatismo o se desmayaba en los brazos de un caballero (muy atractivo) que pasaba por su lado.

En ninguna de esas historias la protagonista se había pasado dos semanas contemplando una mancha de humedad en el techo del salón, preguntándose si se parecía más a un hombre cayendo de un taburete o a un búho jugando al billar.

Georgiana le había implorado a su tía en reiteradas ocasiones que la llevara a una reunión social, y suponía que aquella fiesta era su castigo. Llevaba casi una hora escondida en esa hornacina y deseaba haber hecho gala de la suficiente clarividencia como para haber traído un libro consigo. Ese lugar le ofrecía el enclave perfecto para observar las idas y venidas de los invitados al pasar del comedor al salón principal, así como para escuchar sus conversaciones a escondidas. Por desgracia, sus anfitriones, los Gadforth, al parecer solamente conocían a hombres y mujeres mayores de cuarenta y cinco sin ningún tipo de personalidad.

Georgiana había oído dos veces la misma conversación entre dos grupos de personas, acerca de si las cortinas del comedor eran rojas o moradas y cuál de esas dos opciones representaba una elección más estridente. Los involucrados en ambas ocasiones habían aceptado por unanimidad que cualquiera de las dos resultaba indecorosa, pero que en la casa reinaba demasiada oscuridad para llegar a un acuerdo, así que retomarían la cuestión en el futuro, a una hora del día más conveniente.

—Son cortinas de color ciruela —masculló Georgiana para sí misma mientras se apoderaba de su copa después de que el último grupo de expertos en telas decorativas se hubiera alejado lo suficiente como para no oírla.

—Sandeces. Son de color burdeos.

La respuesta sonó tan cerca de su oído que Georgiana volcó la copa, sorprendida. Notó cómo el ponche imbebible de la señora Gadforth le empapaba el vestido y las enaguas, y se giró para dar con el origen de aquella voz.

La repisa en la que Georgiana se había colocado se alzaba detrás de una hilera de columnas que simulaban el estilo griego; le resultó evidente que alguien más había empleado una de las otras de un modo similar sin que ella se diera cuenta. Oyó el crujido de las faldas, vio una mano delgada que aferraba la columna y entonces, sin apenas pensarlo dos veces, se desplazó para que la intrusa que se comportaba como ella se sentara a su lado.

Bajo la tenue luz, Georgiana divisó una silueta esbelta con tez oscura y una sucesión de rizos negros recogidos de forma enrevesada en lo alto de la cabeza. Llevaba un perfume embriagador y floral, y, cuando la desconocida le tendió una elegante mano para que se la estrechara, Georgiana vio un destello de gemas relucientes y oro destellante.

—Frances Campbell —se presentó la muchacha con voz refinada, y, antes de que Georgiana respondiera, añadió—: Es sin lugar a dudas la peor fiesta a la que he asistido nunca. Si ocurriera algo remotamente emocionante, creo que a todos les daría un síncope.

—Soy Georgiana —dijo ella—. Ellers.

—¡Ah! Yo no estaría aquí si no fuera porque mi padre vendió un cuadro a los espantosos Godforth. Pagados de sí mismos, se regodeaban del triunfo que supondría y de los grandes amigos que esperaban que fuéramos todos. Era un cuadro horroroso, mi padre no veía el momento de librarse de él; para su desgracia, lo había heredado. Pero supongo que aquí encajará a la perfección con todo… esto. —Agitó una mano hacia las ofensivas columnas.

—Se llaman Gadforth —dijo Georgiana, y se preguntó si de pronto tan solo era capaz de pronunciar nombres.

Al parecer, Frances Campbell no reparó en el error. Había puesto una mano sobre la repisa, entre ambas, y luego la retiró nuevamente.

—Pero ¿qué diablos le ha ocurrido a tu vestido? —De alguna manera, Georgiana había olvidado por completo que se había vertido el ponche por encima, pero Frances metió el dedo en la llaga—. Espero que no fuera uno de tus preferidos. Otra trágica consecuencia de este ponche repugnante. Pero no te preocupes. Bebe un poco de esto.

Le entregó a Georgiana un pequeño frasco, que esta aceptó y se llevó a los labios con un gesto de aturdimiento, sin pensar, antes de empezar a toser cuando algo más fuerte que el ponche le abrasó la garganta.

—Es coñac. Asqueroso, ¿verdad? —dijo Frances con una sonrisa mientras Georgiana seguía tosiendo—. Bebe un poco más.

Y Georgiana bebió.

Jamás había conocido a nadie capaz de causar tal impresión en tan poco tiempo. Conocía a Frances Campbell desde hacía quizá cincuenta o sesenta segundos, y ya temía el momento en que la joven se levantaría de la repisa y abandonaría a Georgiana para que pasara la noche a solas de nuevo. Evidentemente, no era una intrépida aventurera ni un despeinado caballero, pero Georgiana supo de inmediato que estaba delante de un personaje protagonista.

—No puedo creerme que tengan la osadía de llamar «fiesta» a esto —iba diciendo Frances. Gesticulaba con grandes aspavientos con la mano libre, mientras con la otra recuperaba el frasco de coñac—. Es tan divertida y encantadora como el funeral de un perro. Y ¿por qué está tan oscuro? Hace un rato he estado a punto de tropezar con el dobladillo de la falda y caerme por una ventana, y se me ha ocurrido que, en realidad, quizá sería incluso preferible. Al fin y al cabo, estamos en la planta baja.

Georgiana rio por la nariz, y enseguida se avergonzó por haber emitido un ruido tan repulsivo.

—¿A ti quién te ha arrastrado hasta aquí?

—Ah. —Georgiana se aclaró la garganta; tenía la voz ronca después de no haberla utilizado en una velada en que mayormente se había comunicado mediante humildes asentimientos—. Estoy pasando una temporada en casa de mi tía y mi tío, los Burton. Creo que hace un tiempo que son amigos de los Gadforth. Los Burton son encantadores —se apresuró a añadir al ver que Frances enarcaba una oscura ceja—, pero no respondo por su gusto con las fiestas. Lo cierto es que, si se me hubiera ocurrido la posibilidad de la ventana, ahora mismo sería como una bola de nieve que gana velocidad al descender por una montaña.

Frances se echó a reír. Cogió la copa vacía de Georgiana y se la llenó de coñac; acto seguido, se la devolvió y levantó el frasquito para hacer un brindis.

—¡Salud! Por nuestras monstruosas familias y por la ingente cantidad de fiestas mejores que esta que nos estamos perdiendo ahora mismo. Que nuestros amigos causen un sensacional revuelo en nuestro lugar.

Georgiana no consideraba que los Burton fueran especialmente monstruosos, y, a consecuencia de su actual y triste falta de contactos, no tenía ningún otro lugar mejor al que ir, pero le parecía de mala educación sacarlo a colación en ese instante, así que hizo chocar la copa contra el frasco y dio un buen trago. Cansada, Frances suspiró contra la columna como si en el mundo no hubiera una mayor tragedia que la de tener que soportar una velada

anodina.

—El único consuelo que me queda es que la señora de la casa es un personaje de primera. ¿Has visto su vestido? Es de satén rosa e incluye un corsé cuestionable. Parece un pastelito de fresa que alguien hubiera agarrado y estrujado con la mano. Supongo que el señor Gadforth va a tener que frotarla con grasa de ganso para quitarle el vestido.

Georgiana soltó una risilla, sonrojada y mareada por la atención de que era objeto y por el coñac, que por lo visto estimulaba a Frances. Estaba describiendo el bigote del señor Gadforth —«¿Has visto alguna vez a una ardilla pisoteada por un caballo?»— cuando oyeron el golpeteo de metal contra cristal, seguido por una pausa en los murmullos del salón, que indicaba que alguien estaba a punto de tomar la palabra. Con los ojos en blanco, Frances se puso en pie y se alisó las arrugas de la falda antes de guardarse el frasco en el bolso.

—Vamos. El señor Gadforth va a chillar de alegría y le va a ofrecer su cuerpo terrenal y su alma inmortal a mi padre como agradecimiento por el cuadro horrendo, y yo debo estar allí para lanzar sonrisas y hacer reverencias, o por lo menos para contenerlo cuando se disponga a darle un beso en la boca.

Le ofreció un brazo a Georgiana, y juntas regresaron a la fiesta como si fuesen dos viejas amigas e íntimas confidentes.

***

El señor y la señora Gadforth estaban, de hecho, justo delante de lo que debía de ser *El cuadro horrendo*, sonriendo a sus invitados de oreja a oreja y aferrando copas llenas hasta rebosar con unas manos ligeramente sudadas. Georgiana ya no podía sino ver a la señora Gadforth tal como la había descrito Frances, y reprimió una carcajada cuando la anfitriona se ajustó el corpiño con torpeza y los pechos se le quedaron alegremente inclinados hacia el techo. Frances también se rio y no hizo amago alguno de ocultar el deleite, y a continuación se soltó del brazo de Georgiana y le dedicó una breve y sarcástica reverencia de despedida antes de cruzar la estancia para colocarse junto a quienes la joven supuso que eran el

señor y la señora Campbell.

Como de repente se sentía expuesta sin una nueva amiga ni un familiar detrás del cual ocultarse, Georgiana se desplazó hasta el fondo de la sala cuando el señor Gadforth se aclaró la garganta y comenzó a hablar. No oyó ni una palabra de lo que con toda probabilidad era un monólogo insoportable; se dispuso a mirar a los Campbell.

El padre de Frances era un hombre bien parecido: alto, pálido, de espalda ancha, con pelo oscuro y bigote peinado con esmero. Era imponente y lucía ademanes casi militares, además de una sonrisilla en los labios que, si bien tembló ligeramente cuando el señor Gadforth alzó la voz y mostró más entusiasmo del necesario, no desapareció en ningún momento. Su esposa también era alta y arrebatadora, pero era delgada donde él era fornido, y su piel era muy oscura; Georgiana dedujo que debía de proceder de África o quizá de las Indias Occidentales, obviamente de una tierra mucho menos gris que Inglaterra. A simple vista, nadie parecía prestarle una atención especial, pero, cuando Georgiana la miró de nuevo, se percató de que el caballero que se encontraba a unos cuantos pies no podía dejar de observar a la señora Campbell cada pocos segundos. Un criado, que pasaba junto a ellos con una bandeja llena de bebidas, la observaba abiertamente. La mujer llevaba un vestido de suntuosa seda azul y los bucles espesos y negros recogidos con maestría e inmóviles gracias a numerosas horquillas. El collar que le adornaba el cuello era claramente de diamantes auténticos.

Por más impresionantes que fueran sus padres, ninguno de ellos podía compararse con Frances.

Georgiana ahora podía verla con claridad, pues la señora Gadforth obviamente había concentrado en esa sala, y solo en esa, su presupuesto en velas. El vestido de Frances era de corte sencillo, pero estaba engarzado con meticulosas joyas, para que brillara siempre que la luz incidiese en ella. Sus mejillas desprendían cierto lustro, que seguramente daba la impresión de ser un resplandor juvenil y vivo a aquellos que no estuvieran al corriente de que tal efecto era producto de la ingesta de una copiosa cantidad de brandi francés. En sus ojos, de color marrón dorado y que desprendían un sorprendente fulgor contra el oscuro tono ámbar de su piel, había

algo que indicaba que se le había ocurrido algo sumamente gracioso. Todo, desde las cintas que llevaba en el pelo hasta la forma en que se erguía, daba fe de una riqueza inimaginable, así como de una elegancia innata. Georgiana se sintió de inmediato indigna de tal compañía, además de experimentar un deseo mucho más urgente y desesperado por atraer a Frances y convertirla en su amiga.

El señor Gadforth, mientras tanto, se estaba acercando al clímax de su discurso.

—Este precioso cuadro, esta maravillosa obra de arte, ha completado nuestra casa, y, siempre que pose los ojos en él, pensaré en mi amabilísimo amigo, mi muy estimado lord Campbell.

Georgiana se sobresaltó y estuvo a punto de derramar la copa por segunda vez aquella noche, y luego lanzó una mirada de asombro a los padres de Frances: no eran el señor y la señora Campbell, sino lord y *lady* Campbell. Miró de nuevo a Frances, que ahora le estaba sonriendo con suficiencia al señor Gadforth. El hombre le devolvía la sonrisa con gentileza y levantó la copa, como si hubiera hecho un chiste y no fuese él el desgraciado impulsor de aquel gesto.

El discurso dio paso a un aplauso educado, y a Georgiana se le revolvió el estómago por la incomodidad. Si Frances y sus padres se marchaban en ese momento, pondrían fin al breve y burbujeante paréntesis de la monotonía de su vida con los Burton. Si se veía obligada a soportar otra semana que consistiera únicamente en conversaciones acerca de las puntadas de los chales o de las condiciones propicias para cultivar tulipanes, sabía que perdería el control de su mente racional. Frances le prometía un futuro de conversaciones ingeniosas, de compañías y fiestas emocionantes de las cuales una no soñaba con huir corriendo colina abajo para aterrizar sobre una zanja embarrada. Frances era el inicio de algo, de una historia en la que Georgiana quería participar desesperadamente, hasta el final.

Cuando se alzaron las voces por la sala y se retomaron las conversaciones, ella no se atrevió a levantar la vista para ver si los Campbell se habían marchado.

Casi se mareó de alivio al notar que una mano fría le rozaba el brazo.

—Aquí detrás se te ve muy sola —dijo Frances—. Como si te hubieran dejado plantada. Ven a conocer a mis padres. —Guio a Georgiana a través de la sala para hacer las presentaciones.

—¿Está pasando el verano aquí, señorita Ellers? —le preguntó *lady* Campbell en cuanto hubieron intercambiado las formalidades.

—En cierto modo, así es, *lady* Campbell, aunque quizá me quede una vez que concluya el verano —respondió impostando lo que pretendía ser un tono liviano y jocoso, como si sus circunstancias solo le hicieran cierta gracia—. Mi madre lleva una temporada enferma, así que mi padre y ella se han trasladado a la costa en busca de aire fresco. Pensaron que lo mejor era que yo me quedara más cerca de la civilización. Mi tía y mi tío, los Burton, han sido tan amables como para acogerme. Viven al lado del puente occidental.

La ubicación de la casa de los Burton, demasiado cerca de la ciudad como para ser una propiedad majestuosa pero demasiado lejos como para resultar a la moda, revelaba suficiente información acerca de su medios (o de su falta de los mismos), y Georgiana creyó que quizá por ello la recibían con menos calidez. No debería haberse preocupado; los Campbell parecían ser la clase de gente a la que su tía describía como «personas refinadas y honorables» —lo cual significaba «personas que no se burlan abiertamente de los demás por el estado de sus cuentas»— y se limitaron a preguntar, con gran amabilidad, acerca de la salud de los Burton.

Apostada un poco más atrás de los Campbell, inconsciente de que era la protagonista de la conversación que mantenían, la señora Burton levantó la mirada y vio con quiénes conversaba Georgiana. Le dedicó a su sobrina una sonrisilla rígida y acto seguido le murmuró algo al oído a su marido, con expresión preocupada. Georgiana supuso que su tía se estaba acordando de los funerales vikingos.

—Frances, cariño, ¿te importa ir a hablar con la señora Gadforth y ayudar a la señorita Ellers a encontrar algo que complemente su vestido? —dijo *lady* Campbell en voz baja, con una mano en el

brazo de Frances, tras advertir la gran mancha de ponche que Georgiana había olvidado por completo por culpa de la emoción del momento.

—¡Por supuesto! —exclamó Frances—. Santo Dios, yo estaba tan tranquila aquí, y tú, a mi lado, tan triste y empapada. Ven conmigo.

Georgiana hizo una reverencia y luego permitió que Frances la sacara de la sala, no sin antes comentarle a su nueva amiga, cuando comenzaron a subir las escaleras en penumbra, que estaban tomando la dirección opuesta a los generosos senos de la señora Gadforth.

—Ah, eres una criatura adorable, nadie se dará cuenta —la consoló Frances—. Y, además, me muero por ver el resto de su fondo de armario. Me apuesto toda mi fortuna a que tiene un sinfín de brocados de oro y algunos sombreros festivos que culminan en frutas.

El coñac estaba obrando su magia de nuevo; Georgiana creyó que debía protestar, pero en cierto modo acabó siguiendo a Frances con gran disposición, sus brazos enlazados de nuevo, para ir en busca del vestidor. En aquella oscuridad casi absoluta, no era tarea fácil, pero al final Frances terminó abriendo la puerta correcta y juntó las manos en un gesto de alegre celebración.

Georgiana se sentó en el escabel de terciopelo rosado de la señora Gadforth y observó cómo Frances sacaba más y más prendas extravagantes del armario: un chal con plumas de pavo real, una máscara que parecía hecha de cuero, un vestido gris con el escote tan pronunciado que de ninguna de las maneras sería capaz de ocultar un pezón, hasta que las carcajadas les hicieron perder el sentido. Frances se dispuso a desabrocharle la espalda del vestido y Georgiana se detuvo unos instantes, insegura, antes de ayudarla con los dedos temblorosos, y a continuación contempló cómo Frances exploraba el armario con un propósito renovado.

—Toma —dijo al final arrebatándole el frasco a Georgiana, que ni siquiera recordaba haberlo cogido—. Pruébate este.

Le lanzó un conjunto de tela inidentificable y salió de la estancia.

Georgiana se lo quedó mirando un rato —le parecía demasiado grande y con adornos de mal gusto— antes de pasárselo por la cabeza. A solas, no podía negar que aquel vestido rebasaba la línea de lo ridículo, pero de todos modos se miró en el espejo con una sonrisa boba. El cabello empezaba a soltársele de las horquillas, y en su reflejo detectó una embriaguez general que jamás se había visto. En realidad, no le dio demasiada importancia; todo aquello palidecía en comparación con la felicidad que la embargaba al disfrutar de un breve y tranquilo momento de amistad después de semanas de soledad, por más que hasta el momento aquella naciente amistad pareciera dedicada totalmente a poner contra las cuerdas a un matrimonio rollizo de mediana edad.

—Señora Gadforth, está usted sencillamente deslumbrante —dijo Frances con una voz grave muy cómica al entrar de nuevo en la habitación.

Georgiana emitió una nueva carcajada al ver que Frances ofrecía su mejor imitación del desafortunado esposo de la anfitriona; de algún lugar había sacado un traje y un sombrero que eran demasiado grandes para ella, y debía sujetarlo todo al caminar para no correr el riesgo de quedarse como Dios la trajo al mundo.

—Oh, señor Gadforth, será canalla —respondió Georgiana con un ridículo falsete—. ¡Cómame como si fuera uno de sus púdines!

Frances se rio de alborozo mientras avanzaba hacia Georgiana, y a continuación se desplomó sobre el escabel al lado de ella. Siguieron riendo, con un punto de histeria, cuando Georgiana ayudó a Frances a disfrazarse con un bigote torcido pintado con el kohl de la señora Gadforth. En cuanto lució un rostro bigotudo, Frances se quitó uno de los anillos y se lo colocó en un dedo a Georgiana, como si fuera una alianza.

Fue en ese momento, las dos sentadas sobre el escabel y confesándose los profundos sentimientos maritales que experimentaban la una hacia la otra («Señor Gadforth, ¡comparado con el cuadro es usted una auténtica obra de arte!», «Ay, gracias, señora Gadforth, y permítame añadir que me ha encantado cómo ha podado los cipreses del jardín trasero, les ha dado un aspecto ligeramente fálico»), cuando *lady* Campbell las encontró.

Georgiana se quedó paralizada al ver que se abría la puerta, de repente tan avergonzada y horrorizada que pensó que iba a empezar a arder por combustión espontánea. Para su sorpresa, *lady* Campbell no estaba enfadada, tan solo cansada.

—Lávate la cara y ve a por tu capa, Frances —le dijo en voz baja—. Tu padre dice que nos marchamos. —Giró sobre sus talones y salió sin añadir ni una palabra más.

La humillación se apoderó de Georgiana, y miró a Frances esperando encontrar la misma emoción reflejada en su cara; en cambio, Frances solo estaba exasperada.

—En el instante preciso. Justo cuando aparece la más mínima oportunidad de pasarlo bien, aparece ella para aguar toda la diversión. Es un fastidio espantoso.

Se quitó la ropa y empezó a vestirse mientras Georgiana, con el rostro encarnado, se deshacía del estrafalario vestido de la señora Gadforth por la cabeza y lo depositaba con cuidado en el armario. Frances dejó el traje del señor Gadforth hecho una maraña en el suelo y se alejó como si nada de aquello tuviera que ver con ella. Después quiso recuperar su anillo.

—Con suerte nos veremos en la próxima. —Se despidió de Georgiana con un movimiento de la muñeca antes de girarse para abandonar la sala—. Ha sido un placer, señorita Ellers.

Repentina y nuevamente a solas, Georgiana recogió del suelo la montaña de prendas descartadas y empezó a ordenarlas a toda prisa. Devolvió a su sitio el traje del señor Gadforth y se dispuso a bajar las escaleras preguntándose a qué se habría referido Frances al decir «en la próxima» cuando se dio de bruces con los Burton.

—¿Qué narices estabas haciendo, Georgiana? —le preguntó la señora Burton—. ¿Por qué estás tan roja? ¿Te has caído? ¿Estás enferma?

—En absoluto, estoy bien —dijo Georgiana. Se tocó la cara con el dorso de la mano y vio que estaba caliente al tacto.

—De acuerdo, pues ven. —La señora Burton miró a su sobrina con gran suspicacia—. Tu tío ha comido demasiadas uvas y no se encuentra demasiado bien. Nos vamos a casa.

Capítulo dos

La casa de los Burton tenía un número muy limitado de habitaciones, cuya elegancia en cuanto a decoración brillaba por su ausencia, además, pero ese déficit quedaba compensado —en opinión de Georgiana— por una biblioteca acogedora y muy bien surtida, que daba al oeste y que gozaba de los beneficios de los últimos rayos de sol de la tarde. Aquella estancia tenía el aspecto andrajoso contra el que la señora Burton parecía luchar constantemente, como las burbujas del papel pintado de las paredes y los golpes de los muebles que no podían pulirse, y, si bien tales desperfectos se daban en la biblioteca, a Georgiana le encantaba pasar el rato en aquel rincón de la casa. Se había acostumbrado a retirarse allí todas las noches después de cenar; se instalaba en el sillón de piel raído de su tío y se pasaba las horas leyendo, y, aunque la señora Burton a menudo le proponía que se uniera a ella en el salón para llevar a cabo tareas abominables como bordar gatitos gordos en cojines, por lo general la dejaban tranquila.

Cuando llegó a la casa por primera vez, había intentado preguntarle a su tío acerca de su colección de literatura, que ahora parecía haber abandonado por completo en favor de los interminables periódicos detrás de los cuales se cobijaba, y había recibido una respuesta más bien poco satisfactoria:

—Ah, sí. Los libros. —Antes de jubilarse, el señor Burton había sido abogado, y Georgiana a menudo se preguntaba si durante su carrera había empleado una cantidad de palabras propias de toda una vida, y de ahí que en sus años del ocaso tan solo le quedaran unas pocas.

Por eso se dispuso a explorar el contenido de la biblioteca a solas.

En su casa, Georgiana había tenido su propia colección, escogida con tiento, que palidecía al compararla con los estantes que ocupaban casi todas las paredes de la casa, y con el estudio, que albergaba la biblioteca personal de su padre. Su padre era el director de un internado bastante pomposo, y su casita estaba situada en el área que comprendía el centro, así que, si Georgiana

algún día deseaba algo que no figurara en sus estanterías, tan solo debía entregarle una lista y su padre regresaba de la biblioteca del internado con una nueva pila de libros para que los leyera detenidamente. Sus padres también eran ávidos lectores, y a menudo se quedaban por la noche, sentados a la mesa mucho después de haber vaciado los platos de la cena, inmersos en un enconado debate acerca de los estilos literarios o de la predilección de cierto autor por el uso de las comas o de las oraciones compuestas. Georgiana no tenía permiso para coger libros sin permiso; era debido a un accidente en particular con unas huellas de tinta en una primera edición valiosísima que sus padres nunca lograron olvidar, aunque por aquel entonces contara con cuatro años.

A Georgiana ahora le dolía pensar en cualquiera de esas cosas: en la casa, en el estudio, en los libros. Su casa ya no era suya y sus padres seguramente discutían acerca de la puntuación sin ella, mientras disfrutaban de una brisa costera, fresca y sin hijos.

Poco después de las primeras conversaciones sinceras acerca del traslado, había decidido que no sentiría lástima de sí misma, y tampoco consideraría la idea de que la habían abandonado, extraviado ni dejado. Sus padres siempre habían sido dos personas sumamente pragmáticas, y su madre llevaba tanto tiempo padeciendo dolores de cabeza constantes sin mejoría alguna que un cambio drástico era el siguiente paso lógico. Cualquier persona racional habría comprendido sus razones para no querer que su hija adulta los acompañara al entrar en la nueva fase de su vida. Su padre había aceptado un nuevo puesto, y el salario que le proporcionaba el nuevo internado a duras penas bastaba para dar cobijo a Georgiana y a sus libros.

Georgiana solo había llorado una vez, cuando firmaron los documentos con los que entregaban la casa y toda lo que había sido su vida hasta el momento al nuevo director del internado, un hombre con una mujer sonriente y tres niños regordetes y felices. Entonces tomó la decisión de no volver a llorar. En los oscuros recovecos de su mente, se imaginaba postrándose a sus pies, suplicándoles que la aceptaran y la convirtieran en su cuarta hija; les habría ofrecido la posibilidad de confinarse en el estudio de su

padre y recibir las comidas al pie de la puerta, acechándolos como un afligido fantasma literario. En realidad, sabía que ya no era una niña pequeña y que había tenido la gran suerte de que su tía y su tío hubieran aceptado acogerla, habida cuenta de que la falta de proposiciones matrimoniales hasta la fecha indicaba que no era una buena inversión como esposa. Se había recompuesto, se había enjugado las lágrimas cuando sus padres le estrecharon la mano para despedirse y experimentó la leve e incómoda sensación de que en su interior algo estaba sufriendo una muerte dolorosa y definitiva.

Su padre había prometido escribirle cuando se hubieran instalado, pero estaban muy lejos y con muchos asuntos que atender, y Georgiana todavía no había recibido noticias de ellos. La señora Burton lo había comentado varias veces, pero había hecho gala de un inusual tacto para cambiar de tema cuando aquel no era bien recibido. Georgiana sabía que su tía se quedaría totalmente perpleja ante el estilo parental de su hermana, bastante poco intervencionista; en su casa, a ella siempre la habían tratado como a una igual, como a una adulta en miniatura, también durante la infancia, mientras que la señora Burton —novata en el oficio de guardiana y sin hijos propios— en todo momento quería prepararle tartas, cepillarle el pelo y reprenderla con ahínco por los delitos de «irse a dormir demasiado tarde» o «caminar demasiado rápido».

Por desgracia, la ausencia de correspondencia por parte de sus padres a menudo ocupaba uno de los primeros puestos en la mente de Georgiana, puesto que no había demasiadas otras cosas con que obcecarse. Los pocos amigos que tenía tampoco le habían escrito; probablemente se habían marchado de vacaciones de verano, o quizá ya se habían olvidado de Georgiana ahora que no compartía con ellos fiestas y partidas de cartas. Sus padres a menudo invitaban a compañeros académicos para sumirse en una velada de animados debates sobre temas relacionados con la educación, y sus hijos habían sido la compañía habitual de Georgiana. Eran niños y niñas callados y literatos, todos cortados por el mismo sombrío patrón. Algunos habían sido bendecidos con cierto ingenio para la conversación, pero la mayor parte de las veces lo invertían en debates inagotables y feroces acerca de la historia del Imperio romano o intentaban distraerse unos a otros para que el rival

cometiera un error imperdonable durante largas y tensas partidas de ajedrez. En una ocasión especialmente memorable, uno de los chicos había utilizado un tiempo verbal incorrecto, y los demás no hablaron de otra cosa durante toda una semana.

Sin embargo, los conocía desde que era pequeña, y su silencio le dolía. Cuando Georgiana no conjuraba castigos bíblicos y elaborados destinados a ellos por ignorarla, lo único que podía hacer para entretenerse era comer una excesiva cantidad de pan, pasear por los campos y bosques cercanos cuando hacía buen tiempo y después regresar para encerrarse en la biblioteca con un manoseado ejemplar de *Robinson Crusoe* o una novela de Ann Radcliffe.

Si bien los libros le proporcionaban cierto consuelo y distracción, Georgiana tardó poco en alcanzar el clímax en lo que a disfrutar de la literatura se refería; después de pasarse muchas horas leyendo, dejaba el texto y miraba alrededor en busca de otra fuente de diversión, hasta que suspiraba y retomaba la lectura tras no hallar ninguna otra compañía más animada. Los Burton no le permitirían salir de excursión para ir al encuentro de nuevos estímulos; su casa estaba a unos veinte minutos en carruaje hasta los confines de la ciudad, y casi nunca sentían la necesidad de desplazarse.

En general, se contentaban con quedarse encerrados en casa o con cuidar del jardín, mientras contemplaban cómo Georgiana iba volviéndose loca poco a poco.

***

Varios días después de la fiesta de los Gadforth, Georgiana se unió a su tía para recibir a una visitante en el desordenado salón, amarillo como el trigo, que se encontraba en la parte delantera de la casa. Su vecina más cercana, la señora Clenaghan, que vivía en una casa casi idéntica a unos cientos de pies de ellos, era una anciana de mal carácter que tendía a soltar sermones acerca de nada en particular. Distaba mucho de ser la compañía ideal de Georgiana, pero su carácter directo y su interminable compendio de chismes locales bastaban para que su presencia le resultara por lo menos tolerable; a veces, incluso un tanto divertida. La mayoría de las desgraciadas víctimas de sus historias eran amigos y conocidos de los Burton que

a Georgiana le traían sin cuidado, así que ese día se entretuvo un rato recorriendo con los dedos el estampado de los reposabrazos del sillón en que estaba sentada y contando los pelos del bigote de la señora Clenaghan; pero de pronto, mientras bebían té, oyó el apellido Campbell y de inmediato prestó atención a la conversación.

—He oído decir que su hija pequeña les está dando un sinfín de quebraderos de cabeza. Es una muchacha veleidosa e inquieta. Dada a histerismos. Un buen tirón de orejas o un bofetón deberían bastar para enderezarla, pero ¡ay!, se ve que eso ya ha pasado de moda. El verano pasado, el señor Grange…, ya sabe quién es, el señor Grange es el que tiene bocio y solo dos pares de botas; en fin, el señor Grange afirmó haberla visto cerca de su viejo molino con algunos de los tipos espantosos con los que se relaciona la muchacha, y se ve que estaban… —en ese momento, la anciana se inclinó hacia delante, como si le diera miedo que la oyeran en aquella estancia totalmente vacía— medio desnudos.

La señora Burton se quedó consternada. Georgiana visualizó a Frances de inmediato en un estado de desnudez y se sonrojó de la barbilla a la frente.

—Sí, querida, es normal que te ruborices —dijo la señora Clenaghan con aires de gran satisfacción—. Los Campbell son una familia de rancio abolengo, extremadamente importante. Lord Campbell es un militar de excelente linaje. Cuenta con numerosos negocios de las Indias Occidentales, tengo entendido, y en uno de esos viajes regresó con *«lady»* Campbell. Bueno, deja que te cuente que en su momento causó un buen revuelo. La gente ya se ha acostumbrado a verla en los círculos de él, pero su propia familia lo habría desterrado si no hubiera heredado ya toda su fortuna. Era demasiado dinero para una sola familia, en mi opinión; a mí personalmente me avergonzaría ostentar tanta riqueza.

»Su casa, Longview, es magnífica. Defiendo la opinión de que no hay ninguna otra en el condado que la supere, y a menudo se ha dicho que no es nada fácil ganarse mi buen juicio. No he pensado demasiado en *«lady»* Campbell ni me he recuperado como los demás de la conmoción que provocó, pero al parecer siempre organizan las fiestas y las cenas más extravagantes. Creo que las fiestas son bastante vulgares, y por suerte no me han invitado nunca, pero en

cualquier caso… Resulta que en los últimos tiempos han dejado de organizar tantas. Su hija mayor, Eleanor, se casó hace cinco años y ha demostrado ser una muchacha decente según todo el mundo. Frances Campbell debe de tener la misma edad que tú, señorita Ellers, o quizá te lleve uno o dos años. Es una verdadera lástima que parezca tan dispuesta a arruinar a su familia.

—Ser más alegre que usted, señora Clenaghan, no equivale necesariamente a llevar a la ruina a una familia entera —dijo Georgiana, con bastante más aspereza de la que pretendía. La señora Burton le lanzó una mirada reprobadora.

—¿Eh? —La señora Clenaghan entornó los ojos en su dirección y se inclinó hacia delante en el mejor sillón de la señora Burton, claramente entretenida—. ¿Acaso es amiga tuya, señorita Ellers?

—Georgiana y la señorita Campbell se conocieron la semana pasada en una fiesta —intervino la señora Burton, aturullada—. No puede decirse que sean amigas… Además, estoy segura de que, si Georgiana hubiera presenciado cualquier tipo de indecencia por parte de la señorita Campbell, habría demostrado el buen juicio de cortar lazos con ella; con educación, por supuesto, pero con celeridad.

Sintiéndose culpable, Georgiana pensó en el coñac y en los vestidos extravagantes y en el falso bigote de Frances pintado con kohl.

—Mantenerse alejada de ella sería lo mejor, señorita Ellers. En la ciudad hay un sinnúmero de damas con buenos contactos de cuya compañía seguro que disfrutas más. De hecho, conozco un grupo que se reúne todos los sábados para tomar el té y jugar a las cartas. Y beben y juegan —dijo la señora Clenaghan enarcando las pobladas cejas— sin quitarse la ropa.

A Georgiana se le ocurrió que una pizca de desnudez quizá animaría la clase de juegos de cartas que organizaba cualquiera de las amigas de la señora Clenaghan, pero se limitó a responder con una tensa sonrisa.

Lo cierto era que habría cambiado todo el té de Inglaterra por otro momento en compañía de Frances. Georgiana ya había reproducido

lo ocurrido una y otra vez en su mente; incluso había llegado a imaginarse conversaciones que iban más allá de las que habían mantenido en realidad, futuros encuentros en que impresionaba a Frances con su ingenio y su encanto para así asentar una amistad duradera y dar comienzo a las numerosas aventuras que emprenderían juntas. Frances seguramente le abriría la puerta a toda suerte de fiestas glamurosas y a paseos encantadores, pero lo más importante de todo era que se erigiría en la cómplice de Georgiana. En su confidente. En su lideresa.

Georgiana había llegado tan lejos en sus ensoñaciones que hasta había visualizado a un atractivo hermano, un futuro lord Campbell de buen humor y rasgos agradables con quien se casaría para asegurar la hermandad que mantendría con Frances. Todos juntos saldrían de excursión a caballo para atravesar los cercanos y ventosos páramos; él la ayudaría a descender de los carruajes y le cogería la mano unos instantes más de lo necesario; una vez casados, no derrocharían su fortuna y priorizarían irse de vacaciones a tierras lejanas, durante largos períodos, mientras se limitaban a tener dos o tal vez tres casas en la campiña.

El hecho recién descubierto de que Frances tan solo tenía una hermana mayor, que ya estaba casada, suponía un obstáculo para hacer realidad su sueño, pero no lo extinguía por completo. ¿Quizá hubiese un primo apuesto? ¿Un amigo de la infancia que había regresado de una guerra espantosa? Incluso se conformaría con un tío joven, de ser necesario, siempre y cuando contara con dos brazos torneados y conservara la mayoría del pelo.

En el salón, la conversación había virado hacia las reparaciones que había que hacer en un puente cercano, así que Georgiana consideró seguro dejar de escuchar de nuevo, pues no era ni una experta en puentes ni estaba tan aburrida. El principal problema era la probabilidad de volver a toparse con Frances, ya que a los Burton no parecía interesarles otra cosa que quedarse sentados en un silencioso rincón y acostarse a las nueve y media. La señora Burton le había asegurado a Georgiana que el verano implicaría un sinfín de acontecimientos, pero cuanto había visto hasta el momento en la agenda social de sus tíos no le daba grandes motivos para albergar esperanza alguna. A menos que le mandara una carta a Frances,

Georgiana no sabía cómo retomar su relación, y a duras penas imaginaba qué diría si intentaba poner tinta sobre el papel.

Querida señorita Campbell:

La otra noche disfruté muchísimo de nuestra ebria sesión de moda, y espero que la convirtamos en un hecho frecuente.

Atentamente,

Georgiana Ellers

Quizá no.

En cuanto se hubieron bebido todo el té —Georgiana pensó que a la señora Clenaghan debían de haberle proporcionado una especie de taza encantada que se rellenaba sin parar, puesto que tardó una eternidad en vaciarla del todo— y la visitante se hubo marchado, la señora Burton miró a su sobrina con ojos acusatorios.

—No creas que no te vi en la fiesta con la señorita Campbell, Georgiana. ¿Qué diablos hicisteis cuando os escabullisteis escaleras arriba?

—Ah… Estuvimos conversando sobre temas bastante profundos, tía. Sobre temas de… naturaleza cultural.

—¿De naturaleza cultural? ¿De qué cultura hablabais, si me permites la pregunta?

—Ah, pues de la cultura del alcohol —respondió Georgiana con expresión imperturbable y los ojos bien abiertos—. Como bien sabe, en nuestra sociedad es un azote. La gente se desploma por las calles, se rompen compromisos, se arruinan vidas. He oído decir que el Támesis está compuesto casi en un setenta por ciento de ginebra.

—Ay, Georgiana, por supuesto que no —resopló la señora Burton, pero luego vaciló—. ¿O sí?

—Lo están investigando —dijo Georgiana vagamente. La señora

Burton suspiró.

—Sé que aquí en ocasiones debes de aburrirte, pero estoy convencida de que habrá más fiestas y más cenas. Tienes que ser paciente. Ya verás como encuentras compañía apropiada: damas y caballeros que no protagonicen rumores ni chismes como hace la señorita Campbell. Recela de ella, Georgiana. Se encuentra en una posición social inmensamente alta, es cierto, pero eso solo significa que más larga será la caída.

—Ah, no se preocupe —terció Georgiana con brusquedad—. La próxima vez que los Gadforth organicen una fiesta para celebrar la compra de nuevos manteles, estaré al acecho por si detecto algún comportamiento disoluto o una desnudez inesperada.

—Georgiana, no hay necesidad de ser grosera. Ya he dicho lo que quería decirte. Y ahora iré a por mi bordado y así por fin podrás comenzar el tuyo —dijo con una tensa sonrisa en un intento por regresar a un plano amistoso—. Tengo un patrón precioso con unos querubines adorables que creo que será de tu agrado.

Pasaron el resto de la tarde en un silencio que a la señora Burton probablemente le pareciera tranquilo y amigable; pero ignoraba que Georgiana había valorado la posibilidad de clavarse una aguja en el ojo y hundírsela hasta el cerebro al ver a los espeluznantes y lascivos angelitos que debía inmortalizar con los hilos. Estaba un tanto celosa del señor Burton, que a menudo conseguía evitar los caprichos de su esposa con la excusa de salir a pasear «por su salud». Tenía una cita ineludible con el aire fresco todas las mañanas y todas las noches, pero sus excursiones se volvían mucho más frecuentes cuando la señora Burton estaba especialmente parlanchina o receptiva a su marido y a su compañía, y de pronto se le ocurrían nuevos y emocionantes paseos en medio de una frase de ella.

Su tío regresó del último paseo, uno que Georgiana supuso que se le había antojado acuciante en cuanto se enteró de la inminente llegada de la señora Clenaghan, justo a tiempo para sentarse a la mesa a cenar.

—Es una lástima que te la hayas perdido.

—Los Middleton han plantado girasoles —respondió él ignorándola. Ella no se dio cuenta.

—¡Girasoles! Bueno, espero que sepan controlarlos. Son tan estridentes… Cuando crecen demasiado, parecen unos mirones que te devoran con los ojos cuando pasas por su lado.

Georgiana intentó obviar aquel comentario y seguir comiendo en silencio, pero no pudo. Dejó a un lado el cuchillo y el tenedor.

—¿Usted también cree que los girasoles son las flores más lascivas, señor Burton?

El señor Burton se atragantó con la cerveza que bebía y tardó un buen rato en recuperarse. Georgiana seguía mirándolo a la expectativa.

—Pues… supongo que sí —respondió él al final.

—A mí esas flores me parecen un tanto agresivas —comentó la señora Burton con un estremecimiento—. Tienen algo que me resulta muy vulgar.

—Estoy de acuerdo —asintió Georgiana, despreocupada, mientras cogía los cubiertos y los clavaba en el pollo—. Deberían prohibirlas.

—¿Prohibirlas? —exclamó el señor Burton, horrorizado—. ¿Prohibir flores? ¿Prohibir la mayor gloria del mundo natural?

Georgiana fingió meditar mucho al respecto.

—Bueno, si no prohibirlas, sí recortarlas. Recortarlas para que tengan una forma más apropiada.

—Sí, creo que eso bastaría —aprobó la señora Burton, mientras su esposo la miraba espantado.

—¿Saben qué? Un día vi una flor que, comparada con un caballero, tenía la misma forma que su…

—¡Georgiana! —exclamó su tía.

—Que su sombrero, señora Burton. ¡Madre mía! A veces no sé qué clase de ocurrencias pasan por su mente.

Continuaron comiendo en un silencio sepulcral.

***

Por suerte para los Burton, Georgiana enseguida abandonó sus intentos de torturarlos en la mesa durante la hora de cenar. Al cabo de unos pocos días, estaba sentada a solas con un libro en el salón, respirando el olor de la madera pulida y viendo las motas de polvo revolotear bajo los rayos del sol, cuando la señora Burton entró triunfal en la estancia con una carta por encima de la cabeza.

—¿Es mi madre? ¿Mi padre? —preguntó Georgiana, animada de pronto y empezando a levantarse.

—Oh, no, querida, lo siento mucho, no… Aunque estoy segura de que te escribirán con la mayor presteza que les permita su situación.

Georgiana se desplomó nuevamente con el corazón como un gran peso en el pecho. Sabía que no era una pobre huérfana, que no suplicaba unas monedas por las calles ni se ponía en guardia para enfrentarse a un oso malnutrido en el Puente de Londres para ganarse una insignificante ración de comida, pero sí que le habría gustado detectar algún indicio de que sus padres recordaban que tenían una hija. Y, además, se encontraba aislada en el condado más anodino de Inglaterra, por lo que librar un combate cara a cara con un oso tal vez sería un interesante cambio de aires.

La señora Burton se acercó a la mesa y depositó delante de su sobrina el folio que le había provocado grandes esperanzas. Georgiana lo cogió y se sorprendió al ver que el papel era de gran calidad.

—Es una invitación —dijo mientras intentaba leer lo más rápido posible—. A una fiesta… ¿Quiénes son los Woodley?

—¡Una familia maravillosa! Tienen una hija de tu edad. No he tenido el placer de conocerlos personalmente, pero he ido comentando por ahí que hemos acogido a una jovencita que está

necesitada de compañía, ¡y debe de haber llegado a sus oídos! —Una idea pareció encenderse en la mente de la señora Burton, y sacudió las manos en una repentina desesperación—. Ay, pero debemos encargar vestidos nuevos… Y tendré que revisar los zapatos del señor Burton… ¡Nunca hemos asistido a una fiesta de tan alto nivel! Su casa es gigantesca y dispone de una vastísima rosaleda.

Georgiana experimentó una punzada de nervios, pero eso no rivalizaba con los sentimientos aún más intensos como la esperanza, el deleite y la emoción; una casa gigantesca y una vastísima rosaleda parecían exactamente la clase de lugar donde una quizá fuese lo bastante afortunada como para tropezarse con la veleidosa y ruinosa señorita Frances Campbell.

Capítulo tres

La señora Burton, célebre por su habilidad por preocuparse en exceso por casi cualquier cosa, era digna de ver cuando realmente tenía motivos para ello. Encargaron telas para nuevos vestidos —de sencilla muselina color marfil, aunque la señora Burton objetó que podían mejorar el diseño con un poco de encaje— y nuevos lazos para recogerse el pelo; llegada la noche de la fiesta, Georgiana incluso vio que el señor Burton se mantenía inmóvil, con el periódico en la mano, y permitía que su esposa le recortara el bigote con unas tijeras de coser.

Su tía mantuvo un constante traqueteo de conversaciones durante el tambaleante trayecto en carruaje que los llevó hasta la fiesta, y Georgiana sintió la imperiosa necesidad de abrir la puerta del coche y caer con gracia sobre los setos para así alejarse de ella. Por fortuna, para cuando hubieron llegado, la señora Burton había hablado tanto que estaba exhausta, y las dos guardaron un silencio de asombro al recorrer el majestuoso camino de entrada que conducía a la casa más grande que Georgiana hubiera visto nunca de cerca. El señor Burton, medio dormido, no parecía impresionado.

Una oleada de nervios y emoción la atravesó cuando entró en el atestado vestíbulo. Intentó mover la cabeza solo un poco cada vez para que no resultara tan obvio que se moría por absorber todo cuanto la rodeaba. Aquella mera estancia era lo bastante grande como para que fuera increíble que la hubiesen llenado de invitados, pero llena estaba; por lo menos cincuenta personas reían con educación, se abanicaban, brindaban y llamaban con suma alegría a los amigos a quienes divisaban entre la multitud. Un enorme tapiz que representaba una batalla de aire bíblico presidía la curvada escalera principal, adornado en lo alto con lo que parecía el escudo de armas de la familia, y sobre ellos se cernía un candelabro de cristal que debía de pesar una tonelada.

Georgiana se preguntó si los propietarios de aquella casa eran familiares directos, aunque más pobres, de Dios.

El señor y la señora Burton estaban entretenidos con algo que se alzaba tras ella en la entrada —seguramente se afanaban en contar los rosales—, así que Georgiana aprovechó la oportunidad para alejarse de ellos y desvanecerse entre la dorada multitud, aceptando una copa al adentrarse en el gentío. Aquello nada tenía que ver con la inauguración de un nuevo cuadro en casa de los Gadforth; todos los vestidos eran de seda y lucían adornos cegadores, el champán fluía libremente y los caballeros estaban bien peinados y bien erguidos, con la ropa recién almidonada.

Georgiana había tardado tres horas en vestirse y prepararse para la velada. La criada, Emmeline, se había preocupado mucho por que todos los bucles estuvieran recogidos en su lugar, todos los lazos atados y ocultos, y le sonrió con timidez en el espejo cuando hubo terminado. A Georgiana no le pareció que su propio reflejo fuera especialmente inspirador —sabía que su pelo era de un aburrido tono castaño y su rostro pálido estaba salpicado sin miramientos por unas cuantas pecas—, pero hizo un esfuerzo y consideró que, con toda probabilidad, nunca había estado más hermosa que en aquella ocasión en particular.

Aun con todo el tiempo del que dispusieron para los preparativos, la casa de los Woodley era tan intimidante que a Georgiana le dio la impresión de haberse vestido con un conjunto hecho con trapos de cocina. No dejó de tirarse del vestido y de atusarse el pelo conforme se adentraba en la multitud, pero solo consiguió el efecto opuesto al deseado y desaliñarse más todavía. En realidad, nadie la miró por segunda —ni por primera— vez, pero aun así le pareció que todos los ojos se clavaban en ella; en cualquier momento alguien la observaría y exclamaría: «¡Santo Dios! ¡Pobrecita cerillera!» antes de lanzarle unas solidarias monedas a los pies.

Georgiana navegó por un gran pasillo, flanqueado por imponentes cuadros al óleo y por bustos de mármol con expresión de estreñimiento, hasta que dio con el salón de baile principal. Una vez allí, esquivó con cuidado a los bailarines y a los juerguistas, y recorrió el perímetro de la sala. En esa estancia estaban concentrados los jóvenes más bellos y bellas que había visto nunca. Parecían incandescentes bajo la luz de las velas. Costaba atisbarlos de modo individual, pues formaban una masa borrosa de manos

elegantes que rozaban muñecas enguantadas, zapatos de tacón impolutos que repiqueteaban contra el suelo de mármol y labios de alta cuna que descendían hasta susurrar en oídos ruborizados y delicados.

Todo el mundo parecía ser alguien importante. Ni uno solo daba a entender que había padecido más de diez segundos de aburrimiento en su vida. Georgiana se sintió como una persona famélica que se había dado de bruces con un auténtico festín.

Unos cuantos le asintieron, educados, cuando pasó por su lado, y ella les devolvió el gesto con timidez mientras pensaba que quizá en breve la obligarían a retroceder y a reunirse con los Burton. En ese instante, sin embargo, vio a Frances, en pie junto a los ventanales abiertos, bajo la luz del candelabro, y con un aspecto todavía más magnífico que la otra vez que la había visto. En aquella otra ocasión, se la había encontrado medio marchita en un oscuro pasillo de la casa de los Gadforth; ahora estaba absolutamente en su elemento, radiante con los tonos verdes y dorados más suaves posibles, y con una copa de vino colgando de la mano.

Mantenía una animada conversación con un grupo de jóvenes que desprendían tanto brillo y tanto empaque que a Georgiana le daba demasiado miedo acercárseles y mucho más hablar con ellos, no fueran a ofenderse y a escupirle en la cara.

Embargada por la repentina ansiedad de la indecisión, se giró con la intención de dar otra vuelta por la sala para reunir fuerzas antes de intentar aproximarse, pero en ese momento oyó a Frances llamarla por su nombre. Apenas había elevado la voz, pero aquellas cuatro sílabas consiguieron atravesar el estruendo de la muchedumbre y de la música para llegar hasta sus oídos al instante, como el silbido hasta un perro.

Ruborizada por los nervios, Georgiana se encaminó hacia el grupo.

—Vaya, mirad de quién se trata —dijo Frances con expresión de sincera emoción—. ¡Mi otrora esposa!

Acto seguido, presentó a Georgiana a todos los presentes, uno por uno. La señorita Cecily Dugray era alta, pálida y extremadamente

bella, con aquellos ojos azul jacinto y un delicado encaje por labios; a Georgiana le recordó a un caballo de piel dorada. La señorita Jane Woodley, a cuya fiesta estaban asistiendo, era bajita, de tez más oscura y más sencilla; con una complexión un tanto robusta, la habían pintado con trazos mucho más atrevidos que a la señorita Dugray, y estrechó la mano de Georgiana con mirada precavida y gesto indiferente.

De los dos caballeros presentes, uno de ellos —el señor Jonathan Smith— la saludó con efusividad y se apartó los bucles cobrizos que le habían cubierto los ojos sonrientes al inclinarse para besar la mano de Georgiana. El segundo, el señor Christopher Crawley, que llevaba un bigote bien cuidado y vestía un sorprendente traje escarlata, le dedicó un atrevido guiño que la desconcertó hasta el punto de que casi se olvidó de hacerle una reverencia. Enseguida se acordó de una descripción de un pirata que había leído y se sintió un tanto incómoda, como si aquel hombre fuera a apoyarle una espada en el pecho para robarle las horquillas del pelo.

Hasta el momento, ninguno de ellos parecía interesado lo más mínimo en escupirle en la cara.

Retomaron la conversación, y Georgiana se contentó con escuchar, maravillada por aquella compañía de primera y por que la incluyeran en su círculo; y un tanto preocupada por si, al abrir la boca para hablar, decía algo sumamente ridículo sobre el tiempo o sobre el ciclo vital de las ranas.

—No, os aseguro que, como el domingo el señor Weatherby vuelva a mirarme de reojo, diré en público que es un pervertido y anunciaré a la congregación que, cuando me he recolocado en mi asiento durante el servicio, ha intentado mirarme los tobillos —iba diciendo Frances para la diversión general de los presentes—. De verdad que no es de extrañar que yo casi nunca vaya. Ninguna mujer necesita más para caer en los brazos del demonio. Cuando me mira mientras nos sermonea sobre la familia y el deber, me imagino lo que está visualizando: yo como su esposa, con la barriga hinchada y una camada de niños, y abriendo las piernas una vez al año con el mero objetivo de procrear mientras en todo momento pensamos en Dios.

Georgiana se atragantó con la bebida y aceptó, con callado agradecimiento, que el señor Crawley le ofreciera con tacto su pañuelo monogramado.

—Bueno, si no es el venerable vicario, ¿quién puede contemplar con libertad esos tobillos, Franny? —le preguntó el señor Smith con una familiaridad que le dio a entender a Georgiana de inmediato que a él le encantaría ver aquellas articulaciones en cuestión—. He oído muchos rumores, pero me gusta ir directamente a la fuente de los chismes.

—No te lo puedo decir —respondió Frances antes de dar un sorbo a la copa y lanzarles una sonrisilla a sus compañeras. Georgiana deseó saber a qué se refería Frances, para así unirse a la señorita Dugray, que le estaba dedicando una sonrisa cómplice. La única respuesta de la señorita Woodley fue un resoplido apenas audible.

—¿Quién es el afortunado? —preguntó el señor Crawley—. Ay, Frances, no me digas que es aquel dandi tan arrogante y engreído, el señor Russell.

—Tú eres tan engreído como él, Christopher, y lo sabes —replicó Frances—. Y llevas un traje de terciopelo en junio, por el amor de Dios. Tener un poco más de conciencia sobre ti mismo te haría bien.

—Pues sí, pero tengo la dignidad y la decencia de conocer y aceptar mis numerosas virtudes y mis escasos defectos —dijo el señor Crawley, sin aparentar estar ofendido en lo más mínimo—. Él finge no ser consciente de sus pocos e inexplicables encantos y exhibe una expresión totalmente perpleja cada vez que se le acerca otra madre con una prole de hijas que casi se desmayan a su paso. Se comporta así desde Eton. Y, además —añadió con petulancia, con los aires de alguien que posee una información muy jugosa—, se acostó con Kitty Fathering.

Las damas se sobresaltaron al unísono. Georgiana abrió los ojos como platos y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza para cerrarlos hasta un tamaño más adecuado.

—No fue así, y lo sabes —le espetó Frances—. Es probable que Kitty Fathering se desplomara borracha en el establo de su padre y

durmiera abrazada a un poni especialmente bonito, convencido de que era Jeremiah por el color de su copete.

—Y por su olor —dijo el señor Crawley por encima de la copa.

—Señorita Ellers, debe de estar aburriéndose mucho al oírnos hablar de personas a las que usted no conoce —terció el señor Smith—. El señor Russell vive la mitad del tiempo en una deprimente ciudad de la Inglaterra profunda, pero viene por aquí para cazar casi todos los veranos con su séquito y su familia. De hecho, me sorprende que no esté aquí.

A Georgiana la ponía un poco nerviosa que se dirigieran a ella directamente, y se limitó a sonreír.

—Sí que está aquí —les aseguró el señor Crawley a regañadientes —. Lo he visto en los jardines con algunos de sus parásitos cuando he salido a fumar.

—¡Vaya! Y te lo has guardado para ti, ya lo veo —le dijo Frances con retintín fulminándolo con la mirada.

—¿Te da miedo que te supere, Christopher? —La señorita Woodley rio sin humor.

—Muy bien, muy bien, hagámosle una amistosa visita y démosle a la pobre Franny otra cosa en que pensar que no sea en Dios la próxima vez que se abra de piernas ante un granjero cualquiera — dijo el señor Smith tirando de Frances hacia los ventanales mientras ella intentaba golpearlo con el abanico en broma. La señorita Woodley seguía poniendo cara de querer hallarse en cualquier otro sitio, lo cual, en opinión de Georgiana, era una pena, pues se trataba de su propia fiesta.

En la vida había oído tantas referencias directas a la fornicación; su madre y su padre evitaban el tema con torpeza y un día, después de que Georgiana hubiera visto a dos cerdos en actitud amorosa, se refirieron al acto como «el abrazo especial». Procuraba hacer gala de indiferencia hacia el hecho de que Frances y sus amigos hablaran con el mismo lenguaje soez y picante que una tripulación de marineros muy viajados. El sexo era algo que ocurría tras las

puertas cerradas, en camas maritales desgastadas o en los oscuros catres de los burdeles; algo que sucedía después del final de los libros románticos o, a veces, en las novelas más osadas; algo a lo que se aludía brevemente y que luego se pasaba por alto por decencia. No era algo de lo que se hablara sin ambages en una fiesta, como la climatología o el precio de la mantequilla.

Georgiana siguió a Frances y a los demás, aferrada a su copa e intentando no llamar demasiado la atención cuando se encaminaron hacia el amplio jardín. Pensó que era muy probable que el grupo se girara y le preguntara por qué los seguía como si fuera un patito demente. Un grupo de jóvenes, quizá de su edad o unos años mayores que ella, estaban congregados alrededor de una fuente ornamental con las corbatas aflojadas en el cuello y riéndose sonora e incontroladamente. Cuando se les acercaron, uno de ellos se inclinó hacia la fuente y abrió la boca para que el agua se colara entre sus labios. La escupió, empezó a toser y sonrió mientras sus acompañantes aplaudían. Habida cuenta de que la mujer representada en el diseño de la fuente parecía haber renunciado a la ropa y tenía una fuga en el lugar menos adecuado de todos, no costaba comprender qué era lo que les resultaba tan gracioso.

Uno de los hombres no reía. De hecho, lucía la clase de sonrisa educada que uno esbozaba al conocer al dentista o al escuchar los detalles pormenorizados de una transacción bancaria. Vestía una camisa blanca y una americana azul, y tenía las manos cogidas a la espalda, como en posición de firmes. Si se lo observaba con atención, estaba rígido y la tensión que irradiaba era palpable, una actitud contraria a la de los demás, que estaban tan relajados que casi adoptaban una forma horizontal. Era alto, con tez morena —quizá con antepasados indios, pensó Georgiana, aunque la pobre contaba con pocas referencias para ubicar su origen— y con unos bucles largos y sueltos que no seguían la moda y que se había retirado de la cara con desgana. Tenía los ojos marrones y grandes pero abatidos de tal modo que le proporcionaban cierto aire melancólico, y la línea de su mandíbula era tan afilada que a Georgiana se le ocurrió que quizá era dolorosa al tacto.

Se preguntó de inmediato por qué estaba pensando en tocarla.

Mientras que los otros hombres dieron la bienvenida con animados

gritos al grupo que se les aproximaba, aquel hombre hizo una educada reverencia y se giró para contemplar los jardines.

El más apuesto de todos, y su líder natural, era obviamente el señor Jeremiah Russell. Era alto, de complexión grande y belleza clásica, con rasgos delicados y pálidos, y un pelo rubio peinado con maestría. Georgiana se preguntó cuántos criados habían sido necesarios para conseguir que uno solo de los mechones cayera sobre su ojo izquierdo con tanta gracia. Resultaba evidente que a Frances le interesaba mucho; mientras estrechaban las manos y se besaban unos a otros, la joven no pudo quitarle los ojos de encima a Russell, y soltó una risita sorprendentemente infantil cuando él posó los labios en los dedos de ella durante unos instantes más de lo preciso.

—¿Quién es? —exclamó al dirigir su embelesadora sonrisa a Georgiana, que enseguida se tiñó de color carmesí.

A pesar de cierto exceso de mimo en el peinado, era un tipo muy apuesto.

—La encantadora señorita Georgiana Ellers —la presentó Frances—. Me la encontré escondida junto a una pared en una fiesta espantosa y consiguió transformar una velada fastidiosa en soportable. Es nueva por aquí, Jeremiah, y está viviendo con su tío y con su tía.

Georgiana hizo una educada reverencia.

—¿Junto a una pared? —repitió el señor Russell mientras la observaba con una ceja arqueada y una ligera sonrisa sobre los labios—. Qué divertido. —Volvió a concentrarse en Frances—. ¿Te apetece fumar algo un poco especial, señorita Campbell? Estábamos pensando en la posibilidad de dar una vuelta por el jardín.

—Ay, eres muy malo…, pero supongo que sí que me gustaría —contestó Frances, radiante de alegría.

Georgiana intentó interpretar la conversación, pero no lo consiguió. Estaba claro que en aquel círculo de gente la expresión *dar una vuelta por el jardín* significaba algo totalmente distinto.

—A todos nos gustaría —saltó el señor Crawley, y sin más la procesión se desplazó hacia la zona oscura, dejando atrás solo a la anfitriona, la señorita Woodley (que puso los ojos en blanco y rechazó la oferta con un encogimiento de hombros y el movimiento de una mano), y a unos cuantos amigos del señor Russell. Georgiana reparó en que el hombre de los bucles cobrizos era uno de los que se quedaron atrás, y se desanimó un poco.

El destino al que pretendían llegar era una pequeña y fragante rosaleda, enmarcada por todos los lados por altos setos que impedían su visión desde la casa. Los caminos principales del jardín estaban iluminados con faroles titilantes, pero cuando atravesaron los setos los cubrió el manto azul oscuro del cielo nocturno. Se sentaron en fríos bancos de piedra y los hombres se rieron por una broma que Georgiana no había oído, apenas visibles en la penumbra hasta que alguien encendió una cerilla.

Georgiana se preguntaba qué era exactamente lo que querían fumar, pero entonces prendieron una pipa cerca de ella, y el hombre que la sujetaba desapareció detrás de una nube de humo brumoso. Se quedó mirando, fascinada y un poco nerviosa, cómo el objeto pasaba de mano en mano. Al cabo de unos segundos, el señor Smith, que estaba sentado a su izquierda, se lo dio a ella. Georgiana no tenía la más remota idea de qué debía hacer con la pipa; había visto fumar a su padre y a su tío, pero jamás se imaginó que le permitieran hacer algo tan peculiarmente seductor con la boca. Además, ¿por qué era tan especial aquella pipa en particular?, quiso saber.

La contempló durante unos instantes, y Jeremiah levantó la vista desde el lugar en que estaba sentado, junto a Frances.

—No tenemos todo el día, señorita Ellers —dijo, sorprendiendo a todos con una perfecta imitación de una severa institutriz. Frances se echó a reír.

—No sé si esto es… —empezó a decir Georgiana, pero Frances la interrumpió con una ligera sonrisa y un movimiento de sus rizos.

—No estás en absoluto obligada a fumar, pero estoy convencida de que te gustará, Georgiana. De hecho, apostaría mi vida. Si no te

gusta, pues… Mira, te daré las llaves de mi casa para que puedas mudarte de inmediato. ¿Qué te parece?

Jeremiah se echó a reír con una mano en el brazo de ella. Frances se giró hacia él, claramente contenta, y murmuró algo que Georgiana no pudo oír.

Se volvió hacia el señor Smith, desesperada.

—Yo no… —le dijo en voz baja—. Es decir, yo nunca…

Él le lanzó una sonrisa conspiratoria y ella no pudo sino devolvérsela.

—Rodea la punta con los labios e inspira —le aconsejó quedamente mientras elevaba la pipa hasta su boca—. Aguántalo en el pecho tanto como puedas antes de soltarlo. Intenta no toser —añadió, socarrón— o harás que me avergüence.

Georgiana obedeció las instrucciones, y, aunque se le humedecieron los ojos, consiguió no ahogarse antes de pasarle la pipa a la señorita Dugray, sentada a su otro lado. Observó con infinito asombro cómo Cecily inhalaba y exhalaba profundamente tres veces antes de ceder la pipa. Llevó a cabo el gesto con la misma despreocupación como si estuviese aspirando bocanadas de aire fresco. Se percató de que Georgiana la contemplaba y esbozó una beatífica sonrisa.

—Frances dice que ahora vives con tu tía y tu tío, ¿verdad? —le preguntó—. ¿Tus padres también vendrán de visita?

Cecily era tan bella que Georgiana tardó unos instantes en darse cuenta de que esperaba que le respondiera algo.

—Ah… No. Mi madre se encuentra mal, tiene jaquecas, así que se han marchado a la costa para cambiar de aires —explicó. Notaba las puntas de los dedos un poco entumecidas; no era desagradable —. Sinceramente, creo que se acabaron cansando de las restricciones de la paternidad.

Georgiana nunca lo había verbalizado en voz alta —a duras penas se había permitido pensarlo siquiera— y no tenía idea de qué la había llevado a comentarlo delante de una auténtica desconocida.

Lo cierto era que estaba un tanto mareada, y supuso que la naturaleza especial de cuanto estuviera dentro de la pipa servía para relajar al fumador hasta que se sintiera lo bastante cómodo como para soltar toda clase de sandeces por la boca. Apenas se había fijado en que, desde el momento en que había aspirado una bocanada de humo espeso y fragante, a su alrededor todo resultaba en cierto modo menos sorprendente. ¿Mujeres fumando? Sin problema. ¿Jóvenes sin acompañante acomodados en un jardín a oscuras, sentados tan cerca que las rodillas y los hombros no paraban de rozarse? Lo más normal del mundo.

—Ay, pobrecilla —terció la señorita Dugray negando con la cabeza en lo que parecían genuinos remordimientos—. Toma… Fuma un poco más.

No parecía la peor solución. Cuanto más fumaba Georgiana, menos apremiantes se le antojaban sus problemas, hasta el punto de que la idea de que sus padres se hubieran aburrido de su única hija y la hubiesen abandonado por ver el mar le pareció casi una nimiedad.

Frances y Jeremiah compartían un banco y hablaban entre sí en susurros de tal modo que el afecto y la confianza mutuos eran evidentes; él le agarraba la mano a ella, y, ante los ojos de Georgiana, flexionó el dedo índice y acarició con suavidad el interior de la palma de Frances. Georgiana sintió una punzada de algo al presenciarlo; vergüenza, quizá, por ser testigo de algo tan íntimo, pero también un ligero tipo de anhelo. Frances estaba a todas luces feliz, comprometida con un hombre a quien debía de querer, algo que no siempre estaba garantizado.

Georgiana apartó la mirada y observó de reojo a los jóvenes que estaban sentados a su alrededor. Los amigos anónimos de Jeremiah eran bien parecidos y obviamente adinerados, pero también desprendían un halo de dureza, una indiferencia que la puso en guardia. Georgiana nunca había prestado demasiada atención a los hombres, y estos le habían devuelto el favor. Los hijos de los amigos de sus padres no habían sido unos candidatos prometedores para el cortejo, el matrimonio o cualquier clase de tensión que ocurriese fuera de un excitante juego de cartas.

El señor Jonathan Smith era sumamente agradable, pero Georgiana

seguía pensando que parecía interesado en Frances, a pesar del hecho de que esta fuera una causa perdida. En ese instante, estaba hablando con uno de los amigos del señor Russell, pero en todo momento vigilaba a Frances de reojo. El señor Crawley la alarmaba un poco, la verdad fuera dicha; no dejaba de retorcerse el bigote, al parecer ignorando que era el clásico gesto que hacía un villano de la literatura. El comportamiento del señor Russell hablaba por sí mismo: estaba explorando el interior de la muñeca de Frances.

Los pensamientos de Georgiana divagaron hasta el desconocido de bucles cobrizos que se había quedado en la casa. Ese hombre sí que era una cuestión diferente, y la fascinaba precisamente porque se había mostrado un tanto taciturno y no había dicho nada en absoluto. Comparado con algunos de los otros amigos de Jeremiah —uno de ellos, por ejemplo, estaba intentando fumar con la pipa por la aleta izquierda de la nariz—, resultaba extraordinariamente prometedor.

La realidad, por supuesto, era que nadie en un radio de cien pies se dignaría siquiera a considerarla como a una igual. A no ser que sus padres hubiesen heredado tierras y títulos desde la última vez que los vio, Georgiana era una muchacha demasiado insignificante como para merecer que le echaran un segundo vistazo. Su endeble amistad con Frances, todavía muy incipiente, era lo más cerca que había estado de tener contactos; aunque se atreviera a desear a uno de los caballeros allí presentes, hacer públicos aquellos sentimientos no haría más que dar pie al ridículo, sin duda.

Al fin y al cabo, todavía no había desaparecido del todo la posibilidad de que le escupieran en la cara.

—¿Quién era el hombre que estaba con el señor Russell junto a la fuente? —preguntó a Cecily de todos modos en un fallido intento de sonar despreocupada—. El caballero sombrío con pelo cobrizo.

—Ah, creo que se llama… ¿quizá Hornsley? ¿Horsely? Hawksley, eso es. Es un amigo de la familia de los Russell, vive en Highbourne House. Su madre es de algún lugar en el extranjero, no consigo recordar de dónde…

—¿De la India? —se aventuró Georgiana.

—¡Ah, exacto! Qué lista eres. De la India. Procede de una familia increíblemente rica que se dedicaba a… al comercio. Ganaron mucho dinero, aunque estoy segura de que su padre ya tenía suficiente. Antes alternaba con Jeremiah, pero hacía años que yo no lo veía. Ahora es uno más, pero seguro que no siempre lo ha sido. Dicen que tiene una gran fortuna, pero, claro, eso es lo que dicen de todo el mundo. Y también es agradable —añadió al poco. Las interrumpió el señor Smith, que les pasó un frasco.

—¿Y los Hawksley son…? —Georgiana intentó recabar información de nuevo.

—¿Hawksley? —la interrumpió uno de los amigos del señor Russell, que se inclinó hacia delante y se echó a reír con crueldad—. Yo que vosotras no perdería el tiempo con él, señoritas. La palabra *diversión* abandonó el vocabulario de ese tipo hace ya varios años. Lo más cerca que está hoy en día de hacer una broma es cuando se pone una corbata que no termina de combinar bien con su traje.

Fue a coger el frasco y lo agarró antes de que le hubiera tocado el turno a Georgiana, y acto seguido se giró hacia sus compañeros.

—Es cierto que se le ve muy pero que muy triste casi siempre —asintió Cecily con el ceño fruncido—. Como si se le acabara de morir el caballo.

—Quizá se le acaba de morir —dijo Georgiana.

—Hace tiempo tuve una yegua preciosa. —Cecily se puso melancólica—. Se llamaba Hestia. Le conté todos mis secretos, ¿sabes?, y creo de verdad que me escuchaba. Es muy poco frecuente encontrar a alguien que comprenda realmente tu corazón, ya sea hombre o animal.

Georgiana quiso comprobar si estaba bromeando. Cecily hacía gala de una actitud ausente, pero también era muy sincera y no parecía mentir al referirse al vínculo que la unía con su yegua.

—¿Qué los diferencia? —respondió Georgiana, como si fuese una experta en el arte del flirteo, y Cecily ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa soñolienta. A Georgiana le daba la impresión de que hablar

con aquella joven era hablar con una especie de princesa etérea, salida de otro reino. Su único defecto perceptible era quizá una cierta falta de ingenio, pero Georgiana no estaba en posición de juzgar nada ni a nadie. El contenido de la pipa era potente, y todo estaba volviéndose muy confuso.

Hubo una pausa en la conversación, y Georgiana reparó en que ni Cecily ni ella habían dicho nada en por lo menos un minuto. Un sutil cambio en el ambiente, seguramente producto de su cerebro, lleno de humo de la pipa, hizo que Georgiana se viera de pronto apiñada con los demás. Experimentó un inmediato y ferviente deseo de alejarse del grupo y aproximarse a las luces del final del jardín. Las luces, pensó, eran buenas *per se*. La gente, en cambio, podía llegar a ser mala.

Con una excusa, atravesó los setos con gracia y llegó al camino de grava con lo que esperaba que fuese una expresión de educado y despreocupado interés en el rostro, concentrada en el reconfortante resplandor de las lámparas, los únicos puntos de luz intensos que brillaban en la oscuridad.

Tan lejos de la casa, en una noche fría que invitaba a los asistentes a cobijarse en el interior, estaba bastante sola. Toda conversación no era más que un suave murmullo en la distancia.

El ánimo de Georgiana estaba por las nubes. Casi había arribado a su anhelado destino cuando unos inquietantes escalones de piedra aparecieron de la nada. Se percató un segundo demasiado tarde y tropezó de forma espectacular con el dobladillo de su vestido hasta precipitarse de bruces hacia delante. Delante de sus ojos pasaron imágenes de huesos rotos y cicatrices blanquecinas, pero se llevó la grata sorpresa de que algo cálido y sólido la agarrase antes de que cayera al suelo.

—Me ha salvado —dijo Georgiana con sumo dramatismo sin llegar a hacerse entender.

Su salvador soltó una breve y asombrada carcajada, y la ayudó a sentarse sobre los escalones con suavidad. Cuando tomó asiento a su lado, Georgiana entornó los ojos hacia la silueta medio iluminada por las lámparas y vio que no era otro que el señor

Hawksley.

—¡Es usted! —exclamó a voz en grito.

El hombre no supo con qué adecuada respuesta contestar a ese comentario y se limitó a dedicarle una sonrisa torcida. De cerca —y ella estaba muy cerca de él—, era innegablemente apuesto, aunque parecía muy cansado. Tenía las pestañas más maravillosas que ella hubiera visto nunca, y en la oscuridad el iris de sus ojos era casi negro. Que aquellos ojos se clavaran tan fijamente en ella la desarmaba, la verdad. Casi sintió ganas de taparse la cara, pero por suerte alguna parte de su cerebro concluyó que sería un gesto demencial.

Georgiana se dio cuenta de que llevaba un buen rato observándolo en silencio.

—¿Le está gustando la fiesta?

—¿Eh? Es… muy agradable —respondió el caballero, mirando en derredor como si no se hubiera percatado de que se encontraba en una fiesta. No tenía una voz entrecortada ni refinada como Jeremiah Russell; era grave y un poco áspera, como un raído terciopelo.

—Seguro que, en comparación con las fiestas a las que está usted acostumbrado, esta no es nada —dijo Georgiana por alguna razón —. Seguro que asiste a bailes organizados por la realeza prusiana, donde hacen carreras de cerdos y comen frutas exóticas y sirven gorriones rellenos de pollos rellenos de pavos.

—Los gorriones estarían en el centro —la corrigió sin alterarse—. No se puede meter un pavo dentro de un gorrión.

—Ah. —Georgiana se sintió estúpida—. Bueno, usted sabe más de eso, claro está. Seguro que tiene cincuenta acres y quince mil libras al año y una numerosa colección de sombreros de copa.

El señor Hawksley se removió incómodo. Georgiana abrió la boca de par en par.

—Tiene todo eso, ¿verdad? ¡Tiene cincuenta acres y quince mil

libras al año y casi el mismo número de sombreros!

—El número de sombreros que tengo no se acerca en absoluto a quince mil. A cincuenta, tal vez.

—Ah —repitió Georgiana.

Después de la confianza que le había proporcionado el arrebato inicial de adrenalina, no supo bien qué decir a continuación. Se preguntó si alguien habría sabido qué decir en un momento como aquel desde que el mundo era mundo. Al cabo de unos instantes, la inspiración hizo acto de presencia.

—Me llamo Georgiana Ellers —dijo con una mano tendida.

—Yo, Thomas Hawksley —respondió al agarrarle la mano—, aunque por lo visto mi reputación como aficionado a las carreras de cerdos me precede.

Si bien no había nada en absoluto clandestino en el breve beso que una recibía por parte de un hombre demasiado emocionado en un salón atestado —a menudo era un caballero que la doblaba en edad y que dejaba tras de sí un reguero de babas que había que limpiarse de inmediato con una cortina sin que nadie se diese cuenta—, sí que había algo intimísimo en el hecho de que un desconocido apuesto hasta decir basta le besara a una la mano en un jardín desierto, iluminado tan solo por el titilante destello de lámparas alejadas.

Por desgracia, el citado beso solo tuvo lugar en la acelerada imaginación de Georgiana. El señor Hawksley se limitó a aclararse la garganta antes de soltarle la mano como si la joven padeciera una enfermedad contagiosa.

—Lo siento. No sé qué me ha … —empezó a decir.

El hombre se había girado para contemplar el césped. Georgiana dio gracias por que no la viera con el intenso rubor que le teñía la piel. Se veía en clara desventaja al estar sentada junto a alguien que podía afirmar como si tal cosa que poseía casi cincuenta sombreros.

—Por aquí hay un sinfín de personas muy bien vestidas, ¿se ha fijado? —dijo Georgiana de pronto, y demasiado alto—. No parece

que nadie haya tenido que cepillar a un caballo, ni… ni… atarse los cordones de las botas. Es probable que piensen que los caballos se peinan a sí mismos con sus largas lenguas, como los gatos; y los cordones seguramente nunca han aparecido dentro de su campo visual. Es… probable que se limiten a anunciar que van a salir de la casa, y en algún punto cerca del suelo un criado hace algo que la vista apenas es capaz de captar y entonces… ¡alegría, ya están listos para marcharse!

Un silencio de cierta estupefacción siguió a su comentario, que en opinión de Georgiana era normal.

—A mí me gusta bastante cepillar a mi caballo —opinó el señor Hawksley—. Me resulta muy tranquilizador.

—Sí, claro que sí —saltó Georgiana sin miramientos—. Es muy tranquilizador cuando uno puede elegir si quiere o no cepillar a su caballo. Y sobre todo cuando, aunque decida que le apetece cepillarlo, es la única tarea doméstica del día, después de la cual puede sentarse junto al fuego para…, no sé, para beber un cubo de excelente brandi y darse palmadas en la espalda por haber trabajado mucho aquel día.

—Mmm. ¿A usted le gusta cepillar a los caballos, señorita Ellers? —le preguntó el señor Hawksley.

En algún punto de la breve conversación que habían mantenido, él parecía haberse relajado un poco, y ahora se inclinaba hacia delante con actitud despreocupada. Georgiana observó su mano, con que aquel caballero se peinaba el pelo en un acto reflejo, y a continuación apartó la mirada. Era una mano bastante bonita, pero no supo comprender la fuerza de las emociones que despertó en ella.

—Pues no. Mi tío tiene un hombre que se encarga.

—Ah, ya veo. En ese caso, se trata de una tendencia liberal puramente ideológica en lo que respecta a las políticas de cepillado de caballos, sin fundamento alguno en la realidad de su día a día, ¿no es así?

Georgiana no contestó. El señor Hawksley había acertado, pero ella no vio motivo alguno para hacérselo saber.

—Sé muy poco sobre usted, señorita Ellers. No sé de dónde es su familia ni dónde vive ni cómo ha llegado a asistir a una fiesta abarrotada de personas que parecen impresionarla tan poco… —Georgiana hizo amago de interrumpirlo, pero él prosiguió—: No voy a fingir que no comparto algunas de sus inquietudes hacia el resto de los invitados, pero me parece que debería preguntar a la gente si esconde aires de grandeza, o quizá mantener primero una educada conversación con ellos, antes de tildarlos como un todo infame.

El caballero se levantó. Georgiana no pudo sino sentir que había dicho algo inapropiado, pero en su estado mental actual era incapaz de averiguar qué. En realidad, no quería que la abandonara allí, no ahora que se le presentaba aquella posibilidad, pero no se le ocurrió nada que decir para impedir que se marchase.

—La dejaré tranquila, señorita Ellers. Creo que sus amigos la están buscando.

Georgiana se giró con torpeza y vio que Frances y Cecily salían del jardín ornamental, ambas susurrando bien alto su nombre sin parar.

—A propósito. Aunque nunca he presenciado una carrera de cerdos, sí que vi un día una carrera de patos. Fue una imagen bastante perturbadora. Les habían puesto gorritos en la cabeza.

Georgiana se volvió con una sonrisa y una respuesta a medio camino de los labios, pero el señor Hawksley ya se alejaba, proyectando una alargada sombra al andar por el camino en dirección a la fiesta.

Capítulo cuatro

Si bien la señora Burton no contaba con pruebas fehacientes de que su sobrina hubiese pasado la velada con una compañía indeseable e inmersa en actividades ilícitas —Georgiana había vuelto a encontrarse con su tía y con su tío a la respetabilísima hora de las diez de la noche—, rechazó la explicación de Georgiana de que simplemente había bebido demasiado champán y le soltó un sermón acerca del comportamiento adecuado de una señorita (y la importancia de las carabinas, del recato y de las presentaciones apropiadas) durante buena parte de la hora que tardaron en volver a casa en carruaje. Georgiana apoyó la frente en el descolorido interior del coche y procuró mostrarse inocente e intrigada, pero tan solo logró aparentar que estaba padeciendo una especie de incomodidad intestinal.

A la mañana siguiente, se despertó con la cabeza palpitante justo a tiempo de desayunar con su tía y su tío. La primera la saludó con alegría y entusiasmo, y a continuación entornó los ojos con suspicacia al ver a su sobrina poner una mueca de dolor.

Georgiana todavía desconocía qué era lo que contenía la pipa, pero obviamente no se trataba tan solo de tabaco. Nunca había visto a su tío encaminarse hacia las luces brillantes ni empezar a reírse de forma incontrolada cuando fumaba después de cenar, aunque debía admitir que una noche la había sorprendido al desabrocharse el primer botón del chaleco en un gesto indecente.

A la Georgiana que vivía con sus padres y que se pasaba los sábados por la noche reordenando sus libros por año de publicación le habría horrorizado por completo la idea de fumar sustancias misteriosas y alucinógenas con semidesconocidos, pero se estaba dando cuenta de que no tenía por qué seguir siendo aquella Georgiana. Quizá la nueva versión de sí misma —la que tuteaba a Frances Campbell y no perdía comba de sus amigos de la alta sociedad y era bienvenida de corazón en un círculo íntimo flanqueado por rosales— también era la clase de persona que se

comportaba como si aquello fuera tan normal y corriente como paladear una taza de té preparado con esmero.

Georgiana estaba comiendo de mala gana cuando Emmeline apareció para informarles de que tenía visita y alguien la esperaba en la puerta, una persona apuesta de pelo oscuro y un carruaje tan impresionante que, al parecer, justificaba que se explayara en su descripción.

—¡Santo Dios! Se trata de la señorita Campbell, ¿verdad? —exclamó a gritos la señora Burton mientras se llevaba las manos a la cara.

—La habrá oído —le siseó Georgiana.

El hecho de que Frances hubiera ido en su busca —que hubiese descubierto dónde vivía y que se hubiera molestado en dejarse caer por allí— la llenaba de una irracional emoción, que de inmediato le aceleró el corazón y le empapó las manos de sudor, pero en ese momento no tenía tiempo para eso.

Tuvo lugar un momentáneo y absurdo instante de pánico, durante el cual el instinto de la señora Burton la llevó a coger y esconder una porción de queso, mientras Georgiana se apresuraba a ponerse la capa y el sombrero. El señor Burton permaneció estoico y hierático, como una montaña en medio de un huracán. Georgiana salió por la puerta con un almuerzo metido de cualquier forma en una cesta para un pícnic antes de que su visitante pudiera echar un buen vistazo a la casa, ayudada en su empeño por la señora Burton, cuyas preocupaciones acerca del decoro de la señorita Campbell se veían sobrepasadas solamente por el miedo que sentía a que alguien de la posición de Frances atisbara el modesto y un tanto polvoriento interior de su hogar.

Georgiana lo comprendió. Por una vez, su tía y ella coincidían en el terror que les despertaba el polvo.

Frances mostró una educada perplejidad ante las prisas por alejarla de allí, pero aceptó el plan de un pícnic como si fuera una idea magnífica. Le pidió a su cochero que las llevara a un lugar recomendado por Georgiana, un meandro en el campo a diez

minutos de la casa siguiendo el estrecho y desigual camino. Georgiana a menudo había disfrutado de la soledad en ese enclave con un buen libro, una costumbre que la había hecho merecedora de un sermón de la señora Burton sobre «los males de leer al aire libre». Se instalaron a la sombra, sobre una alfombra que había salido de las profundidades del carruaje y que parecía importada de algún país exótico.

Frances estaba cansada pero contenta, apoyada de forma despreocupada sobre los codos, y Georgiana intentó imitarla, como si en aquel momento no le pasaran un millón de pensamientos por la cabeza, como si no estuviera tan emocionada por estar sentada debajo de un árbol con Frances que se sintió mal incluso.

—¿Qué tal fue el resto de la fiesta? —preguntó como si tal cosa, entornando los ojos cuando los intermitentes rayos del sol incidieron en ellos y le provocaron un dolor que le atravesó la cabeza. Descubrir que una conducta divertida pero cuestionable tenía consecuencias era muy decepcionante, rumió Georgiana.

—Fue maravillosa —respondió Frances mientras se quitaba los zapatos y las medias con elegancia. Todavía vestía las sedas verdes y doradas de la noche anterior, aunque ofrecían un aspecto un tanto arrugado. Se estiró como si fuera un gato y apoyó los pies en la hierba—. Jeremiah apenas podía apartarse de mí. La multitud se dispersó un poco después de medianoche, pero él y yo nos quedamos hablando hasta altas horas de la madrugada. He dormido en casa de Jane… Las medias son suyas. Un poco horteras para mi gusto.

Georgiana le ofreció a Frances un sándwich, que esta devoró de inmediato con gran afán.

—Espero que me pida matrimonio antes de que termine el verano —anunció entre bocado y bocado—. De verdad que ni siquiera el mismísimo Dios habría podido juntar, mediante intervención divina, a dos personas que encajen mejor que nosotros.

—Pero… ¿quieres decir que no estás prometida? —dijo Georgiana, con su propio sándwich a medio camino de su boca.

Había dado por sentado que Frances y Jeremiah estaban comprometidos por el modo en que se habían comportado, por la intimidad de que habían hecho gala. Georgiana no sabía qué diría Dios acerca de unas caricias eróticas antes del matrimonio, pero no se imaginaba que fuera nada bueno.

—Agárrate fuerte, Georgiana, porque te voy a dar una sorpresa que te llegará hasta la médula: no, no estamos prometidos. —Frances puso los ojos en blanco—. Ay, no me mires así. Me lo pedirá en cualquier momento. Debo decir que así me parece más fastidioso, pero la espera resulta bastante… deliciosa.

—Lo cierto es que te mira como si fueras algo que le gustaría comerse —dijo Georgiana. Frances le obsequió con su sonrisa más pícara.

—Dios, espero que lo haga —respondió, y Georgiana soltó una carcajada de sorpresa—. Oye, no soy la única que estuvo retozando en el jardín de Jane… Me han comentado que tú también hiciste contactos, Georgiana. La señorita Woodley te vio coqueteando con nuestro reservado señor Hawksley. ¿Sabes?, es una especie de enigma para nosotros… Pero eso no hace sino aumentar el deseo de las damas por él.

—¿Qué damas? —se interesó Georgiana mientras se alejaba de la boca el sándwich, intacto.

—Pues ya sabes —la desestimó Frances con un gesto de la mano—. Todas. Él las ignora a todas, pobres. Jeremiah también es un soltero codiciado, por supuesto. Muchas han intentado cazarlo y muchas han fracasado. Me muero por ver las tristes miradas de sus caritas cuando anunciemos nuestro compromiso. Pero, en fin, no cambies de tema: el señor Hawksley. Quiero conocer todos los sórdidos detalles.

—No hay gran cosa que contar —se sinceró Georgiana mientras se sacudía las migas de las faldas—. Tan solo hablamos… de la fiesta y de los invitados, y un poco de… caballos.

Mentía por omisión, pero no creía que Frances debiera saber hasta qué punto se había puesto en ridículo delante del señor Hawksley ni

conocer su insinuación de que alguien como Frances jamás entendería el concepto de un cordón de zapato. A fin de cuentas, había visto a su amiga desabrocharse los suyos, así que la balanza se inclinaba a favor del señor Hawksley.

Obviamente, era inevitable que hubiera sido objeto de atención por parte de las mujeres en el pasado: era un hombre rico y misterioso, y con unas pestañas parecidas a las de un ternero recién nacido. Aun así, a Georgiana le escocía, aunque racionalmente sabía que no tenía motivo alguno para sentir celos. Desconocía por qué la intrigaba tanto, pero por alguna razón deseaba congraciarse con aquel hombre.

Si era sincera consigo misma, no parecía una probabilidad demasiado factible, a no ser que el caballero sintiera cierta inclinación por los insultos dirigidos a su persona.

—Anoche Jeremiah y yo hablamos de él. ¿Sabías que vive aquí todo el año? No solo viene de vacaciones en verano, como los demás. Hace años lo veíamos muchísimo más, a menudo se encontraba entre los invitados a las fiestas, pero se esfumó por arte de magia y hace poco que ha reaparecido. Es probable que sea lo más interesante que haya hecho nunca, lo cual ya es significativo de por sí; creo que desde entonces no he llegado a mantener ni una conversación con él. Es verdad que su herencia es asombrosa, y sé que está a cargo de los negocios de su familia. Había algo… raro en su familia a lo que Jeremiah aludió, pero no entró en detalles porque…, en fin, porque se distrajo. —Sonrió, y Georgiana se preguntó qué habría hecho Frances para distraerlo—. El único problema es que tanta responsabilidad lo ha convertido en un tipo sumamente aburrido. Me temo que casarse con él sería como casarse con un palo de escoba con excelentes contactos.

—A mí me pareció soportable —dijo Georgiana, consciente de que él seguramente no opinaría lo mismo sobre ella.

—¿De veras? Bueno, cada cual a lo suyo. La verdad es que yo no me imagino instalándome en una casa y pasándome una vida de fiestas del brazo de alguien que siente tanta aversión por pasárselo bien. Apenas bebe, no fuma. Sus principales aficiones parecen ser crear incómodas pausas en una conversación y mirarse las manos. Es muy

educado, por supuesto, y amabilísimo. —Se estremeció de manera teatral.

Georgiana no comprendía por qué Frances se empeñaba en dejar tan mal parado al señor Hawksley. Quizá nunca se le había acercado tanto como para quedarse embelesada por sus pestañas.

—Tus amigas… son muy agradables —dijo, ansiosa por cambiar de tema, y acto seguido dio por fin un bocado a su comida.

—Ah, mis damas de honor —se rio Frances—. Jane es de trato difícil, pero buena chica. La conozco desde siempre, crecimos juntas. Me temo que con el paso del tiempo se ha vuelto más y más pesada. Por lo visto, hoy en día apenas disfruta de sus propias fiestas. Cecily es la monda. Es tan atractiva que da asco, cualquiera con ojos lo ve, pero no es precisamente… Bueno, digamos que no será la primera mujer en presidir el gobierno. Pero es una buena compañía, siempre está dispuesta a todo y tiene hermanos muy apuestos. Todos casados ya, claro está —dijo con un nostálgico suspiro—. Son todos tan altos y atractivos como ella. Pensé que el menor se interesaría por mí, pero su madre los ató con compromisos con muchachas londinenses de buena cuna en cuanto pudo.

—El señor Smith parece tenerte mucho cariño —se aventuró Georgiana—. ¿Él y tú nunca…?

Frances la miró con verdadera estupefacción, y luego echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¡Ay, Jonathan no! Pobre, no lo difames. Para mí es como un hermano; y no pretendo desconcertarte, Georgiana, pero no soy en absoluto su tipo. Un soltero consolidado a la avanzada edad de veintidós años.

Georgiana desconocía absolutamente a qué se refería su amiga y no consiguió mudar la expresión para fingir lo contrario.

—Siempre va con hombres, Georgiana. «Prohibidas las mujeres», como en los clubs de la ciudad.

—¡Ah! —exclamó Georgiana con el rostro sonrojado cuando al fin lo comprendió—. ¿Quieres decir que…?

—Estoy bastante segura de que la última vez que lo vi ayer se dirigía detrás del invernadero con uno de los espantosos amigos de Jeremiah —dijo enarcando una oscura ceja.

—Ah —musitó Georgiana de nuevo con la mente acelerada.

Ya había oído hablar antes de hombres como aquel —una no podía tener una noción básica de la literatura clásica griega sin llegar a conocer a un buen número de ellos—, pero que ella supiera jamás había conocido a uno en persona. El señor Smith no le había parecido ni peculiar ni maligno en absoluto; o, por lo menos, no más que el resto. De hecho, Georgiana se había abierto con él más que con los demás.

Imaginaba lo que diría su tía al respecto —al fin y al cabo, aquella conducta contravenía las leyes—, pero en cierto modo Georgiana pensó que le añadía cierto halo romántico. Estaba dispuesto a arriesgarlo todo, a violar la ley, por amor, o por lo que fuera que esas personas hiciesen exactamente detrás de los invernaderos.

Frances estaba complacida por haber conseguido sorprenderla. Georgiana se dio cuenta de que había malinterpretado la cercanía entre ambos, las constantes miradas de él por el jardín de rosas. No eran miradas de deseo, sino más bien de protección hacia su queridísima Franny.

—Tiene mucha suerte de que todos estemos tan acostumbrados a mirar hacia otro lado —añadió Frances—. De hecho, durante un tiempo fingimos estar juntos. Él intentaba librarse de las sospechas, y la gente nos creyó enseguida. La estratagema se fue al traste cuando unos cuantos de nosotros entramos en la sala de billar y lo encontramos totalmente desnudo junto a un aborrecible italiano en mi fiesta de cumpleaños. —Arrugó la nariz al recordarlo, y luego suspiró—. Christopher y él siempre están a punto de matarse el uno al otro. Si te digo la verdad, ojalá Jonathan se diera prisa y lo estrangulara con una de sus tristes corbatas. Christopher está tan absorto con su idea de ser un donjuán que no se ha dado cuenta de que todas las mujeres lo encuentran repulsivo. Sinceramente, ese

muchacho es el demonio reencarnado con trajes exquisitos. Solo lo toleramos porque tiene contactos espléndidos en lo que se refiere a procurarnos ciertos vicios que todos disfrutamos. Es primo segundo de Jane o algo así, y fue a la escuela con Jeremiah. No te metas en un carruaje a solas con él y no bebas nada que te dé que él no esté bebiendo. En realidad, ni siquiera si él se lo está bebiendo, pues es probable que a estas alturas haya desarrollado una resistencia a cincuenta tipos de veneno diferentes. —Georgiana debió de quedarse horrorizada, ya que Frances retrocedió un poco—. A ver, no es tan desagradable. Solo que a veces se vuelve loco… Pero eso nos pasa a todos, ¿no?

La noche más loca que Georgiana había experimentado nunca había terminado hacía tan solo catorce horas y se había debido por completo a Frances, pero asintió como si ella también protagonizara rumores por haber nadado medio desnuda en un estanque junto a un molino.

—No siempre somos solo los cinco, pero a veces la gente se salta algunas temporadas o termina casándose por accidente. Hasta el momento, este verano somos los únicos supervivientes. El año pasado éramos ocho, y casi prendimos fuego a la casa de veraneo de Henrietta King, así que un grupo más reducido seguramente sea lo mejor. Conocemos a docenas de personas, claro, y tenemos a los amigos de Jeremiah, pero creo que más vale contar con un grupo más pequeño de buenos amigos de verdad, ¿no?

—Sí, por supuesto —asintió Georgiana, con la esperanza de que no resultara evidente, por la expresión que lucía, que lo que más deseaba en el mundo era que ese cinco se convirtiera en seis. Estaba convencida de que podían expandirse para incluirla sin que por ello corrieran el riesgo de provocar un incendio.

—De hecho, mis padres valoraron la posibilidad de ir a otro lado para variar, pero yo insistí. En septiembre, Jeremiah regresará a Manchester y yo, a Londres. Como es evidente, recorrer doscientas millas en carruaje no hace que los sentimientos del corazón se fortalezcan, así que todo dependerá del verano. Pero ya tengo la sensación de que este pasará a la historia.

Una temporada que se extendía sombría delante de Georgiana

estaba transformándose ante sus ojos en una llena de promesas. Tal vez, pensó, la suya no tenía por qué ser una historia de monotonía y soledad, como había temido; tal vez, estaba destinada a hacer algo grande. Si cierta cantidad de faltas de decoro era el precio que debía pagar a cambio de ese algo, que así fuera.

No era necesario que Frances Campbell supiera que se había pasado todos los veranos anteriores jugando al ajedrez, leyendo a Chaucer a solas y apenas soñando con que hubiese otra forma de vivir. Frances y sus amigos eran ingeniosos y centelleantes y muy animados. Georgiana anhelaba ser una de ellos, que todo el mundo la viera en compañía de los Dugray, los Woodley y los Campbell, y encajar entre aquellas familias. Deseaba noches repletas de risas y excursiones alocadas e invitaciones que los Burton sencillamente no recibían. Deseaba que Frances le propusiera ir a su casa de Londres, deseaba una amistad que perdurase más allá de los escarceos veraniegos y que abarcara las fiestas de San Miguel y las Navidades. Y deseaba muy mucho asistir a fiestas con desconocidos de pelo cobrizo que se negaban a reírse ante los chistes picantes, poseían manos arrebatadoras y cepillaban a sus propios caballos por el mero placer de hacerlo.

—Siento mucho la aparición de mi madre la otra noche —dijo Frances antes de suspirar y hacerse con otro sándwich—. No siempre fue tan mojigata. Mi padre y ella organizaban las fiestas más increíbles. Él últimamente se ha portado como un canalla, siempre de viaje en el extranjero, y cuando está aquí los oyes desde cualquier rincón de la casa. La dicha marital, ya sabes.

—No fue nada, de verdad —terció Georgiana—. Si mi tía nos hubiera descubierto, me habría encerrado en el carruaje y me habría llevado de cabeza a un convento.

—Probablemente sería lo mejor para nosotras, George, para evitar que nos metiéramos en líos —dijo entre risas palmeándole la pierna a Georgiana con ganas.

Georgiana se ruborizó de placer por la complicidad y por el apodo, y entonces cogió otro sándwich para intentar esconderse detrás del pan, pero vio que la cesta estaba vacía.

—Ay, maldita sea, ¡me he comido todo tu almuerzo! —exclamó Frances—. Debes acompañarme a casa enseguida, y así te podremos dar de comer como Dios manda. Te gustará… Tenemos los perros más adorables y los caballos más bonitos de todo el condado. Mi padre parece coleccionarlos sin parar, aunque ya casi nunca los saca del establo. Podemos ir a dar una vuelta a caballo. A no ser, claro, que tengas otros planes…

Era obvio por su expresión que Frances había supuesto —correctamente— que Georgiana no tenía compromisos. Un instante de entendimiento pasó entre ambas. Georgiana se dio cuenta de que, aunque su nueva amiga no conocía los detalles de su vida anterior, no era tonta; era muy consciente de qué aportaba ella a esa relación y cuáles eran los aspectos en que Georgiana mostraba escasez. Si al día siguiente cortaba lazos con ella, tendría que pasarse el resto del verano, y quizá el resto de su vida, bordando pesadillas de colores pastel en el saloncito de la señora Burton, recordando los pocos días de gloria que había pasado en la inestimable compañía de la señorita Campbell.

Frances socializaba a sabiendas por debajo de su estatus. Georgiana no conseguía adivinar por qué, pero sabía cuál era su papel: aceptar y estar agradecida.

Y sí que estaba agradecida. Enormemente agradecida. Frances podía comerse todos los sándwiches día tras día siempre y cuando fueran amigas, y Georgiana no protestaría en absoluto.

—No. No tengo otros planes —dijo.

—Excelente —se alegró Frances con una sonrisa. Se levantó y le ofreció una mano a Georgiana—. Vamos, George. Quítate las botas. He visto un arroyo por allí y me muero por meter los pies en el agua.

Capítulo cinco

Las amables correcciones de la señora Burton eran casi tan insoportables como sus regañinas. Por lo general, era una mujer bastante tranquila, sin duda proclive a caer en exageraciones y preocuparse en lo que respectaba a fiestas y al decoro, pero era una persona de buen corazón y de buenas intenciones. En cuanto Georgiana regresó del pícnic, sin embargo, no tardó en dejarle claro que no aprobaba en absoluto su nueva amistad. No mostraba indicios de aflojar. El señor Burton, callado detrás del periódico, le permitió a su esposa seguir con el sermón.

—En cualquier otra circunstancia, te recomendaría establecer ese contacto, Georgiana, pero tu madre y tu padre me confiaron tu bienestar, y, si regresan de las vacaciones y se enteran de que circulan rumores acerca de las compañías que frecuentas, nunca me lo perdonaría.

—A no ser que hayan vendido la casa por accidente, no se han ido de vacaciones, tía —replicó Georgiana mientras colgaba la capa. Quiso dejar atrás a la señora Burton para dirigirse al tranquilo refugio de la biblioteca.

—¡Oh, no, de eso nada! Entiendo que deseas compañía, de verdad que sí, pero la señorita Campbell no es una elección apropiada. Ya te encontraré yo a alguien adecuado que sea capaz de cobijarte bajo su ala y mostrarte lo agradable que resulta nuestro barrio. Es obvio que con tus padres gozabas de mayor libertad, y supongo que no puedo culpar a mi hermana porque últimamente ha estado bastante distraída, pero eso se ha acabado.

Georgiana sentía tal necesidad de poner los ojos en blanco que, de hecho, le dolía la cabeza por resistirse. Se limitó a fijar la mirada en la espalda del señor Burton mientras se quitaba los guantes. Reparó en que la costura de la chaqueta estaba dándose de sí en el hombro. Su tía estaba en lo cierto al presuponer que su madre y su padre jamás prestaron especial atención a sus idas y venidas —es más, solían ocuparse de sus propios asuntos como si no tuvieran una hija

—, pero Georgiana se había acostumbrado a cierta libertad y de ninguna de las maneras le apetecía añadir a su día a día los sermones y las intromisiones de su tía. La señora Burton suspiró, chasqueó la lengua y cogió la correspondencia que había sobre la mesa. Al echarle un ojo, descubrió lo que andaba buscando y lo levantó triunfal.

—¡Ajá! ¡La señora Walters ha venido a la ciudad! La nieta de mi querida amiga, la señorita Walters, tiene tu edad. Veamos… Se llama Betty Walters, es una muchacha brillante con un gran talento para la caligrafía y para el bordado. Estaba viviendo con sus primos, pero ha venido para quedarse, quizá para siempre. Betty Walters sería una buena compañía. Voy a organizar un encuentro de inmediato.

—¡No haga tal cosa! —gritó Georgiana, incapaz de contenerse más —. Estoy convencida de que, en su opinión, la señorita Betty Walters es una muchacha brillante, y seguro que por esa misma razón es insulsa. No se me ocurre nada más atroz que pasar mi tiempo libre con alguien que destaca por su talento para la caligrafía y para el bordado. Sinceramente, si es lo único que ha podido argüir la señora Walters para recomendar a su nieta, bien podría haber dicho que tiene talento para inspirar y exhalar a intervalos regulares y sosegados.

La señora Burton farfulló algo, se sonrojó y vaciló. Abrió la boca para hablar y la cerró de nuevo, mirando al señor Burton en busca de ayuda. Las cejas de él habían aparecido desde el otro lado del periódico, y Georgiana supo que estaba frunciendo el ceño.

—Has ido demasiado lejos —exclamó la señora Burton al fin, antes de salir a toda prisa de la habitación en un remolino de faldas y exasperación. Georgiana notó cómo la culpa revoloteaba en su estómago al verla partir.

En la estancia se hizo el silencio durante unos instantes y entonces, para el asombro de Georgiana, el señor Burton bajó el periódico. Sentía tal aversión a los conflictos y a cualquier tipo de dramatismo que su sobrina se había imaginado que fingiría no haber oído ni una sola palabra de la conversación.

—Georgiana —dijo con voz firme, con un tono que ella solo oía muy de vez en cuando—, a veces sucede que uno se cree demasiado inteligente. Será mejor que utilices la cabeza para mejorar tu situación y la de quienes te rodean, y no para permitir que tu inteligencia se torne en crueldad.

Las hojas de periódico se abrieron y regresaron a su lugar, y Georgiana se quedó contemplándolas.

Dedujo que no había otra solución: en algún punto, iba a tener que compensar a la señora Burton aceptando pasar una tarde con la señorita Walters, una joven sobre la que ya se había formado la opinión —quizá injusta— de que era tan divertida como la sangría de un médico.

***

La señora Burton había decidido retirarle la palabra a Georgiana. De tanto en tanto le pedía a su esposo que le trasladara cierta información o alguna pregunta a su sobrina, pero, como el señor Burton era de naturaleza taciturna, las palabras casi nunca llegaban a su destino. Como consecuencia de ello, Georgiana se enteró cuando solo faltaba un día de que a los Burton y a ella los habían invitado a ir de excursión para aprovechar el buen tiempo del mes de junio, un pícnic con algunas de las familias que también vivían en las afueras de la ciudad.

La señora Burton ahora hablaba con cierta frecuencia con la cocinera, Marjorie, dado que no le dirigía la palabra a su sobrina, y así fue como Georgiana se enteró cuando merodeaba por uno de los pasillos de la casa. Escuchar a hurtadillas dio mayores frutos al oír a la señora Burton recitar quiénes iban a asistir al encuentro: vecinos y amigos que no eran en absoluto del interés de Georgiana, y por supuesto: «La señora Walters irá con su nieta; solo espero que ver cómo debería comportarse una joven dama despierte un poco de sentido común en cierta persona que últimamente ha sido terca como una mula».

Una parte muy infantil de Georgiana pensó en una dramática interrupción para reiniciar la disputa que mantenían, pero sabía que no iba a salir nada bueno de enojar todavía más a su tía. En todo

caso, debería resarcirse con la pobre Marjorie, que en un momento dado la había mirado a los ojos cuando su tía le daba la espalda y había imitado el gesto de colgarse de una soga para así dejar de oír otra queja acerca de la paja que cubría el tejado de un vecino.

Georgiana regresó a su habitación —tuvo que intentar cerrar la puerta tres veces, pues la madera se combaba junto al marco—, se desplomó sobre la silla delante del minúsculo escritorio junto a la ventana y suspiró. Iba a conocer a la señorita Walters en aquel pícnic. Iba a comportarse con perfecta educación y cordialidad. Pero no había motivos por los cuales no se le permitiera también disfrutar de alguna diversión de su elección.

Sin darse tiempo para pensarlo mejor y cambiar de opinión, Georgiana abrió el cajón del escritorio y hurgó para coger la pluma, el papel y la tinta que había hurtado de la planta inferior al ocurrírsele escribir a sus padres. Garabateó una apresurada nota dirigida a la señorita Frances Campbell y de inmediato fue a buscar a Emmeline para insistirle en que la enviaran sin demora.

Estaba claro que la señora Burton no podría enfadarse con ella si Frances aparecía de pronto en el pícnic por voluntad propia, y de ese modo Georgiana se ahorraría una buena parte de las inevitables e interminables conversaciones acerca de las ventajas de mantener una buena relación con la señorita Walters.

Unas pocas horas después de que la emoción inicial de la idea se hubiese disipado, Georgiana empezó a ponerse muy nerviosa y a recorrer la casa de un lado a otro para reordenar cosas, arrebatada. El mejor escenario posible era ya que Frances no se presentara y que no fuera más que una espantosa forma de perder un día soleado con compañía aburrida, porque, si Frances se presentaba, Georgiana ahora se imaginaba todos los desastres que podían ocurrir. Su amistad era todavía incipiente y sumamente frágil; un absurdo comentario de su tía acerca de las reparaciones de un puente quizá bastaba para que la estructura de su relación se viniese abajo.

***

Al día siguiente, salieron a media mañana hacia el vasto terreno de una finca propiedad de un joven conde llamado Haverton, que

frecuentaba muy poco su casa y había abierto sus cuidados jardines al público. Era la clase de día apacible sin una sola nube en el cielo, con la intensidad del sol de verano suavizada por una brisa ligera y fresca. La señora Burton había armado un buen espectáculo al disponer las mantas y sacar la comida del pícnic, pero, en cuanto todo hubo quedado colocado, Georgiana se fijó en que, para su sorpresa, la escena era agradable. Se habían reunido unas diez u once familias, y, mientras la gente comenzaba a hablar entre sí y las mujeres compartían las novedades y los chismes referidos a sus animales, sus hijos y sus maridos (en ese orden), ella se quedó a solas y disfrutó del trino de los pájaros y del olor de la hierba pisada y del suave murmullo de conversaciones que no requerían su participación. Las parejas pasaban a su lado cogidas del brazo y en el lago ornamental un grupo de cisnes agresivos se golpeaban unos a otros en la cabeza.

Frances no aparecería en el pícnic, se tranquilizó Georgiana; de hecho, Frances seguramente prefería que le dispararan en la cabeza a verse sentada sobre las mantas de caballo un tanto peludas de la señora Burton. No se imaginaba a la señorita Campbell manteniendo una cháchara anodina con los Burton acerca del clima, así como tampoco se imaginaba a su tía y a su tío aceptando una invitación para tomar drogas ilegales a escondidas entre los arbustos.

Georgiana sintió un enorme alivio al aceptar las circunstancias y se permitió soltar un ligero suspiro de placer, pero en ese momento vio a una joven rechoncha que se le acercaba a propósito, su brazo enlazado con el de una anciana, cuyo rostro lucía una mueca desagradable a pesar del día encantador.

La señorita Betty Walters, pues resultaba inevitable que se trataba de ella, era agradable y rolliza, con expresión un tanto plana y muy pálida. Las únicas zonas de su cuerpo que no estaban teñidas del color de la paja eran sus mejillas, que irradiaban un rosado rubor, y sus ojos, que eran azul claro. Sus labios sonreían, pero la mirada estaba embargada por el terror, como si esperara que aquel calmo pícnic fuera atacado en cualquier momento por una manada de lobos.

A pesar de la vehemencia con que se había opuesto a conocerla, en

su nuevo estado relajado Georgiana pensó que sería generoso por su parte concederle a la muchacha el beneficio de la duda. A fin de cuentas, por allí no había ninguna pluma ni agujas.

Curiosamente, la señora Burton olvidó que no le dirigía la palabra a su sobrina, y enseguida se dispuso a presentarlas con gran entusiasmo. La señorita Walters se sonrojó más todavía y se sentó al lado de Georgiana en una extraña postura, y acto seguido se instaló una pausa incómoda entre las presentes.

—¿Qué le parece… la barriada? —se interesó Georgiana para romper el silencio.

—¡Oh! ¡Es encantadora, sin duda! —exclamó Betty, casi boqueando por el evidente alivio que le causaba una pregunta que era capaz de responder—. Bueno, aún no he visitado la ciudad, pero tengo intención de hacerlo mañana. Es que en esta zona hay numerosos y preciosos caminos y jardines; dondequiera que pose la mirada, pienso en la maravillosa casa que se debe de alzar detrás de aquella verja o de ese camino de entrada tan bonito. Desde el carruaje no se ven demasiado las casas, por supuesto, pero a menudo se distingue su estatus por la calidad de la gravilla.

Georgiana se mordió el labio y agachó un poco la cabeza para que su sombrero le oscureciera la expresión, que no era especialmente amable.

—Sí —dijo en cuanto se hubo recompuesto—. Una gravilla espléndida, sin duda.

—Tengo curiosidad por saber…, sí, por saber de dónde sale esa gravilla, la verdad. Supongo que no aparece de forma natural en la tierra en fragmentos tan pequeños. Quizá sea… ¿como la arena de las playas? O quizá cogen una roca gigantesca y la golpean con mazos y hachas hasta que la hacen añicos. Ay, abuela… —En ese momento, su abuela levantó la vista de la conversación que mantenía con la señora Burton—. ¿Sabe de dónde se obtiene la gravilla?

—¿La gravilla, querida? —repitió la señora Walters, perpleja—. ¿La gravilla?

—Sí, sí, la gravilla. La gravilla de los caminos de entrada de las casas. Las piedrecitas y los guijarros, ya sabe.

—No me importa lo más mínimo —exclamó la señora Walters mientras se volvía hacia la señora Burton.

—¡Oh! De acuerdo. —Tras haber fracasado en añadir a su abuela a la conversación para que la rescatara, la señorita Walters parecía aterrorizada—. En cualquier caso, a menudo tiene unos colores preciosos. Todos los tonos posibles de gris y de blanco y de marrón…, y de un marrón más oscuro y más claro…

—Creo que tal vez hayamos agotado el tema de la gravilla —dijo Georgiana con firmeza, y se preguntó cuánto tiempo habría seguido Betty con su lista cromática de no haber intervenido ella—. ¿Ha asistido a muchas fiestas desde que llegó?

—¡Oh! Todavía no…, pero espero que pronto. Espero que muy pronto. Me encantan las fiestas. En mi casa organizamos reunioncitas muy alegres; hay comida y bebidas y bailes si tenemos suerte y todo el mundo se viste con sus mejores galas y… bailamos y comemos y bebemos. Creo que a veces ayuda beberse una copa, tal vez un poco de vino mezclado con agua, para así no ser tan consciente de la… Bueno, creo que así es más fácil conversar.

Georgiana no se imaginaba que ninguna cantidad de alcohol fuera a mejorar la habilidad para conversar de Betty. Por lo menos daba la sensación de que ella misma se sentía tan ridícula como la veía Georgiana. Ahora estaba más roja si cabe, al parecer mortificada al oír las cosas que salían por su propia boca.

Georgiana sabía que debería empatizar con los apuros de la muchacha, pero la señorita Walters lanzaba tales miradas de deseo y despedía tal necesidad tangible de encontrar su lugar que a ella le costaba muchísimo sostenerle la mirada. Eran prueba de ello sus puños apretados, el sudor que le perlaba la frente y la mueca pesarosa que puso nada más terminar de hablar. La incómoda verdad era que, de no haberse topado con Frances en los oscuros pasillos de la casa de los Gadforth, Georgiana también habría buscado a una amiga a la desesperada en aquel pícnic. Debía admitir que ella jamás se pondría en ridículo comentando sin parar

las virtudes de una bonita verja de entrada —esperaba de corazón dar una mejor primera impresión en general—, pero la falta de amistades de Betty, una cualidad que Georgiana y ella tal vez compartieran, la repelía tanto como un sarpullido. Mirar a aquella joven era como ver en un espejo su propia desesperación pasada, y Georgiana reaccionó con una ráfaga de repugnancia, como si aquella actitud fuera contagiosa.

La señorita Walters siguió hablando sin decir nada de peso, y Georgiana emitió algún que otro ruido evasivo cuando era necesario y procuró no dejar que el flujo constante de parloteo la distrajera de la gloria de aquel día. Se permitió observar el entorno, desde el vasto y cuidado césped hasta el lago, pasando por el vergel… y entonces se detuvo de pronto. Entre las ramas cargadas de frutos maduros, Georgiana vio un carruaje negro que le resultaba familiar, tirado por dos caballos relucientes. Mientras lo contemplaba, vio descender cinco siluetas de buen corte, con los brazos entrelazados y compartiendo bromas, con risotadas que eran audibles desde el lugar en que estaba ella sentada.

A no ser que Georgiana estuviese muy errada, Frances había desafiado toda razón y había decidido asistir a aquel modesto pícnic después de todo.

***

Georgiana no fue la única en llevarse una gran sorpresa al ver que Frances y sus amigos se dignaban a asistir a la reunión: todos los presentes empezaron a susurrar y a mascullar unos con otros en cuanto repararon en los recién llegados, que se dirigían hacia el pícnic. Georgiana se sintió tan torpe y sonrojada como la señorita Walters nada más ver cómo brincaban las cejas de Frances al inclinarse al oído de Jonathan y susurrarle algo al aproximarse hacia ella. Georgiana no tenía ni idea de por qué habían decidido venir; no sabía qué los había poseído para renunciar a una tarde que seguramente habrían pasado bebiendo alcohol de importación en sus vastos jardines o persiguiendo a plebeyos porque sí o haciendo cuanto hiciesen las personas extremadamente ricas para que transcurrieran las agradables horas de verano. Una cosa estaba clara: si Frances la veía hablando con Betty Walters, estaba sentenciada.

La señora Burton miraba de Frances a Georgiana con evidente sospecha, pero su sobrina lucía tal expresión de verdadero asombro en el rostro que a la mujer pareció satisfacerla saber que no había sido un plan urdido por la joven.

Los asistentes que estaban más cerca se levantaron para saludar a los recién llegados y, después de muchas reverencias e inclinaciones en su dirección, Frances y sus compañeros llegaron hasta el rincón del pícnic que ocupaban los Burton. Todos volvieron a sentarse de nuevo, pero Frances y sus amigos permanecieron en pie. Aquello dejó a Georgiana en una posición un tanto extraña. Como ella se había sentado y los demás no, tenía que alargar el cuello y taparse los ojos con una mano para mirar a los de Frances.

Qué metáfora tan desafortunada y tan tremendamente literal.

—Qué encuentro tan maravilloso, Georgiana —dijo Frances al reparar en la multitud congregada—. Nos disponíamos a salir de la ciudad, pero se nos ha ocurrido acercarnos a ver con qué se divierte la gente a este lado del puente.

—Oh, aquí disfrutamos de toda clase de cosas, por supuesto —terció la señora Burton, que parecía preocupada—. De la caza, los bailes, las cenas…, de dormir. De lo típico, de hecho.

Georgiana le lanzó a su tía una sonrisa de dolor. «Dormir», sin duda.

—Ah, seguro que sí —respondió Frances mirando a la señora Burton con una ceja enarcada.

Tenía una forma muy particular de sonreír que aparentaba ser casi sincera, pero que amenazaba con transformarse en una sonrisa de suficiencia en cualquier momento. Sus ojos a menudo brillaban con una alegría apenas oculta que no encajaba del todo con la situación, y a Georgiana le dio la sensación de que siempre se reía de una broma privada que solamente ella conocía.

El misterio de por qué Frances y sus amigos seguían de pie enseguida se resolvió. Aparecieron dos criados con sillas plegables y cojines, que instalaron con precisión militar. Solo se sentaron cuando pudieron colocarse a una segura distancia de los males de la

hierba y la tierra, cerniéndose sobre Georgiana y sobre los demás desde sus elevadas posiciones privilegiadas. Una gran cesta hizo acto de presencia y se descorchó y se sirvió el vino con ademán ostentoso antes de que los criados regresaran junto al carruaje para ocuparse de los caballos. La señorita Walters parecía muy impresionada; de hecho, estaba contemplando a los glamurosos recién llegados con transparente asombro. La señorita Woodley se dio cuenta y le dio un golpecito a la señorita Dugray, que resopló divertida.

Frances siguió charlando con la señora Burton, que al principio vaciló, pero enseguida se animó, pues la señorita Campbell estaba mostrando su versión más animada y encantadora. Georgiana contuvo las ganas de escuchar y optó por iniciar una conversación con Jonathan Smith y Christopher Crawley.

—Debo decir que me sorprende veros. No esperaba a Frances, y mucho menos me imaginaba que vendríais todos —dijo. Intentó sonar como si su repentina aparición hubiera sido una ligera sorpresa y no el motivo por el cual se clavaba las uñas tan fuerte en las palmas que seguramente se haría cicatrices de por vida.

—Ah, bueno, es que Franny va por libre —contestó el señor Smith mientras le servía una copa de vino a Georgiana y se la tendía—. Ella nos hace un gesto y todos la seguimos tambaleándonos como si fuéramos unos cachorros ciegos que siguen a su desmañada madre.

—O unos ratones —saltó el señor Crawley con tono amenazante. Aceptó la copa que le dieron y brindó con Georgiana—. Salud.

—Oh… Salud. —Después de aquel comentario, Georgiana consiguió alzar la copa con torpeza y bebió un sorbo mientras miraba hacia Frances, que le había puesto una mano en el brazo a la señora Burton como si fueran viejas amigas—. Bueno… Es difícil resistirse a ella.

—Lo cierto es que nunca nos aburrimos —asintió Jonathan, aunque su expresión en ese momento contradecía sus palabras en cierto modo—. A veces estamos a punto de acabar arrestados, pero nunca aburridos.

Georgiana se volvió hacia su tía en un santiamén para saber si lo había oído, pero se la encontró emitiendo una risotada un tanto nerviosa ante algo que le acababa de decir Frances. Si la señora Burton se congraciaba un poco con ella, quizá olvidaría todos los delitos de vulgaridad —los reales y los imaginados— y dejaría de ponerse tensa como una mujer con rumbo al patíbulo cada vez que Georgiana pronunciara el apellido Campbell.

Jane y Cecily se habían inmerso, para desgracia de ambas partes, en una conversación con la señorita Betty Walters; Jonathan y Christopher ahora discutían acerca del vino que habían escogido, así que Georgiana se inclinó para escucharlas con cierta aprensión. Al parecer, la señorita Woodley y la señorita Dugray habían alentado a Betty a hablar y se limitaban a dejarla proseguir. Sin que la guiaran ni la interrumpieran, esta última ganaba velocidad a un ritmo alarmante. Era como presenciar una escena en la que un carruaje está a punto de estrellarse: Georgiana no podía apartar la mirada.

—He oído hablar maravillas de sus familias, de las familias de ustedes dos, y de las espléndidas fiestas que organiza usted, señorita Woodley… Y a menudo me he preguntado si recibiría alguna invitación a una fiesta; no me estoy aprovechando ni estoy pidiendo que me invite, por supuesto, y no a una de sus fiestas en particular, sino a cualquier fiesta, a algo que se considere una fiesta… Tengo un vestido que guardo en caso de que se dé tal ocasión. Es rosa, pero no de un rosa estridente, aunque mi abuela a menudo dice que vestida de rosa parezco enfermiza, y es un tono parecido al de los cerdos. A mí me gustan los cerdos y no me importaría demasiado que me compararan con uno de esos animales, pero cuánto les gusta revolcarse en el barro y en los lodazales, y no me haría gracia que alguien me imaginara con lodo hasta el cuello, ¡ja! Me encanta la campiña, pero mi abuela cree que debería vivir cerca de la ciudad, en cuanto me haya acostumbrado, claro, y lo cierto es que tengo muchas ganas de…

Fue entonces cuando Georgiana la interrumpió, pues no soportaba seguir escuchando sus devaneos.

—Quizá, Betty, este no sea un buen momento para compararse con un cerdo, por más cariño que les tengas —le espetó sin

miramientos.

Fue la gota que colmó el vaso de la señorita Woodley y la señorita Dugray, que se echaron a reír, la señorita Dugray con las manos sobre la boca en un intento por detenerse. Betty, a quien Georgiana había pensado que era imposible herir, estaba dolida. Su expresión desolada se dirigía a Georgiana y no tanto a las demás, lo cual a esta le pareció un poco injusto. La muchacha resopló y se giró para hablar con su abuela.

Georgiana puso los ojos en blanco hacia Jane y Cecily, que seguían riendo sin control. Había planeado una misión de rescate, no una de asesinato.

Frances se separó de la señora Burton y acercó la silla a los demás. A continuación, se inclinó hacia delante para que no la oyeran.

—Tu tía es desternillante —le dijo con voz confidencial mientras aceptaba una nueva copa de vino de Jonathan después de haber vaciado ya la primera—. Sería imposible que elogiara más a la señorita Betty Walters. Parece estar un tanto enamoriscada de ella. De no ser una locura, te diría que intenta conseguir para ti un enlace profano.

Georgiana se rio y se cubrió los labios con una mano.

—Calla, Frances, no me pongas en ridículo… La muchacha en cuestión está sentada justo allí —susurró señalando hacia Betty con la cabeza.

—¿De veras? —dijo Frances con las cejas enarcadas y sin molestarse en bajar la voz—. Dios, no sé qué pensar de su vestido, George. Y debe de tener por lo menos tres o cuatro años más que tú. Espero que sea enormemente rica e instruida, y que procure ser un marido de lo más servicial y atento.

—Oh, no dudo de que sería una fuente inagotable de diversión —se sumó Jane con gesto burlón—. Hace poco nos estaba contando con cuánta frecuencia la han confundido con un gorrino.

Aquello fue demasiado para Cecily, que comenzó a reírse a

carcajadas de nuevo. Fue lo que activó a las demás, incluida a Georgiana, que intentaba controlarse y se arriesgó a mirar hacia la espalda de la señorita Walters.

No estaba segura, pero creyó detectar que la postura de Betty se volvía un poco más rígida al oír su alborozo.

Jonathan y Christopher las entretuvieron durante un rato con la historia de gran libertinaje de una fiesta de unas semanas atrás a la que ninguna de ellas había asistido. No dejaron de interrumpirse el uno al otro, de disentir acerca de los detalles de quién había empujado exactamente a quién hacia el estanque de los peces. El relato se narró con voces graves y conspiratorias, y estuvo salpicado de exclamaciones y de risitas contenidas de las jóvenes.

Al cabo de poco, Frances miró en derredor, inquieta, y anunció que debían marcharse a otro compromiso. Georgiana sintió una punzada de deseo al preguntarse adónde se dirigirían y cuán maravilloso sería formar parte de su círculo.

Cuando se pusieron en pie, lánguidos, y el vino y las sillas regresaron al interior del carruaje, la señora Burton reparó en que iban a marcharse y se acercó a hablar con Frances, arrastrando con ella al señor Burton.

—Ha sido un placer conocerla como es debido, señorita Campbell. Deles recuerdos a sus padres de mi parte. Me encantaría conocerlos.

—¡Por supuesto, vengan todos a Longview! —exclamó Frances aferrando la mano de la señora Burton como si estuviera extasiada —. Un placer, señora Burton, un placer.

La señora Burton estaba tan complacida de verdad como la señorita Campbell de mentira. Cuando ya hacía un buen rato que se habían despedido y que habían perdido de vista el elegante carruaje, Georgiana siguió escuchando con educación cómo su tía les contaba la conversación que habían mantenido y perdonaba con creces a su amiga de todas las faltas y de las malas conductas de que había sido objeto la joven con anterioridad.

—Ha sido muy amable, muy amable, sin duda. Con esa familia

suya, ¡cómo no lo iba a ser! Creo que la han tratado injustamente, pues ahora me cuesta imaginar que los rumores que he oído sobre su comportamiento puedan ser ciertos. Me ha hablado de sus padres, sobre todo de su padre, con una historia de riquezas… Ay, espero que nos inviten a cenar, Georgiana. La señorita Campbell parecía muy segura de que lo harían. ¡Qué familia tan fantástica! Qué muchacha tan fantástica.

Georgiana prefirió no sacar a colación la rapidez con que su tía había cambiado de opinión, así que se limitó a asentir con educación cuando era necesario, mientras por dentro bailaba una giga.

En cuanto el pícnic llegó a su fin y todos subieron a sus respectivos carruajes, Georgiana se quedó bastante satisfecha con cómo se había desarrollado el día al final.

La única contrariedad apareció cuando se acomodó en el asiento, junto a un señor Burton un tanto quemado por el sol, y se giró para echar un último vistazo a la zona, bañada por la dorada luz del sol de la tarde.

Entre los rezagados atisbó brevemente el rostro sonrojado y mojado de lágrimas de la señorita Betty Walters.

Capítulo seis

Al día siguiente llegó una nota que invitaba a Georgiana a ir el viernes a casa de los Campbell. La invitación no era extensible a su tía y a su tío, pero la señora Burton se lo tomó sorprendentemente bien y le dio permiso a Georgiana de inmediato. Le pareció que aceptarla no haría sino incrementar la posibilidad de que en el futuro próximo la invitaran también a ella. Georgiana consideró que su tía hacía castillos en el aire, pero admiró su optimismo.

Emmeline la ayudó a empaquetar sus cuatro mejores vestidos.

—¿Cuatro? —exclamó la señora Burton, espantada, en cuanto vio el baúl—. ¿Cuatro vestidos para una sola noche? ¿Qué pretendes hacer con los dos primeros?, ¿bañarte con ellos puestos?

Georgiana se puso en camino a primera hora del viernes por la mañana, ansiosa por llegar a su destino con todo el día por delante. Estaba tan nerviosa, tan incapaz de quedarse quieta en el asiento, que al final se sentó encima de las manos para evitar que la metieran en un lío. Le costaba creer que fuera una invitada de lord y *lady* Campbell; si no tuviese la nota delante de sus narices, si no la hubiera leído y releído mil veces y si no acabara de comprobar su contenido al acercarse a la casa a la que la habían invitado sin confusión y no supiese que no había malinterpretado una broma trivial o una carta que le pedía que hiciera el favor de no ir de visita, no se lo habría creído.

Longview era tan increíble como todo el mundo aseguraba. La finca se encontraba en dirección norte desde la ciudad y se alzaba en lo alto de una colina que ofrecía las magníficas vistas que daban nombre a la casa. El terreno era vasto y laberíntico, los jardines próximos a la casa estaban podados a la perfección y Georgiana no imaginaba un mejor lugar para sentarse a leer que junto al lago natural que dejaron atrás al tomar el camino de entrada. La casa en sí misma era majestuosa e intimidante. Parecía estar tan integrada en el paisaje que la rodeaba que Georgiana pensó que debía de encontrarse allí por lo menos desde que el mundo era mundo.

Estaba enlucida con piedras de un pálido dorado con la fachada llena de amplios ventanales que resplandecían bajo la luz del sol de primera hora de la mañana.

Era totalmente lógico que aquella casa hubiera creado a Frances Campbell.

Cuando Georgiana bajó del carruaje, la puerta principal se abrió. Frances apareció entonces para darle la bienvenida. No vestía nada más que un salto de cama con unos curiosos adornos, y sus rizos oscuros pendían libres sobre sus hombros. El cochero de su tío apartó la mirada, sonrojado, al transportar el baúl de Georgiana hasta la puerta.

—¡George! ¡Has venido! —exclamó—. Has conseguido recorrer el caminito de entrada y todo, ¡qué lista eres!

—¿Acaso tus padres no están en casa? —preguntó Georgiana, hecha un manojo de nervios, mirando detrás de Frances como si esperara que aparecieran junto a la puerta con saltos de cama a juego con el de ella.

—¡No! Dios, ¿no te lo dije? Están fuera. La casa está vacía. ¡Es toda nuestra!

Georgiana no la habría descrito como *vacía*. Frances le pasó un brazo por los hombros y la guio al interior, por donde se cruzaron al menos con una docena de criados que iban del gigantesco vestíbulo de mármol a la habitación de invitados que le habían preparado. Era un dormitorio enorme, de techo altísimo, amueblado con una adornada cama con dosel, mesitas de noche con incrustaciones de nácar y numerosos retratos de familiares de mirada adusta y sus perros de mirada más adusta aún. Georgiana nunca había estado en un cuarto tan ostentoso. Podría haber montado a caballo por allí con toda comodidad.

Una doncella vació el baúl por ella y aceptó la necesidad de cuatro vestidos sin cuestionárselo, y Frances dejó que Georgiana se «refrescara» por su cuenta. La persona que le devolvía una nerviosa mirada en el doradísimo espejo parecía una muchacha insípida y recatada, vestida y preparada para cualquiera de las emocionantes

aventuras que podían tener lugar en el interior de una iglesia o de un convento particularmente animado. En ese momento, no había nada que hacer al respecto, resolvió Georgiana. Iba a tener que ponerse suficientes conjuntos para las dos.

Casi se perdió al dirigirse hacia el jardín y tuvo que pedirles indicaciones a numerosos criados de expresión aburrida. Cuando al fin llegó, vio a Frances muy cómoda en uno de los dos divanes de terciopelo que obviamente habían sacado afuera por petición suya. Tenía los ojos cerrados y fumaba con una pipa. La escena parecía sacada de un cuadro erótico.

Georgiana se había preparado mentalmente para una visita repleta de puritanas tazas de té por la tarde y cenas formalísimas. Había ensayado frases ingeniosas y opiniones acerca de varios temas para impresionar a los Campbell con su agudeza y su encanto espontáneos. Había llegado incluso a escribir una lista de sus obras preferidas de la literatura, la música y el arte, ya que cuando le preguntaban al respecto siempre se quedaba en blanco, como si en la vida hubiera leído más que un folleto ni oído más que una flauta.

Sintió un gran alivio al ver desplegarse ante ella la realidad mucho más informal de su visita. Aceptó una calada de la pipa de Frances y una copa de vino cuando se la ofrecieron, se quitó los zapatos y se tumbó en el otro diván.

—George, George, esto es vida —dijo Frances con un suspiro de felicidad—. ¿Sabes? Hace tiempo, durante una desventurada visita a Brighton, me enamorisqué de un muchacho que precisamente se llamaba George. Era muy expresivo. Se creía el próximo Lord Byron. Me escribió un poema. Era espantoso, creo que me comparaba con una paloma torcaz, pero le aseguré que lo guardaría para siempre como oro en paño. Lo que sí que guardaré para siempre como oro en paño es el maravilloso y obsceno espectáculo que formaron sus apretados bombachos al inclinarse a recoger mi pañuelo del suelo. —Georgiana soltó una sonora carcajada sobre la copa de vino—. ¿Qué me dices de ti, George? Detecto deseos ocultos en las profundidades de tus hoyuelos. ¿Te ha corrompido algún bruto en secreto? ¿O jamás has admirado el bello paisaje de un caballero que se retira?

—Nadie está tan corrupto como tú con ese ojo particular para los bombachos ceñidos de un hombre —dijo Georgiana, y Frances le lanzó una mirada libertina.

—No eludas la pregunta, George. Debes entretenerme.

Georgiana pensó en inventarse un pasado romántico más intrigante con aventuras ilícitas y contactos perdidos con dramatismo, pero no contaba con el empaque necesario para lograr que no parecieran historias extraídas de su colección de novelas de amor.

—Si te digo la verdad, no ha habido nadie. Mis padres estaban demasiado ocupados como para prestar atención a esas cuestiones, así que no alentaron mis emociones en ninguna dirección en particular. Cuando tenía diecisiete años, creí que me gustaba alguien. Por lo menos, intenté convencerme. Se llamaba Patrick Elliott. Era el hijo de un buen amigo de mi padre, por lo que nos visitaba a menudo, y creí que la proximidad conllevaría sin duda familiaridad y cariño, supongo que del mismo modo en que una se encariña de un perro o… o de un sombrero. También tenía algo de dinero, el suficiente para vivir con comodidad, pero me temo que ahí era donde terminaba de forma abrupta su lista de atributos encomiables. Sus padres, que deseaban unirnos, lo animaron, y Patrick empezó a regalarme pomposos ramos de flores casi todas las mañanas. —Georgiana se estremeció al recordarlo y apretó los dedos con que sujetaba la copa de vino—. En cuanto se puso serio y ansioso, me di cuenta de que no deseaba estar con él. De hecho, empezó a repugnarme. Buscaba una excusa para marcharme de donde estuviera cuando se me acercaba. Me escondí, me escondí físicamente, debajo del banco de una iglesia para que no me viera, y luego reparé en que debió de haber visto la punta de mi sombrero en todo momento, por supuesto. Al final, interpretó las señales.

—Ay, qué malvada —exclamó Frances—. Seguro que lo dejaste devastado. ¡Son auténticos cachorritos! Me asombra que la gente llegue a casarse, de verdad. La mayoría de los hombres creen que dirigirte un asentimiento de saludo un poco más pronunciado que el que dedican a otra joven es el *summum* del romanticismo. Y, más allá de tanta bravata, no tienen nada. No saben manejar una espada, no saben manejar a una mujer. Si te soy sincera, nunca pensé que yo llegaría a casarme. Me imaginé siendo una rica y

excéntrica solterona, ya sabes, de esas que organizan cenas extravagantes con acróbatas y tragafuegos, rodeada de mujeres en la misma situación que yo, mimando a todos los hijos de mi hermana por Navidad. Y eso era lo que les decía a mis padres, para su gran desazón. Pero el verano pasado Jeremiah empezó a resultarme muy atractivo y…, bueno, creo que es perfecto para mí.

Se estiró con placer antes de echar un vistazo al vestido, al sombrero y a los guantes de Georgiana.

—Ay, George, ni siquiera te veo bien vestida para ir a cenar con los Campbell. —Juntó las manos—. Ven, bebamos un poco de vino e iremos a buscarte algo más apropiado que ponerte.

Guio a Georgiana al interior a través de interminables pasillos panelados, y subieron las escaleras hacia su propio vestidor, donde cogió otra bata como la que ella llevaba.

—Son francesas. Un botín de guerra, supongo. ¿Verdad que son horrorosas?

Tan solo se quedó satisfecha cuando Georgiana se había puesto exactamente el mismo salto de cama que ella, aunque en el último minuto adornó el cuello de las dos con largos collares. Georgiana pensó que con el valor de aquellas joyas se podría pagar varias veces el precio de la casa de los Burton.

—¿Ves? Ahora estás tan preparada para acostarte con un hombre como para bañarte en el lago en cuestión de segundos —se alegró Frances mientras se le acercaba para atarle la bata a Georgiana, y a continuación le pellizcó la mejilla con fuerza.

Georgiana deseaba de todo corazón que fuera una broma, tanto lo primero como lo segundo. Por caliente que estuviese, el agua verduzca del lago no resultaba especialmente tentadora, y hacía poco había leído que casi todas las masas de agua de Inglaterra estaban anegadas de anguilas. En cuando a lo de acostarse con un hombre, en fin…

Preferiría enfrentarse a las anguilas.

Pasaron el resto de la mañana muy gratamente, estimuladas por las interminables provisiones de alcohol de primera calidad de Frances. Todo parecía moverse con mucha lentitud: la brisa que zarandeaba los adules plateados, el modo en que se dispersaban los jirones de nubes y la misma Frances, que se inclinó demasiado al borde del diván al contar una divertida historia sobre la institutriz de su niñez y cayó con bastante elegancia sobre la hierba. No se molestó en levantarse. Cuando ya era cerca de la una del mediodía, un criado con pose impecable salió de la casa para murmurar algo al oído de Frances.

—¡El almuerzo! Ay, casi lo olvidaba. Jonathan vendrá a almorzar.

Cuando Georgiana intentó erguirse, medio dormida, con la intención de ir a la casa y vestirse, Frances le dijo que no se preocupara; por tanto, Georgiana se quedó donde estaba intentando arrebujarse en la bata lo mejor posible para salvaguardar cuanto quedase de su recato. Los criados sacaron sillas y una mesa, desplegaron un mantel como si de una vela de barco se tratara y dispusieron tres platos con cubiertos de plata pulida sin alterar la expresión en lo más mínimo, como si fuera completamente anodino organizar un banquete en el césped a medio camino de la desnudez.

—¿No se lo contarán a tus padres? —le preguntó Georgiana, nerviosa, en cuanto hubieron colocado ante ellas el último objeto de fina porcelana.

—¡Ja! No, de ninguna de las maneras —dijo Frances mientras servía más vino—. No porque yo les dé miedo, como comprenderás. No soy en absoluto una tirana despreciable. Es que no se atreverían a molestar a mis padres con esas trivialidades. Ya hay suficientes desavenencias en casa como para añadir quejas acerca de mi vestuario o el hecho de que me gusta comer al fresco.

Georgiana no imaginaba qué clase de desavenencias habría en una casa tan grande cuyos habitantes podían pasar una semana sin verse unos a otros, pero no consideró educado preguntarlo. Al cabo de unos instantes, llegó Jonathan.

—¿Os he interrumpido en pleno arrebato de pasión o acaso acabáis de levantaros? —dijo al sentarse a la mesa junto a ellas, mientras se

quitaba la chaqueta de color crema y la corbata de inmediato. Desprendía un halo de glamuroso cansancio, con círculos oscuros debajo de los ojos y el pelo un tanto despeinado. Enseguida extrajo una pipa y la encendió.

—Ah, no es para tanto —lo tranquilizó Frances.

—Es peor —saltó Georgiana con gravedad—. No deberías burlarte de nosotras por nuestro estado de desnudez, señor Smith, pues acabas de perderte un incidente que nos ha hecho temer por nuestras vidas.

—¿De veras? —se interesó Frances. Vertió una única gota de vino sobre el níveo mantel y se la quedó mirando con el ceño fruncido.

—Lo ha olvidado por la conmoción, ya lo ves —asintió Georgiana, inclinada hacia Jonathan—. Estábamos encendiendo velas (para rezar, claro está) cuando ¡el vestido de la señorita Campbell se ha incendiado! Yo me he quitado el mío para repeler las llamas. Ay, los dos han quedado reducidos a cenizas. Una absoluta lástima, pero como ves ha sido totalmente inevitable. Y así es como estamos ahora.

—Si vosotras no rezáis por vuestras almas, alguien debería hacerlo, sin duda —terció Jonathan con una sonrisilla mientras se pasaba una mano por el pelo—. Franny, hemos echado a perder a esta muchacha. La semana pasada era tan joven, tan ingenua…, tan llena de esperanza.

—La semana pasada, sí —dijo Georgiana.

—No la hemos echado a perder, es solo que ahora es un poco…, no sé, descarada. —Frances le guiñó un ojo a Georgiana.

Comieron un banquete de cuatro platos bajo la sombra de los parasoles que Jonathan pidió traer a los criados —«Para preservar mis rasgos de porcelana por el bien de la plebe»— y, a la larga, la conversación derivó en Jeremiah Russell.

—Sé que Christopher es un sinvergüenza, pero creo que no erraba del todo en lo que dijo acerca de Kitty Fathering —comentó

Jonathan mientras devoraban unas decadentes natillas—. La otra noche fui a jugar unas cuantas rondas con su hermano, que se refirió a una espantosa trastada que provocó la partida de Kitty para quedarse con unos amigos en la campiña. Ya sabes cómo es, un tipo que hace gala de un honor militar, así que no añadió nada más, pero el verano pasado la vieron muy a menudo con Jeremiah.

—Bueno, ten por seguro que me doy por avisada —dijo Frances con un tono un poco peligroso—. Si crees que soy tan estúpida como Kitty, Jonathan, deberás de pensar que es un milagro que sea capaz de enlazar tantas palabras para formar frases.

—No seas así, Franny. Me refiero a que…

—Sé perfectamente a qué te refieres, y no necesito tus veladas advertencias. Tus celos son ruines, Jonathan. No eres mi hermano, y no necesito protección, por lo que no es necesario que me traslades estas sandeces. Además, Jeremiah está perdidamente enamorado de mí. ¡Es casi vergonzoso! Todo el mundo lo ve. Tú lo ves, ¿verdad que sí, George?

Georgiana asintió con la boca llena de natillas.

—Eres intolerable. —Jonathan suspiró.

—Ya lo sé —dijo Frances con una sonrisa. Su voz se había animado de pronto—. Pero tú me toleras. Ojalá fueras mi hermano, sabes que me encantaría. Quizá lo seas… Quizá seas el resultado de una aventura de mi padre con alguna bella extranjera. Tal vez te escondieron en secreto y creciste alejado de mí. ¡Qué maravilloso sería que, después de tanto tiempo, nos hubiéramos encontrado! Seguro que en algún lugar tengo medio relicario que encajaría a la perfección con uno tuyo.

—Sería maravilloso, sin duda. Sobre todo porque, de ser así, anunciaré que tu padre es el mío cuando flaquee su salud, heredaré Longview y te daré la espalda para que vivas en la calle como la ramera que eres.

—Me gustará ver cómo lo intentas —saltó Frances señalándolo con la cuchara como si de un siniestro puñal se tratara, aunque era

evidente que todo volvía a estar bien entre ambos.

***

Más tarde, después de que hubieran bebido mucho y hablado poco durante un buen rato, Frances suplicó a sus invitados que la acompañaran hasta el lago para refrescarse. A Georgiana le pareció mejor quedarse en tierra firme después de haber ingerido tanta cantidad de vino y Jonathan se limitó a enarcar una ceja y a no moverse de su sitio. Frances se encogió de hombros, se quitó el salto de cama y se zambulló hasta la cintura, entre gritos y chapoteos.

De mala gana, Jonathan le pasó su propia chaqueta por encima de los hombros cuando ella salió del agua para así salvaguardar su recato. Georgiana intentó no mirar, pero no lo logró; a Frances no pareció importarle lo más mínimo: les lanzó a ambos una suave lluvia de gotas de agua, con lo cual Jonathan soltó unas impresionantes maldiciones y amenazó con ahogarla. Se tumbaron sobre la hierba mientras Frances se secaba, Jonathan situado entre las dos muchachas, contemplando cómo las nubes se apresuraban por el cielo empujadas por el viento que se levantaba.

—¿Creéis en el amor verdadero? —inquirió Frances, y giró la cabeza hacia Jonathan para mirarlo con los ojos entornados.

—Yo creo que el dinero, la buena cuna y una dentadura estupenda pueden conquistarlo todo —respondió sin demasiada convicción.

—Santo Dios, Jonathan, qué romántico —terció Georgiana con la nariz arrugada—. Deberías escribir un libro.

—Algunos de nosotros no podemos permitirnos ser románticos —dijo sin rodeos.

Frances le agarró la mano. Georgiana dudó unos instantes, pero el vino ganó la partida, y terminó cogiéndole la otra.

—De todos modos, ya hemos encontrado el amor verdadero, amigo mío. Lo tienes justo delante —dijo Frances apretándole la mano con firmeza—. Y, además, si la situación se convierte en un infierno, estoy convencida de que George se casará contigo. No tiene nada

que perder. Sin ánimo de ofender, Georgiana.

***

Cuando los últimos largos dedos del sol de verano comenzaron a retirarse, Jonathan se disculpó y se marchó. Frances y Georgiana le gritaron de todo para que se quedara («¡Haremos lo que sea! ¡Te daremos nuestras fortunas!», «¡Nuestro vino!», «¡Nuestros suaves e inocentes cuerpos!»). Como Frances estaba demasiado fría y húmeda para permanecer en el exterior, se encaminaron hacia la chimenea de uno de los numerosos salones de la casa de los Campbell y jugaron a una emocionante partida de ajedrez cuyas normas fue inventándose Frances a medida que avanzaban. Insistía en que «los caballos pueden saltar por encima de quienes quieran y en cualquier dirección. ¿Acaso no has visto nunca a un caballo, George?» cuando oyeron alboroto en el vestíbulo, gritos y el ruido de las garras de los perros al arañar el suelo de mármol, y vieron a criados corriendo al otro lado de la puerta abierta del salón.

Frances apretó los labios en un gesto de desdén.

—Que haya pánico en los pasillos solo puede significar una cosa: el regreso de nuestro señor feudal. Maldita sea. No debían regresar hasta mañana. Rápido, si subimos por las escaleras del fondo evitaremos preguntas difíciles sobre…

Las señaló a ambas, agarró la botella de jerez que habían estado bebiendo y echó a correr por la estancia con Georgiana pisándole los talones. Llegaron a la planta de arriba sin problemas. Frances le indicó a Georgiana que se vistiera enseguida para presentarse de modo respetable y desear buenas noches, y acto seguido se dirigió a toda prisa hacia su dormitorio de las profundidades de la casa.

Mientras Georgiana se ponía la ropa e intentaba recolocarse las horquillas en el pelo, luchando contra los dedos torpes por el alcohol, de pronto oyó voces por entre la puerta medio abierta. Sin temor a equivocarse, reconoció a lord y a *lady* Campbell. Georgiana se quedó paralizada en una postura cómica, a la escucha. Le pareció que se encontraban en las escaleras del vestíbulo principal, las escaleras que subieron hasta pasar por delante de la habitación de invitados. Lord Campbell gritaba algo con voz dura y furiosa, y

Georgiana no pudo evitar prestar atención.

—No soy idiota. No permitiré aparentar ser un idiota —gruñó con una gravedad que a la muchacha le congeló la sangre—. No vas a volver a desautorizarme delante de mis socios.

—Te pido disculpas —le dijo *lady* Campbell con frialdad.

—¿Me pides disculpas? Debes hacer algo mejor que pedir disculpas, Joanna… ¡Debes enmendar la situación! ¿Sabes a qué ridículo me presté cuando me casé contigo? ¿Sabes el reducido número de hombres de buen nombre que se habrían puesto en mi situación?

—Sí —dijo la madre de Frances—. Sí, creo que lo has dejado bastante claro.

—Lo hice por ti, Joanna, por nosotros… ¡Que Dios me asista! Creía que comprendías en qué posición tan precaria me ponía eso… Y así es como me lo pagas, después de todo lo que te he dado. ¿No he sido un buen marido? —La voz de lord Campbell se suavizó momentáneamente, como si le rogara que entrase en razón, pero al tomar la palabra de nuevo casi siseaba las palabras—. Sabes de sobra que tu comportamiento ha sido indigno de ti. Sin duda, ha sido indigno de mí. Todo el mundo se ha reído de ti, Joanna. Y por extensión… Por extensión, de mí.

Lady Campbell no respondió nada que Georgiana pudiese oír.

—¿Me estás escuchando? ¡Contéstame, pues! Antes has hablado sin parar… ¡Di algo, mujer!

No contestó. En cambio, se oyó algo grande y pesado que golpeaba una superficie inamovible, un objeto de porcelana que se hacía añicos tan de pronto y con tanta potencia que Georgiana se encogió como si hubiera sido ella la que había roto lo que se había estrellado. Oyó rápidos pasos sobre el suelo de mármol, y a continuación se hizo el silencio, interrumpido solo por los gimoteos de un perro a lo lejos.

Georgiana apenas se atrevió a moverse, pero de repente le apetecía estar lo más lejos posible de lo que acababa de suceder, como si la

furia y la violencia fuesen a alcanzarla a ella también. Salió de la habitación en silencio para ir en busca de Frances, si bien ya era consciente de que no era necesario que su amiga supiera lo que acababa de oír.

Pero Frances estaba apoyada en la pared fuera del dormitorio de invitados, todavía con el salto de cama, con los ojos cerrados. Los abrió al percibir que Georgiana se acercaba y la miró sin decir nada. Georgiana notó las náuseas que subían por su garganta al quedarse ambas escuchando los retumbantes pasos de *lady* Campbell durante los largos y atroces instantes que se tomó en alejarse.

Georgiana abrió la boca, insegura de qué iba a salir entre sus labios, pero Frances se dio la vuelta de inmediato y echó a caminar por el pasillo. Como no supo qué otra cosa hacer, Georgiana la siguió.

***

Resultó que Frances contaba con una espléndida chimenea y con un juego de ajedrez en su amplio dormitorio color champán, que daba al oeste y ofrecía vistas de una larga extensión de colinas y árboles. Retomaron la partida, en silencio al principio, pero Frances se rio cuando Georgiana hizo que la reina se moviera con coquetería ante el avance de uno de los alfiles, y lentamente comenzaron a hablar con calma y a beber, primero poco y luego mucho. Frances sonreía ahora con facilidad y bromeó acerca de la expresión seria de Georgiana mientras se acercaba al jaque mate. No daba muestras de querer comentar lo que Georgiana había oído, ni siquiera de querer reconocer lo que había ocurrido. La casa era tan grande que en aquel momento bien podrían estar teniendo lugar diez discusiones más a todo volumen sin que ellas oyeran ni una sola palabra.

Pasaron el resto de la noche como si no hubiera sucedido nada inadecuado, pero, cuando Georgiana estuvo demasiado cansada y ebria como para seguir manteniendo los ojos abiertos y sugirió que iba a retirarse a la cama, Frances la detuvo.

—¡Quédate aquí! —se apresuró a pedirle, y le agarró la muñeca con los dedos—. Tu habitación está en la otra punta del pasillo. Quédate aquí, y así podremos seguir hablando mientras nos dormimos.

Georgiana estaba demasiado agotada como para ser una buena compañía, pero de pronto vio a Frances tan feroz que aceptó. Llamaron a doncellas para que les trenzaran el pelo y les trajeran ropa de cama limpia, y para que bajaran el dosel de la cama una vez que Frances y Georgiana se hubieran tumbado entre risas. Las criadas se marcharon dejando tan solo una vela en el tocador, cuya tenue luz bailaba perezosa entre las grietas de las cortinas.

Georgiana estaba mareada, y la cama era extremadamente cómoda. Ya casi se había quedado dormida cuando su amiga tomó la palabra.

—¿Te has preguntado alguna vez cómo será? —susurró—. Me refiero a acostarte con un hombre.

Georgiana dio gracias por la penumbra que las rodeaba, pues así Frances no podía ver su sonrojo.

—Supongo que sí —admitió en voz baja—. Un poco solo.

—¡Un poco! Eres una santa —exclamó Frances con vehemencia, y Georgiana se echó a reír.

Se giraron para estar cara a cara en la oscuridad. La mano de Frances casi rozó la de Georgiana cuando se acomodó sobre la almohada. Sus rasgos los suavizaban los rizos que habían escapado de la trenza, que caían sobre su frente y le acariciaban el cuello, oscuros contra las sábanas blancas almidonadas.

—Debo admitir que al principio me pareció una cuestión bastante desagradable —dijo Frances—, pero mi hermana Eleanor me dijo que llega un punto en que la intimidad es tal que te gusta y ya no quieres… parar. Parece terriblemente incómodo. A mí me gusta imaginarme a Jeremiah desnudo, pero el resto… —Su voz se fue apagando—. La bruja de Eleanor no me quiere contar nada más. No debería ser un secreto exclusivo de las mujeres casadas, ¿no crees? Todas deberíamos saber de qué se trata para poder estar preparadas.

Adormilada, Georgiana se rio. Sus pensamientos giraban ya, sin permiso, hacia el señor Hawksley, que había aparecido muy apuesto

en la fiesta de Jane. Intentó imaginárselo sin pantalones, y enseguida se escandalizó hasta el punto de llevarse una mano a la boca. Frances no reparó en su agitación: se le estaban cerrando los ojos.

—Buenas noches, George —murmuró contra la almohada.

—Buenas noches, Frances —respondió Georgiana.

Estaba a punto de quedarse dormida cuando notó algo, un ligero movimiento en la cama, y se dio cuenta de que Frances estaba sacudiéndose. Movía los hombros, pero con tal suavidad que era casi imperceptible. Georgiana iba a preguntarle si se encontraba mal, y entonces supo qué sucedía: Frances estaba llorando.

Parecía tan impropio de ella echarse a llorar que Georgiana no sabía qué hacer. Se preguntó si acaso no era mejor fingir que no se había dado cuenta y preservar la dignidad de Frances, pero en ese momento su amiga tomó la palabra.

—No puedo soportarlo más —susurró con amargura—. Ha sido horrible desde que Eleanor se marchó para casarse. O… quizá siempre fue tan espantoso, pero ella consiguió ocultármelo. —Se frotó los ojos con furia, y Georgiana le acarició el brazo para intentar consolarla—. Mi padre se comporta como si mi madre…, como si ella lo hubiera engañado y no hubiera sido él quien la persiguiese. Entra en cólera, entra en cólera y entonces rompe cosas, y al día siguiente todo queda olvidado. Se limpia el desastre como si nunca hubiera ocurrido. Y mi madre lo vuelve a coger del brazo, hasta que otra menudencia lo pone histérico de nuevo… Y Dios no permita que nadie se interponga en su camino. —Apareció otra lágrima, que ella se limpió con la mano.

—Frances, yo… No sé qué decir —dijo Georgiana, impotente—. ¿No hay nada que se pueda hacer?

—Dios. No. ¿Quién le daría importancia? ¿Quién consideraría siquiera que su comportamiento es inusual? Todos creen… Todos pensaron que estaba loco por casarse con ella. No. Las cosas son así. —Frances respiró hondo para tranquilizarse. Vio la mano de Georgiana sobre su brazo y se la apretó con tanta fuerza que,

cuando la retiró, sus uñas habían dejado marcas semicirculares en la piel de Georgiana. En ese momento, las sábanas crujieron y Frances se giró hacia ella.

Se movió casi en completa oscuridad y se acercó hasta casi tocar el rostro de Georgiana con el suyo. Se rozaron con la nariz, y Frances estaba tan abatida y seria que Georgiana se inclinó hacia delante para besarle la mejilla. No apuntó bien y terminó posando los labios en la comisura de los labios de Frances. Sabía a dulce jerez y a humo de pipa, y tenía las mejillas calientes y húmedas por el llanto. Georgiana percibió cómo una lágrima que no era suya le recorría la mejilla al apartarse.

Tan deprisa como había comenzado, el instante pasó.

—Es una tontería —dijo Frances con serenidad, como si nada ni nadie hubiera interrumpido su conversación—. Olvídalo… Olvida lo que he dicho. Pronto me casaré, como Eleanor, y me marcharé, y ya nada de esto tendrá importancia. —Respiró hondo una vez más para calmarse—. Jeremiah y yo estaremos comprometidos antes de que termine el verano.

Georgiana, confundida y cansada y borracha pero con ganas de consolarla de todos modos, rodeó a su amiga con el brazo. Frances se apoyó en ella, un peso cálido y reconfortante contra su costado.

—Seguro que sí —asintió Georgiana—. Todo saldrá bien, Frances.

—Es que… —murmuró Frances, agotada—. A veces es demasiado, George. Todo lo de fuera. Todo lo de aquí adentro. Estoy un poco harta. La gente me mira y espera que haga algo en particular, para bien o para mal, y a menudo pienso… que sería agradable tan solo ser, ¿sabes?

—Por supuesto —respondió Georgiana, insegura de si había llegado a entenderlo.

—Pero con nosotras no debería ser así —susurró Frances girando la cabeza hacia el cuello de Georgiana con un suspiro—. Tú no eres como los demás, George. En absoluto.

—¿No… no lo soy? —susurró Georgiana a su vez, ansiosa por recibir una respuesta. Pero Frances no contestó, y al cabo de unos minutos se quedó dormida.

Georgiana permaneció un buen rato despierta. Se le entumeció el brazo por el peso de Frances, pero no lo movió. Oyó la respiración de su amiga y los crujidos de la casa, y al final se durmió en esa postura.

Capítulo siete

A la mañana siguiente, Georgiana se despertó hecha un ovillo, de lado, y vio que la otra almohada estaba vacía. Frances se alzaba a los pies de la cama, totalmente vestida y arreglada, dispuesta a aparecer ante el mundo como si la noche anterior no hubiese pasado nada.

—Date prisa, George —dijo mientras le lanzaba un vestido a la cabeza—. ¡Estamos desperdiciando la mañana!

Desayunaron en el jardín, en una mesa dispuesta en el patio trasero, y disfrutaron de todo tipo de panes y pastas y frutas. Frances le suplicaba a Georgiana que probara pequeños bocados de todo. Cuando terminaron, dieron un paseo por la zona, atravesando arcadas del jardín y caminos cuidados, hasta terminar en los establos a un par de millas, seguidas en todo momento por tres sabuesos oscuros y elegantes. Frances le mostró a Georgiana los caballos de su padre, se los presentó uno a uno por el nombre y pedigrí, y le contó cómo su padre los había adquirido sin rencor alguno en la voz. Georgiana no vio ni rastro de lord ni de *lady* Campbell, pero Frances reparó en que el corcel favorito de su padre no estaba en su cuadra, indicio de que debía de haber salido temprano a cabalgar.

Georgiana no dejó de observar a Frances por si detectaba alguna señal que diera fe de lo que había ocurrido la noche anterior. Casi se convenció a sí misma de que lo había soñado todo —el llanto y las palabras susurradas en la oscuridad y el rápido beso—, pero sabía que no se había imaginado la furia de lord Campbell ni el estrépito de la porcelana al hacerse añicos contra la pared. Frances sonreía al hablar de él y de sus caballos, y Georgiana no lo comprendía; no comprendía cómo su amiga podía reírse alegremente mientras contaba una anécdota ni enlazar el brazo con el suyo como si unas horas antes no se lo hubiera apretado con tanta fuerza como para dejarle marcas. Había esperado que Frances mencionara el extraño medio beso que compartieron, que arrojara

algo de luz sobre lo acontecido, pero eso también parecía haber quedado en el olvido, junto a todo lo demás. Georgiana pensó que no le había hecho sentir tan rara como debería.

Cuando llegó la tarde y llegó el carruaje de los Burton, Frances era todo sonrisas y le pidió que se quedase el collar que había llevado la noche anterior y le dijo que debía regresar pronto.

—¡Ah! Antes de que me olvide, Christopher Crawley está organizando una excursión el cuatro de julio para explorar los campos más profundos y oscuros. Nos ha invitado a varios de nosotros a pasar unas cuantas noches en la pintoresca cabaña que es propiedad de un cruel familiar suyo. Debes conseguir que te permitan ir. Me aburriré como una ostra si no nos acompañas.

—Iré —le aseguró Georgiana, emocionada y en parte aliviada por haberse ganado una nueva invitación.

El carruaje arrancó y se alejó lentamente. Georgiana se giró y se despidió de Frances con la mano hasta que su amiga no fue más que un punto bajo la sombra de su bella y cavernosa casa.

***

Georgiana se despertó el domingo por la mañana a consecuencia de una serie de golpecitos en la puerta de su habitación, tan suaves que pensó que los había soñado. Se giró hacia la pared, con los ojos medio enfocados en el descolorido papel floreado con la intención de volver a quedarse dormida, pero los golpecitos se reanudaron.

Como suponía que era su tía, aunque le sorprendía que no hubiese irrumpido sin más como tenía por costumbre, Georgiana se obligó a salir de la cama y abrió la puerta de par en par. No se trataba de la señora Burton; era el señor Burton, con expresión un tanto incómoda, que apartó los ojos de inmediato al ver que Georgiana solo llevaba un camisón.

—Tu tía me ha pedido que te…, que te dé los buenos días y que te diga que es hora de ir a la iglesia.

Georgiana no había olvidado la iglesia. Tan solo se había inmerso

en tal sucesión de pensamientos ligeramente profanos desde su visita a la casa de los Campbell que se le había pasado. Debía admitir que sus padres habían sido bastante laxos respecto a su educación espiritual. Había asistido con ellos a la capilla de la escuela todas las semanas, con la mirada clavada casi siempre en la Biblia para fingir no reparar en los murmullos y en las atenciones de los chicos que la rodeaban, pero más allá de eso no le habían pedido que tuviera a Dios presente con demasiada frecuencia. Eran las enseñanzas de los grandes escritores —de Homero y de Virgilio, de Shakespeare y de Burns— las que hacían las veces de escrituras en su casa, y por las cuales a Georgiana podían preguntarle en cualquier momento mientras intentaba disfrutar de su desayuno.

Los Burton tenían un enfoque religioso distinto. Se vestían con esmero, siempre iban en carruaje —a pesar de que vivían a pocos minutos a pie de la iglesia— y esperaban que Georgiana se comportara durante la mañana con la veneración que merecía la ocasión. A ella le parecía un poco aburrido, y desde que llegó a la casa de sus tíos se había pasado los domingos un tanto nostálgica de los días en que su padre la señalaba con el tenedor y le exigía que recitara «La alondra», de Burns, de memoria.

—Muchas gracias por darme los buenos días, tío —graznó Georgiana—, aunque dudo de que la señora Burton le haya pedido de verdad que dijera esa parte.

—Aun así… —rezongó su tío.

Georgiana esperó unos instantes por si añadía algo más, pero el señor Burton tan solo asintió en su dirección y se alejó a paso vivo.

Emmeline se presentó para ayudarla con el vestido, y Georgiana acató las órdenes, aún medio dormida. No fue hasta bajar las escaleras a trompicones y ver la hora en el reloj del vestíbulo cuando se percató de que había algo extraño.

—¿Por qué salimos tan pronto? —preguntó, confundida, cuando la señora Burton corrió escaleras abajo, la agarró sin detenerse y tiró de ella para salir por la puerta.

—Ya te lo dije, Georgiana, por el amor de Dios… El vicario está

enfermo y no han podido sustituirlo. Vamos a acudir a St. Anne's.

Georgiana se afanó en recordar a qué se refería su tía, así que no pudo formular más preguntas. El trayecto hasta la iglesia del barrio solía llevarles cinco minutos en carruaje, mientras que ir a St. Anne's suponía un trayecto mucho más largo. El coche los condujo hacia el norte, alejándose de la ciudad y siguiendo el camino rumbo a la hacienda de los Campbell, si bien siguió adelante hasta llegar a un pueblecito con solo uno o dos edificios que no eran la iglesia de St. Anne's.

—¿Hemos llegado demasiado temprano? —preguntó Georgiana al ver solo a otras tres familias acercarse, en lugar de la habitual marea fija de los domingos.

—Deben encajar a dos congregaciones en una iglesia, Georgiana, y no pienso correr ningún riesgo —exclamó la señora Burton mientras se recolocaba el sombrero y erguía los hombros como si se preparase para una pelea.

Los guio con determinación por entre el agradable y laberíntico cementerio hasta llegar a una iglesia tan bonita y pintoresca que parecía sacada de un cuadro. Algunos de los ya reunidos parecían ser amigos de los Burton; se sentaron en un banco bien barnizado de las primeras filas, y su tía comenzó a hablar con fuertes murmullos con la familia que ocupaba los asientos de delante, mientras Georgiana intentaba echarse una cabezada sin que nadie se percatase.

La iglesia empezó a llenarse a su alrededor cuando fue ya una hora más respetable, y Georgiana se despertó con un sobresalto de su ensoñación por los dedos de la señora Burton, que estaban apretándole el brazo.

—¿Qué? —masculló, ganándose así una reprobatoria mirada como respuesta.

Georgiana se irguió a regañadientes, y al girarse vio que entraba la señorita Cecily Dugray, con dos personas tan rubias e imponentes como ella, que debían de ser sus padres. Se sentaron en un banco un poco más atrás que los Burton, al otro lado del pasillo central, y en

ese momento los ojos de Cecily se clavaron en los de Georgiana, y los de esta se iluminaron.

—¡Oh, señorita Ellers! —exclamó sin molestarse en bajar la voz—. ¿Se encuentra bien? Venga a sentarse a mi lado.

Dio una palmada al asiento que tenía a la derecha. Georgiana miró a su tía, que se puso un poco nerviosa, pero terminó asintiendo.

Georgiana esperaba que le presentaran al matrimonio Dugray, pero los padres de Cecily ya estaban hablando con otra pareja.

—¿Cómo estás? —le preguntó a Cecily, vestida de azul aciano con aspecto de estar muy bien.

—Muy bien —respondió, confirmando las sospechas de Georgiana —. Esta mañana he acertado cinco veces en el negro y una en el rojo.

—¿En el negro y en el rojo…?

—¡Ah! Tiro con arco —dijo Cecily con entusiasmo—. Suelo practicar la puntería en el jardín, o en el salón de baile si llueve. Soy una negada, pero voy mejorando.

—Pero ¿ya has tirado hoy? ¿Esta mañana? —se extrañó Georgiana, intentando asimilar a toda prisa aquella nueva información—. No son ni las diez todavía.

—Ah, no duermo demasiado —dijo Cecily desprendiendo perfecta alegría—. En esta época del año, amanece pronto, y a veces a las seis de la… Ah, ahí está Jane.

Los Woodley acababan de llegar. De haber sabido que aquella era la iglesia preferida de todos los amigos de Frances, pensó Georgiana con arrepentimiento, se habría peinado con más diligencia.

—Buenos días —dijo Jane cuando se aproximó—. ¿Buena ronda de tiro, Ces?

—Cinco negros y un rojo —respondió Cecily con una sonrisa, irguiéndose cuan alta era.

—Vas mejorando —la felicitó Jane con una ceja arqueada—. ¿Algún herido?

—Pues no del todo —contestó a la ligera.

—¿No del todo? —se alarmó Georgiana, y Jane pareció reparar en ella por primera vez, pese a que había hablado por encima de su cabeza.

—Buenos días, señorita Ellers —dijo, y dirigió los ojos de inmediato hacia el pelo de Georgiana—. ¿Una mañana ventosa en la ciudad?

Se alejó para reunirse con sus padres antes de que a Georgiana se le ocurriera alguna respuesta. Christopher Crawley pasó por delante de ellas al cabo de unos pocos minutos, acompañado de un hombre que debía de ser su hermano. Al parecer, padecía una inconmensurable resaca, y solamente se detuvo a besarles la mano antes de desplomarse en un banco y ocupar el lugar más cercano a la pared, donde se deslizó hasta adoptar una postura casi horizontal.

—¿La señorita Campbell se nos unirá? —preguntó Georgiana mirando alrededor por si su amiga ya había llegado sin que se hubiera dado cuenta—. ¿O… el señor Smith?

—Mmm, es poco probable —dijo Cecily—. Frances no suele comprometerse a nada antes de las once de la mañana, y sus padres acostumbran a estar fuera, así que no hay nadie que la obligue a venir. Jonathan no viene nunca.

—¿Por qué no?

—Dice que ha eludido a Dios, ha dado media vuelta y solo hace negocios con su compañero.

—¿Con… Jesús?

—No —se rio Cecily—. Con el Diablo.

—Ah —murmuró Georgiana, de nuevo sin palabras.

—Ahí está Jeremiah —la informó Cecily con los ojos clavados en la

puerta—. Pero no mires. Frances se enfada muchísimo cuando yo lo miro.

A Georgiana le resultó complicado seguir sus instrucciones; enseguida quedó de manifiesto que el señor Russell había entrado con una gran comitiva, que incluía a varios miembros de su familia, a algunos de los hombres a quienes Georgiana había visto con él en la fiesta de Jane y finalmente —y principalmente— con el alto y sombrío señor Hawksley, de expresión abatida. Los primeros bancos, perpendiculares al resto para flanquear el atril a ambos lados, estaban reservados para ellos. Recorrieron la iglesia, saludando a amigos y vecinos a su paso, con el señor Hawksley en la retaguardia. Georgiana estaba preparada para apartar la mirada y aparentar desinterés en cuanto él la viera, pero el hombre pasó de largo sin fijarse en ella en absoluto.

En cuanto se hubieron sentado, el joven y robusto vicario, el señor Weatherby, ocupó su lugar y se aclaró la garganta para pedir silencio, que casi todo el mundo le concedió. Comenzó el sermón, pero a Georgiana le costaba concentrarse. Contemplaba el perfil del señor Hawksley: los bucles que ya se habían escapado de su coleta, el ligero fruncimiento de ceño y el cuidadoso movimiento de su mano al pasar las páginas de su Biblia. Tan solo apartó los ojos cuando Cecily le preguntó qué himno iban a cantar a continuación, y le tuvo que responder que no tenía la más remota idea.

Cantaron el himno, se sentaron de nuevo y Cecily se inclinó para susurrarle a Georgiana al oído:

—Tu amigo, el señor Hawksley, te está mirando.

—Oh —exclamó Georgiana, con los ojos fijos en el respaldo del banco que tenía delante—. Vaya, ¿de qué clase de mirada se trata? ¿De una mirada deliberada?, ¿o sus ojos han llegado hasta mí por accidente?

—Creo que parece bastante molesto, la verdad… ¿Te has peleado con él? Y parpadea mucho, quizá porque… Ah, no, espera, creo que tiene algo en el ojo. Sí, está intentando quitárselo. Por el amor de Dios, qué afán el suyo.

—Estupendo —susurró Georgiana, desesperada—. Gracias.

—Un segundo —le pidió Cecily dándole un golpecito—. Ahora sí que creo que está mirando hacia aquí. Acaba de preguntarle algo a ese caballero en voz baja. Estoy segura de que ha asentido en nuestra dirección… No he dicho nada, solo le pedía un pañuelo. Y el caballero…, sí, el caballero tiene un pañuelo que dejarle. Ahora el pañuelo lo tiene él.

—Gracias, Cecily, de verdad —le dijo Georgiana—. Creo que ya puedes parar.

—¿Te has peleado con él o no? —insistió Cecily, pero el anuncio de un nuevo himno le ahorró responder a Georgiana.

El resto del servicio se hizo largo. Los nervios de Georgiana bailaban de emoción al pensar en el momento en que el señor Hawksley pasaría a su lado. Esa vez, quizá, repararía en ella. Cuando eso ocurrió, estaba tan decidida a aparentar calma, a sonreírle a Cecily con tanta alegría como para resultarle encantadora a él, que no se fijó en que Jeremiah Russell y él se encontraban de hecho junto a ellas hasta que la sonrisa de Cecily por encima del hombro se volvió radiante e intencionada.

—Señorita Dugray —la saludó el señor Russell asintiendo en su dirección—. Y… Discúlpeme, creo que no nos han presentado.

—Georgiana Ellers, señor —dijo Georgiana. Se ruborizó, aunque sí que los habían presentado; él se había olvidado de ella de inmediato. Lucía la clase de belleza que hacía que una se sintiera bañada por un rayo de sol al recibir una mirada suya, por más que resultara tener una memoria muy a corto plazo.

—Ah, sí. Bueno, pórtense bien, señoritas… Dios las está observando. —Arqueó una ceja con gesto sugerente y les dedicó otro asentimiento de despedida.

El señor Hawksley había permanecido en silencio al lado de él; cuando Jeremiah se dispuso a marcharse, por fin miró a Georgiana a los ojos, y se encogió claramente como si se hubiera sobresaltado. Georgiana no sabía gran cosa sobre los caballeros, pero estaba

bastante segura de que el encogimiento al verla no era una buena señal.

Cecily y ella se lo quedaron mirando, expectantes, y él les lanzó una rápida y tensa sonrisa antes de inclinar la cabeza.

—Que tengan un buen día —dijo antes de marcharse a toda prisa.

Las dos guardaron silencio en el banco conforme el resto de la congregación pasaba junto a ellas.

—Quizá seguía teniendo algo en el ojo, ¿no? —propuso Cecily con benevolencia.

—Sí —asintió Georgiana. Se puso en pie cuando la señora Burton hizo repetidos gestos para que fuera con ella—. Sí. Supongo que ha sido eso.

Capítulo ocho

Cuando por fin le llegaron noticias de sus padres, Georgiana estaba sentada en el alféizar interior de la biblioteca leyendo en una posición muy impropia para una joven dama: pelo suelto, espalda apoyada en el marco de la ventana y las piernas cruzadas contra el pecho. Durante el desayuno habían comido galletas de mantequilla, y después Georgiana había hecho una furtiva visita a Marjorie en la cocina para intercambiar una lectura dramatizada del libro que tenía entre manos —de Henry Fielding, repleto de tragedias domésticas y de tibios adulterios— por más galletas, que iba devorando sin contemplaciones mientras pasaba las páginas de la novela.

La carta de su padre se la entregó directamente en mano una Emmeline muy curiosa. Su tía y su tío habían salido a dar un paseo, y Georgiana cerró de inmediato el libro, se sacudió las migas del vestido y retiró la silla del pequeño escritorio de su tío para sentarse y leer la misiva con absoluta atención.

Georgiana:

Sentimos habernos demorado con esta carta, pero hemos estado muy ocupados arreglando la casa y haciéndola habitable, y por fin estamos lo bastante instalados como para ponernos al día con la correspondencia. Tu madre ha mejorado mucho; da paseos regulares y se baña en el mar, y disfruta de todo lo que la vida en la costa tiene que ofrecer, a excepción de los graznidos de las gaviotas, que suenan cerca y sin parar. Ya he matado a cinco con la escopeta y espero matar a muchas más. Nos apena que no estés con nosotros, por supuesto, pero sabemos que estás en buenas manos. Si el tiempo nos los permite, organizaremos una visita a finales de verano. Dales las gracias a tu tía y a tu tío por haberte aceptado a su cargo, por favor.

Por cierto, me he dado cuenta de que, al parecer, me ha desaparecido mi ejemplar de *Ricardo II*, de Shakespeare. Si en estos

instantes lo tienes en tu haber, mándamelo por correo cuando puedas —y cuanto antes—.

Tu padre,

Jacob Ellers

Georgiana giró el folio para ver si había alguna posdata, y acto seguido echó un vistazo al sobre para comprobar que acaso fuera la primera de varias cartas. Pero no. La leyó de nuevo e intentó extraerle un mayor significado, y a continuación la dejó sobre el escritorio, embargada por un gran vacío. Lo único que podía hacer era observar la madera que tenía ante sí y hacer acopio de todas sus fuerzas para no echarse a llorar.

Cuando Georgiana tenía siete años, había cogido una aguja de bordado sin supervisión y había intentado imitar a su madre; la insertó en una sábana a medio terminar con tanta fuerza que se la clavó en la palma de la otra mano. Se puso histérica, inundada por el dolor y el miedo, y corrió por la casa llamando a su madre y a su padre a gritos, hasta que los encontró sentados en el salón, con sendos libros en el regazo y cierto fastidio en el rostro por haber sido interrumpidos.

Después de percatarse de qué era lo que había originado el escándalo, su padre le sacó la aguja sin miramientos, y luego apretó la herida con el pañuelo y le hizo un gesto para que se marchara.

—Estaba intentando… —le explicó Georgiana entre sollozos hipados—, estaba intentando… ayudar a mamá con la sábana.

—Ay, Georgiana —masculló su madre con decepción mientras retomaba la lectura—. Esa no es en absoluto una aguja adecuada para tejer la lana.

Georgiana se había pasado la vida entera buscando algo más que tranquilo y medido pragmatismo por parte de sus padres, y se enfureció consigo misma por seguir sorprendiéndose al no recibirlo.

«Ya he matado a cinco con la escopeta y espero matar a muchas más».

Su padre no le había escrito en casi un mes y creía que cazar pájaros marinos merecía mayor mención que cualquier clase de cariño hacia su hija. No quería que Georgiana volviera con ellos, no lo deseaba lo más mínimo, pero sí que sentía una apremiante desesperación por recuperar su ejemplar de *Ricardo II*.

De pronto, sus venas se llenaron de una furia derretida, y se puso en pie y se acercó a las estanterías, que revisó frenética y casi alocadamente. Cuando en la parte que su tío le había dejado libre para sus libros encontró el que andaba buscando, lo cogió y se lo quedó mirando durante unos segundos.

Maldito fuera Ricardo II. Ni siquiera le parecía una obra especialmente buena, había mejores Ricardos.

Georgiana agarró un buen puñado de páginas y las arrancó en un rápido movimiento. Se quedó observando cómo las hojas amarillentas caían al suelo, y a continuación se dispuso a destrozar el resto del libro en pleno frenesí, sin detenerse cuando una hoja le hizo un corte en la palma de la mano, y prosiguió hasta que del libro tan solo quedaban las tapas y una montaña de retazos en el suelo.

Como era inevitable, se arrepintió casi al instante. Destruir un libro le parecía un sacrilegio, como si hubiera puesto las manos encima de algo intocable. Tendría que haberlo guardado y leído a menudo, deleitándose de la obra, disfrutándola más aún porque ella podía leerla y su padre no.

Ya era demasiado tarde para eso. Se lamió la sangre de la mano, sintiéndose un tanto agotada y muy pequeña, apenas capaz de mantener a raya las lágrimas. Recoger las hojas sirvió de ayuda y le permitió concentrarse en una tarea, y se esmeró en no dejar rastro de lo ocurrido. Lo recopiló todo y lo llevó a la cocina, donde se lo ofreció a Marjorie para que lo quemara. La anciana la miró sorprendida, pero no dijo nada y contempló la expresión de Georgiana durante un buen rato antes de aceptar la pila de papeles y a su vez colocarle en la mano otra galleta.

Cuando los Burton regresaron del paseo, Georgiana seguía de muy mal humor. Le dio la carta a su tía sin pronunciar palabra y se fue a

su habitación para que la señora Burton la leyera por sí misma.

Al poco, su tía llamó a su puerta y la abrió de inmediato con tal cara de amable empatía que Georgiana quiso ponerse a chillar. La señora Burton se sentó a los pies de la cama, que se quejó con un crujido, y le dio una suave palmada en el brazo.

—Tus padres… no son muy dados a mostrar cariño —dijo con amabilidad.

—No me diga —murmuró Georgiana contra su almohada—. «Al parecer, me ha desaparecido mi ejemplar de *Ricardo II*».

—Ah. Sí. Y… ¿sabes dónde está? No me ha parecido verlo en la biblioteca.

—No —respondió Georgiana con culpa antes de sentarse para mirar a su tía—. No envidio que se hayan mudado, señora Burton, y me alegro de que mi madre se encuentre mejor y, por supuesto, estoy agradecida de vivir aquí con ustedes, pero ¿habría sido tan difícil fingir que me echan de menos? ¿Aunque sea un poco?

—No, no lo habría sido —asintió la señora Burton con un triste suspiro.

—Imagino que, si fuera a verlos sin avisar, entrarían en pánico y me dispararían como a una de aquellas pobres gaviotas.

—Probablemente no, querida —dijo la señora Burton sin convicción antes de estrechar a Georgiana y darle un abrazo demoledor. Que la quisieran de ese modo, tan físico y efusivo, le resultaba desconocido, y la avergonzó comprobar que, al separarse de su tía, se le habían humedecido ligeramente los ojos—. Pero el tiempo que llevas aquí no está siendo demasiado horrible, ¿verdad? Espero que sepas que tu tío y yo estamos muy contentos de acogerte. Organizaremos nuevos encuentros…, y me dijiste que te lo habías pasado muy bien con los Campbell.

—Así es —respondió Georgiana, culpable.

Le había contado a su tía una versión muy retorcida de la realidad: le había asegurado que se había pasado la visita en casa de los

Campbell comiendo con ellos y jugando a emocionantes partidas de ajedrez junto a la chimenea, omitiendo el hecho de que todo aquello había tenido lugar estando medio desnuda y totalmente ebria. Habida cuenta de la amabilidad que desprendía su tía, aquel pareció el mejor momento para sacar a colación la fiesta en la cabaña que había mencionado Frances, y se encogió para sus adentros antes de añadir aún más mentiras y medias verdades a su marcador.

—De hecho, señora Burton, los Campbell viajarán en breve al campo y me invitaron para que los acompañara…

La señora Burton escuchó a Georgiana mientras esta le explicaba con voz entrecortada —y con falacias— la naturaleza del viaje, y luego sonrió y apretó la mano de su sobrina.

—Creo que es un plan espléndido. Justo lo que necesitas para animarte. ¿Qué te parece si mañana mismo nos acercamos al centro y buscamos algún encaje para embellecer uno de tus viejos vestidos? —le propuso mientras le tiraba de la manga.

Georgiana se apartó, molesta al oír la posibilidad de que hubiera que mejorar sus vestidos, preocupada por que Frances y sus amigos también pensaran lo mismo. La culpa que sentía por el engaño desapareció de su mente de inmediato.

—De acuerdo, de acuerdo —le dijo a la señora Burton, que abandonó la estancia un tanto alicaída.

***

Por más que la irritara el posible efecto que podían tener unos simples encajes para mejorar su armario, que al parecer era muy triste, Georgiana se animó cuando el carruaje se dirigió hacia la ciudad. Las chozas y los setos daban paso a hileras de casas estrechas, tan apiñadas que le costaba imaginar que la gente que vivía en el interior tuviera suficiente espacio para respirar. Todas estaban formadas con el mismo tipo de piedra de color miel, adornadas con bonitas macetas llenas de pensamientos y margaritas, los únicos puntos de colores vivos entre tanto marrón. En las calles había muchísima gente; los rodeaban los gritos de los

vendedores ambulantes, los olores de las aguas residuales y de los excrementos de los caballos, y la multitud que caminaba con parasoles y que esquivaba los carruajes como el suyo al cruzar la calle sin pensar en ningún momento en su seguridad.

Pasaron mucho tiempo en la mercería, donde la señora Burton le mostró a Georgiana tantas muestras de encajes casi idénticos que ella empezó a ver elaborados patrones en el interior de sus propios párpados cada vez que pestañeaba. Al final, su tía aceptó que saliera al exterior para sentarse en un banco a la sombra, siempre y cuando pudiera verla desde la tienda. Georgiana se dio prisa en marcharse antes de que la señora Burton cambiara de opinión y gozó de la repentina libertad.

La ciudad contaba con dos calles principales muy bien surtidas que se cruzaban y que coincidían en el punto donde se alzaban las tiendas, las posadas y los clubes más famosos e imponentes, alrededor de una plaza de mercado gigantesca y adoquinada. Durante el trayecto en carruaje, Georgiana había recibido la advertencia de su tía —tres veces, de hecho— de que la taberna que se encontraba en cada una de las esquinas de la plaza era frecuentada exclusivamente por rufianes y canallas, y que aventurarse calle abajo equivalía sin duda a una sentencia de muerte.

Al contemplar ahora la plaza, Georgiana sospechaba que su tía exageraba un tanto; en la esquina había unas cuantos caballeros entrados en años y harapientos que conversaban, así como una mujer en la calle que parecía pedir dinero con poco éxito. Mientras los observaba, una mujer muy bien vestida, oculta parcialmente por un parasol, se agachó para lanzar un puñado de monedas en la mano tendida de la mendiga. Esta miró el dinero y, a continuación, a su benefactora con una sonrisa, pero entonces vaciló. La sonrisa se convirtió en un ceño fruncido y, para confusión de Georgiana, escupió a los pies de la mujer al alejarse de ella como alma llevada por el diablo.

Cuando la mujer se aproximó, un criado la siguió de cerca con los brazos atestados de bolsas, y Georgiana se sobresaltó al darse cuenta de quién se trataba: *lady* Campbell, con rostro pálido y ojos clavados hacia delante con la mirada perdida.

—Oh —murmuró la voz de la señora Burton desde detrás de Georgiana, dándole así un buen susto—. ¿No es…? ¡*Lady* Campbell!

Antes de que Georgiana pudiera impedírselo, su tía le hacía señas a la madre de Frances para que se acercara. Su expresión vacía enseguida se transformó en una sonrisa educada, y se detuvo para saludarlas a ambas.

—No nos han presentado como es debido, claro está, pero mi Georgiana está encantada con su Frances —le dijo la señora Burton, radiante—. Fue muy amable por su parte invitar a mi sobrina a su casa.

A Georgiana estuvo a punto de darle un síncope al imaginar todas las mentiras ante ella como si fueran las pruebas de un juicio. Sospechaba que *lady* Campbell no tenía ni idea de que ella había estado en su casa, y mucho menos que había sacado a Frances ebria de un lago ni que había oído una pelea doméstica que definitivamente debería haber permanecido en la intimidad.

—Háganos saber si en algún momento podemos devolverle el favor.

—Ah… Sí —dijo *lady* Campbell mirando con el ceño fruncido a Georgiana, que debía de lucir una expresión aterrorizada—. No ha sido nada. Puede volver siempre que quiera.

Georgiana intentó no exhalar un suspiro de obvio alivio y, en silencio, quiso darle las gracias a la madre de Frances, quien parecía experimentar un completo desinterés. Miraba detrás de ellas como si se le hubiera ocurrido algo mucho más llamativo.

—En fin, no le robaremos más tiempo —le dijo la señora Burton al percibir que aquella mujer ya no les prestaba atención—. Que tenga un buen día, *lady* Campbell.

—Igualmente —les deseó alejándose.

La señora Burton enseguida empezó a ensalzar sus virtudes y a estudiar todos y cada uno de los detalles de la conversación que habían mantenido, pero Georgiana no la escuchaba. Vio cómo dos mujeres se apartaban para permitir la entrada de *lady* Campbell en

la sombrerería. Fueron muy educadas cuando ella les dio las gracias, pero, en cuanto hubo entrado, Georgiana las vio susurrar furtivamente y marcharse de allí aprisa.

La señora Burton guio a su sobrina hacia el carruaje, que las esperaba a cinco minutos de distancia. Cuando pasaron por la plaza de regreso a casa, Georgiana avistó a *lady* Campbell en el interior de la tienda, sentada erguida e inexpresiva conforme el sombrerero le mostraba una pamela tras otra.

Capítulo nueve

Georgiana tenía doce años la última vez que había estado en una feria. Había tenido lugar en el internado de su padre, y un muchacho llamado Tommy Hannock le había asestado un puntapié en la espinilla y la había llamado *fulana* porque lo había ganado en la caseta de tiro en arco. A ella le pareció insensato que él hubiera escogido insultarla mientras todavía sujetaba el arma en las manos, sobre todo un arma con que había demostrado una mayor puntería que él…, pero desgraciadamente no le disparó.

Cuando Frances la invitó a la feria del último domingo de junio mediante una nota que había recibido el sábado por la noche, seguida de su aparición a primera hora de la mañana en el carruaje para preguntarle a la señora Burton con un guiño si Georgiana podía salir «a jugar», a esta le había parecido una actividad sorprendentemente saludable a tenor de los habituales estándares de su amiga.

Al parecer, ser una adulta en una feria significaba que beber estaba aceptado —y quizá era obligatorio—, y Georgiana se animó enseguida, pues se había imaginado que se pasaría la tarde en casa de Frances, acompañada de Cecily y Jane, y no al aire libre disfrutando de las atracciones. Lord y *lady* Campbell habían vuelto a ausentarse, a Dios gracias. Jonathan mandó una nota para disculparse e informarles de que tenía un compromiso, y, de no haberlo tenido, habría fingido lo contrario para evitar asistir a una feria. En cuanto a Christopher, en palabras de Frances, era «imposible de localizar».

—¡Es un día de chicas! —exclamó Frances con alegría cuando se sentaron en su jardín a beber algo que, según Cecily, sabía a una mezcla entre alcohol de quemar y flor de saúco. Jane estaba de mejor humor que de costumbre y había engalanado el pelo de todas con flores de los jardines de los Campbell, de tal modo que parecían una banda de hadas paganas. Habían eludido ir a la iglesia para leer por su cuenta, y la señora Burton seguramente habría llamado a un

vicario a toda prisa si las hubiera visto salir sin guantes ni sombrero, pero el señor Burton y ella se habían marchado a media mañana para visitar a la hermana de él, que vivía a unas veinte millas de distancia, así que Georgiana no debía preocuparse por que fueran a aparecer de improviso y la pillaran corriendo por los prados como una alegre ninfa.

En las inmediaciones de St. Anne's, había un sinfín de casetas, flanqueadas por olmos que perdían las hojas, las cuales llovían sobre la multitud como si fueran confeti. Los niños, vestidos con sus mejores atuendos de domingo, arrancaban puñados de hierba y se los lanzaban unos a otros, riendo sin parar y persiguiéndose entre las mesas. Un hombre forzudo retaba a los visitantes a intentar levantar su mazo. Incluso había una banda de música —aunque llamarla así habría sido un poco benévolo, pues parecían haberse construido ellos mismos los instrumentos con trozos de madera y de metal—.

—A Jane le encantan las ferias —la provocaba Frances, y Jane le dio un codazo en las costillas.

—Me encantarían más todavía si dejaras de meterte conmigo —respondió, pero estaba sonriendo, y Frances le devolvió la sonrisa.

Georgiana no sabía qué había ocurrido y se puso un poco nerviosa, pero la feria parecía cambiar el habitual ánimo lúgubre y el pesimismo de Jane, así que resolvió aprovecharse al máximo.

—George, te daré una libra si consigues acertarle en la cabeza —dijo Frances mientras se cubría los ojos con una mano y señalaba con la otra hacia una caseta cuyo principal objetivo era hacer caer manzanas pegadas a cosas mediante lanzamientos de manzanas un poco más pequeñas. En el centro se encontraba un espantapájaros con fruta que se balanceaba en un precario equilibrio sobre su cabeza de arpillera, y el premio era una cesta llena de unas fresas tan rojas y maduras que parecían dispuestas a estallar. A ambos lados de la caseta había muchas cestas llenas de manzanas a la venta.

Georgiana pensó que se habían excedido un poco con el motivo frutal.

Una libra era un derroche impensable para una apuesta, pero Georgiana supuso que para Frances no era más que una cantidad insignificante que al cabo de poco todas olvidarían de inmediato. Se acercó a la caseta, pagó varias monedas para jugar, y el muchacho encargado le proporcionó una bolsa de manzanas amarillentas. Echó el brazo hacia atrás, cerró un ojo para apuntar mejor, lanzó una manzana hacia su objetivo y falló estrepitosamente. Sus acompañantas se rieron —Frances y Jane con ironía, Cecily con sinceridad— y Georgiana notó cómo le empezaba a hervir la piel debajo del vestido. Se encogió de hombros y, sin querer, apretó los dientes.

Falló otros dos lanzamientos, con lo cual su frustración fue en aumento. Vio que Frances ya había perdido el interés y le susurraba a Jane que quería ir en busca de otra cosa que hacer. Georgiana entornó los ojos hacia el espantapájaros como si este la hubiera ofendido gravemente, y lanzó la última manzana. Esa vez sí que dio en el blanco, pero la manzana grande no cayó al suelo, sino que se partió por la mitad. Y entonces se descubrió que la habían clavado con un palo para mantenerla inmóvil en su sitio y que fuese del todo imposible ganar el juego.

Georgiana se giró para mirar a las demás con la boca abierta por la incredulidad, señalando hacia la manzana rota. Durante unos instantes, pareció que nadie iba a defender su causa, pero en ese instante Frances vio lo que había sucedido.

—¡Tramposo! —exclamó.

El muchacho levantó la mirada desde el lugar que ocupaba, donde bebía cerveza a hurtadillas y observaba a los transeúntes. Cuando vio el estado de la manzana, la quitó enseguida, la estudió y colocó una nueva en su lugar clavándola con fuerza para engañar al siguiente cliente ingenuo.

—¡No es de recibo! ¡Quiero mis fresas! —gritó Georgiana. El alcohol le provocaba un nivel de rabia que en ese momento parecía totalmente proporcional.

Frances se encontraba ahora a su lado con los brazos cruzados.

—Dice: «Derribe una manzana para ganar el premio» —dijo el muchacho con una irritante sonrisa señalando hacia un cartel que decía justo eso.

—Pero ¡es imposible derribarla! Es como si dijera…, no sé, «Dé una vuelta volando por la feria para ganar el premio».

—Sí, bueno. Pero no dice eso, ¿verdad que no?

Jane se le acercó con expresión amenazadora.

—¿Cuánto ganaré si lo que derribo es tu cabeza? —le espetó, y el chico se quedó tan perplejo al ver cómo alguien como Jane le hablaba en aquellos términos que todas se echaron a reír.

—Vámonos, George. Dejemos a este tipo con su flamante carrera de «pastor de manzanas» —dijo Frances enlazando el brazo con el de Georgiana y alejándola de allí. El muchacho las miró con desdén cuando se marcharon, y a Georgiana la embargó un fuerte deseo de lanzarle todas las manzanas a la cara.

—Debería…, no sé, deberían expulsarlo de la feria. Deberían prohibirle llevar a cabo actividades con manzanas de por vida —aseveró Georgiana, ebria y dolida, y Frances le dio una palmada en el brazo para consolarla.

—Ven —le dijo—. Sé qué hacer para animarte.

***

Cecily y Frances regateaban con el vendedor de vino. Debía de tener unos cuarenta y cinco años, estaba un poco rechoncho y era obvio que nunca se lo había pasado tan bien; las jóvenes lo alababan, batían las pestañas en su dirección y echaban mano hasta de la ultimísima gota de sus encantos femeninos para conseguir que les vendiera una caja de su mejor vino por la mitad de precio. Georgiana supuso que lo hacían para divertirse, ya que no necesitaban el vino barato de un hombre que desde que empezó el regateo se había rascado la entrepierna un par de veces.

Mientras tanto, Jane se encontraba a cierta distancia, inmersa en una conversación con el hombre de la caseta de las tartas, que era

extraño desde cualquier punto de vista. Georgiana dudaba de que Jane hubiera comido una sola porción de tarta en su vida, y las de la caseta tenían una cobertura espesa y un aspecto tan grasiento que era imposible saber de qué eran. Cecily y Frances se alejaron del comerciante de vino —lanzándole un beso al aire— y, cuando todas se aproximaron a Jane, esta le estrechó la mano al vendedor de pasteles y se giró hacia ellas con una expresión muy seria.

—Chicas, os presento a John Louis.

—¡John Louis! —repitieron todas a coro, encantadas, como si se tratara de un viejo y querido amigo. Georgiana se lo quedó mirando unos instantes.

—¿Quién es John Louis? —le preguntó a Frances en voz baja.

—No tengo la más mínima idea —respondió esta.

—John Louis nos venderá una tarta —las informó Jane lentamente —. Es una tarta muy especial, y debemos ir con él hasta su carro para que nos la dé.

—¿Jane se encuentra bien? —le preguntó Georgiana a Frances cuando John Louis se encaminó hacia los árboles y todas lo siguieron.

La tarta en cuestión resultó no ser una tarta en absoluto; era, de hecho, una caja tabaquera de madera sencilla.

—La quiero de vuelta —les pidió John Louis con mirada adusta.

Jane asintió y Frances agitó los dedos para despedirse antes de enlazar el brazo con Jane y echar a caminar, seguidas bien de cerca por Cecily y Georgiana.

Jane las guio entre los árboles hasta abandonar la zona que comprendía la iglesia y llegar a una especie de edificio anexo. Tal vez en el pasado fuera un establo de caballos, pero ahora no era más que una estructura con tres paredes y un techo que se había desplomado parcialmente, con pacas de heno arracimadas en el único rincón que seguía a cubierto.

Jane y Frances se sentaron sobre una paca, y Georgiana se inclinó hacia delante con curiosidad para desentrañar los secretos que guardaba la tabaquera.

—Es… ¿Es tabaco rapé? —preguntó Georgiana, confusa, cuando Frances levantó la caja con ceremonia para revelar un polvo de un color marrón claro.

Las demás se echaron a reír, cómplices, y Georgiana tuvo la sensación de que la reprendían.

—Más o menos —dijo Frances, cortés.

—No lo es. Es un tabaco rapé especial. Uno mejor. Se aspira como de costumbre —dijo Jane.

Hizo una demostración. Para ello, se espolvoreó una cantidad sobre el dorso de la mano y luego se la llevó a la nariz. Acto seguido, le tendió la caja a Georgiana.

Ella dudó solo unos segundos. Estaba un poco preocupada, pero confiaba en que Frances no la expondría a nada que fuera demasiado siniestro, así que bajó la cabeza y esnifó con fuerza. Le ardieron las fosas nasales, y con los ojos llorosos vio cómo les tocaba el turno a Frances y a Cecily.

—Las drogas de los campesinos son las mejores. —Frances suspiró, contenta, mientras se limpiaba la nariz—. No tienen motivos por los que seguir viviendo, y eso se nota.

—Por el amor de Dios, Frances —exclamó Jane, pero sonreía perezosa, apoyada en una paca de heno con las mejillas coloradas. Tantas sonrisas empezaban a resultar alarmantes.

—¡Por los campesinos! —gritó Cecily alzando una botella de vino.

Georgiana se encogió. Se sentía demasiado cercana a los campesinos como para unirse a sus amigas con alegría, pero bebió de todos modos. Brindaron por las ferias y por el heno y sobre todo por John Louis, hasta que la sobriedad no era más que un sueño lejano y el sol había empezado a descender por el cielo.

***

Georgiana nunca se había considerado una bailarina de gran talento, pero aquel día, por alguna razón, era una bailarina excelente. Frances había anunciado que quería ir a ver a la banda, y todas se dirigieron hacia el improvisado escenario riendo y tropezando unas con otras por el camino, y participaron en el siguiente baile. Eran de lejos las personas más entusiastas de todos los presentes, y no pararon de cambiar de pareja para no dejar de bailar juntas para la lástima de algunos de los hombres jóvenes, que las miraban abiertamente y se empujaban para aproximarse a ellas. Su energía estimuló al hombre que tocaba la flauta en el escenario, que comenzó a dar pisotones en el suelo al son de la música. Las cuatro recibieron el gesto con vítores y bailaron más y más rápido, girando y danzando y aplaudiendo al mismo tiempo, a medida que los pétalos de las flores salían despedidos por los aires y terminaban desmenuzados bajo sus pies.

Después de siete canciones seguidas en el calor de última hora de la tarde, Georgiana necesitó sentarse. La multitud era ya descomunal y a duras penas veía a sus amigas entre la concurrencia. Todo el mundo bailaba, incluso los niños, que daban vueltas en los brazos de sus padres. Lo que contuviera aquel polvo había logrado que estuviese al mismo tiempo eufórica, desconcertada y extremadamente sedienta.

Alguien le dio un golpecito en el hombro, y a Georgiana estuvo a punto de salírsele el corazón por la boca, pero no era sino el tipo de la caseta de las tartas.

—¡John Louis! —musitó, y brindó con él con la copa.

—¿Dónde está su amiga? —preguntó.

—No lo… —Georgiana hizo un gesto hacia el gentío, y los dos miraron alrededor durante unos instantes antes de darse cuenta de que Jane no estaba por ninguna parte.

—Dígale que quiero que me lo devuelva —insistió el hombre—. Ahora.

Georgiana asintió y se puso en pie a pesar de sus pies cansados para hacer gala de disposición. Pensó que lo más probable era que Jane hubiera vuelto a marcharse hacia el antiguo establo para tomar un poco más de lo que John Louis quería recuperar con tanta premura y se encaminó con paso inseguro hacia la dirección correcta.

***

Cuando por fin llegó al establo —después de varios inicios fallidos, incluido uno en que había visto una preciosa rana y se distrajo hasta pasarse por lo menos un minuto admirándola con adoración (a la rana le trajo sin cuidado)—, al principio no vio a nadie, pero oyó el crujido del heno y dedujo con sagacidad que el lugar estaba ocupado.

Lo primero en que pensó al ver a Jane y a Frances fue que estaban peleándose, pegándose una a otra sobre una paca de heno. Aquello no tenía ningún sentido, por supuesto, pero su cerebro tardó unos segundos en reinterpretar la escena para que sí lo tuviera.

Estaban besándose… y no eran los rápidos y castos besos que se comparten en una amistad, sin duda alguna. Frances estaba tumbada boca arriba sobre la paca, observando con los ojos entornados y sonriendo conforme Jane le depositaba un reguero de besos por el pecho, el cuello, hasta llegar al fin a sus labios. Tenía una mano sobre la cintura de Jane, y Georgiana vio cómo sus nudillos se volvían blancos al cerrar los ojos y tirar de Jane hacia sí.

Georgiana sabía que debía huir de allí de forma urgente, pero se quedó paralizada donde estaba, y de pronto fue demasiado tarde: Frances había abierto los ojos y la miraba directamente. Georgiana esperaba verla erguirse y sentarse, empujar a Jane y fingir que aquello no era lo que parecía; sin embargo, se limitó a seguir observando a Georgiana, sosteniéndole la mirada, mientras Jane la besaba cerca de la oreja, y le dedicó una sonrisa beatífica.

—¿Qué quieres? —le acabó preguntando Frances.

Jane dio un brinco, miró hacia atrás y se sentó hasta quedar de rodillas.

—Eh… Lo siento, es que… Me ha enviado el… Pero luego he… —balbució Georgiana. Las dos se la que quedaron mirando, expectantes—. He visto una rana —murmuró, y Jane puso los ojos en blanco.

—¿Has visto una rana? —repitió con incredulidad.

—Sí, y… ¡Ah! John Louis quiere que le devuelvas el rapé.

Frances buscó la caja por el heno y, cuando la encontró, la agarró con los dedos y se la lanzó a Georgiana con bastante aspereza teniendo en cuenta con qué veneración la había abierto antes. Ahora que ya no pensaba utilizarla más, para ella no tenía ningún valor.

—Gracias —dijo Georgiana, y entonces echó a trotar en dirección hacia la feria.

Seguía dándole vueltas la cabeza por lo que había visto. Nunca había oído hablar de mujeres que hicieran tales cosas, que se desearan unas a otras de ese modo. No comprendía por qué de pronto le sudaban las manos y se ruborizaba tanto. Había sido muy inesperado… Sí, eso debía de ser. Porque Frances estaba enamorada de Jeremiah, así que ¿qué diablos hacía retozando con Jane sobre el heno?

Cuando llegó hasta los bailarines, buscó a John Louis con la mirada sin entusiasmo, puesto que su mente seguía embargada por la imagen tan sumamente vívida de sus amigas en pleno deleite carnal. Era de una osadía extrema, pensó con cierta histeria, hacerlo a menos de cincuenta pies de una iglesia. Comenzó a reírse, anonadada, y se llevó una mano a la boca. Si fuera ella a la que hubiesen encontrado tumbada y besando apasionadamente a otra mujer —y abrió los ojos como platos al imaginárselo, sus mejillas de nuevo teñidas por el rubor—, seguro que la señora Burton la obligaría a llevar una venda en los ojos el resto de su vida para que así no viera la curva de la mejilla de una mujer ni la lasciva carne de un tobillo, y para que no la tentaran a cometer algún pecado imborrable en un cobertizo que olía ligeramente a excrementos de caballo.

Mientras experimentaba aquellos pensamientos tan descorazonadores, Georgiana se sobresaltó al percibir la aparición de John Louis a su lado. Le entregó la caja sin pronunciar palabra; el hombre chasqueó la lengua al abrirla y ver cuánto quedaba, pero luego la cerró y se la guardó en el bolsillo.

—¿Le apetece bailar? —le preguntó con voz ronca.

—Oh… No, gracias —respondió Georgiana.

No pareció demasiado decepcionado, pero ella creyó haberlo desilusionado por no haber coqueteado con él. Al fin y al cabo, una hora antes habían brindado con el tipo con cada sorbo que daban a sus bebidas.

Se le ocurrió que debía ir en busca de Cecily —¿estaría ella al corriente de lo de Jane y Frances?, ¿se habría dado cuenta siquiera? — cuando la multitud se abrió y vio a Jeremiah Russell corriendo hacia ella en mangas de camisa. Frances había comentado algo al respecto, quizá que se les uniría si su agenda se lo permitía, pero Georgiana estaba tan distraída que durante unos instantes su presencia la confundió sobremanera, como si se tratara de un unicornio que hace acto de presencia en su dormitorio y no un hombre que asiste a una feria. Se le acercó con una belleza deslumbrante bajo la luz del inicio de la noche, tan dorado y desaliñado con gracia. Georgiana notó una extraña punzada de orgullo cuando la reconoció y la llamó, como si fuera un gran cumplido que la recordara un hombre al que la habían presentado dos veces y que obviamente debía reconocerla en su tercer encuentro.

—¿Dónde está Frances? —le preguntó después de besarle la mano, y solo entonces reparó ella en el dilema.

—Creo… —Buscó, desesperada, algo que decir—. Creo que ha ido a buscar una porción de tarta.

—¿Tarta? ¿Frances?

—Sí. Ha dicho…, mmm, ha dicho que tenía mucha hambre después de haber bailado tanto y que necesitaba comer algo…, y claro que

esa no habría sido su primera opción. —Georgiana estaba yéndose por la tangente—. Creo que en la vida se ha acercado tanto a una tarta, pero hoy un pastel era justo lo que…

—¡Jeremiah! ¿Qué pasa con las tartas?

La voz de Frances lo llamó desde detrás de ella, y Georgiana se sintió aliviada y débil. Frances se acercaba cogida del brazo de Jane con aspecto totalmente inocente, pero Georgiana no podía mirarlas sin ver el vestido de Frances todo arrugado y la mano de Jane recorriéndole a Frances el muslo desnudo.

—La señorita Ellers tenía la sensación de que habías ido a obtener una —exclamó Jeremiah con jovialidad.

—Dios, no. Seguro que han triturado a sus hijos dentro de la masa —replicó Frances.

Se soltó de Jane para acercarse a Jeremiah y permitir que le besara la mano con ahínco. Él le ofreció el codo y ella lo aceptó y se apoyó en su cuerpo. Georgiana se atrevió a mirar hacia Jane. El rostro de ella soltaba chispas.

Bailaron un poco más, aunque Georgiana se había acabado acostumbrando a tener de pareja a Cecily, que parecía haber ascendido a un plano distinto de la existencia y danzaba sin ser consciente en absoluto de las personas que las rodeaban, con lo cual Jane se vio marginada. Se quedó una y otra vez atrapada con desconocidos que parecían tenerle un poco de miedo… y con razón, pues saltaba a la vista que estaba de un humor de perros. Jane no podía dejar de mirar a Frances, como casi todo el mundo. Jeremiah y ella eran la viva imagen del amor joven, riendo y disfrutando de cada caricia.

Daba la sensación de que no habría nada en el mundo capaz de hacer más feliz a Jane que enterrar el mazo del forzudo en el cráneo de Jeremiah.

Cuando los últimos rayos del maravilloso sol se disiparon entre los árboles y los bailarines hicieron una sudorosa pausa, Georgiana tuvo de pronto a Frances a su lado. Le tiraba de la manga y se reía

sin parar.

—Ven, ven —le susurró, y Georgiana la acompañó.

Su destino no fue otro sino la caseta de las manzanas donde Georgiana se había sentido arrebatada de la victoria. Por lo visto, nadie había ganado las fresas, que seguían sobre la mesa, pero el muchacho a cargo de la fruta no estaba por ninguna parte.

—¡Reclama tu premio! —exclamó Frances empujándola hacia delante, y Georgiana levantó la cesta con aire triunfal.

Miró en derredor de manera subrepticia y se dispuso a alejarse con la esperanza de marcharse de allí lo más deprisa posible para celebrar con los demás, pero Frances no había terminado aún. Le guiñó un ojo, dio media vuelta y asestó una patada a una de las cestas con manzanas en venta antes de comenzar a pisotearlas, a estrellarlas en el suelo mientras se oscurecían y se rompían bajo sus pies.

—No dejes que se salga con la suya. Es un… gusano —le dijo entre ebrias carcajadas a Georgiana, que miraba alrededor por si alguien las veía. El instinto le decía que echara a correr, pero Frances le hacía señas para que se le uniera.

—Pero… ¿de verdad es necesario que…? Es decir, es su forma de ganarse la vida, ¿no? —dijo Georgiana en voz baja, y Frances se echó a reír.

—Su forma de ganarse la vida es engañar a jóvenes inocentes para sacarles el dinero, Georgiana. ¡Es un ladrón! Y estamos vengando a todas a las que ha estafado antes que nosotras, ¡y que merecían las fresas tanto como tú o como yo! Ha llegado el momento de dar un paso adelante…, ¡de alzarse contra el tirano de las manzanas!

Estimulada por el discurso, Georgiana se le unió. Se dejaron llevar por la emoción, derribaron los palos, pisotearon el espantapájaros sobre el barro. Georgiana también había participado, por supuesto, aunque se sorprendió bastante al levantar la vista al cabo de unos diez o quince segundos y observar la devastación que habían provocado.

—¡Rápido, rápido! —gritó Frances.

Aferró la mano de Georgiana y tiró de ella para marcharse. Cuando oyeron que se acercaba gente, echaron a correr a toda prisa, y finalmente llegaron junto a los demás entre risas y jadeos, dobladas sobre sí mismas mientras intentaban recuperarse.

—¿Qué diablos habéis hecho? —les preguntó Jeremiah mirando a Frances con maldad y con una ceja arqueada.

—¡Fresas! —exclamó Georgiana sin aliento con la cesta en alto, y los demás soltaron gritos de alegría y comenzaron a comer. Un grito de absoluta agonía procedió de la dirección de la caseta de las manzanas, y Georgiana miró a Frances de reojo.

—¿Por qué se ha puesto así? —preguntó Cecily suavemente.

Frances y Georgiana rieron en silencio y se cubrieron la boca. El jugo de las fresas les empapaba los dedos.

—Por nada —terminó diciendo Frances—. Cómete las fresas, Ces.

Capítulo diez

Por fin llegó el viernes de la excursión a la cabaña, y Georgiana estuvo lista para marcharse una hora antes de que fuera estrictamente necesario. Estaba sentada, vestida y hecha un manojo de nervios, esperando oír el traqueteo de un carruaje por la calle. La señora Burton tomó asiento a su lado durante un rato, pero consideró que su sobrina estaba demasiado distraída como para ser una buena compañía (cuando le preguntó por el libro que estaba leyendo, Georgiana fue incapaz de decirle el título, explicarle un resumen y demostrar que comprendía qué era un libro).

Cuando finalmente oyó alboroto afuera, Georgiana echó a correr de un modo muy desgarbado para darle un beso de despedida a su tía, y salió escopeteada por la puerta antes de que la señora Burton tuviera ocasión de ir con ella y comprobar que en el carruaje no había nada que resultase inapropiado en una supervisión parental.

El cochero se ocupó del baúl de Georgiana, y la muchacha subió al gran carruaje y descubrió que en el interior ya se celebraba una suerte de fiesta. Fue ciertamente muy positivo que su tía tan solo estuviese abriendo la puerta para despedirse cuando los caballos comenzaron a galopar por la calle, pues Frances, Cecily, Jane y Jonathan ya estaban bebiendo y fumando y chillando al ver a Georgiana sin dar importancia alguna al hecho de que solo fueran las diez de la mañana.

De repente, Georgiana se sintió que era muy aburrida, sobria como estaba. Le dio un buen sorbo a la copa que Jonathan le entregó, y que tuvo el desgraciado efecto de provocarle náuseas de inmediato. Georgiana se apresuró y bebió un nuevo sorbo, convencida de que no encajaría con los ánimos del día vomitar antes siquiera de que hubiesen llegado a su destino. Frances, que llevaba un vestido precioso verde oscuro y que estaba esplendorosa, levantó la copa.

—¡Un brindis! ¡Por los amigos y por la campiña y por el espantosísimo tío de Christopher, que nos ha invitado a la Cabaña de los Bastardos!

Todos gritaron «¡Hurra!» y chocaron las copas con torpeza cuando el carruaje se bamboleó.

—¿La Cabaña de los Bastardos? —preguntó Georgiana cuando hubo tomado otro sorbo.

—Pareces muy escandalizada, George. La llamamos así porque el tío de Christopher compró la cabaña para criar allí a sus hijos bastardos, lejos de ojos indiscretos. Ahora todos han crecido y gastan el dinero que les asigna y urden planes para matar a su primogénito, así que deja que Christopher la utilice.

—Espero que se haya encargado de que la limpien a fondo —observó Jonathan—. No quiero imaginarme para qué la utiliza Christopher cuando no estamos allí, pero seguro que incluye ingentes cantidades de todo tipo de fluidos corporales.

Las muchachas chillaron y profesaron el desagrado que sintieron por aquellas palabras, y Cecily le dio un inofensivo golpe en el hombro.

—¿Qué pasa? ¡Es un obsceno! Estoy seguro de que nos lo pasaríamos mucho mejor si nos diera la bienvenida uno de sus buenos y sinceros primos bastardos.

—Y que lo digas —asintió Jane sombríamente.

Jane volvía a estar de mal humor, pero por lo menos ahora Georgiana creía tener una ligera idea del porqué. Frances apenas la había mirado en la feria después de que llegara Jeremiah, y se había atrevido incluso a rechazarle el brazo cuando Jane intentó agarrarla de camino al carruaje. Georgiana se encogió al verlo y había intentado mirar a los ojos de Jane con expresión de empatía, pero la joven dama se adelantó con grandes zancadas y fumó en silencio durante el trayecto de vuelta a casa.

Desde aquel día, Georgiana había reproducido en su cabeza en reiteradas ocasiones algunos instantes del mes anterior: Frances quitándose un par de medias que le habían prestado, sus pestañas húmedas por las lágrimas y demasiado cerca de ella en su dormitorio; Jane a solas en la primera fiesta, negándose a dar un

nuevo paso con Jeremiah Russell. Todo empezaba a formar un retrato completo en la mente de Georgiana, aunque para que tuviera sentido se había visto obligada a reescribir lo que creía conocer de las personalidades de sus amigas. La experiencia había sido estremecedora, si bien lo fue siendo menos y menos con cada minuto que pasaba. Georgiana ahora miraba a Frances, bella y elegante incluso al fruncirle el ceño a Jonathan, con una copa colgándole precariamente de la mano. Nada había cambiado, en realidad. Ella había sido así desde el principio, aunque Georgiana había estado demasiado ciega como para verlo.

Frances puso los ojos en blanco.

—Guardaos las opiniones que os merece el señor Crawley durante unos cuantos días, desagradecidos, haced el favor. Me gustaría disfrutar de mis vacaciones sin que me destierren a los páramos a consecuencia de vuestros pésimos modales, muchas gracias.

El tiempo era espléndido. El sol se filtraba entre los árboles y entraba por las ventanas de forma intermitente a medida que el carruaje se alejaba de la ciudad, y todos bebieron sin parar. Conforme las botellas de vino a sus pies se fueron vaciando, las historias que contaban se volvieron más alocadas y más traviesas.

Ruborizada, Georgiana se reía encantada al ver lo fácil que le resultaba todo. Nadie parecía considerarla una intrusa ni una desagradable adición a su fiesta. Durante las primeras semanas de su amistad con Frances, casi siempre había tenido la sensación de que llevaba a cabo una especie de prueba —un intento para merecer ese lugar, para demostrar que no desentonaba entre ellos —, pero ya no. Se había ganado su sitio, había llegado y podía disfrutar libremente sin preocuparse por que fueran a cansarse de ella y a abandonarla en un camino con su baúl, a esperar al correo de la noche.

Llegado el final del trayecto, los brindis se volvieron más y más ridículos («¡Por las vides que dieron las uvas que produjeron este vino!», «¡Por los perros que orinaron en él!»). Georgiana estaba famélica y le pareció que ya era pasado el mediodía cuando tomaron un camino desigual que llevaba hasta la casa. Una vez allí, cayeron unos sobre otros al intentar bajar del carruaje al mismo

tiempo. Una botella de vino casi del todo vacía cayó rodando detrás de Frances y se estrelló en el suelo, pero la joven se limitó a reírse y a esquivar el desastre, con los brazos extendidos como si quisiera mostrarle la cabaña a Georgiana.

Era mucho más grande de lo que se había imaginado; por lo menos, tan grande como la casa de los Burton, y ella jamás se atrevería a decir delante de su tía que era una cabaña. Debajo de una densa capa de hiedra y glicinas, parecía que la habían encalado. Estaban rodeados de árboles, y, al darse la vuelta, Georgiana apenas si distinguía el camino por el que habían transcurrido para llegar hasta allí. En cuanto el cochero terminase de descargar el equipaje y se dirigiera hacia la ciudad, estarían a solas.

Era la clase de lugar que debería haber desprendido una paz exquisita, pero no estaba previsto nada que se acercara lo más mínimo a la paz.

La puerta principal se abrió y Christopher salió con una camisa de un intenso color lavanda medio abotonada, una botella de vino en cada mano y los brazos en alto para darles la bienvenida. Conforme el equipaje era trasladado al interior, todos lo siguieron por el pequeño vestíbulo y hacia un estrecho pasillo en dirección a lo que resultó ser la cocina, ya atestada de botellas vacías. Sobre la mesa también había un surtido de fuentes: finas lonchas de carne, tartas, quesos y panes bien presentados y preparados para ser consumidos.

—Hay una humilde finca a una media hora hacia el este que casi siempre está vacía, así que he contratado a su personal para que nos mantengan con vida. Nos traerán tres comidas completas a diario, agua y cerveza… Y, además, la bodega nos mantendrá bien hidratados. —Christopher hizo un gesto con una de las botellas de vino hacia una trampilla abierta, por la que al parecer hacía poco que había ascendido—. Me temo que no se encargan demasiado de las labores domésticas, así que tendréis que ser autosuficientes. Intenta no desmayarte por la conmoción, Smith. Os vestiréis y os bañaréis por vuestra cuenta. Os limpiaréis el culo vosotros mismos.

Todos se sirvieron platos de comida y Christopher fue a la bodega a por más botellas. Dispuso que cada cual cargase con una antes de dirigirse hacia la parte trasera de la casa. No se trataba de los

amplios y cuidados jardines de Longview; allí había tan solo una larga y estrecha extensión de césped, flanqueada con fragantes rosales, con una pequeña arboleda en el extremo.

El césped ya estaba ocupado por el señor Russell, además de por un par de otros rostros familiares de la fiesta de Jane. Georgiana los examinó enseguida y reparó en que el señor Hawksley no se encontraba entre ellos. En realidad, no se había permitido albergar la esperanza de que lo vería allí, con el propósito de que así capearía mejor la desilusión si no lo hallaba en la cabaña.

No había funcionado.

Daba la impresión de que los hombres habían comenzado una partida de croquet antes de cansarse demasiado y desplomarse donde estaban, encima de unas mantas colocadas sobre la hierba, sin chaqueta, algunos todavía con los mazos en las manos, riendo y bebiendo. Frances sujetaba la botella de vino por encima de su cabeza como un trofeo mientras se dirigía en línea recta hacia Jeremiah.

Resultó que los compinches del señor Russell se llamaban los dos James, y Georgiana los bautizó de inmediato como James I y James II basándose en lo cerca que se encontraban de ella. No se molestaron en levantar la vista ni en interrumpir la discusión que mantenían acerca de las distintas virtudes de sus respectivos caballos a fin de dar la bienvenida a los recién llegados. Como ella no tenía interés alguno en presumir de corcel, se sentó junto a Cecily, Jonathan y Jane, y comió con ellos en un agradable silencio durante un rato, hasta que el creciente volumen de la conversación sobre equinos interrumpió su tranquilidad.

Jonathan asintió ligeramente en dirección hacia los dos James y puso los ojos en blanco.

—Me apuesto cinco libras a que en la intimidad fornican con sus adorados caballos —dijo en un susurro.

Jane se rio. Georgiana, que jamás había oído un comentario tan obsceno, se ruborizó por la vergüenza un segundo antes de acordarse de sonreír.

—No puedo aceptar la apuesta —respondió Jane con brusquedad—. Las probabilidades se decantan demasiado a tu favor. —Se inclinó hacia él y prosiguió con expresión aburrida—: Iré más allá que tú: te apuesto a que fornican con sus caballos y te apuesto a que han bautizado a los animales con los nombres de sus madres.

—Aunque él es muy apuesto, Jane —opinó Cecily con seriedad, como si no los hubiera oído. Estaba observando al James más alto, en cierto modo inmune a la vergüenza de admirar a un hombre al que acababan de llamar fornicador de caballos.

—No dejes que seamos un lastre para ti, Ces, seguro que es tan rico como Dios —dijo Jonathan—. Pero dale un mordisco de mi parte si intenta darte de comer una zanahoria.

—Sí, o si insiste en instalarte en un establo —añadió Jane.

—O si te golpea con su látigo cuando quiere que te muevas más deprisa…

Cecily ya se había alejado alisándose el vestido y peinándose el pelo con la intención de demostrar que era más interesante que un caballo. James II la miró de arriba abajo cuando se le aproximó.

—Salta a la vista lo que está pensando —murmuró Georgiana—. Dieciséis manos y media, dentadura fuerte, espalda bien formada y lista para ser montada…

Jonathan y ella estallaron en carcajadas, y Jane sonrió. Jonathan abrió la botella de vino y bebió directamente, así que Georgiana no dudó en imitarlo; sabía que, si su tía la viese en esos instantes —tumbada en la hierba bebiendo con hombres a los que no conocía y sin carabina, en lugar de estar acompañada de padres responsables para pasar unos cuantos días dando paseos y tomando el té—, seguramente se moriría de la vergüenza.

—Esto sabe a orines —exclamó Jonathan con una mueca.

Georgiana era incapaz de distinguir un buen vino de un mal vino aunque le fuera la vida en ello, y los consumía por igual sin llegar a disfrutarlos del todo. Los gustos de Jonathan, por lo visto mucho

más refinados que los suyos, no parecían satisfechos por lo que estaban bebiendo. Se levantó de repente y regresó a la casa en busca de un mejor caldo, criticando duramente el paladar de Christopher por el camino.

A solas con Jane, Georgiana se sintió incómoda de inmediato. Le costaba entablar una conversación con la amiga menos locuaz de Frances incluso cuando estaban en grupo; ahora, después de lo que sabía —y de lo que Jane sabía que ella sabía—, no podía mirarla a los ojos. Quería mostrarle un poco de empatía, pero en cierto modo no se imaginaba que aquello fuera a terminar demasiado bien. El constante aire de dureza y distancia de Jane adquiría sentido de golpe; la joven estaba verdaderamente enamorada de Frances —quizá tanto como Frances admiraba a Jeremiah— y debía de haber sido horrible para ella presenciar cómo los dos daban un paso tras otro en lo que equivalía a un ritual de apareamiento de la clase alta. Georgiana siempre había pensado que, sin saber por qué, se había granjeado la desaprobación de Jane, pero de pronto se le ocurrió que tal vez había sido la vida la que había decepcionado a la amiga de Frances, llevándola a pensar que casi todo y casi todo el mundo era muy poco soportable.

Las dos cogieron sendas botellas de vino y bebieron largamente para llenar el silencio, y, aunque eso no mitigaba la incomodidad del momento, Georgiana se sintió un poco aliviada al pensar que Jane quizá estaba experimentando la misma turbación que ella. A esas alturas, cualquier prueba de que Jane era humana era bien recibida.

—Supongo que todo esto parece muy pero que muy emocionante —dijo Jane al final, y Georgiana levantó la vista.

—¡Oh! Sí, supongo que sí —contestó haciendo acopio de todas sus fuerzas para no dar a entender que aquel era, de hecho, el día más emocionante que había vivido hasta la fecha.

—Mmm —murmuró Jane. Como era obvio, no la había engañado—. Pareces buena chica. —Por alguna razón, no sonó a cumplido.

—¿Gracias? —dijo Georgiana.

—No lo digo para ensalzarte —le aseguró Jane—. Lo digo para advertirte. No eres una chica rica. No eres rica de forma significativa, cuando menos. Todo esto es nuevo para ti. Deberías estar en algún salón anodino haciendo compañía a muchachas de tu pueblo hasta que te cases con un hombre humilde con propiedades humildes, que emplea a una anciana cocinera y a una doncella con granos en la cara para que te ayude a vestirte y a ponerte pendientes de imitación en las orejas.

Ahora Georgiana era consciente de que la estaba insultando. Hizo amago de hablar, pero Jane continuó:

—De nuevo, no malinterpretes mi intención, por favor. No lo digo para hacerte daño. Tan solo me limito a exponer los hechos. No serías infeliz, creo, con una vida normal y corriente que encajara con tu posición. Aquí y ahora, has entrado en la cueva del lobo. El potencial para ser infeliz es altísimo. Aquí nadie sentirá vergüenza ni será marginado por los numerosos pecados que seguro que cometerá antes del lunes. No hay casi nada que no vayan a perdonarnos gracias a nuestra riqueza y a nuestro estatus. Gracias a nuestra ascendencia. ¿Tú puedes decir lo mismo?

Jane había verbalizado la totalidad de su discurso con tono confidente y directo. Georgiana se sintió como una niña reprendida, con inesperadas lágrimas en los ojos, molesta hasta la vergüenza por la expresión imperturbable de Jane. Por más que la aquejara una confusión interior, aquello sin duda no le permitía ser una bruja, en opinión de Georgiana. Quizá el origen de todo estaba en los celos. En los últimos tiempos, Frances le había prestado más atención a ella que a Jane. Al fin y al cabo, había sido a Georgiana a quien Frances había acudido para hablar de la fiesta; había sido a Georgiana a quien había invitado a quedarse en la casa. Se había enterado de los secretos de Frances, había compartido la cama con ella y la había abrazado mientras su amiga lloraba en plena noche. Tal vez aquella intimidad era una amenaza a los ojos de Jane, una idea risible y errónea si se tenía en cuenta que en esos momentos Frances estaba y reía con Jeremiah Russell, y permitía que él le susurrara al oído y que la embargara el placer cuando Russell le quitó una rebelde brizna de hierba del pelo.

Antes de que empezara a pensar en cómo responder a la diatriba de

Jane, Frances la llamó y se les acercó irradiando una alegre exuberancia.

—¡Ven a jugar con nosotros, George! Necesitamos a otra chica para hacer los equipos. No dejes que nuestra Jane te mate del aburrimiento.

Georgiana permitió que su amiga se la llevara de allí y experimentó una punzada de cruel satisfacción al imaginarse a Jane viéndola irse y abandonarla allí.

El juego para el que Frances la necesitaba era tan ridículo que seguro que acababan de inventárselo. Las damas debían montar encima de los caballeros, como si no fueran sino ponis con corbatas, y retomar la partida de croquet. Cuando Frances hizo una demostración con Jeremiah, Georgiana vio horrorizada que la posición requería que el hombre rodeara las piernas de la mujer con los brazos y que la mujer apretara al hombre entre los muslos. A pesar de las capas de faldas y enaguas protectoras, Georgiana se sonrojó al ver a Jeremiah sujetando a Frances con tanta despreocupación. Nadie más pareció impresionarse lo más mínimo. Jeremiah estaba sumamente encantado consigo mismo. Georgiana comenzaba a sospechar que habían urdido aquel juego con el único objetivo de darles a todos los presentes una excusa socialmente aceptable para tocarse unos a otros.

Cecily iba a subirse encima del James al que prefería, y Georgiana se percató con un estremecimiento de que Frances pretendía que Christopher la alzara a ella. Él tendió los brazos en su dirección y arqueó las cejas, y Georgiana se apartó en un acto reflejo.

—Ay, venga, pequeña Georgie —dijo con tal condescendencia que le erizó la piel—. No me voy a portar mal, ya estoy domesticado.

—Creo… En realidad, sigo teniendo hambre, creo que volveré adentro…

Una Frances exasperada interrumpió las excusas de Georgiana.

—Vamos, George, no seas antigua. No podemos jugar bien si solo somos dos parejas.

Hacía pucheros, y Georgiana notó cómo todas las miradas se clavaban en ella a la espera de su decisión. Consideraba injusto que la tacharan de ridícula por no querer jugar a un juego en que un hombre adulto fingía ser su caballo. A pesar de todo, no tenía alternativa. Suspiró con frustración y se acercó totalmente humillada a Christopher para subirse encima de él.

A Georgiana ningún hombre le había puesto las manos sobre las piernas, y mucho menos sobre los muslos. Notaba cómo le hervía la piel debajo del vestido, y le latía el corazón tan deprisa que seguro que Christopher lo notaba en la espalda. Cecily y Frances no parecían incómodas en absoluto y reían con alborozo mientras James II y Jeremiah corrían por el jardín «para practicar». Los demás fueron en busca de los mazos y se encargaron de sumar los puntos, y todos jugaron una partida rápida y lasciva que parecía tener más bien pocas normas, si no ninguna.

Era un día radiante y cálido, y Georgiana notaba el calor que desprendía la espalda de Christopher y veía el sudor que se formaba en la nuca de él. Era desagradable compartir un momento de tanta intimidad con alguien a quien apenas conocía, y más aún cuando lo poco que sabía de él no le gustaba en absoluto.

Jugaron peor que mal, sobre todo por el hecho de que ella intentaba tocar a Christopher lo menos posible. Cuando intentó sujetarla mejor sobre la espalda y agarrarla más arriba, Georgiana le dio un rápido golpe de talón en las costillas, y él la lanzó al suelo con un gruñido.

—¡Por el amor de Dios, no es más que un juego! —exclamó. Intentaba sonar alegre, pero su evidente tono de crispación dejaba claro que para él Georgiana no había sido una compañía demasiado buena ni divertida.

—Sí, no es más que un juego, ¿verdad, Christopher? —le espetó ella —. Y, al parecer, hemos perdido.

Mientras los demás se distraían discutiendo sobre los puntos y las faltas cometidas, Georgiana cogió la botella de vino de donde la había dejado abandonada sobre la hierba y se alejó a toda prisa.

Capítulo once

El número de invitados a la cabaña se cuadruplicó entre las siete y las ocho de la tarde. Georgiana perdió la cuenta de los nombres y los rostros; debió de ser consecuencia de haberse bebido toda la botella de vino y haber empezado con alegría una segunda. Habían matado las horas de la tarde hasta tal punto que ahora estaba adormilada y desconcertada, y le costaba distinguir dónde terminaba su mano y dónde empezaba el césped calentado por el sol. Jamás había experimentado ese estado de embriaguez, jamás había estado tan borracha como para no poder caminar en línea recta, para ignorar que Jane seguía mirándola fijamente o para ofenderse por las bromas cada vez más soeces de los hombres que la rodeaban, que superaban en cantidad a las mujeres presentes.

Cuando el sol se puso al fin, algunos de los caballeros más animosos con energía que quemar empezaron a retarse unos a otros para hacer carreras. Georgiana se sentó junto a la caseta y los observó al lado de Cecily, que seguía suspirando y contándole las bromas que James II le había comentado a lo largo de la tarde («¡Ah! Y me ha enseñado su reloj de bolsillo. Dice que se le cayó a un general en Waterloo, incluso tenía un poco de sangre francesa, era precioso»). Georgiana sonrió y asintió guardándose para sí lo que opinaba acerca de la absoluta mediocridad de los conocidos del señor Russell mientras inspeccionaba un jardín bañado por el dorado brillo del atardecer y sentía un arrebato de satisfacción ante sus circunstancias actuales. Se quitó los zapatos, maravillada por el hecho de que no le resultó extraño en absoluto caminar descalza entre un grupo de desconocidos, como si fuera una especie de…, en fin, de animal salvaje descalzo.

El único inconveniente era que nadie intentaba conquistarla con un reloj manchado con sangre francesa. Incluso la señorita Woodley se había sumido en una ardiente conversación con un tipo bajito y de mirada resuelta que no dejaba de recolocarse la corbata sin pensar, de tal modo que daba a entender que las mujeres intimidantes y gruñonas eran su atracción particular. Georgiana había preguntado

varias veces si el señor Hawksley asistiría a la fiesta, en una ocasión lo bastante ebria como para interesarse sin vergüenza ni sutileza, y había recibido respuestas contradictorias, por lo cual no le pareció acertado que su alborozo en la cabaña dependiera de la posible llegada de él. Además, razonó para sus adentros, no necesitaba a un hombre para divertirse. Ya estaba divirtiéndose muchísimo fingiendo que escuchaba a Cecily.

Que seguía hablando sobre James, y al cabo de veinte minutos Georgiana pensó que el tema se había agotado por completo. Le puso vagas excusas a Cecily que apenas eran palabras —su amiga no se dio cuenta, pues el protagonista de sus suspiros se había apuntado a las carreras y en ese momento se inclinaba para ocupar la posición de salida más ventajosa— y, a continuación, entró en la casa en busca de algo más que beber. Creyó que la encontraría vacía, pues la noche era demasiado templada como para emprender actividades en el interior, y se detuvo cuando oyó murmullos que procedían del estrecho y oscuro pasillo.

—Ya lo sé —mascullaba alguien; Georgiana se percató de que se trataba de Frances—. Ya lo sé. Tanto da lo que pienses de mí: debes saber que yo siento lo mismo, pero ahora mismo no podemos.

Dio un paso atrás hasta colocarse en el campo visual de Georgiana, sin dejar de mirar hacia la persona a la que se había dirigido mientras se alejaba. Cuando una mano apareció para detenerla, Georgiana supuso que vería a Jeremiah.

Era Jane.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? —dijo, altanera y desdeñosa, aferrando el brazo de Frances con demasiada fuerza—. Marchémonos. No quiero estar aquí. Ven conmigo.

—Venga, Janey —dijo Frances con cariño mientras se le acercaba y le tocaba la barbilla con la punta de los dedos. El vino suavizaba su tono—. No volvamos a darle vueltas. Solo es para pasarlo bien, seamos realistas.

—No lo seamos —exclamó Jane con firmeza, pero Frances se había liberado de su agarre y había desaparecido por una puerta. Jane la

siguió como si fuera su sombra.

Georgiana entró a trompicones en la cocina vacía, recordando apenas por qué la había estado buscando. En ese instante, vio que la puertecita que conducía a la bodega seguía abierta y que el destello de una lámpara le aseguraba que no iba a descender a una oscuridad absoluta. Se levantó las faldas con gesto torpe para bajar la escalera y estuvo a punto de resbalar con un peldaño. Masculló una débil maldición y suspiró en alto, aliviada, cuando sus pies se plantaron en las duras baldosas del suelo. Se giró para valorar sus opciones y se preguntó si la bodega del tío de Christopher le ofrecería un vino menos añejo pero de un sabor más agradable con que ahogar la conversación que acababa de oír…, y entonces soltó un grito.

En la bodega no estaba sola. Una silueta alta emergió de la oscuridad casi al mismo tiempo en que ella había llegado al suelo. El hombre avanzó hasta la luz de la lámpara… y se transformó.

Allí se encontraba con cara de alarma el señor Hawksley, como si la mente de Georgiana lo hubiera invocado pensando en él con tanta frecuencia.

Ella se cubrió la boca con las manos para interrumpir el chillido que estaba emitiendo y se lo quedó mirando. A duras penas se creía que él estuviese en la bodega de verdad, observándola con las oscuras cejas enarcadas. Después de haberlo imaginado por lo menos tres docenas de veces desde el día de la iglesia, a Georgiana la sorprendió verlo un poco más bajo y con menos belleza sobrenatural comparado con la imagen que guardaba de él en su cabeza. Aun así, seguía siendo muy agradable a la vista, y lo más importante era que no había duda de que se encontraba delante de ella. Hawksley le puso una mano en el brazo durante unos segundos para que no perdiera el equilibrio y Georgiana notó la sólida calidez que desprendía y que daba fe de su existencia.

—Mis más sinceras disculpas… Me ha enviado un amigo a seleccionar una botella… Me ha parecido mejor no llamarla y sorprenderla mientras… resbalaba.

Apartó la mano. Georgiana la echó de menos de inmediato.

—No resbalaba —protestó con la mayor dignidad que podía reunir una persona que hacía unos instantes había chillado como una *banshee*—. Estaba… bajando de forma controlada.

—Ah, por supuesto —dijo el señor Hawksley con educación—. Discúlpeme. Durante unos segundos me ha parecido que resbalaba.

De repente, Georgiana recordó la rotundidad con que se había puesto en ridículo durante la última conversación que mantuvieron, y decidió que más valía no hablar. Se colocó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja y pasó delante de él con una insegura determinación que no habría estado fuera de lugar en un barco que se balancease. Los estantes estaban repletos de cientos de botellas y de barricas de vino, y fingió evaluarlas con ojo crítico. Era plenamente consciente de que de ninguna de las maneras debía encontrarse a solas con un caballero —ni siquiera con uno de la posición del señor Hawksley— en la bodega sexual del tío de Crawley. Le martilleaba el corazón en el pecho, pero no podía fingir que se debía a la angustia que le provocaba la indecencia de la situación.

Hasta allí llegaban amortiguados los ruidos de la fiesta, y la luz de la lámpara titilaba sobre las paredes y bailoteaba sobre el vidrio de las botellas. Thomas Hawksley se la quedó contemplando mientras ella apartaba el polvo de una de las etiquetas y entornaba los ojos para leer los nombres y las fechas garabateadas, cuyo significado escapaba a su comprensión. Notó la mirada de él clavada en la nuca como si fuera una caricia física.

—Discúlpeme de nuevo si la he molestado —dijo, con la voz tan grave y encantadora que recordaba Georgiana.

Se giró para mirarlo y vio que el hombre ya había colocado un pie en el primer peldaño de la escalera y que se disponía a marcharse. Parecía un tanto derrotado, y Georgiana se preguntó si habría bajado a la bodega para estar solo.

—No —saltó Georgiana antes de que decidiera qué decir a continuación—. Esto… ¿Usted sabe algo sobre vino?

—Sé un poco —respondió mientras bajaba el escalón, todavía con

una mano en la escalera como si no hubiera decidido si se iba o si se quedaba.

—Excelente —se alegró Georgiana con un brazo en la pared para estabilizarse—. Eso quiere decir que sabe por lo menos el doble que yo y que podrá evitarme la vergüenza de seleccionar un caldo elaborado con… con uvas de mala calidad y embotellado por alguien sumamente incompetente.

Al oírla, sonrió, y al poco se colocó junto a ella con los brazos cruzados.

—¿Qué es lo que suele exigir en lo que a vino respecta?

—Algo suave y no demasiado intenso —contestó Georgiana sintiéndose así—. Algo que sepa a… a fruta, quizá, o que tenga un sabor floral.

—En resumidas cuentas, ¿desea algo que sepa lo menos posible a vino? —le preguntó el señor Hawksley con una ceja arqueada—. ¿Ha pensado en un licor de frutas? ¿En una cerveza suave? ¿O quizá en un poco de agua? Le puedo proporcionar una variedad añeja espléndida, embotellada ayer mismo en el pozo que hay a pocas millas de aquí. Tiene un suave *bouquet* aguado seguido por un regusto aguado muy agradable.

—Se está burlando de mí, señor —dijo Georgiana, sin que le importara lo más mínimo—. Estoy dolida.

—Está borracha —terció el señor Hawksley sin ambages, y en ese momento Georgiana sí que estuvo un poco dolida.

—¿Usted no lo está? —respondió.

Antes de que le respondiera, comenzó a repasar las estanterías y a recorrer una mano por encima de las botellas. Georgiana notó cómo se le erizaba el vello de los brazos; sería maravilloso ser un tinto *merlot* del tío de Crawley en esos instantes.

—No —contestó al fin, inclinado para observar mejor en la penumbra de la bodega—. He bebido exactamente dos copas de vino, de un vino muy bueno, debo añadir, pero no necesito beber

más, sobre todo si pretendo subir escaleras, ayudar a damas a elegir libaciones, etcétera.

—Ah —murmuró Georgiana. Abandonó sus pretensiones de buscar un vino por su cuenta y se dispuso a observarlo a él explorando la bodega—. Yo he bebido… más de dos copas.

Volvió a admirar las manos del señor Hawksley. Eran grandes, con las uñas cortas e uniformes, los dedos quizá un poco callosos por montar a caballo, pero más bellas aún por la seguridad con que debía de cabalgar.

—Sí —asintió él, como si no fuera necesario que ella afirmara algo tan evidente.

Georgiana se había tambaleado un poco y procuró erguirse nuevamente.

—¿Señorita Ellers? —El señor Hawksley se giró y frunció el ceño.

Oírlo pronunciar su nombre era una distracción tan deliciosa que estuvo a punto de olvidar responder.

—Oh… Estoy bien. Intento recuperar el equilibrio, ya sabe. Es quizá la tercera o la cuarta vez que sigo bebiendo tras llegar al final de una botella.

—Ah —exclamó el señor Hawksley como si aquello lo explicara todo, y se la quedó observando unos largos instantes antes de volverse hacia el vino—. Y ¿esas ocasiones han coincidido siempre con el tiempo que ha pasado en compañía de la señorita Campbell?

—¿Qué pasaría si fuera así? —Georgiana lo miró con los ojos entornados.

El señor Hawksley encontró una botella que parecía prometedora y la levantó del lugar en que descansaba antes de soplar ligeramente para apartar una fina capa de polvo.

—Solo se lo pregunto porque he reparado en que sus amigos y ella siempre parecen comportarse bajo la influencia de distintas… sustancias.

—No es un requisito indispensable para disfrutar de su amistad —aseguró Georgiana con el ceño fruncido.

—Sí. —Le mostró la botella—. No es asunto mío, por supuesto. Me había parecido que usted tal vez necesitaba un… En fin, este es un vino blanco de la Borgoña.

Georgiana cogió la botella, pero sus manos y sus ojos se coordinaban tan mal que no hizo sino soltarla de inmediato. La botella cayó al suelo con un golpe seco, y los dos bajaron la mirada para ver si se había roto. Estaba intacta. Se agacharon al mismo tiempo para agarrarla, y en el último segundo, para evitar chocarse con el señor Hawksley, Georgiana ladeó la cabeza y terminó estampándose contra él de todos modos y lanzándolos a ambos al suelo.

Se le salió todo el aire de los pulmones por el impacto que se llevó su pecho contra el hombro del señor Hawksley, y durante unos segundos no pudo más que resollar de forma atractiva. Él soltó un jadeo un tanto dolorido, se sentó a toda prisa y la aferró suavemente por un antebrazo y por la espalda para ayudarla a incorporarse. Durante lo que se le antojó un lapso deliciosamente largo, las manos de él la sujetaron, y Georgiana sintió un extraño calor en los lugares en que estaban en contacto, como si antes de tocarla las hubiera tenido metidas en un horno.

Ya la habían tocado en anteriores ocasiones. La habían guiado hasta una habitación, había caminado con el brazo entrelazado, había compartido besos castos —o, cuando menos, castos en su mayoría —. Christopher acababa de tocarle las piernas, por el amor de Dios, y tampoco era que nunca hubiera notado las manos de Thomas Hawksley sobre la piel; por desgracia, delante de él tenía la mala costumbre de llevar a cabo desacertadas acrobacias de aficionada. A pesar de ello, el roce de él, a solas en la semipenumbra de la bodega y con vino en la lengua y arrugas en el vestido, no se parecía a ninguno que hubiera experimentado.

Por más que ella hubiese abandonado tiempo atrás el sentido del decoro, él no. Estaba horrorizado por el prolongado contacto y retiró las manos de su piel desnuda para empezar a mascullar disculpas. Demasiado borracha como para no ceder a sus instintos

más básicos y demasiado desesperada para saber cómo sería, Georgiana extendió una mano y agarró la que él había apartado de sí.

Hawksley no se resistió. Tenía la palma fría y seca, pero Georgiana notó los callos que había intuido antes, una infinitesimal cantidad de aspereza sobre su piel. Estaban sentados muy pero que muy cerca; podría haber contado las largas pestañas que enmarcaban los ojos de él. Seguía sin aire, lo cual daba pie a sus erráticas respiraciones. Hawksley no estaba sin aire, así que no había una explicación lógica para el rápido ascenso y descenso de su pecho. Georgiana notaba su aliento cálido contra la mejilla.

En ese preciso instante, se le ocurrió que deseaba besarlo, y sintió pavor al descubrir que tal vez fuera a intentarlo. La mera posibilidad la llenaba de emoción y le provocaba un ligero mareo. Tiró con suavidad de la mano de él para eliminar el espacio que los separaba, y de pronto se oyó un grito por encima de ellos y Georgiana se apartó, tan sorprendida y avergonzada como un perro calado por la fría lluvia de la calle. Siguieron nuevos gritos, que sonaban más lejos de lo que le había parecido el primero, pero aun así demasiado cerca para su tranquilidad. Olvidado el vino, Georgiana se puso en pie y comenzó a subir la escalera entre tambaleos. No se atrevió a mirar hacia atrás para ver si Thomas Hawksley la seguía en el ascenso.

Capítulo doce

Georgiana salió de la cocina y siguió la fuente de la conmoción hasta que llegó a las puertas que conducían al jardín, donde Christopher, que no sonaba del todo serio, gritaba: «¿Hay algún médico en la casa?» mientras agitaba una vela encendida por encima de la cabeza como si fuera un faro de peligro.

—¿Qué diablos ha ocurrido? —le preguntó Georgiana cuando pasó por su lado.

—Ces se está muriendo —farfulló con voz espesa por el alcohol—. Es… una gran desgracia.

—¿Cómo? —gritó Georgiana, alarmada, mientras miraba alrededor —. ¿Dónde está?

—En el salón, pobre cisne —dijo. La miró con los ojos medio cerrados y se inclinó demasiado cerca de ella para su gusto—. ¿Eres médico?

—No —respondió con firmeza. Lo empujó y se dirigió hacia el pequeño salón que se encontraba en la parte delantera de la casa.

Cecily parecía ciertamente en un estado de aflicción. Estaba tumbada en el sofá, una maraña de extremidades largas y pálidas, muselina rosa y pelo dorado, cuyo peinado se había deshecho en parte durante el curso de los acontecimientos, y lucía un tono grisáceo espantoso. Jane estaba sentada a su lado y sujetaba lo que parecía un orinal. Georgiana reparó en que James el Jinete no estaba por ninguna parte… y Frances tampoco.

Mientras la contemplaba, Jane le puso una mano en la frente a su amiga para reconfortarla y le apartó el pelo de la frente. Aquella ternura parecía tan impropia de ella que Georgiana no sabía qué pensar. Jane se inclinó y le susurró algo al oído a Cecily; esta respondió irguiéndose de pronto y vomitando en el lleno orinal, dejando claro cuál era su papel en la situación. Cuanto salía de su

boca era de un oscuro casi negro, que no era un color demasiado alentador para el contenido de las entrañas de nadie.

—Se ha envenenado a sí misma —dijo una voz detrás del oído izquierdo de Georgiana.

Ella se sobresaltó, pero se recuperó enseguida. El señor Hawksley la había seguido hasta la estancia. Georgiana supuso que seguramente habría permanecido unos instantes en la bodega por decoro, tanto para darle tiempo a que subiera la escalera sin atisbar sin querer el interior de sus faldas como para que nadie los viera emerger juntos de una sala subterránea.

—¿Envenenado? —preguntó Georgiana, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Sí. Al consumir ingentes cantidades de alcohol —dijo, también incapaz de mirarla a ella.

Georgiana vio que llevaba la botella de vino que había abandonado en la bodega. Dadas las circunstancias, resultaba inapropiado, así que la dejó torpemente en una mesita.

—Qué gran deducción —comentó Jane, sarcástica, con una mueca al ver que Cecily le daba la razón vomitando de nuevo—. Suele sacarlo todo de su cuerpo por su cuenta al cabo de unas pocas horas.

—Necesita a un médico —aseguró el señor Hawksley, categórico—. No se encuentra bien. Mi carruaje está fuera, no tenía intención de quedarme mucho rato. Yo la llevo.

—¿Tú? —le preguntó Jane con brusquedad—. Es amiga mía, y, si te digo la verdad, a ti no te conozco apenas.

—Le aseguro que estará en buenas manos. En el pueblo hay un médico, a una media hora de aquí. Me encargaré de que la vea.

—De acuerdo —aceptó Jane—. Yo también voy.

Señaló las extremidades inertes de Cecily y Georgiana se apresuró a ayudarla. Entre las dos, pudieron poner a Cecily en pie y llevarla

afuera, donde el señor Hawksley contaba con un cochero y un carruaje que las esperaban. Después de colocar a su amiga y despedirse apenada de Jane y del señor Hawksley —los dos la ignoraron—, Georgiana se quedó en el oscuro camino de entrada contemplando cómo se marchaban con una extraña sensación de anticlímax. Observó los peligrosos escalones de la cabaña y, durante unos segundos, valoró la posibilidad de tropezar para necesitar también la visita del médico, pero al final suspiró y volvió al interior con la botella de vino que la aguardaba en el salón en mente.

***

Ahora que ya no había opción alguna de encontrarse por sorpresa con cierto caballero de pelo cobrizo y que había quedado atrás el dramatismo del envenenamiento de Cecily, el interés de Georgiana en aquella fiesta comenzaba a desvanecerse. Podría haberlo remediado si hubiera localizado a Frances, pero su amiga llevaba un buen rato desaparecida. Se sintió un poco abandonada; a fin de cuentas, había sido Frances quien la había invitado, y tenía la ligera sensación de que, si no estaba a su lado, se perdía la diversión de verdad. Frances irradiaba una especie de energía que atraía a cuanto la rodeaba, que la convertía en el centro de todas las fiestas, conversaciones y órbitas. Sin ella, Georgiana vagaba a la deriva.

Caminó entre grupos diseminados, agarró la botella de vino blanco, le dio unos sorbitos y atesoró aquel objeto, que la conectaba con el señor Hawksley. Ese vino sí que le gustó, y en su nuevo estado de embriaguez le pareció que él debía de comprender alguna faceta clave de su ser, incluso mejor que ella misma.

Más o menos pasada la medianoche, alguien la llamó por su nombre desde uno de los grupos, y Georgiana no dudó en unirse, un tanto halagada al saber que habían requerido su presencia en concreto. Cuando resultó que había sido Christopher el que la había llamado, la sensación se redujo un poco, pero Jonathan también estaba allí, así que ocupó su lugar en un círculo de beodos que parecían inmersos en una especie de juego alcoholizado.

—El juego es «Confesiones» —le explicó Jonathan. No farfullaba como Christopher, pero era obvio que también había bebido

muchísimo—. Alguien confiesa algo espantoso, y, si tú también has llevado a cabo la infame acción, te toca beber.

Era el turno de una bonita joven pelirroja, sentada junto a Christopher.

—Confieso haber…, mmm, haber roto una joya familiar. Y haber culpado a la criada de mi madre.

En el círculo, todo el mundo bebió. El vino de Georgiana se quedó intacto.

—Venga ya —exclamó Christopher, al parecer escandalizado por los motivos equivocados—. ¿Eso es lo peor que tienes? Es completamente patético. Yo tomé «prestado» el caballo favorito de mi padre cuando tenía doce años y el pobre animal se rompió una pata en un desafortunado salto. Mi padre le disparó él mismo; fue lo más cerca que estuvo el viejo malnacido de lloriquear. Le eché la culpa al hijo de un criado. Pensé que también le dispararía al niño bobo, pero se limitó a echarlos a los dos.

Todo el mundo se echó a reír. Georgiana no.

—Muy bien, Georgie, te toca a ti —dijo Christopher, y ella notó la incómoda sensación de que todos los ojos se clavaban en los suyos, ávidos, a la espera de algo jugoso. Su mente estaba totalmente en blanco; por suerte para ella, Jonathan la salvó.

—Dejad en paz a la pobre, es nueva en esto —saltó encolerizado, probablemente a fin de irritar a Christopher—. Yo confieso haberle robado una tarde de besos a una criaturilla que trabaja en los establos de los Campbell. El hedor a excrementos de caballo era intenso, pero no logró arrebatarnos el ardor.

Todo el mundo se rio, y Georgiana se preguntó cuántos sabrían que los Campbell solo contrataban a muchachos en los establos.

—Besos robados, pues… Vamos. Bebed, furcias miserables.

Para su sorpresa, casi todo el mundo bebió, incluidas las muchachas. Georgiana se asombró de nuevo al presenciar hasta qué punto las normas no parecían regir a esas personas. Besar a alguien

con quien no estabas comprometido, a alguien con quien tan solo te unía la promesa de una sola noche, y alardear de ello flagrantemente habría supuesto su fin en su casa o en los círculos habituales de su tía y de su tío. Siempre había imaginado que las mismas normas regían a todo el mundo, que las personas eran juzgadas con equidad, pero supuso que entre esa clase particular de personas existía una especie de acuerdo de intimidad. Por lo visto, aquello no los llevaba a pensar mal unos de otros. A fin de cuentas, si todo el mundo había corrido desbocado y había besado a quien le había venido en gana, ¿cómo iban a pensar mal? Y ¿cómo ibas a limitar tus posibles amistades futuras a las personas que habían permanecido en un estado ideológico puro y que no habían emprendido aventuras de besos ilícitos, si resultaba ser tan común como pillar un resfriado?

Christopher se percató de que ella no estaba bebiendo.

—Por Dios, hay una santa entre nosotros —dijo arrastrando las palabras con malicia—. Seguro que esta noche encontramos a alguien que te lo remedie, Georgie.

—¿Nadie te ha dicho que hablas igual que los hombres que se sientan en el rincón de los burdeles, sudorosos, y miran lascivamente a las mujeres a las que encomiendan a roñosos clientes? —le soltó Jonathan con mordacidad.

—¿Qué hacías tú en ese tipo de burdeles, Smith? —le espetó Christopher—. ¿Intentabas curarte de tu espantosa enfermedad?

En ese momento, desapareció el buen ambiente y el juego terminó de pronto, y Georgiana volvió a levantarse para ir en busca de un lugar en que esconderse hasta que hubiera suficiente silencio como para irse a la cama. Esperar a que los caprichos de los demás marcaran la hora de acostarse era una sensación un tanto extraña y claustrofóbica. Comenzaba a experimentar la perturbadora combinación de embriaguez y mareo que conllevaba el haber bebido mucho durante un buen rato, y se habría tragado todo el vino de la bodega si así lograba dar con un sitio cómodo y tranquilo en que apoyar la cabeza.

Al final, encontró un rincón desierto del jardín donde sentarse en

una muralla de piedra con la espalda contra el tronco de un árbol, casi a oscuras del todo, y observó con gran indiferencia cómo se consumía la fiesta. No pasó por alto que, incluso rodeada de la gente adecuada, en una fiesta a la que unas pocas semanas atrás jamás habría pensado que asistiría, volvía a esconderse con la esperanza de pasar desapercibida.

Si no podía estar a solas con el señor Hawksley, bien podía conformarse con la mejor segunda opción y estar a solas con lo que pensaba del señor Hawksley. La parte racional de su mente, que se había ausentado durante buena parte de la noche, le dijo que un hombre como él nunca se interesaría por ella de verdad. Era demasiado amable como para desairarla directamente, como habrían hecho otros presentes en la fiesta, pero aquello tan solo era indicativo de que tenía buenos modales. No era indicativo de que hubiera atracción alguna, por supuesto. Y, aunque se sintiera atraído por ella —y Georgiana de veras había pensado durante unos instantes, cuando se quedaron sentados en la oscuridad casi absoluta de la bodega, que sus sentimientos tal vez fueran recíprocos—, quizá a pesar de su moral para con la ebriedad y sus claras muestras de genialidad, realmente era idéntico a sus pudientes amigos. Tal vez la habría besado o habría permitido que ella lo besara a él, y al día siguiente lo habría olvidado o habría pasado página en la siguiente fiesta…, relegando lo ocurrido a un mera anécdota que contar durante la siguiente ronda de «Confesiones». Pero de nada servía obsesionarse con el significado de un beso que ni siquiera había llegado a existir. Apenas conocía a aquel hombre, si bien sabía que tenía un gusto excelente con el vino.

Estaba inmersa en sus pensamientos cuando alguien se sentó a su lado y la sobresaltó física y mentalmente hasta sacarla de su trance. Pensó que se trataría de Frances y le agradó que su amiga hubiese dado con ella, pero al girarse vio a Christopher Crawley mirándola con lascivia, ya con la camisa totalmente desabrochada y abierta.

—¿Jugando al escondite? —farfulló, y se inclinó hacia ella para ponerle una mano sobre el muslo.

Georgiana se apartó de él, pero tan solo logró quedar más arrinconada.

—No estoy interesada, Christopher, gracias —respondió mientras intentaba quitarse la mano de él de la pierna.

—No es una propuesta de matrimonio, Georgie. —Le sonrió con medio rostro iluminado por las lámparas cercanas y la otra mitad, en la oscuridad—. No hace falta que te lo tomes en serio.

Por más lenta que estuviera, Georgiana comenzó a notar el pánico que se activaba en los recovecos de su cabeza. Estaban bastante ocultos, y el agarre de Christopher era sorprendentemente fuerte para alguien tan borracho. Estaba inclinándose más hacia ella, pero Georgiana pensó que no podía gritar; no podía formar un vergonzoso alboroto, sobre todo teniendo en cuenta que estaban en la casa de él y rodeados por los amigos de él. Sin embargo, Christopher desprendía un olor a *whisky* y a humo de pipa y a perfume punzante tan fuerte que Georgiana creyó que iba a vomitar. El corazón le latía a un ritmo incómodo, lo cual era ridículo. Él no le estaba haciendo daño, su vida no corría peligro, y era como si fuera así. Su cerebro le chillaba que echara a correr, pero se quedó paralizada.

En el momento en que pensó que iba a suceder de verdad, que aquel hombre tan repugnante que antes se le había insinuado iba a besarla, vio a Frances salir trastabillando de la casa, y gritó su nombre.

Frances se giró hacia su voz, y Georgiana supo de inmediato que estaba pasando algo. Su amiga tenía la cara contraída en un rictus espantoso y los ojos desenfocados cuando tropezó al avanzar hacia ellos. Christopher se había quedado tan sorprendido al oírla que la soltó, y ella aprovechó la oportunidad para echar a correr y dirigirse hacia Frances.

Llegó junto a ella al mismo tiempo que Jonathan, y los dos vieron que la muchacha temblaba sin control. Él se quitó la chaqueta de inmediato y se la puso encima de los hombros para guiarla hacia el rincón que Georgiana acababa de abandonar. Por suerte, Christopher había desaparecido.

—¿Qué te ocurre, Franny? —le preguntó Jonathan con sincera preocupación—. ¿Te has tomado algo?

—No. Es decir, sí —masculló—. Pero eso no es… Yo… Ha sucedido algo, pero necesito vuestra ayuda, necesito… Ay, Dios, debemos volver adentro. —De repente, insistía y sonaba casi asustada, pero seguía luciendo una rígida y horrible sonrisa.

—Muy bien… ¿Adentro? Vayamos adentro —dijo Georgiana intercambiando una inquieta mirada con Jonathan—. ¿Adónde exactamente, Frances?

—Yo os llevo —respondió.

Jonathan la rodeó con un brazo y cargó por lo menos con la mitad de su peso mientras caminaban. Frances los guio directamente al piso de arriba para que cruzaran el pasillo hasta un dormitorio iluminado por una sola lámpara de aceite, donde la ayudaron a sentarse a los pies de la cama con dosel.

Frances parecía muy ebria, pero aquello no era poco frecuente. Lo que sí era a todas luces alarmante era el hecho de que pareciera medio muerta y completamente desconcertada. Georgiana recordó las descripciones que había leído en libros de las personas que habían presenciado una batalla. Le resultaba tan extraño ver la luz de su amiga tan tenue que no se le ocurrió nada que decir, solamente le acarició el brazo cuando Jonathan se marchó a buscarle algo de beber, y regresó con una copa de ginebra en una mano y una cerveza en la otra. Le dio las dos a Georgiana y cerró la puerta con fuerza tras de sí.

—Vamos —dijo Jonathan. Cogió la cerveza y se la colocó insistente en las manos de Frances. Esta se la quedó mirando, apenas consciente de qué era—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

—No podéis decírselo a nadie —les pidió. De repente, su expresión adquirió cierta dureza, y los miró por turnos—. Debéis jurármelo. No dejéis que esto salga de esta habitación.

Los dos asintieron. Frances soltó un suspiro.

—He estado con Jeremiah. Me ha dicho que no quería perder el tiempo en compañía de nadie más. Solo ha venido porque sabía que yo estaba aquí. Creía que le importaba de verdad, pero ahora estoy

segura… Ah, y ¡supongo que ya es mi prometido!

—¡Oh, Frances! —exclamó Georgiana—. ¡Es maravilloso! ¿Te ha propuesto matrimonio?

—Bueno…, no con esas palabras —respondió Frances con una sonrisa dirigida a las manos con que aferraba la cerveza—. Pero es una formalidad. Ahora estamos prometidos el uno al otro.

Jonathan, que se había sentado a su lado en la cama, se levantó al oír esas palabras. De pronto estaba enfadado, y Georgiana no comprendía por qué.

—Franny… Mírame. —Ella no lo hizo. Jonathan le arrebató la bebida de las manos, y entonces Frances lo observó con aquella sonrisa extraña y dolorida—. Mírame. ¿Qué ha ocurrido?

Un largo silencio se instaló entre ellos. La sensación de que había pasado algo, de que había sucedido algo malo, se adueñó de Georgiana, pero seguía sin entender qué era lo que causaba tantos recelos. ¿Estaban casi comprometidos? ¿Se habían prometido el uno al otro? ¿Qué tenía aquello de triste?

—Jonathan, no me mires así —dijo Frances, y a Georgiana la horrorizó verle lágrimas en los ojos, que se derramaron lenta y firmemente por sus mejillas. Aunque hablaba con tono alegre, se le quebró la voz—. ¡Este domingo estaremos comprometidos! Todo va a salir bien.

Le temblaban tanto las manos que Georgiana se las agarró para no tener que verlas comportarse de modo tan lastimoso.

Todavía no había comprendido nada.

—¿Dónde? —preguntó Jonathan con voz como un trueno—. ¿Aquí?

—No. —Asintió hacia una puerta que Georgiana no había visto hasta entonces, en el lado opuesto a la cama—. Por eso…, por eso necesito vuestra ayuda. Ha habido un…, bueno, he intentado limpiarlo, pero no he podido. No sé cómo. —De repente, se echó a reír, una carcajada dura y extraña por las lágrimas que seguían empapándole el rostro—. Pero las malditas manos no me dejan de

temblar. —Dejó de reírse en seco—. Me ha dicho…, me ha dicho que quiere que estemos juntos.

—¿Es lo que quieres tú? —contestó Jonathan. A él aquello no le hacía ninguna gracia.

—Quizá… Quizá ahora no. Así no. Pero me ha parecido absurdo armar un escándalo, Jonathan, cuando tenemos cosas que hacer. Eso me ha dicho, Jonathan. Y que nos casaremos, así que ¿cuál es la diferencia?

Georgiana la observó con genuino terror. Por fin lo comprendía. Jonathan atravesó la habitación con unas pocas zancadas y abrió la puerta anexa. Más allá no había sino oscuridad, así que Georgiana cogió la lámpara y lo siguió. La luz titilante iluminó un reducido vestidor.

El extremo del tocador estaba manchado de sangre. Había gotas que habían salpicado el mármol blanco, así como otras que empapaban la alfombra y los tablones del suelo. Georgiana vio el punto en que Frances había intentado limpiarlo, pero solo había logrado extenderlo más. Había tres huellas de sangre en el espejo. Georgiana colocó la lámpara en el alféizar de la ventana y reprimió una oleada de náuseas, y Jonathan salió de la estancia sin pronunciar palabra; al poco regresó con una tela lo bastante oscura como para ocultar cualquier marca y una jofaina de agua que alguien había dejado junto a la cama.

Georgiana y Jonathan se esmeraron en silencio, frotaron las superficies e hicieron todo lo posible para limpiar las manchas más intensas hasta que se transformaron en anónimos trazos de un color indeterminado. Cuando hubieron terminado, Georgiana cogió la lámpara, y regresaron al dormitorio, donde encontraron a Frances hecha un ovillo y dormida en la cama, más pequeña y más quebradiza de lo que Georgiana la había visto nunca.

Jonathan soltó un hondo suspiro, se sentó en el suelo a los pies de la cama y dio un largo sorbo a la ginebra. Se la ofreció a Georgiana, quien tomó asiento a su lado.

—Vive en un mundo de fantasía —murmuró él con la espalda

recostada en la cama y expresión exhausta. Georgiana no sabía cómo era posible imprimir tanto veneno en un susurro, pero de alguna forma Jonathan lo había logrado—. No le va a proponer matrimonio. Es un desgraciado presumido con cierta reputación. A ella le gusta pensar que es especial, que en su caso es distinto, pero no. No es más que otra niña boba en una larga fila de niñas bobas.

Georgiana consideró que, para ser un hombre que hacía unos instantes había limpiado la sangre de su mejor amiga, estaba siendo poco comprensivo.

—Parece… alterada —respondió—. ¿Y si de verdad no quería hacerlo, Jonathan?

Airado, Jonathan resopló por la nariz.

—Aunque no quisiera, ¿quién lo va a creer? ¿Quién va a creer que no lo deseaba después de haber venido con él hasta aquí, a solas, hasta esta habitación del piso de arriba? ¿Y si está encinta, Georgiana?

Georgiana se lo quedó mirando con impotencia.

—Supongo… supongo que, si no lo está, es posible que pueda librarse de esto —dijo Jonathan con los ojos cerrados pasándose una mano por la cara—. Puede que Jeremiah quiera contarlo, pero seguramente no vaya más allá de ser un fanfarrón de colegio. Tal vez haya quien piense que miente. Quizá Frances pueda incluso casarse con alguien antes de que se sepa, si actúa rápido. No es la hija de un granjero, Georgiana… Es Frances Campbell, por el amor de Dios.

—¿Y si está encinta? —jadeó Georgiana.

—En ese caso, espero de verdad estar equivocado y que Jeremiah Russell no sea un canalla insoportable, se haya marchado a toda prisa para pasarse la noche al galope y arrancarle el anillo del dedo de su abuela para poder regresar y proponerle matrimonio mañana mismo.

Tal como lo verbalizaba Jonathan, aquello no parecía especialmente

probable.

—¿Qué hacemos?

—No le contaremos nada a nadie. Vamos a esperar a que Jeremiah Russell no haya dado en el clavo y rezaremos muy mucho por que sufra una desgraciada caída del caballo mañana y no lo encuentren hasta pasadas veinticuatro horas —dijo con aire sombrío—. Vamos. Voy a ver si sigue por ahí.

—Yo me quedo —anunció Georgiana. No quería abandonar a Frances y, de repente, estaba cada vez más cansada de todo y de todos. Jonathan se encogió de hombros, le dio una distraída palmada en el hombro y se marchó.

Georgiana se tumbó en la cama con el mayor cuidado posible y se aseguró de no molestar a Frances, cuyo rostro estaba apoyado sobre sus puños apretados. Creía que con toda seguridad se iba a quedar despierta hasta el alba, pero se durmió casi al instante.

Capítulo trece

A la mañana siguiente, Georgiana se despertó tarde con un fuerte dolor de cabeza y un extraño y amargo regusto en la boca. Se incorporó, totalmente vestida, y miró alrededor con ojos borrosos. Vio que Frances ya no se encontraba en la habitación. Entró en el vestidor intentando no pensar —sin lograrlo— en lo que había acontecido allí la noche anterior mientras se limpiaba la cara y se peinaba con los dedos con el propósito de adecentarse el cabello cuanto pudiese por su cuenta. No pudo evitar mirar la mancha oscura que lucía la alfombra junto a sus pies.

¿Cómo había sido? ¿Jeremiah había utilizado la fuerza bruta? ¿Era normal esa cantidad de sangre? ¿Frances había gozado del acto? ¿Había gozado él? ¿Ella lo había guiado hasta allí siguiendo su instinto como casi había estado a punto de hacer Georgiana en la bodega? ¿Había sentido lo mismo: chispas agradables, respiración entrecortada y corazón acelerado? ¿O quizá se había visto atrapada como una presa arrinconada que deja un rastro de sangre tras de sí como un animal herido?

Después de haberse arreglado un poco, Georgiana bajó las escaleras en busca de Frances. La sorprendió ver a todo el mundo despierto y vestido. La mayoría de los invitados se habían marchado durante la noche, y solo quedaban unos pocos. Estaban sentados a una larga mesa en el jardín, comiendo una gigante bandeja de desayuno que obviamente había llegado justo antes que Georgiana. Lo más asombroso de todo fue que Cecily y Jane estaban allí, Cecily con rostro demacrado y cansado, pero aun así sonriente al coger un huevo duro. Georgiana se dio cuenta de que Christopher no comía nada. Se agarraba la cabeza con las manos y apenas parecía consciente, pero ella se sentó lo más lejos posible de él de todos modos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a Cecily cuando tomó asiento delante de la joven. También quería preguntarle lo mismo a Frances, que se reía por algo que estaba diciendo Jeremiah como si

entre ellos no hubiese ocurrido nada.

—Ah, sí —respondió Cecily—. Thomas me llevó al médico. Jane me dijo que llamó a todas las puertas hasta dar con la correcta, y allí entró y despertó al pobre hombre. No me acuerdo de esa parte. Me hizo comer algo repugnante, y me libré de lo que me había hecho enfermar tanto. He tenido un dolor de barriga espantoso.

—Sí —dijo Jane poniendo los ojos en blanco—. Un dolor de barriga. Seguro que fue algo que comiste.

—Ay, calla, Jane. Thomas se portó a las mil maravillas. Hoy tenía un compromiso en otro lugar, pero se quedó conmigo en casa del médico hasta que me encontré mejor, y luego me trajo aquí justo antes del alba.

—Cuidado. —La voz de Frances se alzó sobre la mesa. Georgiana no se había percatado de que su amiga estaba escuchando—. Pondrás celosa a la pobre George.

—No digas tonterías —dijo Georgiana con una falsa risotada.

Lo cierto era que sí que estaba un poco celosa. Por supuesto, era fantástico que el señor Hawksley hubiera cuidado bien de Cecily. Por supuesto, debía quedarse con Jane y con Cecily hasta que esta se encontrase mejor; de ninguna de las maneras iba a dejarlas en casa del médico en medio de la nada. Y, por supuesto, Cecily podía llamar «Thomas» al señor Hawksley si lo deseaba, aunque aquella familiaridad hizo que Georgiana quisiera apretar los dientes hasta hacerlos añicos.

El verdadero problema era que Cecily era tan bella que los dioses griegos seguramente se habrían precipitado de buen grado a piras ardientes por la mera posibilidad de verle un hombro desnudo, y era de todo punto imposible que el señor Hawksley no hubiese reparado en su hermosura. Incluso en plenos ataques de vómitos, había desprendido un aire de elegancia y delicadeza que Georgiana sería incapaz de dominar por más que se pasara mil años ensayando. Tal vez al señor Hawksley le gustaban las mujeres pálidas y enfermizas que se desmayaban contra su cuerpo en casa del médico, en lugar de las obstinadas y valientes que visitaban las

bodegas de vino. Tal vez había sido fascinante ver a Cecily la noche anterior, como si ya estuviera tumbada en la morgue a punto de ser embalsamada.

—Me alegro de que estés bien, Cecily —dijo Georgiana con cierto esfuerzo mientras se disponía a coger un par de huevos duros.

En la otra punta de la mesa, vio a Jonathan, apoyado en un codo y con los ojos solo medio abiertos, como si no hubiese llegado a dormirse en ningún momento. Acto seguido, lo vio poner los ojos en blanco en dirección a Frances antes de empezar a desayunar.

Todo el mundo se pasó el día bastante apagado. Cecily parecía haber renunciado a su anterior conquista, y los dos James estuvieron buena parte de la tarde sentados junto a Christopher y Jeremiah a la sombra de un manzano jugando a las cartas y perdiendo ingentes cantidades de dinero unos contra otros. Georgiana sabía que Frances quería acercarse al señor Russell para hablar con él o para invitarlo a estar a solas con ella en alguna parte; no dejaba de reír con demasiado estrépito por cosas que no eran especialmente divertidas ni de lanzar miradas de reojo al lugar donde estaban Jeremiah y sus amigos. Él lo ignoraba todo, solo respondía cuando Frances le hablaba a la cara, y lo hacía con una perfecta y dolorosa cordialidad.

Frances no aparentaba preocupación, pero Georgiana reparó en que sus dedos golpeaban con ritmo sobre cualquier superficie en la que se posaban, una clara señal de que era muy consciente de la ausencia de él. Georgiana deseaba con todas sus fuerzas hablar a solas con ella, pero aquella tarde no lo logró; Frances y Jonathan eran inseparables, bebían de nuevo mientras se inventaban quintillas graciosas y eran insufribles para todos menos para el otro. Georgiana tuvo que sentarse y escuchar a Cecily enumerar las virtudes de su querido amigo «Thomas» hasta que le entraron ganas de bajar a la bodega y chillar donde nadie la oiría.

—Es justo lo que un hombre joven debería ser. ¿No estás de acuerdo, Jane?

Jane respondió con un «Mmm» que podría haber significado asentimiento o desaprobación. Se había pasado todo el día con

expresión imperturbable y la mirada perdida.

—Es muy atento. Y muy amable —prosiguió Cecily—. Sé que a veces es un poco anodino, pero creo que lo que le pasó a su hermano le proporcionó una especie de delicadeza, y una inclinación a mostrarse sensible, que al parecer a muchos hombres les falta.

—¿Qué le pasó a su hermano? —preguntó Georgiana, dividida entre el deseo de que Cecily cerrara esa boca tan perfecta y bella que Dios le había dado y el deseo de conocer todo lo que hubiera que conocer acerca del señor Hawksley.

—Murió hace unos años… Era el hermano pequeño. James me lo contó ayer. Con un comentario malicioso y horrible se refirió a que la muerte había vuelto aburrido a Thomas… Qué comentario tan espantoso. Qué triste perder a un familiar tan joven.

—¿Cómo murió? —indagó Georgiana intentando sonar solo un poco interesada.

—Pues no lo sé, la verdad. James no me lo dijo. De una enfermedad, creo. Seguro que afectó a Thomas en lo más hondo de su ser.

Como ella nunca había tenido hermanos, Georgiana era incapaz de comprender qué suponía la pérdida de uno. Ya le había parecido terrible perder a sus padres contra un clima más apacible, pero por lo menos podrían regresar o invitarla a tomar el té, por más improbable que pareciesen ambas posibilidades en el presente; la muerte era algo irrevocable. No imaginaba cuánto la afectaría a ella perder a su familia para siempre, no imaginaba lo «aburrida» que se volvería para aquellos que la rodeasen.

—De todos modos, sabía que había un doctor en el pueblo porque, de hecho, su casa no se encuentra lejos de aquí. He oído que es majestuosa. Me pregunto si algún día…

—¿Sigues hablando del condenado señor Hawksley? —preguntó Frances, distraída de las risas que le provocaba Jonathan—. ¿Acaso te regaló su carruaje, Ces? ¿Dejó que le vomitaras en las manos para

no perder ni una sola gota? ¿Se bajó los bombachos para enseñarte su sólida y dorada…?

—De acuerdo, de acuerdo, ya me callo —dijo Cecily, ofendida.

Georgiana se rio junto a los demás, agradecida por que Frances hubiese puesto fin a la interminable sucesión de halagos de Cecily.

***

El resto del día transcurrió en calma. En un momento dado, todos se quedaron dormidos y solamente se despertaron cuando Christopher resbaló de la silla y se estampó en el suelo con un airado grito de temor, que los envolvió en un miedo que enseguida se convirtió en carcajadas. No pareció hacerle gracia que se burlaran de él, y se fue hacia la casa para dormir en otro lugar. Georgiana sintió cómo una parte de ella se relajaba al verlo partir; todavía notaba su mano en el muslo, como si le hubiera hecho una herida.

No se la había hecho. Lo había comprobado.

Era mucho más agradable recordar el roce de las manos del señor Hawksley sobre su piel. Aunque, cuanto más lo recordaba, más cuenta se daba de que prácticamente se había abalanzado sobre aquel pobre hombre, que sin duda se había ofrecido a llevarse a Cecily a fin de alejarse de sus desvergonzados avances. En el placentero lapso que separaba el desvelo y el sueño, con todo el mundo adormilado en el jardín, Georgiana se dispuso a reescribir la historia con esmero. Se imaginó que él regresaba a la casa más tarde, en teoría para asegurarse de que Cecily se encontraba bien, pero en realidad para verla a ella. La miraba a los ojos y le decía que iba a buscar otra botella de vino —un mensaje en clave que solo ella entendería—, y Georgiana se escabullía para encontrarse con él en la oscuridad de la bodega y con sus manos sobre la piel en cuanto pusiera los pies en tierra firme. Él le decía que no podía dejar de pensar en ella, que el olor a humedad de una bodega bastaría para hacerlo arder lo que le quedase de vida. Le decía que Cecily era hermosa, pero con un punto de belleza exagerado, y que prefería a las morenas de mediana altura con tendencia a hablar de más. El escalofrío que había sentido entre ambos la noche anterior regresaba —real, no imaginario—, pero esa vez no había

interrupciones. La tomaba entre los brazos, le apartaba el pelo y la besaba.

Y ¿luego, qué? Georgiana no imaginaba lo que ocurriría a continuación. Obviamente, no lo que había pasado entre Frances y Jeremiah. Y tampoco imaginaba que fuera a proponerle matrimonio. No: la fantasía terminaba allí, y tuvo que empezar desde el principio. Por suerte para ella, revivirla de nuevo no suponía demasiado esfuerzo; la parte en que la besaba era una de sus partes favoritas.

Cuando comenzó a hacerse de noche y todos subieron a la planta de arriba para lavarse y vestirse para la cena, Georgiana aprovechó la oportunidad y siguió a Frances hasta su dormitorio, y cerró la puerta tras de sí.

—¿Estás…? ¿Cómo estás, Frances? —le preguntó mientras se sentaba a los pies de la cama y Frances se dirigía a la estancia anexa, tomaba asiento delante del tocador sin ser apenas consciente y se miraba en el espejo. El sol se estaba poniendo y un agradable resplandor bañaba el dormitorio, una luz rosada que lustraba los bucles oscuros de Frances.

—¿Cómo estoy? Estoy bien —respondió como si tal cosa. Se quitó las horquillas del pelo y empezó a desenredárselo con tirones cortos, cuidadosos y repetitivos.

—Pero… ¿estás molesta por lo que ocurrió? ¿Quieres que hablemos?

—¿Molesta? ¿Por qué iba a estar molesta? Eres un encanto, George. Sé que Jonathan lo detesta, pero Jeremiah no es el canalla que él asegura que es. Es bueno, ¿sabes? Es honorable. Es que no quiere proponerme matrimonio rodeado de su espantosa banda, y te diré que no lo culpo. Imagina que accedo a ser su mujer en la Cabaña de los Bastardos, nada menos. —Dejó el peine y descorchó un frasco de aceite perfumado. Se vertió unas gotas en los dedos antes de utilizarlo para alisarse el pelo—. Si te soy sincera, creo que Jonathan está un poco celoso. Qué pena.

—¿Celoso? —preguntó Georgiana—. Pero creía que…

—Ah, no celoso de esa forma, por supuesto. Pero él y yo somos uña y carne, y lo hemos sido durante mucho tiempo. Ya has visto cómo nos llevamos. Creo que interpreta que lo que Jeremiah gana es lo que pierde él. Difícilmente voy a poder pasear por la campiña con Jonathan si soy la esposa de Jeremiah Russell, ¿verdad?

—Supongo que no —dijo Georgiana contemplando cómo Frances se trenzaba el pelo con maestría y se lo fijaba con horquillas—. Frances, yo… ¿Qué pasa con Jane?

Su amiga se puso rígida enseguida antes de dejar las horquillas en la mesa del tocador.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó lentamente.

—Sabes que os vi, Frances. Lo siento, no era mi intención, pero… os vi. Y no sé qué era ni qué significa, pero sí que sé que Jane… parece un tanto molesta.

—Georgiana, ¿qué es lo que crees que viste? —Frances se echó a reír y negó con la cabeza—. ¿Nunca has tenido una amistad como esa? Somos jóvenes. ¡Es verano! Bebimos y luego… No significa nada.

Georgiana no estaba del todo segura de que pasados los veinte años pudieran culpar al verano de un comportamiento disoluto, pero se mordió la lengua.

—Ir a la feria juntas es una tradición nuestra. De Jane y mía, quiero decir, desde que éramos pequeñas. Pero ya está. Es un poco de… nostalgia veraniega. Jane, molesta. Habrase visto. —Volvió a colocarse las horquillas con firme precisión—. Qué ocurrencia, la verdad… Sobre todo ahora, con lo que ha pasado con Jeremiah… —Su voz se fue apagando, y se miró en el espejo con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

Georgiana se le acercó por detrás y se miró las manos para que no viese su reflejo al tomar la palabra.

—¿Cómo fue hacer… eso con él, Frances?

Había intentado por todos los medios no formular esa pregunta,

pero le había resultado imposible contenerse. Frances era ahora el oráculo de lo que sucedía con atractivos hombres jóvenes detrás de puertas cerradas.

Su amiga abrió un botecito de carmín y se lo aplicó sobre los labios con delicadeza. En cuanto hubo terminado, movió la cabeza de un lado a otro para admirar el efecto en el espejo.

—Fue… Bueno, no te lo puedo contar todo —respondió con aires de sofisticación—. Debes experimentarlo para saberlo. Unas partes fueron… extrañas. Deberías haber visto las caras que ponía, parecía que lo había poseído algo. Aunque me sentí muy cerca de él. Muy expuesta, pero… pero ahora tengo la sensación de que puedo confiar en él del todo. Y después fue amable. Solo se marchó porque se lo dije yo, para que no nos descubrieran juntos. No es necesario que te preocupes, y no deberías darle mayor importancia a lo que dice Jonathan. No lamento que haya ocurrido. De verdad que es un caballero, George.

—Si estás segura… —murmuró Georgiana con la honda esperanza de que Frances llevara razón y Jonathan estuviese equivocado, y de que los dos bailaran juntos en la boda de la primera antes de que terminase el año. La alternativa era demasiado horripilante como para tenerla en cuenta.

—Lo estoy. Siéntate… Te peinaré —se ofreció Frances con amabilidad.

Georgiana tomó asiento en el taburete y disfrutó de la íntima sensación de dedos diestros sobre su pelo y los suaves tirones del peine conforme Frances se afanaba.

—Cecily estaba embelesada con tu señor Hawksley —añadió mientras la peinaba—. Dios, por cómo habla parece que ese hombre la haya traído de vuelta de entre los muertos.

—No es «mi» señor Hawksley —dijo Georgiana, pero el tono que empleó traicionó sus verdaderos sentimientos, y Frances se rio.

—No te lo tomes como una afrenta personal… La pobre Ces es demasiado bobalicona como para verlo. No es consciente de estar

hiriendo tus sentimientos. Creo que nadie ha logrado herir jamás los suyos, así que no puede empatizar. Parece flotar por la vida, absorber los golpes y saltar al siguiente estadio cuando algo se viene abajo. En cierto modo, es una forma encantadora de vivir…, aunque extremadamente fastidiosa cuando eres un daño colateral.

Georgiana había pensado que Frances se había comportado de manera poco cortés con Cecily en el pasado, pero aquel resumen que acababa de hacer de su personalidad la estaba animando mucho. El señor Hawksley sería muchas cosas, pero evidentemente no era estúpido, y Georgiana no creía que quisiera padecer la estupidez de una posible pareja. Por más que fuera una muchacha alta y esbelta y arrebatadora como un árbol joven.

—No estoy segura de que yo le caiga bien —exclamó Georgiana en alto—. Es difícil saberlo. Y aunque le cayese bien… Bueno, no soy un gran partido.

Era reacia a llamar la atención sobre aquel asunto en particular; a fin de cuentas, suponía que su amistad con Frances dependía por completo de que su amiga no pensara demasiado en lo superior que era a ella.

—Ah, no creo que eso sea importante —negó Frances.

Las dos sabían que aquello era mentira, pero Georgiana se alegró de fingir lo contrario, tanto en lo que se refería a una fantasiosa relación con el señor Hawksley como en su actual y real relación con Frances, quien en esos instantes le colocaba las últimas horquillas en el pelo.

—Ya está. Estás tan guapa como un poni en una exhibición. Ve a cambiarte el vestido y durante la cena jugaremos a un juego: daremos un buen sorbo cada vez que Cecily pronuncie el hombre de Thomas.

***

El resto de la estancia transcurrió sin incidentes. El sábado bebieron mucho durante la cena, y Jonathan los entretuvo relatando historias increíblemente vulgares a medida que avanzaba la noche, pero

todos estuvieron demasiado cansados como para hacer algo más que reírse con él y llenarse de tanto en tanto las copas. Christopher dejó en paz a Georgiana, pues debía ocuparse de una resaca espantosa que le mudó el rostro en una mueca de gran dolor. La reprimenda de Frances había surtido efecto y Cecily no los acribilló enumerando veintisiete de las numerosas virtudes del señor Hawksley.

Georgiana fue a acostarse entre tambaleos, muy cansada, pero bastante contenta en general. Las exasperantes preocupaciones que la habían asolado durante el día no eran nada comparadas con la sensación de pertenencia, con los recuerdos de sus amigos riéndose con sus bromas y llenándole la copa, y de estar rodeada de personas que de verdad querían estar con ella.

El domingo, después de un desayuno tardío, llegaron los carruajes. El camino de entrada se convirtió de repente en una atestada metrópolis, con criados que corrían de un lado a otro y transportaban baúles, con caballos que relinchaban y daban golpes con los cascos, impacientes por alejarse. Georgiana permaneció unos instantes en el umbral de la cabaña y se preguntó si la estaría cruzando por última vez o si la casita acabaría siéndole familiar, parte de la sucesión de veranos que estaban por llegar; hasta que Frances se cansó de esperar y la llamó para que se diera prisa. Mientras que los demás se desplomaban en sus asientos con el claro objetivo de dormir durante el trayecto de regreso, Georgiana alargó el cuello para mirar atrás y contempló cómo la casa iba haciéndose más pequeña, hasta que finalmente desapareció en el horizonte.

Capítulo catorce

La cabeza de Georgiana estaba tan llena de Frances y de Thomas Hawksley y de todo lo que había ocurrido en la cabaña que apenas oyó a la señora Burton cuando le dijo que pronto iban a recibir visitas en la casa.

Había intentado contar lo mínimo posible de la excursión sin por ello dejar de satisfacer la curiosidad insaciable de la señora Burton, y al final se había inventado un dolor de cabeza que en teoría le hizo pasarse buena parte de los dos días en la cabaña en la cama; la señora Burton mostró comprensión y cierta decepción, como si Georgiana hubiese debido intentar no enfermar con más fuerza, aunque solo fuera para proporcionarle historias interesantes.

La supuesta migraña también significó que Georgiana pudo languidecer en su dormitorio durante días para ocuparse como era debido de la prolongada resaca. Solamente salió de su habitación para comer y para ir en busca de nuevos libros de la biblioteca. Estuvo con buen ánimo hasta el miércoles, cuando su tía le recordó durante el desayuno que iban a tomar el té con la señorita Betty Walters y su abuela.

Georgiana no quería quejarse y echar al traste la alegría con que había vuelto a tratarla la señora Burton, así que no dijo nada, y, cuando fue la hora, ya estaba vestida y en la planta baja a la espera de la llegada de las Walters. Georgiana había decidido comportarse del modo más agradable posible. Su determinación desapareció casi de inmediato, cuando Betty abrió la boca.

—Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos por última vez, señorita Ellers. No sé si se acuerda; en el pícnic todo el mundo estuvo radiante. Debe de ser la luz del campo, quizá, que permite ver a las personas con claridad, y la señorita Campbell en concreto llevaba un vestido precioso. Al principio no supe qué pensar de sus amigos, pero visto está que las apariencias a veces engañan; a mí me engañan a menudo, así que estoy segura de que nos llevaremos a las mil maravillas si nuestros caminos vuelven a cruzarse. Nos han

invitado el viernes a una fiesta en casa de los Gadforth. Tengo entendido que han comprado una nueva vajilla espléndida y que desean enseñársela a los amigos. ¿Irá usted, señorita Ellers?

Por lo visto, le había perdonado las ofensas del pícnic. Georgiana se preguntó si Betty era muy amable o si simplemente contaba con poquísima memoria, como una octogenaria o un pez de colores.

—Me temo que no iré —respondió Georgiana sin remordimiento alguno—. Tengo previsto asistir a otra fiesta.

—¡Oh! ¿Con quién? Últimamente he cenado con todo tipo de lugareños. He conocido a muchísima gente, pero supongo que irá con la señorita Campbell, ¿cierto? ¿Y con la señorita Woodley? ¿Y con la señorita Dugray? ¿Y con el señor Smith? ¿Y con…?

—Sí —contestó Georgiana a toda prisa—. Sí, con la señorita Campbell y sus amigos.

—Mmm —murmuró de pronto la señora Walters, y todas la miraron sorprendidas. Mientras que Betty era incapaz de dejar de hablar ni a punta de pistola, la señora Walters por lo general era muy taciturna —. No puedo decir que tenga en gran estima a los Campbell.

—Oh, pero ¡con nuestra Georgiana son muy amables! —exclamó la señora Burton, de pronto dispuesta a defender a gente a la que apenas conocía—. Hace poco la invitaron a su casa y hasta se la llevaron en una escapada de vacaciones, ¡y la cuidaron cuando se puso enferma! No me imagino a un matrimonio más agradable.

—Lord Campbell es un tipo bastante curioso —terció la señora Walters ignorándola—. Lo conocí cuando era joven, y nunca me cayó bien. Se alistó en el ejército cuando no era más que un muchacho… Debo decir que siento lástima por las tropas a las que se enfrentase. Recuerdo que un día me lo encontré intentando ahogar al gatito de un vecino. Dijo que tan solo lo estaba lavando, pero sé distinguir perfectamente cuándo alguien lava a un gato y cuándo lo ahoga.

—¡Lord Campbell es un hombre estupendo! —La señora Burton estaba espantada—. ¿Verdad que sí, Georgiana? ¡La viva imagen de

un padre y un marido cariñoso!

Georgiana no podía disentir con la señora Burton después de haber urdido espléndidas mentiras acerca del viaje que habían emprendido juntos.

—Sí, tía. Un hombre estupendo —dijo sin emoción.

—¡Mmm! —murmuró la señora Walters de nuevo. Miraba a Georgiana con las escasas cejas levantadas—. Compadezco a su esposa, ¿saben? —A Georgiana la asombró la perspicacia de la anciana, pero se sumió en el silencio, y Betty tomó la palabra una vez más.

—¿Ha leído algún buen libro últimamente, Georgiana? Debo decir que su tía nos ha hablado de su hábito de lectura, y ¡estoy muy impresionada! Yo solo he terminado unos pocos… Contienen multitud de palabras, ¡multitud! No me considero ni la mitad de inteligente que usted con todas las palabras que debe de conocer… ¿Hay algún término que sea su favorito? ¿Alguna palabra que la haya sorprendido, quizá?

Georgiana reprimió el instinto de resoplar y reflexionó de verdad sobre aquella pregunta.

—¿Sabe? —dijo llevándose la taza a los labios antes de darle un sorbo—, no sé qué contestar. Siempre me cuesta escoger lo que más me gusta de algo cuando me lo preguntan.

—A mí me gusta *hebdomadario* —saltó la señora Walters tan repentinamente que Georgiana estuvo a punto de ahogarse con el té.

—¿Hebdomadario, señora Walters? —dijo la señora Burton un poco pálida.

—Oh, nunca he… ¿Qué significa, abuela? —preguntó Betty, inocente, con los ojos como platos. Georgiana la habría creído de no haber reparado en el ligero temblor de la comisura de los labios de la señora Walters al esperar la respuesta.

—Un periódico semanal que solo sirve para limpiarse el trasero —

vociferó la señora Walters.

Georgiana no podía mirar a la señora Walters, que estaba muy seria, ni a la señora Burton, cuya expresión se había congelado en una educada mueca; se quedó mirando decidida la taza de té, y cuando levantó la vista vio que Betty estaba haciendo lo mismo y se mordía el labio con aspecto casi lloroso en un intento por controlarse.

Por suerte, la conversación dejó atrás el tema de los traseros, y, cuando la señora Walters pidió un poco de jerez con el té y se quedó dormida de pronto a mitad de una frase, la señora Burton le susurró a Georgiana que debería enseñarle la casa a Betty.

Un poco confundida, pues no había mucha casa que enseñar, Georgiana asintió. Condujo a Betty por el pasillo hacia la biblioteca por instinto, y la sorprendió abrir la puerta y ver a su tío sentado, leyendo el periódico y fumando con la pipa. Normalmente muy estoico, parecía un tanto culpable, y se le encrespó el bigote al fruncir los labios.

—La señora Burton dijo que estaba dormido —dijo Georgiana con curiosidad, y el bigote siguió encrespándose—. Dijo que estaba echando una cabezada y que no debíamos molestarlo.

—¿Sabe? —intervino Betty con alegría—, quizá…, bueno, tal vez no visitamos la biblioteca en primer lugar. ¿Tal vez fuimos primero al jardín y estuvimos allí un rato?

—Sí —asintió Georgiana, que enseguida lo entendió e intercambió una rápida mirada con la señorita Walters—. Supongo que nos quedamos embelesadas por las flores hasta el punto de que no tuvimos tiempo de descubrir quién fumaba o dejaba de fumar en la biblioteca.

—Cierto —dijo el señor Burton tras aclararse la garganta—. Sin duda.

—También imagino que, cuando llegamos a la biblioteca, alguien había sido tan amable de dejar una pipa y una considerable cantidad de tabaco de gran calidad sobre la mesa —se aventuró

Georgiana, consciente de que estaba tentando a la suerte.

—De ninguna de las maneras —respondió el señor Burton con rotundidad.

—Vaya por Dios —saltó Georgiana encogiéndose de hombros—. Debemos de habernos confundido y de haber visto cosas, fascinadas por las petunias, tío.

Betty y ella salieron de la biblioteca riéndose y, de hecho, pasaron al jardín. Era pequeño y estaba pavimentado sin ninguna gracia, con unos cuantos parterres bien podados con flores y arbustos dispuestos en hileras antinaturales, como si quisieran enmendar los fallos de los adoquines.

—Oh, me encantan los rosales silvestres, ¿a usted no? —opinó Betty, contenta, mientras cogía una de las flores con la mano y acariciaba los pétalos con veneración—. Sé que la gente dice que son comunes y corrientes, y supongo que no son ni la mitad de bonitas que las rosas de verdad. Son menos dignas, supongo, aunque no sé cómo iba a lograr una flor gustarle poco a alguien… Por curiosidad, me pregunto: ¿quién decide qué flores son bonitas y cuáles son feas? ¿Qué separa las malas hierbas de las flamantes ganadoras? A menudo…

—Betty —masculló Georgiana con poca energía mientras se sentaba en el oxidado banco que se alzaba al final del jardín. El dolor de cabeza parecía haber hecho una sorprendente reaparición.

—A mi madre le encantaban los rosales silvestres —prosiguió Betty llegando al fin al quid de la cuestión—. También le gustaban los dientes de león, y los caballos lentos, y las palomas… Siempre decía que le gustaban las especies menos amadas, porque su sencilla belleza siempre la sorprendía. A nadie le sorprende que a una le guste una rosa… Por supuesto que gustan las rosas, ¿a quién no le iban a gustar? Te pueden gustar casi por accidente, sin quererlo, pero que algo como un rosal silvestre te encante es totalmente distinto… No es algo que guste por accidente.

—Eso es… Eso es muy bonito, Betty —dijo Georgiana. Confundida, experimentó una auténtica emoción.

—¿Le he contado la vez que una paloma voló por nuestra chimenea y murió? —le preguntó Betty alegremente, destrozando así el momento por completo.

—No —contestó Georgiana, y cuando Betty comenzó a hablar de nuevo añadió—: No me lo cuentes, por favor.

—Será mejor que no —dijo Betty. Se inclinó para oler una madreselva y luego suspiró—. Tardamos una semana en encontrarla, y mi madre estuvo terriblemente alterada. ¿Le importa si cojo unas cuantas? —Hizo un gesto hacia las madreselvas.

—Las que desees —dijo Georgiana con un encogimiento de hombros —. ¿Dónde está tu madre ahora?

—Mi madre y mi padre murieron cuando yo tenía diez años. — Betty se acercó para sentarse junto a Georgiana con las dos flores que acababa de arrancar—. En un espantoso accidente de carruaje. Yo también iba en el carruaje, pero resulta que… me libré de lo ocurrido de un salto. Se ve que, cuando somos pequeñas, saltamos mucho.

—Lo siento mucho —dijo Georgiana. Betty le respondió con una palmada en la mano y, cuando la apartó, había dejado unos cuantos pétalos de madreselva tras de sí—. Debió de ser muy duro perderlos.

—En efecto —asintió Betty con aire pensativo—. Pero no pasa nada, tengo unos primos encantadores, y viví con ellos durante muchos años. Tengo un tío en Escocia que me manda cartas muy divertidas. Y tengo a mi abuela, por supuesto. Y a su perro. Muerde, pero no es su intención.

—Me gustan los perros —comentó Georgiana mientras acariciaba un pétalo de madreselva con el pulgar.

—¡Oh! Tenga cuidado, señorita Ellers. No vaya a quedarse sin el néctar.

—¿Sin el qué?

—Pero… ¡no me diga que nunca ha probado una madreselva! Oh,

debe hacerlo sin falta. Pellizque el extremo justo así, ¿lo ve? Siempre me da la sensación de que les hago daño a las flores cuando las cojo… Es una tontería, claro, puesto que no creo que tengan sentimientos. ¡Sí, muy bien! Y cuando extrae la parte que…, bueno, no sé cómo se llama, la parte larga, la pata. ¿Ve esa gotita? ¡Esa, sí! Es el néctar. ¡Pruébelo!

Georgiana dudó durante unos instantes, pero a continuación se lo llevó hasta la boca. Era tan maravillosa e inesperadamente dulce que se echó a reír, y entonces tendió una mano hacia Betty para pedirle más.

***

Cuando la señora Walters se despertó y anunció que había llegado el momento de irse, la señora Burton tuvo que ir a buscar a Georgiana y a Betty en el jardín para entregarles el mensaje. Su tía no dejó de sonreírles a ambas de oreja a oreja cuando se despidieron, tan sonrojada y orgullosa como si Georgiana hubiera proclamado que estaba comprometida.

Con el sabor del néctar todavía sobre la lengua, cuando se separaron Georgiana le dijo a Betty que estaba invitada a regresar en otra ocasión, y fue incluso sincera.

La puerta apenas acababa de cerrarse cuando la señora Burton levantó los brazos, feliz.

—¡Lo sabía, Georgiana! —exclamó—. Sabía que seríais buenas amigas, es que lo sabía…

—No insista demasiado, señora Burton —dijo Georgiana con un suspiro—. Ahora que ha empezado a caerme bien, me alejará de ella.

La señora Burton alzó las manos en un acto de rendición, pero se marchó tarareando. Estaba tan satisfecha con su sobrina que esa noche, durante la cena, no dejó de ofrecerle raciones extras de pudin, hasta que Georgiana tuvo que apartar la bandeja y pedirle que parase.

Capítulo quince

Aparecer en una fiesta con Frances y sus amigos se parecía bastante a lo siguiente: entraban y la música se detenía durante una fracción de segundo antes de volver a empezar. Un centenar de leves murmullos y susurros cobraban vida en todos los rincones de la sala. Las cabezas se giraban y miraban de reojo. Una noche, un perrito en brazos de su dueña percibió el sutil cambio del ambiente y orinó de inmediato por todo el vestido de la mujer. Ellos no se lo tomaron como algo personal.

Jeremiah no había vuelto a acompañarlos desde la cabaña. Frances no se lo había dicho, pero Georgiana no tenía que preguntar para saberlo. Lo habían invitado a ebrias partidas de cartas en el solárium de Frances, a largas noches en el salón de los Woodley, a bailes en pequeñas y atestadas salas, y a cualquier suerte de reunión que tuviera lugar en la ciudad y en los promontorios colindantes; sin embargo, en ninguna vieron a Jeremiah Russell. Frances se inquietaba cada vez que entraban en un salón o en una sala y no quería permanecer en el mismo sitio más de un cuarto de hora; no dejaba de insistir en que debía de haber gente mucho más interesante en la estancia anexa.

Se adentraron en la vida social con tal ferocidad que a Georgiana le salieron persistentes ampollas en los pies, y sus labios estaban pintados en todo momento con el carmín que pedía prestado a sus amigas. Se despedía del grupo el domingo a las cinco de la mañana después de pasarse la noche divirtiéndose para, al cabo de unas pocas horas, saludarlos con un dolorido gesto en la iglesia de St. Anne's, mientras la señora Burton resoplaba para reprobar su evidente mal estado. Frances asistía muy de vez en cuando a los servicios y alargaba el cuello para mirar a menudo hacia la puerta hasta que el vicario empezaba el sermón, y Georgiana sabía que no se debía a un repentino arrebato de piedad.

Cuando Christopher los acompañaba, Georgiana caminaba alrededor de él como si fuera una serpiente venenosa, en todo

momento consciente de dónde se encontraba, sin permitirse nunca quedarse a solas con él. A veces se ausentaba —tenía por costumbre jugar y apostar, y a menudo desaparecía para darse el gusto— y ella podía relajarse.

Para el eterno alivio de Georgiana, Cecily se topó de nuevo con James el Jinete una noche en un salón de baile; él le preguntó si le apetecía bailar, y no dejó de preguntárselo, y al parecer se borraron de la cabeza de la muchacha cualquier pensamiento o ganas de hablar del señor Hawksley. A Georgiana le dio lástima que a Cecily solo le interesara James porque era el último hombre con el que había hablado. Si la joven le tenía algún cariño era simplemente porque era el rostro más nuevo que se había grabado en su memoria.

El señor Hawksley no estaba por ninguna parte. Georgiana no dejaba de buscarlo con la mirada allá donde fueran.

En una ocasión, cuando no regresaron a casa de una fiesta hasta las siete en punto de la mañana siguiente, Georgiana bajó a trompicones del carruaje de Frances con un solo guante. La señora Burton la arrinconó en el recibidor y le insinuó que su comportamiento era más propio de un gato callejero o de una aplicada prostituta.

—Solamente he ido a una fiesta que ha terminado tarde, señora Burton —respondió Georgiana con deseos de tumbarse en la cama —. No he firmado un contrato en un burdel.

—A menudo una cosa lleva a la otra —contestó la señora Burton con gravedad.

Georgiana decidió quedarse en casa durante buena parte de la semana para demostrar que no había aceptado un lucrativo empleo en brazos de desconocidos, hasta que Frances se cansó de mandarle notas urgentes y se presentó en su puerta para llevársela. Se sentó a tomar el té, esbozó sonrisas radiantes y entabló una ingeniosa y cortés conversación con la señora Burton durante casi tres horas, hasta que su tía no tuvo más remedio que aceptar que se fuera, y se despidió de ellas para que se divirtieran.

Georgiana y Frances le devolvieron el saludo con absoluta sinceridad hasta que se hubieron alejado lo suficiente, y entonces cayeron en los brazos de la otra con una histérica carcajada.

***

La fiesta a la que asistían aquella noche tenía lugar en casa de Cecily. Georgiana nunca la había visitado; se encontraba más lejos de la ciudad que cualquiera de las demás y parecía exactamente la clase de castillo de cuento de hadas que hacía honor a Cecily, con grandes torreones y chapitel y un arroyo circundante que no era un foso, como insistió la joven.

Los hermanos Dugray, de melena dorada, asistieron con sus respectivas esposas. Al parecer, se trataba de una especie de fiesta de cumpleaños, aunque por el camino olvidaron el nombre de la persona cuyo cumpleaños se disponían a celebrar. En opinión de Georgiana, sus hermanos eran tan robustos y atractivos como Frances los había descrito. Por más encantadores que fueran, no pudieron distraer a su amiga del hecho de que en ninguna de las estancias gigantescas y bien adornadas encontraría al señor Russell. Por lo tanto, incapaz de hallar en la casa la compañía que más anhelaba, Frances los convenció al cabo de unas pocas horas de que subieran al tejado.

Había sido un día de agosto terriblemente húmedo. Las nubes se cernían sobre ellos y entristecían el ambiente, pero, cuando tomaron asiento para contemplar las colinas, ocurrió algo mágico: en primer lugar, apareció un relámpago en la lejanía, seguido del retumbo de un trueno, que les hizo soltar un grito de alegría y de terror. La tormenta estaba demasiado lejos como para ser una verdadera amenaza y no había empezado a llover, así que pasaron unos instantes en un asombroso silencio, escuchando los estallidos que reverberaban por el valle y señalando cada vez que el cielo se iluminaba, como si no estuvieran presenciando todos el mismo espectáculo. Georgiana jamás había visto una tormenta como aquella, pero lo cierto era que tampoco había observado una después de fumar una de las misteriosas pipas de Christopher.

—Me lleva a pensar en un poema —dijo Jonathan apuntando al paisaje con una mano.

—¿En qué poema? —preguntó Frances.

—Ah, no sé. En cualquiera.

—«Tan pronto como el sol abandonó el este central, el trueno repicó y sacudió la llanura celestial» —recitó Georgiana sin pensárselo.

Jonathan le apoyó una mano en el hombro, totalmente impresionado y feliz.

—Dios santo. ¿Todo eso tenías en la cabeza?

—Seguro que ocupa un espacio muy valioso —terció Georgiana con una sonrisa—. Mi padre me solía pedir que los memorizara para que se los recitara durante la cena.

—¿Quién escribió ese? ¿El del trueno?

—Pues… Phillis Wheatley Peters.

—¿Quién era?

—Era una esclava —dijo Frances con frialdad. Georgiana se encogió; nunca había oído a Frances utilizar aquella palabra, y había procurado no pronunciar nada relacionado con aquel tema en su presencia, como si evitarlo lo volviera menos real—. Escribió uno muy bueno acerca del modo en que la educaron sus maravillosos y benévolos patrones. Lo tenemos en nuestra biblioteca. Mi padre a veces lo lee, pero no estoy segura de que comprenda del todo la ironía del texto. Vamos, George, no te reprimas. Seguro que ese también lo conoces de memoria.

—No me apetece —respondió Georgiana en voz baja.

—De acuerdo, de acuerdo, a ver cuánto consigo recordar yo. —Frances dio vueltas a la copa de vino que sujetaba en una mano. Con cada giro amenazaba con derramarse—. «Fue la misericordia la que me sacó de mi tierra pagana…». Dice algo sobre Dios, los salvadores y cuán diabólica era su propia piel. Es difícil de recordar, la verdad, porque esa es la parte en la que mi madre siempre empieza a llorar.

Un largo e incómodo silencio se instaló entre ellos. Las nubes siguieron su avance, y el único indicio de lluvia era el borroso y oscuro horizonte.

—Me pregunto qué lo causa —dijo Cecily al final—. Me refiero a lo del cielo.

—Es electricidad, Ces —anunció Christopher con gran pompa mientras se desanudaba la corbata.

Había intentado sentarse al lado de Georgiana cuando se acomodaron en el tejado, y ella había fingido tener que decirle algo muy urgente a Frances para así escabullirse y alejarse de él. Christopher no había comentado lo que había ocurrido en la cabaña, y Georgiana tampoco, pero a veces cuando la miraba creía divisar un ligero brillo en los ojos de Christopher, la idea de que quizá lo interpretaba como un asunto pendiente.

—Bueno, ¿de qué me sirve a mí saber eso? —respondió Cecily con una ceja arqueada—. Es como si me dijeras…, no sé, que se trata de… de física.

—Por Dios, Ces, sabes qué es la física, ¿verdad?

El humor de Frances daba paso rápido a la exasperación, y por lo visto la falta de conocimientos científicos básicos de Cecily era una buena razón a la que agarrarse.

—¿Por qué debería saberlo? Ni que fuera importante —contestó Cecily con un encogimiento de hombros.

—Muy bien, pues solo necesitas un ejemplo del mundo real. Una lección práctica.

Frances cogió el bolso de seda gris de Cecily del lugar donde esta lo había abandonado y se encaminó hacia el extremo del tejado. Aunque no estuviese lloviendo, el viento era demasiado fuerte como para colocarse tan cerca de una probable caída de unos cincuenta pies.

—No vas a querer que se me escurra el bolso de los dedos a consecuencia de la física.

—¡Devuélvemelo, Frances! —exclamó Cecily haciendo pucheros—. ¡Es el más bonito que tengo!

—A mí no me culpes, ¡culpa a la física! La física hará que caiga. La física lo lanzará contra el suelo y lo echará a perder. Vamos, Ces, no es tan difícil.

—La física es muy cruel —dijo Jonathan con un suspiro.

—Como Frances —masculló Jane mientras se levantaba.

Georgiana le lanzó una mirada fulminante. La expresión de Jane era ilegible.

Cecily se había erguido entre tambaleos y había ido a recuperar lo que era suyo, pero Frances entornó los ojos y sonrió, y se alejó del alcance de su amiga hasta balancear el bolso más allá del borde, donde el viento lo hacía ondear.

—¿Lo entiendes ahora? —insistió—. ¡Di que lo entiendes!

Cecily soltó un gritito de frustración.

—Muy bien, muy bien, ¡lo entiendo! Devuélvemelo ya.

Frances no se movió, así que Cecily se inclinó hacia delante para arrebatarle el bolso de la mano. Frances separó los dedos y pareció dejarlo caer, y Cecily agarró el aire y perdió el equilibrio. Estuvo a punto de abalanzarse y caerse del tejado en dirección a una muerte certera.

Jane apareció de inmediato a su lado y tiró de ella hacia atrás hasta que ambas se desplomaron sobre el tejado con un golpe seco. Estaban a salvo. Frances no había dejado caer el bolso; tan solo había dejado que la correa principal le resbalara de la mano, sin por ello soltar los cordones. El bolsito seguía colgando de sus dedos.

—Por el amor de Dios, Frances, ¿era del todo necesario? —le espetó Jane—. ¡Podrías haberla matado!

—Tú y tu dramatismo de aficionada —respondió Frances poniendo los ojos en blanco. Lanzó el bolso hacia el regazo de Cecily—.

Vamos. ¿Jonathan? ¿Christopher? Necesito otra copa.

Se alejó del grupo y se encaminó hacia las escaleras, y Jonathan enarcó las cejas hacia Georgiana antes de encogerse de hombros y seguir a Frances. Christopher vaciló, pues no quería dar a entender que obedecía cuando alguien lo llamaba, pero al final se estiró, se levantó y se marchó con ellos.

—Por todos los demonios —exclamó Jane. Los fulminó con la mirada hasta que desaparecieron.

Una parte de Georgiana deseaba que Frances le hubiera indicado a ella que la siguiera también; por lo general, desde la cabaña había evitado hablar directamente con Jane, y no ardía en deseos de hacerlo en ese momento. Se levantó y se removió, incómoda.

—¿Estás bien, Ces? —le preguntó.

—Sí, sí, no te preocupes, George… No ha sido más que una broma —respondió, benévola, mientras comprobaba que su bolso no mostrara señales de lo ocurrido.

—Ah, sí, habría sido muy divertido que te cayeras del tejado —saltó Jane, furiosa—. Seguro que lo satirizarían en el periódico de mañana: «Una mujer muere tras una caída para el deleite de una sociópata aristócrata aburrida».

Georgiana se echó a reír, pero al poco se detuvo en seco.

—Lo siento, en realidad no es gracioso —dijo. Agarró la copa de vino de Cecily y se la llevó.

Sabía, por supuesto, por qué Frances estaba tan frustrada, pero había jurado guardar el secreto. Cecily y Jane comprendían a quién buscaba Frances cuando tiraba de ellas por estancias abarrotadas y salones tranquilos, pero no entendían del todo por qué lo buscaba con tanta urgencia y con tanto malhumor. Aunque aquello no era excusa para cometer un homicidio imprudente desde un tejado, claro está.

—Bueno, pues brindemos —dijo Jane— porque de algún modo seguimos vivas a pesar de las numerosas veces en que Frances ha

estado a punto de matarnos.

Las tres entrechocaron las copas con solemnidad. Jane no miraba directamente a Georgiana, pero tampoco la estaba ignorando ni le estaba diciendo nada espantoso, lo cual parecía un avance.

—¿Con qué frecuencia puede una correr peligro mortal en fiestas y cenas? —preguntó Georgiana.

—Oh, te sorprenderías —contestó Cecily con una sonrisa—. Una vez estábamos en una fiesta en un salón de baile bajo el agua… —Georgiana ladeó la cabeza, curiosa—. Ah, perdona… Es una especie de gran cúpula de cristal debajo de un lago. Lo bastante grande como para bailar. Una atmósfera maravillosa, aunque un poco húmeda. En fin, Frances y Jonathan habían discutido a gritos, se estaban pegando incluso, y ella agarró un bastón e intentó hacer añicos uno de los paneles de cristal. Tuvieron que llevar a cabo una evacuación de emergencia del salón.

—Y esa no fue la peor —añadió Jane—. ¿Qué me dices de lo que ocurrió en las carreras?

—Bueno, si somos justos con ella, no sabía qué iba a ocurrir…

—Pobres caballos.

Georgiana decidió que no quería saberlo.

—Nuestra querida señorita Dugray perdona con suma facilidad, por supuesto —dijo Jane lanzándole a Cecily una mirada cargada de significado.

—Ay, no empieces otra vez. —Soltó un triste susurro y sacudió sus magníficos bucles rubios.

Jane dio un larguísimo sorbo a su copa.

—Cuando teníamos quince años, a Ces le gustaba uno de los primos Campbell, y Frances… En fin, le puso fin. A nuestra Franny no le gusta que nadie la supere ni que nuestras atenciones se dividan.

—No me gustaba tanto —terció Cecily.

—¡Le mandabas cartas todas las noches! ¡No podías pensar en otra cosa! Si eso es lo que haces tú cuando alguien no te gusta tanto, el próximo hombre que te guste de verdad va a necesitar protección militar.

Georgiana guardaba silencio mientras asimilaba todo aquello. Era una gran sorpresa oírlas a hablar tan mal de Frances. Era imposible que la tuvieran en tan poca estima; a fin de cuentas, salían a diario con ella, le sujetaban las copas, la seguían hasta los tejados, aunque pudiera amenazarlas con lanzar sus pertenencias favoritas al vacío.

—Pero Frances no lo hace a propósito —le dijo Georgiana a Cecily —. ¿Verdad que no?

—No sé qué decirte. Pero tanto da. Tú no lo entenderías —la desdeñó Jane—. La conozco desde que éramos pequeñas. Nuestras familias… Digamos que crecimos juntas en el sentido amplio de la expresión. A veces nos lleva al límite, pero al final…

—Es Frances, y ya está —terminó Cecily.

Georgiana abrió la boca para responder, pero de pronto empezó a llover por fin. No cayeron gotitas de advertencia; pasaron de estar completamente secas a estar caladas. Una gran cortina de agua les pegaba las faldas a los muslos, y el pelo a la cara. Cecily chilló; Jane balbució y escupió el vino para soltar una maldición mientras se ponía en pie.

Georgiana no pudo evitar reírse cuando las tres corrieron hacia las escaleras a toda prisa en busca de refugio como si sus vidas dependieran de ello, a pesar de que ya era demasiado tarde.

Capítulo dieciséis

Cuando Georgiana regresó a la casa de los Burton a primera hora de la mañana, le costó bastante llegar del carruaje a la puerta principal. Estaba convencida de que alguien había reorganizado el jardín —la maceta con la que estuvo a punto de romperse la rótula no había estado allí unas horas antes—, y también parecía mucho más grande. El trayecto duró cinco minutos, cuando como mucho debería haberle llevado cinco segundos. Por suerte, ya no llovía.

Oyó una carcajada amortiguada tras de sí y unos breves gritos cuando al fin puso una mano sobre la puerta. Se giró para despedirse de los ocupantes del carruaje con una sonrisa de oreja a oreja, y acto seguido agarró el pomo de la puerta, que suponía un nuevo reto para ella.

Después de que hubiese comenzado a llover estando en casa de los Dugray, las otras jóvenes damas y ella se reunieron con Frances, y, a pesar de cierta aspereza inicial por parte de esta última, todos terminaron la noche de buen humor. De muy buen humor, de hecho; Cecily se había acercado al armarito de las bebidas de su padre y había regresado con un espectacular botín. Georgiana evitó beber con Christopher al lado, que le daba codazos e intentaba hacer bromas como si se llevaran a las mil maravillas. En cuanto él se marchó y les lanzó un beso que Georgiana fingió no ver, ella se dispuso a beber con alegría.

En ese momento le había parecido algo totalmente razonable, pero ahora había olvidado cómo funcionaban las puertas.

Tan pronto como lo hubo averiguado y hubo logrado entrar en la casa, se quitó el sombrero y los guantes empapados, y los dejó gotear sobre el suelo del recibidor. En las profundidades de la cocina consiguió una hogaza de pan un poco duro, y a continuación cogió una vela y se dirigió hacia la biblioteca dejando tras de sí un camino de migas.

Resultaba evidente que la señora Burton había escrito la

correspondencia, pues en el rincón del escritorio había una pluma, un tintero y un montón de papeles doblados con esmero. Unos pocos segundos más tarde, Georgiana encontró una carta escrita por su tía encima de la montaña de correo para enviar. Tras inspeccionarla con más atención, se dio cuenta de que iba dirigida a sus padres.

Quiso romper el sello y leer la carta de inmediato, pero en el último momento logró contenerse; era imposible que hubiera sido capaz de ocultarle la intrusión a la señora Burton incluso estando sobria. En aquel estado mental, no parecía probable que, llegada la mañana, recordara haber abierto la carta siquiera.

Georgiana intentó tomar nota de aquella información hasta el día siguiente, y acto seguido se sentó delante del escritorio. Una idea muy peligrosa empezaba a formarse en su cabeza.

Querido señor Hawksley…

Un inicio espantoso. Georgiana arrancó la parte superior del folio para eliminar aquellas ofensivas palabras, y formó una pelotita con el papel.

Querido Thomas…

Santo Dios, eso era muchísimo peor. No podía llamarlo «Thomas», como si llevaran diez años casados. Ya puestos, podría enviarle un retrato desnuda. Ese trozo también lo arrugó, y resolvió olvidarse de empezar la carta con un nombre. Hubo varios intentos fallidos más, hasta que al final solamente le quedó un pedazo de papel adecuado para contener unas pocas líneas.

Señor:

Le escribo para darle las gracias por haber cuidado tan bien de mi amiga, la señorita Cecily Dugray, cuando más lo necesitó (debe saber que se encuentra bien y que no ha decidido abandonar la bebida), y también quiero decirle que me gustó muchísimo el vino que seleccionó para mí. Antes me inclinaba a pensar que Jesús era un tanto bobo por haber transformado un agua estupenda en vino;

ahora comprendo su decisión, siempre y cuando recurra a usted para elegir el caldo.

Con todo mi respeto,

Georgiana Ellers

Selló la carta con una gota de cera, garabateó el nombre del señor Hawksley en el dorso y la colocó junto a las demás en el recibidor. Con una sensación de satisfacción y de retorcida alegría, se acostó y se quedó dormida en el instante mismo en que su cabeza se apoyó en la almohada, mientras a lo lejos el reloj marcaba las cuatro.

***

A la mañana siguiente, Georgiana estaba sentada frente al desayuno, soñolienta, observando las gachas e ignorando a propósito los chasquidos de lengua de la señora Burton, cuando el señor Burton comentó que su hermana le había escrito.

Georgiana levantó la cabeza de pronto; su tío aferraba una carta, y junto a su silla había un montoncito de cartas por abrir.

—¿Ha llegado el correo, señor Burton? Y… ¿y ha enviado la correspondencia? —preguntó con el estómago revuelto.

—Evidentemente —respondió su tío.

—Mierda —jadeó Georgiana sin pensárselo.

—¡Georgiana! —exclamó su tía, totalmente horrorizada.

El señor Burton parecía dispuesto a agacharse debajo de la mesa para buscar cobijo.

—Lo siento… Lo siento mucho, señora Burton, no quería… Me voy a mi habitación.

Georgiana retiró la silla y atravesó el comedor a toda prisa. Subió las escaleras de dos en dos y cerró la puerta de su dormitorio de

golpe antes de abalanzarse dramáticamente sobre la cama. La señora Burton la siguió al poco, pero, al oír lo que parecían los gritos de su sobrina contra la almohada, se marchó. Cuando Georgiana finalmente salió de su cuarto, después de haberse pasado horas contemplando el cielo y lamentando el día que le enseñaron a utilizar una pluma, su tía quedó impresionada al verla intimidada, y satisfecha al constatar que su sobrina debía de lamentar en gran medida lo que había dicho.

***

Georgiana no había hecho sino empezar a albergar la esperanza de que la carta no hubiese llegado a su destino —quizá sin una dirección completa la habían rechazado o se había caído por el camino o el correo se había estrellado y todo había ardido en una gran y poderosa bola de fuego que consumía todo lo que tocaba— cuando unos días más tarde le llegó una respuesta.

Estaba sentada a la mesa del desayuno cuando la señora Burton se la entregó, y cuando rompió ese sello que no le resultaba familiar, abrió la carta y vio la firma, la soltó de inmediato como si la misiva le hubiese quemado los dedos. Logró terminar de comer, si bien no dejó de clavar los ojos en la hoja en todo momento. En cuanto la cogió de nuevo y se retiró a su habitación, tuvo que hacer acopio de toda su fuerza y fortaleza para abrirla y leer lo que él le había escrito.

Señorita Ellers:

Sus reflexiones acerca de la fe cristiana son un tanto inquietantes, pero me alegra haberla devuelto a la senda del Señor mediante circunloquios.

También me alegra saber que la señorita Dugray se encuentra bien. Es un precio insignificante a cambio del forro de mi mejor sombrero.

Atentamente,

Thomas Hawksley

Georgiana se echó a reír, y a continuación leyó y releyó la palabra «Thomas» hasta que se le nubló la vista y el nombre dejó de tener sentido.

Señor:

La pérdida de su sombrero es devastadora; por favor, deles el pésame de mi parte a sus cuarenta y nueve parientes, pues deben de estar sufriendo tanto como usted mismo. Consuélese pensando que fue el héroe del momento, del día y de la semana (aunque no frecuentamos a demasiados caballeros honorables, así que no se tome el cumplido muy al pie de la letra).

Muy atentamente,

Georgiana Ellers

Señorita Ellers:

Me asombra con qué disposición se refiere usted a nuestro primer encuentro, puesto que la impertinencia de que hizo gala —así como su sugerencia de que tal vez yo sea incapaz de atarme los zapatos— daría motivos suficientes a cualquier hombre inteligente para interrumpir la correspondencia de inmediato.

Yo jamás me consideraría un héroe. Me pongo los pantalones primero por una pierna y luego por la otra, como cualquier otra persona.

Atentamente,

Thomas Hawksley

Señor:

En ese caso, me alegra profundamente que nadie vaya a confundirlo con un caballero inteligente.

Atentamente,

Georgiana E.

Señorita Georgiana:

No voy a fingir que sus observaciones sean infundadas. A menudo estoy sentado en reuniones o leyendo interminables libros de contabilidad o siendo objeto de detalladas preguntas acerca de distintas variedades de tejidos (confieso que en cuanto a telas no tengo ninguna predilección, pero, cuando la familia de uno tiene por costumbre importarlas, se espera que ese uno por lo menos sea capaz de fingir con soltura) y me siento soberanamente estúpido, sin duda.

Y no porque no comprenda la cuestión que me atañe, sino porque, a pesar de comprenderla, y a pesar de saber cuán importante es que le preste atención, nada me proporciona un mayor placer que abandonarlo todo y pasar las horas frente al piano como un anciano excéntrico. La fortuna y los tejidos pueden irse al infierno.

Ahora mismo le escribo, de hecho, sentado ante el citado instrumento. Está oscureciendo y debo concluir la carta antes de que se extinga la vela y vuelque el tintero que he colocado de manera un tanto precaria cerca de la nota mi.

Atentamente,

Thomas

Señor:

Lo compadecería por la dificultad de gestionar un sinfín de responsabilidades, pero por desgracia en mí no se confía lo suficiente como para que salga sola por la ciudad por si acaso tropiezo, enfermo o me enamoro de un transeúnte y lo dejo todo por él y por un capricho infantil.

Yo que usted no me preocuparía por el piano. Estoy convencida de que tiene varios.

Atentamente,

Georgiana

Georgiana:

Me inclino a pensar que sus cartas son tan breves porque se limita a utilizar principalmente malvados insultos. No es propio de una dama dirigirse a un caballero de tal modo. De hecho, nadie merece padecer su escaso conocimiento acerca de la vieja práctica de la correspondencia escrita. Debería escribir acerca del tiempo, de la compañía que ha frecuentado, de los agradables avances de su jardín, etcétera.

Debería preguntarme a quién he visto, interesarse por mis negocios. ¡Telas!, la oigo gritar. Pero si es mi tema preferido. Por favor, háblame de estampados y pesos y valor de mercado, pues ¡anhelo oírlo!) y fingir que se interesa sobremanera cuando le cuento que últimamente he organizado muchas cenas tranquilas y respetables en mi casa sin un solo altercado con una persona ebria en una bodega.

No voy a permitir ningún comentario vilipendioso para con el piano. Me temo que es, en esencia, mi compañero y confidente más íntimo.

Thomas

Querido Thomas:

Discúlpeme. Por favor, explóyese en el interminablemente fascinante tema de los estampados. ¿Siempre supo que quería ser un hombre telero?

Con todo mi cariño hacia su piano,

Georgiana

Georgiana:

Mi padre conoció a mi madre mientras trabajaba en la India. Los

dos eran grandes amantes de la literatura, y al parecer se enamoraron durante una airada discusión acerca de un poema de Mirabai. Regresaron siendo marido y mujer, pero su relación se ha extendido también hasta abarcar un floreciente negocio gracias a los contactos de la familia de ella, un negocio que ahora ha acabado derrumbándose sobre mis manos.

Baste decir que era una cuestión hereditaria, y por tanto bastante difícil de malinterpretar ni de regalar a otra persona.

Me niego a escribirle de nuevo si sigue en estado taciturno. Por favor, congráciese de nuevo con las costumbres y tradiciones epistolares y proporcióneme un texto largo y decente al que pueda responder del mismo modo.

Thomas

Querido Thomas:

El papel es muy caro.

Atentamente,

Georgiana

Capítulo diecisiete

—Entra, Georgiana. Vamos a ir de compras.

Su tía la había despertado con incesantes golpeteos en la puerta veinte minutos antes, y Georgiana seguía un poco confundida. La noche anterior se había acostado muy tarde escribiendo y reescribiendo su respuesta a la última carta de Thomas, hasta que se rindió por completo y se limitó a mandar una sola frase en un pedazo de papel, con la esperanza de hacerlo reír cuando menos. Frances y Jonathan habían llegado sin avisar y habían esperado con impaciencia mientras ella se vestía. Cada pocos minutos la llamaban desde el carruaje y amenazaban con marcharse sin ella, mientras la señora Burton los observaba desde la ventana y suspiraba de modo un tanto lastimero. Georgiana subió por fin al carruaje, y soltó un grito de sorpresa cuando Frances le golpeó suavemente en la espalda con el abanico.

—No me puedo creer que no hayas ido de compras todavía —la compadeció Jonathan—. Llevas dos meses aquí, George.

—Un día fui a la ciudad a ver cómo la señora Burton acariciaba varios lazos, pero es bastante especial en lo que respecta al uso del carruaje familiar —respondió Georgiana. Apoyó la cabeza en el lujoso interior del coche y cerró los ojos, todavía medio dormida—. Sobre todo lo utiliza para viajar media milla y visitar a nuestra anciana vecina, y así experimentar los espantosos socavones de la calle. Así tienen algo de lo que quejarse durante toda la tarde.

—Dios, en casa de los Burton siempre hay jolgorio, ¿verdad? —dijo Frances, y Georgiana le dio una ligera patada—. Cuidado, sinvergüenza. Este vestido es italiano.

—¿Qué motivo nos lleva a ir de compras? —preguntó Georgiana observando las impecables elecciones sartoriales de Frances. En ese momento, se le ocurrió que nunca la había visto ponerse dos veces el mismo vestido.

—Oh, ninguno. Y cualquiera. He agotado mi armario de vestidos de fiesta y necesito algo nuevo para el fin de la temporada. Me encanta ir de compras antes de un gran evento, ¿a ti no?

La última celebración por la cual Georgiana había ido de compras antes de la fiesta de los Woodley fue para ir al funeral de un pariente lejano. Por lo general, echaba mano de la misma cansada rotación de vestidos, la mayoría cosidos por una amiga de su madre. Había llevado el nuevo vestido que se compró para la fiesta de Jane tantas veces ya que era de todo punto imposible que un nuevo lazo o un chal pudiera transformarlo en algo diferente.

Fue estremecedor oír a Frances referirse al fin de la temporada. Ya sabía que no iban a quedarse eternamente, por supuesto, pero el mes de septiembre se había acercado a gatas sin que ella se diese cuenta. Solo le quedaba esperar que, una vez terminado el verano, a sus amigos les resultara del todo natural invitarla a Londres para que pudieran proseguir con sus escapadas ininterrumpidas.

Debió de componer una expresión un poco preocupada, pues Jonathan le dio una cariñosa palmada en la rodilla.

—No te preocupes, George, Frances te guiará bien. Es un huracán con un bolso en el epicentro cuando va de compras. Empieza a lanzar monedas y notas de crédito tan a diestro y siniestro que la gente tiene suerte de escapar con vida.

—Ay, cállate —respondió Frances.

Georgiana no había pensado que esperaran que ella también comprara algo en aquella salida, y la insinuación era un tanto preocupante. Había albergado la esperanza de ir detrás de Frances y aconsejarla acerca de qué telas lucían mejor y qué guantes resultaban de mal gusto. El dinero que la señora Burton le había puesto en la mano cuando salió corriendo por la puerta no bastaría para comprar ni un mero sombrero, a no ser que fueran a una sombrerería de saldos en la zona más sombría de la ciudad.

Se detuvieron delante de un establecimiento que prometía vender «medias, sombreros y maravillas», y Georgiana perdió la fe. Un hombre cojo de aspecto desastrado intentó llamar su atención, y

Frances soltó un resoplido de desdén y puso una protectora mano sobre el hombro de Georgiana al entrar en la tienda.

Georgiana supo de inmediato que todo lo que veían escapaba a su presupuesto, y decidió no tocar nada. No quería dejar una espantosa mancha de barro en algo —como en el sombrero en cuya cima aparecía la figura de un rábido hurón comiendo una manzana— y no tener más alternativa que comprarlo por aproximadamente el precio de una nueva casa.

—Oh, mira esto, George. ¿Verdad que es precioso?

Frances había encontrado al instante el objeto más caro de la tienda, una chaquetilla blanca de piel con un espléndido trazo azul grisáceo, y se la puso sobre los hombros sin preocupación alguna de ensuciarla.

—Todavía tiene la cabeza —dijo Jonathan, incrédulo.

Un hombre de mediana edad con bigote y gafas se acercó a toda prisa. Su chaqueta azul oscuro era tranquilamente más majestuosa que cualquier prenda que hubiera poseído Georgiana, y en el cuello llevaba una fina cinta de medir de oro.

—Es de zorro ártico, señorita Campbell —dijo con una profunda reverencia.

Por supuesto que conocía a Frances. Seguro que ella ya había comprado el resto de la familia del zorro y regresaba para completar el lote.

—Es una delicia, Basil. ¿Tú qué opinas, George?

Los ojos vidriosos del zorro parecían mirarla a la cara.

—Pues… es verano —murmuró Georgiana.

—Sí, y después del verano llega el otoño, y después el invierno. De este modo, una sabe a qué atenerse.

—Ignórala, George —terció Jonathan—. Más vale que estés de acuerdo con todos los accesorios que escoja, o te arriesgas a

convertirte tú en uno.

De pronto, se puso a imitar a la perfección al zorro en una postura inerte y con la mirada vacía, y sacó la lengua para dar más efecto.

—Envía la factura a Longview, Basil —dijo Frances ignorando a su amigo. Le entregó la chaqueta de piel al obediente Basil y pasó página de inmediato—. Mira esto, George. Es perfecto para ti.

Estaba señalando el collar más bonito que Georgiana hubiera visto nunca. Era una delicada cadena de oro con brillantes piedras rojizas, dispuestas en el centro en forma de flor.

—Sí, sí, un precioso collar de baratijas —opinó Jonathan poniendo los ojos en blanco.

—¡No, señor! No son baratijas. —Basil parecía profundamente ofendido—. Son granates. Permítame, señorita.

Lo cogió del expositor. Los eslabones de la cadena caían suavemente sobre sus manos como si fueran agua. Se lo colocó a Georgiana alrededor del cuello y la guio hacia un espejo antes de que ella pudiera protestar.

El collar era mucho más elegante que su vestido, y se sintió ridícula, pero no podía negar lo bien que le quedaba. Su pelo, que por lo general creía que la decepcionaba por ser demasiado simple, parecía más cálido y rico; su piel, mucho más rosada y agradable a la vista. Lo deseó de inmediato más de lo que había deseado nada en la vida. Incluso Jonathan soltó un largo y grave silbido al fijarse, y Frances lo regañó («No estamos en una taberna, Jonathan»). En cuanto Georgiana se percató de cuánto lo deseaba, tuvo que comenzar el doloroso proceso de rechazarlo.

—Es espléndido —dijo con tristeza toqueteando el cierre para quitárselo—, pero… no me termina de convencer.

—Sandeces —saltó Frances—. Es perfecto. O lo compras tú o lo compro yo.

—No te lo voy a impedir —dijo Georgiana con la intención de sonar indiferente.

Anhelaba tanto aquel collar que le ardía el pecho, pero, salvo que se ofreciera a limpiar la tienda de Basil durante mil años a cambio de la pieza, era totalmente imposible que pudiera pagarla.

—Muy bien, muy bien. Me lo llevo —dijo Frances, casi como si para ella fuera un fastidio.

Georgiana nunca había envidiado la riqueza de su amiga, pero comprar con ella le despertaba todo tipo de sentimientos que habrían estado mejor enterrados en lo más hondo de su ser.

Frances les indicó que salieran en cuanto le envolvieron lo que había comprado, y todos subieron al carruaje rumbo al siguiente destino. De pronto, Georgiana deseaba que aquel día terminara cuanto antes.

En la siguiente parada, fue un abanico. En otra, perlas, collares y collares de perlas, suficientes perlas como para que Frances rodeara el perímetro de su casa, y todavía le sobrarían algunas. Jonathan no era tan exagerado, pero se compró dos sombreros y provocó a Georgiana cuando ella ni siquiera quiso probarse unos guantes de encaje con aspecto de romperse por la mitad a consecuencia de un estornudo de mediana intensidad de lo delicados que eran.

En la joyería, Georgiana acabó aburriéndose de ver a Frances probarse un anillo tras otro y se acercó a la ventana, desde donde vio a un anciano sentado en la puerta de al lado con las manos levantadas para pedir limosna a los transeúntes, sin éxito. Al final, Georgiana salió para darle un puñado de las monedas de la señora Burton. Jonathan y Frances no parecieron percatarse de que se había marchado; cuando regresó, Georgiana vio que Frances se iba de la tienda muy contenta después de haber gastado más de cincuenta libras en su ausencia.

***

Al cabo de unas pocas horas, Frances terminó cansándose. Había comprado seis telas distintas para que le confeccionaran vestidos y, luego, le había insistido al cochero para que las llevara de una tienda a otra hasta dar con seis sombreros y seis pares de guantes a juego. A continuación, le indicó que los condujera a comer a un

club, en que el encargado de recibir a los clientes casi tropezó consigo mismo por las prisas por sentarla a una mesa al verla entrar. La estancia era grande, pero sin ventilación, así que hacía mucho calor; había mesas redondas atestadas de personas que ocupaban todo el espacio posible, y el ruido de las carcajadas y las conversaciones rebotaba con el techo abovedado.

—Oh, en esta época del año comer aquí es una pesadilla —dijo Jonathan arrugando la nariz con desagrado—. Haz que nos sienten afuera, Franny.

—Acabaremos cubiertos de polvo —protestó Frances, pero Jonathan no se rindió, y a Georgiana la aturulló tanto el estrépito del interior que apoyó su moción.

Acabaron sentados en una terraza cubierta que daba a la plaza. La taberna del rincón opuesto estaba muy animada, y Georgiana contempló a un grupo de jóvenes de su edad que se reunían junto a la puerta. No llevaban ropas ni sombreros lujosos —estaba segura de que sus actuales acompañantes los consideraría muy burdos—, pero daba la impresión de que estaban muy contentos, intercambiaban bromas y risotadas y bebidas, mientras que ella estaba sentada tímidamente, con un vestido de la moda de una década atrás y escuchaba a Frances hablar de las diferencias entre el azul zafiro y el azul marino, como si tuvieran alguna importancia.

—¿Alguna vez habéis pensado —dijo de pronto Georgiana interrumpiendo a Frances en medio de una frase— en los apuros que pasan los pobres de la ciudad? No la apreciamos demasiado a nuestro alrededor, pero mirad, fijaos: hay pobreza por todas partes. Podríamos hacer algo al respecto. Empezar una colecta o recaudar fondos con una fiesta. ¿No creéis que es nuestro deber?

Los dos se la quedaron mirando durante un buen rato.

—No —respondió Frances, y no había más que añadir.

Acababan de terminar de comer y se preparaban para marcharse cuando Jonathan, contemplando la plaza en la calma habitual que seguía a una comida copiosa, dejó la copa sobre la mesa con un

golpe seco y se cubrió la boca con la mano como si hubiese visto algo espantoso. Frances no había reparado en su cambio de expresión, pero Georgiana le preguntó como una boba:

—¿Qué pasa, Jonathan?

—Nada. Nada —dijo de manera poco convincente fulminándola con la mirada.

—¿Qué ocurre? —se interesó Frances. Siguió los ojos de él, que no paraban de fijarse en la taberna aun en contra de su voluntad.

Tardó unos instantes, pero al final Georgiana se percató de lo que había visto él. Jeremiah Russell salía de la taberna, y no estaba solo. Llevaba a una diminuta y pálida rubia del brazo. No vestía de forma ostentosa —antes al contrario, parecía más pobre aún que Georgiana—, pero Jeremiah la miraba como si esa muchacha fuera lo más bello en que hubiese posado los ojos jamás. Tenía el rostro redondo y los ojos enormes, y cuando los abría, como hizo en cuanto Jeremiah le susurró algo al oído, regalaba una imagen maravillosa para todos, menos para las tres personas que la observaban horrorizados desde la terraza.

Frances aferraba la superficie de la barandilla de piedra con ambas manos, como si estuviese dispuesta a precipitarse hacia ellos. Respiró hondo y soltó el aire antes de sentarse de nuevo.

—¿Estás…? Franny, ¿estás…?

—¿Si estoy qué? No significa nada, Jonathan. Que nosotros sepamos, podría ser una prima o… o una amiga de la familia o su limpiabotas.

Georgiana no se imaginaba que fuera habitual quedar con una atractiva limpiabotas en una taberna un lunes a media mañana, y por la expresión de Frances pareció que ella tampoco se lo creía.

No pudieron evitar volver a mirar, y vieron a Jeremiah despedirse de la joven con un beso en la mano, beso que duró demasiado. La muchacha lo acompañó hasta el carruaje y, cuando el coche se alejó por la calle, dio media vuelta y regresó al interior del local.

—¿Crees…? ¿Crees que es una ramera, Franny? —preguntó Jonathan con amabilidad.

—Oh, a mí no me cabe ninguna duda de que lo es, independientemente de la profesión que haya escogido —escupió Frances mientras recogía sus cosas—. Vámonos. —Su tono no permitía réplica alguna.

Jonathan y Georgiana la siguieron y se lanzaron nerviosas miradas sin parar al pasar por delante de la multitud congregada frente al club. En cuanto hubieron salido, Frances se encaminó hacia la taberna.

—¿De verdad es aconsejable? —dijo Jonathan poniéndose delante de ella y agarrándole el brazo con una mano.

—Apártate de mi camino, Jonathan.

Detenerla era imposible. Se zafó de él e irrumpió en el lóbrego establecimiento. Miró a su alrededor con absoluta repulsa, como si hubiese entrado en una leprosería abarrotada. A Georgiana todo le pareció bastante inofensivo; había grupos, hombres en su mayoría, que bebían cerveza y charlaban sentados en mesas y en la barra. Aunque en esos instantes todos se quedaron contemplando a la nueva concurrencia, engalanada en exceso.

—Tú —le soltó Frances con rabia al camarero—. ¿Has visto a una rubia andrajosa? Acaba de entrar en el local.

—¿A una rubia…? —Estaba desconcertado de verdad, y Frances puso los ojos en blanco.

—Una joven —intervino Jonathan antes de que su amiga provocara mayores daños—. Más o menos así de alta, con un vestido gris. ¿La has visto?

—Vaya… Creo que se refieren a la señorita Annabelle Baker. Ha ocupado una habitación en la planta de arriba.

—Annabelle Baker —repitió Frances, como si aquel nombre le dejara un regusto agrio en la boca.

Dio media vuelta y salió a la calle como si una máquina la propulsara, dejando tras de sí a Georgiana, que le dio las gracias al hombre en voz baja antes de seguirla.

El silencio que cayó sobre ellos era insufrible. Georgiana casi lo percibía, una presencia tangible y sofocante que inundaba el aire que los separaba. Ya en el interior del carruaje, Georgiana intentó cogerle la mano a Frances, pero esta la rechazó. Le preguntó si le apetecía hablar de lo ocurrido.

—No —le espetó Frances antes de girarse para mirar por la ventanilla.

Debía de estar muy dolida, aunque la única prueba de ello que detectaba Georgiana era la rigidez de su cuerpo. Jonathan ni siquiera intentó conseguir que hablara.

Georgiana no sabía cómo ayudar a alguien que no deseaba de ninguna de las maneras que le ayudaran. Ninguno de ellos pronunció una sola palabra en el trayecto de regreso a casa.

Capítulo dieciocho

La idea de asistir aquel jueves a una cena con los amigos de los Burton debería haber sido sumamente deprimente, pero Georgiana se alegraba en secreto de alejarse un poco de Frances y de su silenciosa furia; y, además, les debía una al señor y a la señora Burton —o dos o diez—, así que procuró sobrellevarlo sin quejarse, y solo puso los ojos en blanco un par de veces como concesión a sí misma cuando la señora Burton recitó la posible lista de invitados tanto durante el desayuno como durante el almuerzo. El señor Burton huyó a última hora alegando dolor de estómago y se negó a mirar a Georgiana a los ojos cuando ella le lanzó una mirada airada, por lo cual las mujeres de la casa se quedaron a solas.

La propiedad a la que se dirigían no era tan grande como algunas de las casas que Georgiana había visitado en las últimas semanas, pero era una construcción clásica y bastante bonita, y la señora Burton le hizo creer que los anfitriones de la velada —y, aún más importante, sus hijos— tenían posibilidades de ser al menos soportables. Los padres de Georgiana no habían intentado buscarle marido; al parecer, asumían que algún día ella cazaría a un transeúnte de la calle o quizá se limitaría a evaporarse de forma espontánea, y daba la impresión de que la señora Burton procuraba compensar el tiempo perdido.

Los Taylor tenían tres hijos. Uno estaba casado, cogido del brazo de su esposa, pero los otros dos estaban solteros, y el más joven no dejó de intentar llamar la atención de Georgiana desde el primer momento en que entró en el salón principal. No era de una belleza arrebatadora, pero tampoco se parecía a una gárgola; lo que sí resultaba un tanto alarmante era lo ardiente e intencionada que era su mirada. Georgiana pensó que en cierto modo aquel hombre ya estaba revelando las facetas más lamentables de su personalidad desde la distancia, sin que le hiciera falta pronunciar ni una sola palabra. En cualquier momento reuniría la valentía de acercárseles y lograr que los presentaran sus padres, quienes en ese instante mantenían una conversación con la señora Burton, así que

Georgiana aprovechó la oportunidad para escabullirse antes de que él hubiese tomado la decisión de aproximarse. Recorrió con determinación el pasillo y llegó hasta el sombrío comedor, donde la mesa ya estaba puesta para veinte personas por lo menos.

Los invitados seguían llegando y mezclándose en el vestíbulo y en el salón, pero en aquella estancia el clamor se reducía a un agradable murmullo. Georgiana cerró la puerta tras de sí y, a continuación, apoyó la espalda en la superficie con un suspiro de alivio, y la sorprendió descubrir que no estaba sola.

Vio a un hombre de unos sesenta años sentado a la mesa, leyendo un libro bajo la luz de una única candela cuya mecha se acercaba peligrosamente al final, y era obvio que le costaba seguir la lectura. Entornaba los ojos para leer las palabras, absorto por completo, y no pareció darse cuenta de su presencia.

Georgiana estaba dando media vuelta para marcharse con sigilo cuando él tomó la palabra y la sobresaltó:

—Antes de que se vaya, querida, ¿le importaría traerme otra vela? —La edad había debilitado un poco su voz, y habló más con amabilidad que con autoridad.

—Por supuesto —respondió Georgiana, y se apresuró a buscar una.

En cuanto dejó la vela sobre la mesa, reparó en el grueso bastón que descansaba junto a la silla de aquel hombre, y creyó comprender por qué habría elegido sentarse a la mesa antes de que lo llamaran para ello.

—Ah, gracias —dijo con un suspiro de satisfacción mientras se subía las gafas por la nariz con manos temblorosas y amables—. Es una historia de amor, ¿sabe? Es harto complicado entender a quién le pertenece el corazón que palpita con ferviente deseo si uno es apenas capaz de discernir las palabras.

Georgiana soltó una carcajada de sorpresa, pero se detuvo enseguida para así evitar correr el riesgo de parecer grosera.

—¿Es su género preferido? —preguntó. No quería meter baza, pero

al mismo tiempo no deseaba abandonar antes de lo necesario la paz y el refugio de aquella estancia—. Yo disfruto sobremanera con los romances, aunque todavía no he encontrado ni a un solo hombre que admita sentir lo mismo.

—Debo confesar que siento especial devoción por ese género. Me enorgullece afirmar que soy un lector bastante ávido, pero a menudo tengo la sensación de que las meditaciones filosóficas tediosas acerca del sentido de la vida me dejan un poco frío. A fin de cuentas, la vida ya es lo bastante difícil sin diseccionarla y agonizar ante los fragmentos que la conforman. Las historias de amor son fiables. El camino hacia el final feliz a menudo está repleto de amantes despechados y difuntos, por supuesto, pero si no abandonas la lectura, por lo general te recompensan con una boda al final.

—¿Le importa que me siente? —le preguntó Georgiana—. No pretendo molestarle. Si me responde que está demasiado inmerso en su lectura, no me ofenderé lo más mínimo y lo dejaré a solas con sus amantes en peligro.

—No, siéntese, claro. —Ella ocupó la silla a su lado—. Me tomo como un gran cumplido que una joven dama me elija a mí como compañía cuando estoy seguro de que en el salón hay numerosos caballeros entretenidos que ansían su atención.

—Si me permite hablar con sinceridad —dijo Georgiana con un suspiro—, estoy aquí para evitar esas atenciones. Con mucho gusto prefiero sentarme con usted y hablar de las historias de amor de los demás que arriesgarme al sufrimiento de iniciar una yo.

El hombre se echó a reír.

—Entonces, dígame, señorita… Oh, discúlpeme, no le he preguntado cómo se llama.

—Señorita Georgiana Ellers, señor.

—Ah. Pues dígame, señorita Ellers: ¿quién es su protagonista preferida? Y, después de cometer espantosos e inevitables errores, ¿al final consiguió lo que merecía?

***

Cuando llegó la hora de la cena, Georgiana y su nuevo amigo habían hablado alegremente sobre libros durante tanto tiempo que ella casi había olvidado la verdadera razón que los había llevado a refugiarse allí. Unas cuantas personas comenzaron a entrar en el comedor, pero Georgiana no se dio cuenta. Seguía hablando con entusiasmo acerca de las obras literarias de Samuel Richardson cuando una mano se posó en el hombro de su acompañante, y entonces levantó la vista en medio de una frase.

—¿Señor Hawksley? —gritó, incapaz de reprimir el asombro, y su nuevo amigo la miró con una sonrisa radiante.

—¡Conoce a mi hijo! Espléndido —dijo mientras cogía la mano del señor Hawksley entre las suyas.

—¿Su hijo? —repitió Georgiana como una boba.

No sabía por qué la sorprendía tanto descubrir que aquel hombre era el padre del señor Hawksley. No se parecían, aunque era cierto que ambos irradiaban cierto aire meditativo. No pudo sino recordar de inmediato con todo lujo de detalles los escenarios que había soñado últimamente y las cartas que se habían mandado, muy inapropiadas entre dos personas que no habían hecho más que ser presentados de manera formal. Delante de un padre en carne y hueso ante sus propios ojos, todo aquello de pronto se le antojó inadecuado hasta el extremo. Estaba convencida de que el fantástico y amable señor Hawksley padre se horrorizaría si supiera qué había visualizado ella todas las noches mientras daba vueltas en la cama para quedarse dormida. Georgiana se ruborizó, y el anciano caballero le dedicó una sonrisa cómplice que desencadenó el miedo muy ilógico, pero no por ello menos apremiante, de que tal vez pudiera leerle la mente.

—Ah, sí… Soy el señor James Hawksley. La señorita Ellers y yo hemos estado hablando de literatura, Thomas. Pero ya le he robado demasiado tiempo; veo que ha llegado el momento de sentarse a cenar, y nuestros anfitriones se han esforzado mucho por indicar el lugar que debemos ocupar. —Señaló hacia una tarjeta escrita con minuciosidad, y Georgiana quiso darse un bofetón a sí misma por

no haberse dado cuenta antes de que la identidad de aquel hombre había estado en todo momento escrita justo delante de ambos. Le dio las gracias, colorada, y se marchó para buscar la silla que le correspondía.

Cuando encontró su sitio, dio un brinco al fijarse en que la tarjeta a su izquierda rezaba «Señor Thomas Hawksley» con una letra cuidada e inclinada. Su corazón empezó a latir demasiado deprisa al ver el nombre de él tan cerca del suyo. El único hecho que desbarató aquella revelación fue constatar que Marcus Taylor, el hijo joven al que había evitado con suma destreza, iba a sentarse a su derecha. La señora Burton se encontraba casi a millas de ella, en el extremo más alejado de la mesa.

El señor Taylor se presentó de inmediato, y Georgiana se giró hacia él e intentó con todas sus fuerzas concentrarse en lo que le estaba diciendo, dolorosamente consciente de la presencia del señor Hawksley tras de sí cuando se sentó. Por desgracia, el señor Taylor no era un conversador sutil ni demasiado talentoso.

—Me gusta su vestido —dijo sin detenerse para tragar la sopa que se había metido en la boca antes de hablar, con lo cual sus palabras provocaron un indecoroso goteo por la barbilla—. Mi madre me ha hablado de usted, por supuesto, y llevaba razón; no es usted desagradable a la vista.

Georgiana juraría que había oído una ligera risotada a su izquierda, que enseguida pareció convertirse en un educado carraspeo.

—Gracias, señor Taylor. Esta casa es preciosa.

—Ah, sí, sí… Aunque nunca será mía —contestó, apenado de pronto—. No me irá mal, pero, en fin, soy el menor de tres hermanos. Quien la heredará será Samuel, mi hermano mayor —añadió, y se animó a ojos vista—, pero también tiene la esposa más horrorosa, así que ya ve. No se puede tener todo. Con una esposa de ese tipo, uno no se fija en la insulsez, en la falta de tierras ni… ni en los diminutos armarios de su casa.

—Sí —dijo Georgiana—. Señor Taylor, tiene bastante sopa en la barbilla.

—¡Oh! ¿De veras?

Se limpió con energía con una servilleta, y Georgiana sintió un desmedido alivio cuando la mujer sentada al otro lado de él le preguntó qué llevaba la sopa con la que se había adornado con tanto afán. Ella aprovechó la oportunidad para girarse hacia el señor Hawksley, que por lo visto también se deleitaba con la sopa; la contemplaba con una sonrisa.

—No es gracioso —siseó Georgiana en voz baja.

—Sí que lo es —contestó él mientras se llevaba a la boca otra cucharada de sopa.

Georgiana se dio cuenta de que ese hombre no tenía ningún problema en comer sin ensuciarse, y acto seguido se preguntó si su anterior compañía le había hecho rebajar drásticamente las expectativas.

—Su padre parece maravilloso —dijo, desesperada por cambiar de tema.

Para su consternación, la expresión de él se volvió un tanto seria, y se quedó mirando la cuchara durante unos instantes antes de levantar la vista y responderle.

—Así es. Hacía bastante tiempo que no lo oía reír con nadie.

—¿Está… enfermo? —preguntó Georgiana con la esperanza de no haberse entrometido demasiado.

—Sí. Sin embargo, me alegra decir que no nos dejará hasta dentro de un tiempo. No son los males del cuerpo los que lo aquejan de verdad. Creo… —Se detuvo y meneó ligeramente la cabeza mientras bajaba la voz—. Creo que el joven señor Taylor arde en deseos de hablar con usted de nuevo.

—Por favor —le suplicó Georgiana con un susurro y los ojos como platos—. Empezará a hablarme de armarios, y no deseo casarme con alguien que quiera comprometerse conmigo solamente para tener alguien con quien conversar acerca de espacios de almacenaje.

El señor Hawksley se echó a reír como Georgiana esperaba que hiciese, y prosiguió en voz baja para que nadie lo oyera.

—Tal vez debamos fingir que estamos manteniendo una animada conversación de gran importancia.

—¿Acaso no es cierto? —replicó Georgiana.

Él enarcó ligeramente las cejas, y ella tuvo que morderse el labio y volver la cabeza para no ruborizarse.

—Me alegró que usted… Me alegró que la señorita Dugray no padeciera graves problemas después de la última vez que nos vimos.

—En efecto. La señorita Woodley dice, no obstante, que es cuestión de tiempo que se repita lo ocurrido.

Al recordar el vino, si bien de un modo poco favorecedor, Georgiana cogió su propia copa, que seguía intacta.

—Aunque esta noche usted no ha bebido nada. —Era un hecho.

—Así es. —Georgiana frunció el ceño—. Supongo que se consideraría de poquísima educación terminar confundida por el alcohol hasta perder la cabeza en una cena tan respetable como esta. Si el joven señor Taylor me habla de nuevo, sin embargo, voy a tener que ahogar las penas. —Dejó la copa sobre la mesa—. Al parecer, a usted le preocupa bastante si bebo o si dejo de beber.

—No, no. No era mi intención dar a entender que… Lo he comentado porque es imposible atisbar la verdadera personalidad de alguien cuando uno solo ve ebria a esa persona —dijo antes de levantar la copa y dar un sorbo—. Pero…, cielos, creo que la he ofendido.

—Creo que juzga a las personas con demasiada rapidez —terció Georgiana—. Usted asiste a las mismas fiestas que yo. Usted frecuenta a la misma gente. ¡Y bebe! Está bebiendo ahora mismo, de hecho. ¿Por qué será que a mí no se me permite pasarlo bien y disfrutar de los mismos vicios que usted y los demás? ¿Le desagrada solo porque… porque soy una mujer? ¿Preferiría que me marchara de las fiestas a las nueve de la noche, que no volviera a ingerir ni

una gota de alcohol y… y que me excusara para alejarme de mis acompañantes cada vez que se me ocurriese un pensamiento impuro?

—En absoluto —aseguró en voz baja, y su tono grave le provocó a ella un agradable escalofrío que le recorrió la espalda. Se miraron a los ojos durante unos instantes, y Georgiana se preguntó si él también estaba pensando en la bodega de vino, el actual escenario de sus pensamientos más obscenos—. Le confieso que no disfruto de beber en exceso. Es elección suya lo que haga con su tiempo libre, por supuesto. Pero me está gustando mantener una conversación con usted durante la cual no ha tropezado ni se ha caído ni una sola vez. Una agradable diferencia.

En ese momento, Georgiana se sonrojó del todo y fue incapaz de ocultarlo. Aunque no le gustaba especialmente caerse por doquier, sí que le interesaba mucho lo que ocurría cuando se caía delante de él; sobre todo porque era una buena excusa para experimentar un estimulante contacto físico.

—Piense lo que piense de mí, señor Hawksley, incluso yo tendría problemas para caerme estando sentada —dijo sonriéndole al sirviente que le retiró la sopa, que no había tocado, y la sustituyó por el siguiente plato. Se quedaron envueltos en un cargado silencio, hasta que todos los criados se marcharon y las conversaciones se retomaron a su alrededor.

—Tú me escribiste a mí —dijo él.

Aquellas palabras desprendían una extraña intimidad, levemente verbalizada, un minúsculo oasis en aquella atestada estancia. Georgiana quedó tan impactada por ellas que no se le ocurrió una respuesta ingeniosa.

—Sí. Yo… Lo siento —murmuró, nerviosa.

—No te disculpes.

El señor Hawksley la estaba observando, la estaba observando de verdad, y le sostenía la mirada con intensidad. De pronto, su expresión se volvió imperturbable, cogió el cuchillo y el tenedor, y

empezó a comer.

Georgiana averiguó el motivo un segundo más tarde: el señor Taylor se aclaraba la garganta muy fuerte para intentar llamar su atención. Frustrada, suspiró antes de pintarse una sonrisa en el rostro y girarse para saber qué quería aquel tipo.

Capítulo diecinueve

La cena duró una eternidad, durante la cual el señor Taylor no estuvo dispuesto en ningún momento a liberar a Georgiana de su funesta compañía. Ella se alegró cuando terminó y pudo ir a sentarse con las otras damas en el salón de las mujeres, escuchando a medias cómo su tía hablaba con la madre del irritante caballero. En el exterior había comenzado una nueva tormenta de verano, y Georgiana se concentró en las gotas de lluvia que golpeaban con regularidad contra la ventana mientras deseaba que el tiempo transcurriera más deprisa. Desde el lugar que ocupaba junto a la puerta oyó a los hombres llevar a cabo los misteriosos rituales en que participaban después de cenar, y era tal el ansia que sentía por volver a ver a Thomas que estuvo a punto de arrancarle la copa de jerez de la mano de la señora Burton cuando esta propuso que los dos grupos se reencontraran.

Cuando los hombres entraron en la sala, el señor Hawksley estaba hablando con su padre, una de sus manos apoyadas en el brazo del anciano. El señor Taylor más joven la divisó de inmediato, y, puesto que Georgiana no disponía de una forma educada de evitarlo, no pudo fingir que no había oído cómo le sugería que tocara algo para ellos al piano.

—Es demasiado amable. Me temo que no soy una gran pianista, señor Taylor —contestó. De repente, deseó haber conseguido beber muchísimo más, sin pensar en lo que el señor Hawksley hubiera pensado de ella.

—¡Bobadas! Tiene unas manos preciosas, seguro que producen una música bellísima —insistió Marcus, afectado y decidido.

En un acto reflejo, Georgiana se llevó las manos a la espalda para apartarlas de la vista de él.

—Tocaré yo —exclamó de repente Thomas desde la otra punta de la estancia. Se encaminó hacia el piano antes de que nadie pudiera protestar.

—Muy bien, muy bien —asintió el señor Taylor, cuya sonrisa flaqueó un tanto—. Debo admitir que habría preferido oír tocar a la señorita Ellers; ¡con ello no pretendo decir que usted no tenga también unas manos bonitas, señor Hawksley! —Se rio a carcajadas de su propia broma. Georgiana sonrió para sus adentros por razones diametralmente opuestas.

El señor Hawksley se sentó, se detuvo unos segundos para deleitarse mientras flexionaba los dedos y, a continuación, comenzó a tocar; con suavidad al principio, pero ganando fuerza, hasta que la pieza se tornó violenta y estremecedora y absorbente. Georgiana no había visto nunca a un hombre tocando el piano y se quedó fascinada al instante. Thomas tocaba con tal confianza, casi agresiva, que debería sonar espantosa, pero que resultaba cautivadora. En opinión de la joven, la mayoría de la música seguía unos patrones conocidos; uno podía imaginar cuál sería la siguiente nota, y la melodía se lo confirmaba con cierta sensación de seguridad. Aquella pieza hacía precisamente lo contrario. Georgiana tuvo la sensación de que se asomaban una y otra vez a un precipicio musical, en que buscaban a algo a lo que aferrarse para que tuviera sentido, y de repente sonaba una sucesión de notas discordantes o un acorde menor y fracasaban todas las apuestas referentes a los derroteros que iba a tomar la melodía. Las conversaciones se interrumpieron y todos los ojos se giraron para contemplarlo a él. No era música que permitiera hablar ni beber té: exigía ser escuchada. Al cabo de unos minutos, paró de repente.

—¡Siga tocando un poco más, señor Hawksley! ¡Tiene un gran talento! —exclamó una joven sin aliento desde uno de los rincones de la sala.

—Me temo que no puedo. —Se encogió de hombros para disculparse y se levantó del piano—. Es una transcripción parcial que me ha enviado un amigo de Viena. Solo he aprendido una parte.

—Vaya… ¡Debe darle clases a nuestra Georgiana, señor Hawksley! —dijo la señora Burton. En sus ojos destellaba un brillo maníaco que revelaba sus intenciones con tanta claridad que a Georgiana le entraron ganas de asestarle una patada en la espinilla por debajo de la mesa de centro—. Es de lejos el mejor pianista que he oído

nunca, y mi sobrina necesita un poco de ayuda en ese ámbito.

El señor Hawksley miró a Georgiana, quien puso los ojos en blanco.

—¡No hay mejor momento que el presente! Nadie más desea aprender a tocar, ¿verdad que no? —La señora Burton tan solo esperó medio segundo para asegurarse de que nadie tenía tiempo de protestar—. Bien, pues ya está decidido. —Les lanzó a ambos una sonrisa de oreja a oreja.

El señor Hawksley señaló hacia el piano con expresión imperturbable. Georgiana se aproximó y tomó asiento en la banqueta mientras él acercaba otra silla. Por suerte, por la sala se habían retomado las conversaciones. A ella no le apetecía demasiado demostrar su ineptitud musical delante de un gran público.

—Toca algo —le susurró él. Su pierna casi rozaba la de ella debajo del piano.

Tan a la ligera como pudo, apretando con un pie el pedal central, Georgiana tocó las notas iniciales de la *Sonata fácil* de Mozart. Notó cómo ardía por la vergüenza. Después de lo que había tocado el señor Hawksley, parecía una niña pequeña en su primera clase.

—No toco bien —dijo—. Soy un caso perdido.

—Estás encorvada con la tensión de un resorte. —Sonrió—. Siéntate un poco más erguida.

Le colocó una mano con cuidado en el hombro para ayudarla a corregir la postura, y Georgiana no tomó aire hasta que él la apartó. Una risotada la llevó a girar la cabeza para ver si alguien los había observado, como si la hubieran pillado en un acto ilícito y no en un simple y breve roce en el hombro. Los demás asistentes se reunieron junto a la chimenea para jugar a una especie de juego de salón que implicaba inventarse rimas, y Georgiana oyó cómo la señora Burton tenía problemas para pensar en algo que rimara con *flor*. El anciano señor Hawksley estaba a solas en un rincón con una lámpara, contento y absorto nuevamente en su libro.

—Pruébalo otra vez. Toca con seguridad; puede que aciertes por casualidad, y entonces sonará como si hubieses tocado con intención.

Georgiana se rio y volvió a tocar con un poco más de confianza. Sí que sonó mejor. Se equivocó en una nota, pero continuó, y el señor Hawksley le dedicó una sonrisa alentadora.

—Tu padre parece saber a la perfección cómo pasar bien una velada —apuntó en voz baja mientras tocaba.

—Ah… Sí. No le gusta demasiado salir de la casa, pero yo lo animo a hacerlo.

—¿No le gusta? —Georgiana se lo quedó mirando y se sorprendió cuando sus manos siguieron tocando y dieron con casi todas las teclas correctas sin que tuviera que echar un vistazo y comprobar que no erraba—. Parece muy agradable y amistoso. No me imagino a un hombre como él encerrándose en sí mismo y privando al mundo de su compañía.

—Se cansa enseguida —dijo el señor Hawksley frunciendo el ceño al observar el piano—. Debes flexionar las manos. Imagina que sujetas una manzana con cada una, así. —Se lo enseñó. Georgiana intentó imitarlo—. No, no curves tanto la muñeca. Mira. —Tendió un brazo y la corrigió…, y se detuvo un buen rato con la mano encima de la de ella—. Mi hermano Edward murió hace dos años, fue muy repentino —susurró tan bajo que ella apenas pudo oírlo—. Mi madre, poco después. A los dos nos ha costado mucho reponernos, pero a mi padre más… Bueno, no se ha recuperado del todo, y creo que nunca lo hará.

—Lo siento mucho —dijo Georgiana. Sus manos se detuvieron sobre las teclas cuando asimiló el significado de las palabras de él.

Perder a un hermano ya era una desgracia, pero que al poco perdiese también a su madre… Georgiana no podía atisbar la profundidad de su desesperación. Antes de pensárselo dos veces, movió la mano y apretó la de él. Hawksley no se apartó de inmediato, y ella se maravilló con la calidez de sus dedos, con la presión de sus nudillos contra su palma… Y, entonces, él se levantó

de pronto, retiró la silla y masculló que debía ir a coger aire, y desapareció.

Georgiana miró en derredor. Nadie había reparado en la rápida huida de su profesor. Nadie los estaba mirando, en realidad; todos estaban abstraídos con su juego.

Se quedó unos instantes sentada al piano, escuchando las carcajadas, y decidió ser valiente. Se puso en pie de repente y lo siguió. Al marcharse, se dio cuenta de que el señor James Hawksley había levantado la vista del libro y, acto seguido, había retomado la lectura con una sonrisilla cómplice.

Georgiana recorrió el pasillo hacia lo que creía que era la parte trasera de la casa. No sabía con certeza adónde había ido Thomas, pero entonces lo vio; uno de los ventanales del jardín estaba abierto, y él se encontraba justo en el exterior, debajo del cobijo que ofrecía la terraza de la planta de arriba, incapaz de dar un paso más a consecuencia de la lluvia torrencial. Apretaba los puños con fuerza a ambos lados mientras observaba el paisaje que lo rodeaba.

Georgiana se encaminó hacia la puerta y se detuvo durante unos breves instantes con la mano sobre el cristal antes de cruzarla.

—Lo siento.

Él no se giró.

—Debes dejar de disculparte a todas horas —respondió con aspereza.

Ella a duras penas lo oía por encima de la lluvia. En cuanto hubo atravesado el umbral, el aguacero parecía haber arreciado.

—Solo quería… Solo quería darte las gracias por decírmelo. Por habérmelo contado, quiero decir. Yo en tu lugar no sé cómo lo habría sobrellevado. Sé…, en fin, sé que no es algo que vaya a ser de gran ayuda, pero puedes hablar conmigo si lo necesitas. Sé que apenas me conoces, pero la oferta está ahí, así que…, si necesitas explicarte, yo quiero escucharte. —Hizo una pausa para coger aire, y en ese corto lapso toda la valentía huyó de su cuerpo—. Bueno,

creo… que me he entrometido demasiado. Te dejo. —Se giró para volver al interior de la casa.

—No —protestó él.

—¿Perdón?

—No me dejes. Es decir, no te has entrometido. —Se llevó una mano a la frente como si le doliera la cabeza—. Me gusta tu compañía. Quédate.

—Creía… Lo siento, creía que te había molestado.

Georgiana se adelantó para colocarse a su lado. Se quedó observando su perfil con preocupación mientras él se masajeaba la sien antes de apoyar una mano en el pilar de piedra que se alzaba próximo. De pronto, parecía exhausto, apenas capaz de mantenerse en pie.

—No. Para mí eres una agradable vía de escape de las cosas…, de las cosas que sí me molestan.

Respiró hondo con la clara intención de serenarse. Guardaron silencio durante un rato.

—Sé… Sé que eres un hombre —empezó a decir Georgiana, y se apresuró a terminar la frase cuando se dio cuenta de que ese inicio la dejaba en un lugar ridículo— y que seguramente haya toda clase de normas que dictan cómo debes sentirte y cómo se supone que debes comportarte… Pero espero que sepas que no tienes por qué fingir que no albergas sentimientos. Por lo menos, no para protegerme a mí.

Hawksley por fin alzó la mirada; Georgiana no estaba preparada para el dolor evidente y descarnado que vio en sus ojos, la tristeza que sin duda alguna había arraigado en su interior. Le inundó el pecho a ella. La sorprendió la intensidad de sus emociones; la sorprendió descubrir que ese súbito momento de vulnerabilidad no la había alarmado ni un ápice. Ninguno de los protagonistas de los romances que había leído con anterioridad se había permitido sentir algo que no fuera una rabia justificada, un dolor que de inmediato

se transformaba en una pena fugaz y viril. Le gustaba que él se diferenciara de los personajes de los libros; sabía que cualquier otra cosa habría sido una mentira.

Como si estuviera en un sueño, se acercó para acariciarle la cara. Él no intentó detenerla. Con el pulgar, le rozó la mandíbula, y lo vio cerrar los ojos; su rostro se suavizó al fin, se relajó ante su caricia, y de entre sus pestañas escapó una lágrima solitaria.

Georgiana iba a besarlo. Quería decirle que, por estúpido que fuera, ya le gustaba muchísimo; que le dolía verlo así, ver que cargaba tanto peso sobre los hombros. Aquel beso lo diría todo en su lugar. Inclinó la cabeza hacia arriba, y él abrió los ojos con una mirada feroz, como si la retara a que su propio dolor la repugnara y a que se alejase.

Cuando se hizo evidente que ella no iba a apartarse, Hawksley se movió de pronto, le puso una mano en la cintura, la empujó un poco hacia sí con fuerza, y entonces…

—Señorita Ellers —exclamó una voz tras ellos, tan oportuna que en opinión de Georgiana solamente era digna de una farsa de Shakespeare. Los dos se separaron.

Un criado alto con expresión un tanto reprobadora se encontraba junto a la puerta y evitaba mirarlos directamente.

—Una tal señorita Campbell ha llegado y desea hablar con usted. —Señaló hacia la casa con una mano.

Georgiana se tragó la adrenalina y lo siguió por el pasillo sin atreverse a mirar atrás hacia Thomas. En cuanto se alejó de él, una parte de su ser se convenció de que se lo había inventado todo; ¿de verdad lo había tocado?, ¿de verdad el señor Hawksley se había abierto ante ella y la había mirado así y la había deseado?

Las palabras del criado se repitieron en su cabeza mientras lo seguía a toda prisa. No tenía idea de cómo la había encontrado Frances ni qué la habría llevado a presentarse en casa de un desconocido a las diez de la noche.

Cuando llegaron al vestíbulo principal y Georgiana la vio, soltó un grito. El vestido de su amiga estaba calado, y con una mano aferraba el sombrero, cuyas cintas caían tristes hacia el suelo. Tenía el pelo enmarañado. El maquillaje se había corrido por su cara, y estaba llorando sin consuelo.

—¡Frances! ¿Qué ha pasado? —chilló Georgiana. Otro criado apareció bajando las escaleras con una manta, y Georgiana lo ayudó a rodear los hombros de Frances con la tela—. ¿Estás enferma? ¿Les pido a los Taylor que llamen al médico? Santo Dios… Tendrán a alguien que pueda prepararte un baño, estás empapada.

—No, no —balbució Frances reprimiendo un nuevo sollozo. Despidió a los criados con una mano y se tambaleó hasta las escaleras para desplomarse en el primer escalón. Georgiana la siguió—. He venido a verte a ti, George. Necesitaba a... Necesitaba a alguien que me comprendiese.

Tenía los ojos muy rojos, y Georgiana olía el alcohol que había ingerido. Al parecer, no solo procedía del aliento, sino que salía por cada uno de sus poros. Georgiana le pasó un brazo sobre el hombro mojado para consolarla. Todavía se oían los gritos y las carcajadas del salón, y rezó por que nadie saliese y descubriera a Frances en aquel estado.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Georgiana cuando Frances se apartó un rizo mojado de los ojos.

—Ah, eso. No ha sido difícil. Estaba con Cecily y Jane, pero a ellas no se lo he contado, y necesitaba hablar con alguien que lo supiese. No puedo decírselo a Jane, no puedo, así que he ido a tu casa, y el señor…, el señor Burton me ha dicho que estabais aquí. Estaba muy gracioso con su salto de cama —dijo con una risotada, que enseguida dio paso a un sollozo—. Ay, George, no me ha escrito. No me ha visitado. Obviamente, tampoco ha hablado con mi padre. Ha pasado una semana. El canalla de Jonathan tenía razón. Es un desastre, no puedo…, es que no puedo…

Georgiana se llevó una mano a los labios, y luego habló a través de sus dedos.

—Pero… quizá deba hacer algunas gestiones primero…, ¿no? Debe decírselo a su familia o hacer planes o…

—O nunca tuvo intención de proponerme matrimonio —farfulló Frances con la voz teñida de rabia—. ¡Nunca tuvo intención! Y yo he sido tan tonta como… como cualquiera de las otras chicas que se han cruzado previamente en su camino. Pero he sido más tonta incluso, mucho más, porque yo…, porque nosotros…

Se dejó caer sobre el hombro de Georgiana y se echó a llorar de nuevo con el corazón en un puño. Georgiana la arrulló y le peinó el pelo húmedo. Con los dedos acariciaba los espesos bucles oscuros.

—Esa chica, Annabelle Baker, no es una fulana, George. No es nadie. No es nada. Es tan solo la hija de un comerciante. Pero llevan meses viéndose. Encuentros clandestinos en aquella taberna. Todo estaba pagado a nombre de él: la habitación de ella, la comida, todo.

—Dios mío, Frances. ¿Cómo te has enterado?

—¿Qué? Ah… Le he pedido a nuestro abogado que investigara. Jeremiah debe de creer que soy una… una ramera cualquiera. Cree que no soy nada. Pero se equivoca, George. Sé que soy… soy algo. Soy alguien. —Temblaba sin control contra el costado de Georgiana.

—Quizá… quizá no sea el fin —se atrevió a murmurar Georgiana—. Es un tanto excéntrico, pero tú también lo eres, Frances, y por eso lo vuestro funciona. Tal vez solo necesita dejar atrás el pasado.

—¿Cómo voy a querer estar con él ahora? Todo sería una mentira. Y no puedo pensar en él sin verla a ella. A esa furcia. —Su voz iba subiendo de volumen, y Georgiana miró con nerviosismo en dirección hacia el salón.

—Vamos, Frances. Vete a casa. Descansa un poco; mañana iré a verte y lo hablaremos con calma. Es una rata, es una rata de verdad, y no me puedo creer que te haya hecho esto, pero todo saldrá bien, ya lo verás. Solo tienes que acostarte en la cama.

Frances se irguió, se enjugó los ojos con el extremo de la manta y, de pronto, la fulminó con la mirada.

—Oh, perdóname, ¿te estoy avergonzando, George? —preguntó, demasiado alto—. ¿Delante de los estimadísimos amigos de los Burton?

—¡No! Claro que no. Es que estás pasando una mala noche, nada más —se apresuró a responder Georgiana—. Todo parece mejor por la mañana que por la noche, ya lo sabes. Seguro que mañana deja de llover, y me presentaré en tu casa para beber un poco, y hablaremos y jugaremos al ajedrez…, y lo arreglaremos todo.

No tenía idea alguna de cómo iba a «arreglarse» aquella situación, pero aquel sería un problema de la Georgiana del día siguiente. Frances no estaba en disposición de escuchar ninguno de los insignificantes consuelos que pudiera ofrecerle en esos instantes.

—De acuerdo —asintió Frances con furia mientras se ponía en pie. Se frotó los ojos, se manchó los dedos con el maquillaje y de pronto se detuvo al ver a alguien por encima del hombro de Georgiana—. Vaya, vaya, si es el mismísimo Thomas Hawksley.

Georgiana se giró y vio que, en efecto, Thomas había emergido del pasillo que había detrás de ellas. De su rostro había desaparecido cualquier rastro de lo que había ocurrido entre ambos. Lucía una expresión impávida y neutra, como si no fueran más que conocidos que se cruzaban por la calle.

—Señorita Campbell —la saludó con una tensa inclinación de cabeza—. Señorita Ellers… He venido a ver si estaba… —Acababa de fijarse en el estado embarrado de Frances—. Señorita Campbell, ¿se encuentra bien?

—Bien —le escupió Frances, arisca como un gato mojado y alterado —. No necesito que me rescate nadie, Hawksley, así que puedes regresar a la fiesta.

—Frances —dijo Georgiana, nerviosa—, solo te ha preguntado.

Frances lo miró con los ojos entornados y las cejas arqueadas en un

gesto de burla.

—Oh, no me digas, George. Solo está buscando una nueva oportunidad de hacerse el héroe. Estoy convencida de que creía que Cecily le daría las gracias de un modo más… efusivo después de lo que hizo por ella en la cabaña, y ahora va en busca de otra persona a la que acosar con historias tristes y… y a la que clavar las zarpas.

Era una valoración tan espantosa del señor Hawksley que Georgiana se quedó sin palabras.

—Le aseguro, señorita Campbell, que jamás soñaría con tal cosa —afirmó él con énfasis—. La señorita Ellers sabe que la tengo en alta…

—Ay, me aburres, Thomas. No ardemos en deseos de relacionarnos con trágicos ermitaños. Tu tristeza y tu desgracia no te harán ganar puntos con nosotras… Mi amiga no va a fornicar contigo solo porque se muriera tu hermano y te compadezca. —Thomas abrió la boca, pero no dijo nada—. La señorita Ellers, como tú la llamas, es demasiado… demasiado interesante como para perder el tiempo con alguien tan aburrido, con alguien tan anodino, con alguien tan tedioso…

—Buenas noches, señorita Campbell —le soltó Thomas con voz tan dura como el acero.

Se giró bruscamente y se dirigió hacia la fiesta.

Georgiana se lo quedó mirando, espantada. ¿Cómo había sido tan patética y tan débil? No había dicho nada mientras Frances atacaba la personalidad de él. Después de lo que había hecho y de lo que había compartido con ella esa noche, la había visto quedarse sentada sin decir nada para defenderlo. Estaba enfadada con Frances y deseaba abandonarla en las escaleras y correr detrás de Thomas para asegurarse de que lo sabía…, pero Frances lloraba de nuevo e intentaba ponerse el sombrero con dedos temblorosos. Georgiana reprimió la rabia que sentía y la ayudó. Sintiéndose un tanto desconectada de su amiga, la acompañó hasta la puerta.

—Hablaremos… mañana por la mañana —dijo.

Frances se quedó unos segundos confundida, recortada contra la lluvia, y a continuación se abalanzó para estrechar a Georgiana en un breve y prieto abrazo. Georgiana no se lo devolvió, le colgaban las manos inertes a los lados, pero sí que alzó una en un leve intento de despedirse de Frances cuando esta subió al carruaje, todavía con la manta de los Taylor sobre los hombros. El cochero levantó las riendas y echó a galopar rumbo a la noche.

Georgiana entró de nuevo en el salón con gran inquietud, pero nadie pareció haber reparado en su ausencia. Se sentó junto a su tía e intentó cruzar una mirada con Thomas, pero para su sorpresa él no quiso mirarla a los ojos. Diez minutos más tarde, su padre y él comenzaron a despedirse de los presentes. Georgiana percibió que el anciano estaba aliviado.

El señor James Hawksley le apretó la mano y le comunicó sus mejores deseos, pero Thomas se limitó a asentir brevemente en su dirección, con los ojos clavados en la pared que se encontraba tras ella, antes de guiar a su padre fuera de la estancia. Al verlo partir, las palabras se atascaron en la garganta de Georgiana.

La señora Burton, que había progresado bastante con la botella de jerez, no pareció percatarse de que las entrañas de su sobrina en aquel instante estaban arrugadas como una servilleta usada. Seguía jugando con la concurrencia y se inclinó de mala manera sobre el reposabrazos de su silla para pedirle consejo.

—Georgiana, querida… ¿Se te ocurre alguna palabra que rime con *abominable*?

Georgiana agarró la copa de su tía y bebió un buen sorbo de jerez.

—Sí, señora Burton. *Intolerable*.

Capítulo veinte

Al día siguiente, Georgiana no visitó a Frances.

No podía dejar de pensar en las malévolas palabras que su amiga le había espetado a Thomas, en el hecho de que cada uno de los insidiosos comentarios había dado en el blanco y en la expresión del rostro de él al soportarlo todo y asumir los golpes sin protestar, sin que esperara en ningún momento que Georgiana lo defendiese. En el hecho de que, para la eterna vergüenza de ella, Thomas había estado en lo cierto.

Después de todo lo que Frances había hecho, después de que el momento que Georgiana había ansiado tantísimo se hubiera hecho añicos, no se sentía inclinada a perdonar a su amiga. Por más alterada que esta estuviera, aquello no era excusa para verbalizar tanta crueldad.

Cuantos más días pasaba merodeando por la casa, menos dispuesta se sentía a contactar con Frances. Intercambió novelas de amor sorprendentemente escandalosas con Emmeline, comió con avidez y no mandó ni recibió correspondencia. De vez en cuando, se acercaba al escritorio de su tío, pero siempre que pensaba en Thomas, en el momento en que casi se habían besado y en el instante en que Frances se aseguró de que nunca se besarían, postergaba escribirle una carta a su amiga hasta el día siguiente. Le daba la sensación de que Frances le debía una especie de disculpa, y por tanto debería ser ella la que le escribiera primero. Georgiana nunca había tenido una amiga íntima, nunca se había preocupado por nadie ni había percibido que nadie se preocupara por ella de aquel modo, por lo que jamás había tenido la oportunidad de estar dolida ni decepcionada. Obviamente, no pensaba preguntarle a su tía cómo proceder, lo cual significaba que los únicos consejos de que disponía procedían de los libros; y todavía no había encontrado nunca una historia cuya protagonista tuviese que afrontar las consecuencias de un arrebato emocional y ebrio de una tranquila cena de un jueves por la noche.

Georgiana se sentía irritada e inquieta. Una mañana, cuando el señor Burton y ella desayunaban a solas, pues su tía se había ido a la ciudad en busca de papel pintado para las paredes, intentó entablar una conversación con él. Su tío enseguida desapareció detrás del periódico, como de costumbre. Georgiana se había considerado generosa por hacer el esfuerzo de hablar con él en un estado tan taciturno, así que no se tomó demasiado bien el rechazo.

Estaba comiendo una manzana, y en el silencio que la rodeaba el crujido de la fruta era lo único que oía. Como experimento, le dio un bocado que fue tan potente como indecente. El señor Burton ni se inmutó. Lo intentó de nuevo, esta vez masticando con la boca abierta. El periódico tembló. Esperó un minuto entero para que su tío se adentrara en una falsa sensación de seguridad, y entonces dio otro bocado gigantesco.

Las cejas del señor Burton brincaron por encima de las hojas del periódico.

—Georgiana… —empezó a decir, pero su sobrina lo interrumpió.

—George. Ahora me llamo George.

—¿George? —El señor Burton estaba perplejo.

—Sí, me gustaría que se dirigieran a mí como George. En cualquier caso, así es como me llaman mis amigos.

—No puedo llamarte George —dijo el señor Burton con incredulidad—. ¡Ese es el nombre del rey, por el amor de Dios!

—Nunca he oído hablar de él —afirmó Georgiana llevándose la manzana consigo al levantarse de la mesa.

***

Aquella noche, después de cenar, la señora Burton, que últimamente se había encargado de vigilar a Georgiana de cerca como si de una desilusionada ave de rapiña se tratase, la invitó con insistencia al salón. En cuanto la joven hubo quedado atrapada entre aquellas cuatro paredes, su tía cogió su espantoso bordado y comenzó a coser.

—Has pasado mucho tiempo en compañía de la señorita Campbell —observó entre los golpeteos de las agujas.

—Sí —respondió Georgiana, sin saber si la estaba regañando o felicitando.

—¿Estás olvidando los compromisos que te ligan a otras amigas, Georgiana?

La estaba regañando.

—¿Qué otras amigas? —preguntó con una pizca de amargura.

—¡Veamos! Sabes que adoro a Frances, Georgiana, pero estoy convencida de que a la señorita Walters le prometiste una nueva visita, salvo que esté cayendo en un grave error —dijo la señora Burton bordando con más fuerza aún.

—Es cierto, sí. —De repente, Georgiana se sintió culpable. Llevaba bastante tiempo sin dedicar ni un solo pensamiento a la señorita Walters—. Le enviaré una nota, señora Burton, se lo prometo.

—Muy bien —asintió la señora Burton con una sonrisa de complicidad—. La otra noche vi que te llevabas espléndidamente bien con el señor Hawksley, Georgiana. Y tocaste el piano a las mil maravillas.

De haber sabido hasta qué punto se habían llevado bien, pensó Georgiana, era probable que su tía se hubiera pinchado en un dedo por la sorpresa.

—Sí. Es muy bueno con las manos —anunció Georgiana sin pensar —. Esto…, con el piano, quiero decir.

Pero su tía no se había dado cuenta, al parecer; seguro que asumía que Georgiana no conocía otras formas en que un caballero podía usar las manos.

—No tengo la intención de entrometerme —le aseguró—, pero ¡cielos! Es muy atractivo, Georgiana. Y es… En fin, sería un partido muy ventajoso.

—Se refiere a que es lo bastante rico como para comprarnos a todos.

—Ay, de veras, ¿es necesario que siempre seas tan tosca? —La señora Burton suspiró y apoyó el bordado en el regazo—. Solo digo que, si te gusta, tal vez sería inteligente que se lo hicieras saber. Con sutileza, por supuesto, pero sin ser excesivamente sutil.

—No está interesado, tía —le aseguró Georgiana con firmeza—. Estoy convencida.

La verdad —que ella creía que sí estaba interesado, que habían estado muy a punto de besarse, que creía haber mandado al garete la posibilidad de estar con él por haber sido una cobarde imperdonable— era demasiado complicada como para explicársela. Georgiana se levantó para marcharse y esperó a ver si la señora Burton protestaba. No fue así. En cuanto llegó a la puerta, sin embargo, oyó cómo su tía se aclaraba la garganta.

—Deberías hacerme caso, Georgiana. Los jóvenes atractivos, ricos y amables no son tan fáciles de encontrar. Sobre todo los que son… buenos con las manos.

Georgiana salió a toda prisa antes de ponerse a reflexionar sobre lo que significaban aquellas palabras.

***

A la mañana siguiente, un carruaje desconocido se detuvo frente a la puerta. Su propietario se reveló cuando Jonathan salió del vehículo como si tal cosa y la llamó:

—Sube, pueblerina. Vamos a almorzar a casa de Cecily.

Como aquel día era inesperadamente cálido, el almuerzo en cuestión se había dispuesto bajo el cobijo de una gran y decorada glorieta del jardín. Jane y Frances ya estaban sentadas, aunque parecían darse la espalda, como si acabaran de discutir. Georgiana evitó la mirada de Frances al tomar asiento y se preguntó, no por vez primera, si Frances estaba enfadada con ella por no haberle escrito ni haberla visitado, y acto seguido decidió que le traía sin

cuidado.

Por lo menos Cecily parecía encantada, le dio un beso a Georgiana en la mejilla y le ofreció un plato de comida.

—Va a haber una fiesta —le dijo con las mejillas arreboladas por la emoción.

—Siempre va a haber una fiesta —respondió Georgiana, confundida, mientras cortaba una cuña de queso y se la comía bajo las secas carcajadas de Jane.

Frances guardaba un extraño e indiferente silencio, observando su plato sin que pareciera verlo en realidad.

—No es una fiesta cualquiera —exclamó Cecily. Se metió una uva en la boca y suspiró, soñadora.

—El conde que posee Haverton House ha vuelto. Donde llevasteis a cabo aquel simpático pícnic —dijo Jane mientras cogía la copa de vino—. Suele organizar el último gran acontecimiento de la temporada. Estoy convencida de que le da igual que quememos la casa hasta los cimientos, ya que no tiene a nadie a quien dejársela en herencia.

—Oh, sería una lástima que la quemáramos —opinó Jonathan—. Es una suerte de santuario dedicado a la decadencia. Todas las paredes interiores están cubiertas de terciopelo rojo y paneles dorados, y repletas hasta los topes de las obras de arte más irreverentes y obscenas. Y sus fiestas… No has vivido de verdad hasta que no has asistido a una fiesta de lord Haverton.

—¿Todo este tiempo he estado realmente muerta? —dijo Georgiana, pero le picó la curiosidad—. ¿Estamos todos invitados? ¿Familiares… y acompañantes? No me imagino al señor y a la señora Burton rodeados de terciopelo rojo admirando esculturas pornográficas.

—Oh, es una fiesta en la que está prohibido ir acompañado —contestó Cecily. Ensartó un nuevo pedazo de queso con la punta del cuchillo—. Solo es para menores de treinta años. Esa es una de las

normas. Pero él es un conde, ya lo ves, y su tío suele asistir, así que mis padres están encantadísimos de dejarme ir. Creo que siguen esperando que llame su atención. Jonathan quizá tenga más suerte que yo con él.

Jonathan le lanzó un trozo de pan y no acertó por poco en la copa de vino de ella. Cecily lo miró con el ceño fruncido.

—Eso no funcionará con los Burton —dijo Georgiana, pensativa, mientras apartaba la copa de Cecily—. Si esas fiestas tienen tan mala fama como decís, creo que es probable que la señora Burton se ponga firme y me prohíba ir. Voy a tener que pensar en algo.

—Su tío es tan malo como él, si no peor —dijo Jonathan—. El año pasado, lo vi desaparecer en el invernadero de naranjos a las tres y media de la madrugada llevando solo el sombrero y cargando la pistola como si fuera a cometer un pequeño homicidio bajo la luz de la luna como Dios lo trajo al mundo.

—Que yo recuerde, en aquella fiesta nadie murió —terció Cecily con un encogimiento de hombros.

Georgiana le lanzó una parodia de expresión alarmada a Jonathan, quien se rio contra la copa de vino.

—Haverton debería casarse con una persona tolerable y pasar página —saltó Frances rompiendo al fin su silencio—. Es muy egoísta. La casa terminará en manos de algún familiar muy lejano del que nadie de por aquí ha oído a hablar nunca.

—Quizá sus esperanzas para con el matrimonio van más allá de un pragmatismo sin amor y de la logística de sus propiedades —respondió Jane.

Lo dijo con tono inofensivo, pero Frances se irguió de inmediato para espetarle:

—¿Por qué no te casas tú con él? Seguro que tus padres estarán encantados de librarse de ti.

La mano de Georgiana apretó con fuerza la copa de vino al ver a Jane encogerse. Podría haber sido una broma, pero nadie se rio…

Jonathan se giró hacia Georgiana y le colocó una suplicante mano en el brazo.

—Llevo tiempo devanándome los sesos con qué ponerme. Debes aconsejarme. Como tenga que pensarlo un segundo más, me temo que me empezará a salir el cerebro por los oídos.

—Es un baile de disfraces —le explicó Cecily a Georgiana, quien arrugó el ceño al instante.

No tenía ninguna prenda adecuada para ir a un baile de disfraces, y, a diferencia de los demás, no contaba con interminables recursos que le permitieran improvisar en menos de una semana.

—¿Qué clase de disfraces? —le preguntó a Cecily.

—Oh, lo que quieras, la verdad, pero el tema es «ninfas y dríades».

—De acuerdo, así que puede ser lo que quiera siempre y cuando me asemeje a una criatura de la mitología griega. Muy útil.

Georgiana repasó mentalmente su fondo de armario y no visualizó nada apropiado.

—Quizá junto un par de prendas y me limito a pintarlas yo mismo de azul ninfa —meditó Jonathan mirando a Georgiana con la ceja arqueada—. Acompáñame en mi depravación. Ponte una sábana por encima y di que eres un hada de los sueños.

—Así seguro que daré una buena impresión en una fiesta en que se prohíbe ir acompañado y de la que tendremos suerte de escapar sin que un anciano desnudo nos dispare.

Todos se echaron a reír menos Frances.

—James asistirá —dijo Cecily mientras metía una uva en la copa de vino y la contemplaba rebotar con una beatífica sonrisa—. Lo vi la otra noche… Me dijo que me iba a comprar un caballo. ¿Sabéis? Creo que quizá me proponga matrimonio.

—¡Cecily! Eso sería maravilloso —se alegró Georgiana de corazón. Jonathan le dio a Cecily una palmada en la espalda—. Creo que es

verdaderamente incomprensible que no te casaras tan pronto como cumpliste los dieciocho. Debes de haber tenido que apartar a los pretendientes con un bastón.

—Bueno… Hace unos pocos años estuve prometida —murmuró. Georgiana abrió la boca de par en par—. Pero fue… En fin, todo salió bastante mal.

—Siempre has sido muy desgraciada en el amor, ¿verdad, Ces? —Frances soltó un resoplido, divertida—. Te equivocaste de iglesia, ¿no?

—No —susurró Cecily un tanto avergonzada.

—Ay, ignórala —dijo Georgiana con un poco más de aspereza de la que pretendía—. Yo sí que quiero saberlo.

Todos parecieron coger aire y aguantar la respiración al unísono a la espera de presenciar la réplica de Frances, pero la joven tan solo se recostó en la silla. Georgiana fingió no reparar en la significativa mirada que intercambiaron Jane y Jonathan.

—El caballero me gustaba bastante, en realidad. Fue la primera persona que me gustó desde…, bueno, la primera persona que me gustó desde hacía mucho tiempo —relató Cecily con la cabeza gacha—. Iba a ser duque. Su familia no estaba del todo satisfecha conmigo, querían que se casara con una muchacha con título, pero se habían hecho a la idea. Y entonces él se echó atrás justo antes de la boda. Dijo que le gustaba otra chica de un estatus más alto que yo, y que se veía obligado a elegir entre las dos. —Suspiró—. Le dije… Le dije que obedeciera a su corazón, y que, si le costaba demasiado escoger, yo me apartaría. Detesto tomar decisiones, es complicadísimo… A veces tardo una hora en decidir qué quiero desayunar, así que ya veis cuán grandes eran mis sentimientos hacia él. Y supe que su familia estaría encantada. Habría sido duro casarme con él sabiendo que arruinaba sus planes de futuro, y todos se alegraron mucho con la otra candidata.

Georgiana no sabía qué decir. Extendió un brazo y le apretó una mano a su amiga.

—Eres un amor, Cecily. Demasiado buena para este mundo. Cualquier caballero sería afortunado de tenerte a su lado.

—Oh, yo no lo veo tan claro —respondió sonrojada.

—Si él no te propone matrimonio, yo me casaré contigo —dijo Jonathan.

Jane emitió un resoplido de burla.

—No, lo digo en serio —prosiguió él—. Lo he estado pensando, y creo que nos lo pasaríamos muy bien. Yo te rescataré de la inquietante posibilidad de acabar siendo una solterona. Tú podrás ir a pasear por la campiña y disparar tus flechas, y yo me encargaré de entretener a los caballeros mientras estás fuera. Sería el perfecto acuerdo moderno. Para mí, cuando menos. Se acabaron los encuentros clandestinos en cementerios y en jardines. Se acabó el languidecer y el consumirse y el tener secretos.

—Oh, ¿verdad que resulta muy romántico? —asintió Georgiana.

Supo que había dicho lo menos adecuado cuando Jonathan puso una mueca.

—No del todo, George. No parece demasiado poético cuando es lo único a lo que aspiras. Me temo que no es un cuento de hadas cuyo dolor al final haya merecido la pena. Te quedas solo con la parte del dolor.

Georgiana no sabía si se lo estaba imaginando, pero por lo visto la tensión entre Jane y Frances se había intensificado de pronto.

—Dios, lo siento, Jonathan. Es espantoso —dijo en voz baja.

Jonathan arrugó la nariz y se encogió de hombros.

—No hace falta ponerse a llorar. Hay peores vidas que la mía… Por ejemplo, imagina que eres Christopher.

Georgiana se echó a reír.

—Quiero saber —saltó entonces Frances— cuándo nos volvimos tan

aburridos, maldita sea.

Había vuelto a erguirse en la silla con la mirada clavada en Georgiana y los ojos entornados en una especie de desafío indescifrable. El calor del día había terminado por afectar a Georgiana, y el respaldo de su asiento le quemó la espalda donde el sol había incidido por debajo del refugio de la glorieta, pero ella se mantuvo firme.

No contestó a Frances. Nadie le contestó. Y Georgiana experimentó una extraña, súbita e inesperada sensación de lúgubre satisfacción cuando se percató de que todos la estaban mirando a ella, expectantes.

Capítulo veintiuno

Georgiana pensó largo y tendido acerca del mejor modo en que sacar a colación el tema de la fiesta de lord Haverton con la señora Burton, pero al final su salvación llegó en forma de una carta de Betty Walters. Sintió una punzada de culpabilidad nada más ver el nombre que la firmaba con letra elegante y redonda; todavía no le había escrito, y era obvio que Betty se había cansado de esperar. Por suerte, era mucho más concisa cuando escribía que cuando hablaba.

Querida señorita Ellers:

Es mi mayor y más ardiente deseo disfrutar de su compañía nuevamente después del té y la conversación que compartimos hace un mes. Apenas podía creer cuántos días habían pasado ya, pero los conté con las manos y ¡en efecto, habían transcurrido muchos! Comprendo que ha estado ocupada, y por tanto le escribo para preguntarle si va a asistir al baile que organiza esta semana lord Haverton en su propiedad. ¡Fuentes fiables me han informado de que organiza las fiestas más fascinantes! Mi abuela no irá, por supuesto, pero si usted me acompaña aceptará que yo asista. Le propongo que nos encontremos a las nueve en punto en la entrada oeste; siempre y cuando no desee que la recoja con nuestro carruaje, claro. ¡No sería lo bastante atrevida como para presentarme sola en el baile! Por favor, respóndame tan pronto como pueda.

Muy atentamente,

Señorita Elizabeth Walters

—¿Ven? Betty necesita que la acompañe —dijo Georgiana blandiendo la carta como si fuera un arma en cuanto el señor y la señora Burton hubieron terminado de cenar.

—Todavía no han retirado los platos, Georgiana. Vas a manchar la hoja de mantequilla.

La señora Burton rescató la misiva de un destino untuoso y grasiento, y le echó un vistazo. Se la mostró al señor Burton, que respondió con un asentimiento tan veloz y superficial que dejaba claro que no había tenido tiempo de leerla.

—No sé, Georgiana. Lord Haverton siempre ha sido un tipo bastante peculiar. Esa fiesta no me gusta. No me gusta en absoluto.

—Creo… creo que la gente lo malinterpreta terriblemente —exclamó Georgiana agarrándose a un clavo ardiendo—. Es un hombre solitario, nada más. Imagine tener una casa tan grande y apenas familia con que llenarla.

—Bueno, supongo que si la señora Walters no está preocupada… —La señora Burton empezaba a vacilar.

—Betty me necesita. No puede asistir sola, tía, ya lo sabe. Cuidaremos la una de la otra, y nos aseguraremos de que nos alejamos de cualquier cosa que se salga de lo ordinario. Y además… ¡Lord Haverton nos necesita para repeler la espantosa sombra de soledad que lo envuelve!

A Georgiana se le ocurrió que estaba echando mano de un argumento demasiado frágil, pero por lo visto estaba funcionando.

—Muy bien. Pero debes regresar antes de medianoche, Georgiana. Y cuidarás de Betty, ¿verdad que sí? Es una muchacha muy sensible. Irá con el carruaje de la señora Walters, imagino… Dile que venga a recogerte y así llegaréis juntas a la fiesta.

Querida Betty:

Te agradezco de corazón la carta que me has enviado, y que me ha llenado de mayor alegría de la que imaginarse pueda. Por supuesto que asistiré al baile de Haverton House. ¡Nos vemos allí!

Atentamente,

Georgiana Ellers

***

Al final, Georgiana sí que tuvo que ponerse una sábana para la fiesta. Era una de las de mejor calidad de la señora Burton; no sabía cómo iba a explicar todos los agujeros que había tenido que hacer para mantenerla sujeta en su sitio, pero empezó a urdir locas historias sobre malignos ratones por las habitaciones en cuanto se decidió a robarla, y resolvió que ya se ocuparía más tarde de los detalles. Se aseguró de apropiarse de la tela cuando los Burton habían salido, y, llegado el día del baile, le dijo a la señora Burton que iba a «descansar un poco» antes de la fiesta, y acto seguido se encerró en su dormitorio y confeccionó algo parecido a un vestido. Le envolvía la cintura y luego colgaba por encima de sus hombros, y, si no lo alisaba cada pocos minutos, se arrugaba de forma poco atractiva.

Para conseguir escabullirse disfrazada iba a tener que encontrar el momento oportuno para salir de casa. La señora Burton se había ido al salón después de cenar y el señor Burton había salido a dar su paseo vespertino, como siempre, pero, si su tía percibía el más mínimo movimiento, aparecería de improvisto para despedir a Georgiana y desearle buenas noches a Betty. De hecho, Georgiana había quedado en que Cecily y Jonathan la recogerían, puesto que Betty se habría detenido para ser educada, y la señora Burton le prohibiría a Georgiana dar un solo paso hacia Haverton House si la veía vestida con una sábana. Por lo tanto, debía asegurarse una distracción infalible.

Cuando Georgiana oyó al fin el suave traqueteo de un carruaje que se acercaba, corrió hacia la parte trasera de la casa, donde había un feo jarrón en el alféizar de la ventana. Por lo general, las ventanas estaban cerradas, pero Georgiana las había abierto unas horas antes para no levantar sospechas. Dudó unos segundos antes de encogerse y lanzar el jarrón con todas sus fuerzas. Cayó como una losa y se estrelló de forma espectacular en el jardín, rompiéndose con tanto estrépito que hasta Georgiana soltó un grito, a pesar de haber sido ella quien lo había arrojado a su destino. Al instante oyó la exclamación de la señora Burton, y aguardó unos segundos a la

escucha.

En ese momento, su tía se dirigía a toda prisa hacia la parte trasera y la llamaba para preguntarle si había oído algo extraño.

—¡Oh, no, qué desastre! Debe de haber sido el viento… ¡Las ventanas! ¡Abiertas! ¿Quién ha dejado las ventanas abiertas?

Al ver su oportunidad, Georgiana bajó las escaleras de dos en dos, y estuvo a punto de resbalar con la sábana. Ya casi lo había logrado cuando se detuvo en seco: Emmeline se encontraba en la puerta del comedor sujetando la plata que había estado puliendo y la observaba patidifusa.

—Por favor —le articuló Georgiana sin hablar, y abrió los ojos en gesto suplicante.

Durante unos instantes, pareció que Emmeline fuera a protestar, pero al final tan solo suspiró y negó con la cabeza, divertida, para a continuación seguir el ruido de las quejas de la señora Burton, rumbo al jardín. Georgiana completó la última fase de su huida y subió de un salto al carruaje de Cecily con la respiración acelerada.

—¡Sí que eres un hada de los sueños! —exclamó Jonathan, y le pasó una botella de vino antes de que la joven hubiera terminado de sentarse siquiera.

—¡Así es! Ces, más vale que nos alejemos enseguida —jadeó echando miradas furtivas hacia la casa.

—¡Ah! Conque has salido corriendo, ¿eh? No digas más. —Cecily se inclinó y sacó la cabeza por la ventanilla—. ¡Vamos, Simon! ¡Date prisa!

El carruaje comenzó a ganar velocidad, y Georgiana pudo por fin relajarse en el asiento y tragar un fortalecedor sorbo de vino mientras observaba los atuendos de sus amigos.

Cecily vestía de verde con lo que parecían hojas de verdad entrelazadas en el pelo. Había comprado un chal de tela musgosa adornado con hojas, tan liviano que parecía flotar sobre sus hombros sin posarse en ningún momento. Llevaba esmeraldas en las

orejas, y hasta se había decorado el escote con verdes y dorados para completar el efecto. Resultaba una imagen tan etérea que a Georgiana no le costó nada creer que procedía de un reino totalmente distinto al que vivía ella, una mujer que vestía una mera sábana. Gracias a Dios, Jonathan había decidido llevar ropa y resplandecía con una levita de tonos cerúleos.

Georgiana pasaba sin parar de los nervios a la emoción y viceversa. Dio otro trago a la botella de vino y procuró escuchar a Cecily hablando acerca del tiro con hacha, una nueva afición que al parecer había comenzado a practicar la semana anterior. Georgiana no estaba segura de qué la aguardaba en aquella fiesta, pero en cierto modo se le antojaba mucho más importante que cualquiera de las otras que la habían precedido. No había pasado por alto el detalle de que Cecily le había ofrecido su carruaje sin que se lo pidiese y que Frances estaba ausente; por lo tanto, de alguna forma se había vuelto esencial para los planes de ellos sin que mediara la invitación de Frances. Si llegaba el mes de septiembre y Frances no le pedía que la acompañara a Londres —a esas alturas, un resultado muy probable si persistía la frialdad que había entre ambas—, seguro que Cecily o Jonathan se lo proponían, pensó.

Para cuando tomaron el gigantesco camino de entrada a Haverton House, le sudaban las manos y experimentaba un ligero mareo, pero Georgiana sabía con seguridad que se encontraba justamente donde debía.

Tuvieron que esperar en una fila de carruajes antes de que pudieran detenerse delante de la casa, y, cuando Georgiana salió del coche, le dio la bienvenida una espectacular imagen formada por altos muros grises, pilares tan gruesos como troncos de árboles milenarios y un público de gárgolas lascivas y unicornios de piedra que la observaban desde las balaustradas. Los anchos escalones que conducían a una gigantesca puerta de roble estaban flanqueados por antorchas llameantes y criados disfrazados que portaban bandejas de bebidas, y Jonathan insistió en que se detuvieran en numerosas ocasiones para refrescarse para el ascenso final.

El interior de la mansión tampoco decepcionaba. Daba la impresión de que era una casa de empeños que había recibido la visita de un caballero sumamente excéntrico e insultantemente rico, repleta de

toda clase de objetos que adornaban todos y cada uno de los rincones y paredes. En el vestíbulo fueron recibidos por la reproducción de un barco enorme cuyo mascarón de proa, como explicó Cecily, se parecía bastante a lord Haverton, si acaso era mucho más esbelto y musculoso. Toda una pared estaba adornada con cientos y cientos de cuchillos, tenedores y cucharas, que habían dispuesto en curiosos patrones como alguien habría colocado una colección de espadas militares. A lo largo de la casa, pasaron por delante de la reproducción de un pueblo; al inspeccionarla más de cerca, repararon en que se trataba de su ciudad, y todos exclamaron con alegría y señalaron sus respectivos hogares (Georgiana intentó no ofenderse por que la casa de los Burton estuviera representada por una cajita cualquiera, marrón y minúscula).

Los invitados se reunían en el salón de baile, que estaba decorado con lo que parecían árboles de verdad. En intervalos regulares habían colocado una suerte de fuentes espléndidas que goteaban. Era como adentrarse en un bosque encantado por el ambiente verde de la estancia y por la imagen de los presentes, todos maquillados y disfrazados y de otro mundo. Frances y Jane ya se encontraban junto a una de las fuentes; Jane los vio y les hizo señas para que se acercaran.

Lucían unos disfraces tan bellos como los de Cecily y Jonathan, y Georgiana se tiró de la sábana en un acto reflejo con la esperanza de no aparentar ser tan estúpida como se sentía. Jane llevaba un vestido de cálidos tonos rojizos y marrones, propios del otoño, y sobre la cabeza una corona de bayas de aspecto venenoso. Frances también iba de blanco, pero su vestido era lo más antagónico posible a la sábana de Georgiana. El tejido era tan exquisito que caía en forma de cascada a su alrededor como si fuera agua.

Resultó evidente que Frances había comenzado la velada antes que los demás, quizá incluso antes del desayuno. Se balanceaba sobre los pies y su vestido corría el constante peligro de terminar manchado con el vino de la copa que a duras penas era capaz de sujetar en vertical.

—Habéis llegado —observó un tanto innecesariamente cuando se les aproximaron.

Jane le arrebató la copa de las manos antes de que cayera al suelo cuando Frances la olvidó por completo y le pasó a Jonathan los brazos por los hombros. Georgiana se había preparado para un enfrentamiento y se llevó una grata sorpresa al ver lo agradable que estaba Frances, por más que fuera un estado claramente provocado por el alcohol.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó a Jane en susurros cuando se había librado al fin del sudoroso agarre de Frances.

Jane puso los ojos en blanco y negó brevemente con la cabeza antes de colocar la copa al otro lado de la fuente para que Frances no pudiera cogerla de nuevo.

—Christopher dice que tiene algo para nosotros —farfulló Frances, inclinada en exceso hacia Jonathan antes de que él la enderezara—. Vamos a reunirnos con él.

—¿Eso dice? —preguntó Jonathan con una mueca—. Mentiría si dijera que me apetece mucho aceptar su invitación.

—Oh, no seas… No seas inteligente, Jonathan —le soltó Frances, irritada—. No te queda bien. Vamos, Ces, Janey.

Nadie se movió.

Georgiana vio cómo lo encajaba Frances, vio la sorpresa y la furia que le demudaban el rostro; estaba demasiado borracha como para ocultarlo. Cualquier clase de poder que en general ejercía sobre ellos parecía trastabillar de modo inesperado. Abrió la boca, pero Georgiana decidió evitar el desastre.

—Será mejor que vayamos —dijo encogiéndose de hombros— y nos reunamos con él ahora que todavía no hemos perdido el norte. Le costará más robarnos o sacrificarnos al dios Baco si seguimos en pie.

—¿Quién sigue en pie? —saltó Jane con la mirada clavada en Frances, pero, cuando esta alejó a Jonathan de un empujón y se dispuso a recorrer la estancia, todos la siguieron.

Se agacharon y esquivaron al resto de los asistentes. Frances se acercó a un camarero disfrazado de fauno para coger otra copa de

vino de la bandeja, y a continuación se encaminó hacia un atestado pasillo que los llevó a un salón escarlata, abarrotado de toda clase de criaturas de taxidermia. Christopher, el epítome de un dios griego travieso y acompañado por otros cuatro hombres vestidos de forma parecida, estaba recostado y fumaba algo que llenaba la habitación con una niebla espesa y punzante. Por lo visto, había decidido que era opcional llevar camisa, y Georgiana miraba a cualquier parte menos a él. Le escocía la piel por la incomodidad.

—¡Ah! Señorita Georgiana —la llamó, indolente.

Georgiana se dio cuenta de que en realidad estaba recostado en un gigantesco felino muerto que lucía rayas; solamente podía ser un tigre, aunque ella nunca había visto uno en directo. Asintió y le dedicó una ligera sonrisa, pensando que se movía con demasiada lentitud como para suponer una amenaza real.

—Has venido a probar alguna de mis numerosas virtudes, ¿no es cierto?

—Ay, ojalá pudiéramos identificarlas —terció Jonathan, pero Frances ya se encontraba junto a Christopher y tendía una mano hacia la oscura botellita que sujetaba él con los dedos. Sonrió a Georgiana al entregársela, pero se giró de pronto hacia Frances cuando esta le quitó el tapón con torpeza.

—Cuidado —le espetó aferrándole la muñeca. La frialdad de que había hecho gala hasta entonces se había esfumado—. No lo viertas. Solo necesitas una gota o dos.

Frances se concentró lo suficiente como para abocar dos espesas gotas de líquido en su copa de vino, y entonces se lo bebió de un solo trago.

—¿Qué es? —preguntó Georgiana, dudosa, cuando Frances le dio la botella a Jane.

—Sangre de inocentes —respondió Jane con seriedad, pero procedió a añadir cuanto fuera aquello a su propia bebida, que ingirió con una mueca.

—Es una mezcla mía muy especial —respondió el señor Crawley. Curiosamente, aquello era incluso más alarmante que no haber sabido nada al respecto.

De todos modos, Georgiana no pensaba quedarse atrás en la noche más loca del año. Cuando le llegó el turno, bebió la copa y le entregó la botella a Cecily. Tosió y balbució cuando la amargura del líquido le llegó a la lengua.

—Es demasiado para ti, ¿no? —se le burló Christopher. Se le acercó para acariciarle la espalda aprovechando que estaba distraída.

—No me toques —le espetó dándole un empujón.

La estancia ya empezaba a dar vueltas a su alrededor, y Georgiana tenía la extraña sospecha de que sus manos ya no se encontraban al final de sus brazos. Las alzó y observó que no había perdido ninguna extremidad; al flexionar los dedos, sin embargo, vio que se movían con unos cuantos segundos de retraso. Debería haberle resultado un tanto desconcertante, pero no podía sentir nada que no fuera una agradable desconexión de su propio cuerpo.

Uno de los amigos de Christopher les pasó la pipa, que fue de mano en mano. Cuando le llegó el turno, Cecily hizo varios anillos con el humo para el asombro de los presentes menos de Frances, quien puso los ojos en blanco y agitó una mano para disipar los círculos brumosos.

—Ahora mismo me siento muy observado —comentó Jonathan.

Hizo un gesto hacia las numerosas cabezas astadas disecadas que se encontraban por encima de la chimenea y hacia la montaña de rarísimas pieles de animales que cubrían uno de los sofás. Ahora que lo mencionaba, Georgiana tuvo la sensación de que en la penumbra de la sala había demasiados ojos vidriosos y lascivos que la contemplaban, entre los cuales se contaban los de los amigos de Christopher.

—Ay, Dios. Es como si me vieran el alma directamente —dijo Georgiana. Levantó una mano, que de repente pareció semitranslúcida, para intentar esconderse de la mirada de una cebra

que la juzgaba son severidad.

—¿Qué alma? —le soltó Frances con un tono que pretendía ser alegre, pero que no convenció a nadie.

—Vamos, George —le dijo Cecily con una mano sobre el hombro—. No te han hecho una visita guiada por la casa. ¿Alguien más quiere? ¿Jane?

Jane miró hacia Frances, que en ese instante estaba acariciando las orejas de una alfombra en forma de lobo como si el animal estuviera vivo y pudiera disfrutar del roce, y negó con la cabeza.

Georgiana permitió que la sacaran con suavidad de aquella sala. Fuera de allí, el aire era fresco, a Dios gracias, a pesar de la multitud de invitados, y Georgiana comenzó a respirar hondo como si acabara de emerger de una cueva o como si la acabasen de sacar del fondo de un pozo.

Atravesaron el estridente gentío y empujaron a todo aquel que se cruzaba por su camino sin dejar de reírse al avanzar, y subieron a trompicones una gran escalera hasta que llegaron a un largo y amplio pasillo que estaba mucho menos abarrotado. Cecily intentó abrir una puerta al azar y vio que estaba cerrada; la siguiente probó a abrirla con gesto dramático al imaginar que obtendría el mismo resultado, y las dos chillaron sorprendidas cuando de hecho la puerta se abrió y les mostró a un anciano con una toga bastante reveladora. Se encontraba en el centro de la habitación, subido a un baúl de madera, mientras tres mujeres, tumbadas sobre grandes cojines, parecían pintarlo. Los ocupantes de la sala se giraron para mirarlas, y Cecily cerró la puerta enseguida mientras intentaba reprimir las carcajadas.

Se acercó lentamente a la siguiente puerta y se llevó un dedo a los labios con un exagerado «chist» al abrirla un poco para ver qué sucedía en el interior.

Al principio, Georgiana tan solo detectó movimiento; al poco, vio una masa de algo, de algo que reptaba, de una criatura gigantesca con muchos brazos y muchas piernas que se movían de forma independiente. Al final, lo comprendió y reparó en que eran

cuerpos. Georgiana se tapó la boca con las dos manos, conmocionada, parpadeando sin parar. Eran cuerpos humanos, al parecer sin vergüenza alguna de su desnudez y del hecho de que estaban tocándose, besándose, fornicando…

—Oh —murmuró Cecily—. Dios santo.

—Pero ¿están…? ¿Qué están haciendo? —susurró Georgiana mientras apoyaba la espalda contra la pared.

Cecily dejó que la puerta se cerrara y se giró para mirarla con los ojos como platos.

—Bueno… ¡Es obvio que pintar no! Ay, Dios. Creo haber visto a lord Haverton, pero no me he atrevido a fijarme demasiado.

—No… no me lo puedo creer —se sinceró Georgiana.

Pensaba que ya nada la sorprendería, imaginaba que ya había visto lo más escandaloso que podía ofrecerle el mundo, pero era evidente que, para algunos, no había límites. Supo que jamás sería capaz de borrar aquella imagen de su cabeza, una imagen que con toda probabilidad la perseguiría durante los años venideros.

—Madre mía, es como si estuviéramos en el infierno —exclamó Cecily, un tanto contenta—. ¡Rápido, rápido!

Empezó a tirar de Georgiana por el pasillo, esta vez con un claro objetivo.

—Ay, Dios… ¿Ahora qué? —preguntó Georgiana con sincero temor mientras intentaba no perder el equilibrio al ir hacia otra puerta.

—No te preocupes. Sé qué hay dentro de esta, y es precioso —le aseguró Cecily al abrirla.

Enseguida les llegó el olor a estiércol. Georgiana se tapó la nariz y la boca con una mano presagiando lo peor, y en ese momento sus ojos se acostumbraron a la tenue iluminación y comprendió por qué apestaba a excrementos.

Eran excrementos. La estancia estaba llena de paja, y en el rincón

más alejado, sacudiendo las orejas en una especie de interés dedicado a las intrusas, se alzaba un gigantesco caballo negro.

—¿Es…? ¿Es la habitación de su caballo? —preguntó Georgiana, incrédula, ya sin aprensión.

—¡Sí! —chilló Cecily con alegría—. Si te fijas en el pasillo trasero, verás… verás unas débiles marcas en los tablones del suelo, que van hasta la planta baja. Lo aloja aquí siempre que viene a quedarse una temporada para que el animal esté cerca de él. ¿Acaso no es lo más maravilloso que has visto nunca?

—Es lo más ridículo que he visto nunca. Este caballo tiene una habitación más bonita que yo. Aunque es un caballo precioso.

Se le acercó con la mano en horizontal, y el animal relinchó ligeramente y le frotó la suave nariz por los dedos como si quisiese comprobar si le llevaba algo de comer. Cuando supo que no, retomó la tarea de pastorear de una cesta que estaba colocada en la pared a media altura. Georgiana le rascó detrás de las orejas y el caballo aceptó sus atenciones sin quejarse. Al mirar alrededor, la muchacha vio que todos los cuadros que adornaban la estancia mostraban a un caballo. Le pareció hilarante.

—¿Son los antepasados del caballo? —se rio mientras señalaba hacia el retrato de aspecto solemne de un caballo parecido, cuyo marco estaba revestido con una fina capa de oro.

—Sí —respondió una suave voz tras ellas. Georgiana y el caballo dieron un salto.

Un hombre bajo de melena oscura y que solo llevaba una holgada bata roja y unos elaborados cuernos que le salían por la cabeza había entrado en la habitación y las observaba con los brazos cruzados. Cecily enseguida hizo una reverencia, que Georgiana imitó al poco.

—Por cierto, se llama Atlas. El caballo, digo.

—Ah —masculló Georgiana, nerviosa, y se preguntó si iban a expulsarlas del baile—, qué nombre tan bonito.

—No pasa nada si lo visitáis, le gusta la compañía, pero haced el favor de no bajarlo a la fiesta. Se comporta muy mal cuando bebe.

Georgiana se mordió el labio para no echarse a reír, pero el hombre, que debía de ser lord Haverton, no parecía estar de broma.

—No lo haremos —le aseguró Georgiana—. De hecho… En fin, ya nos íbamos.

Dejó atrás la paja y se dirigió hacia la puerta con cuidado de no mancharse los zapatos ni la blanca sábana con los excrementos.

—Un momento… Dejad que os vea bien.

Georgiana se detuvo al lado de Cecily y se giró para mirar al hombre, que se había inclinado con una mano en la barbilla y las examinó en silencio durante unos instantes.

—Superlativas. Gloriosas, las dos. Tú —señaló a Cecily— eres un ángel caído entre mortales. Y tú —señaló a Georgiana—, me encanta tu vestido. Sencillo, sin artificios. Así es como los dioses habrían caminado en la Tierra. ¡Id y cometed alguna travesura!

Las echó de la sala y las dos se giraron para marcharse entre risas.

—¡Pasadlo bien, señoritas! —les gritó por el pasillo cuando se alejaron—. Y si veis un fuego, por lo que más queráis: no lo apaguéis.

***

Tan solo pudieron llegar hasta el inicio de las escaleras antes de desplomarse en el suelo, riendo a mandíbula batiente hasta el punto de que les brillaban los ojos por las lágrimas.

—Qué hombre tan extraño —dijo Cecily cuando pudo hablar, lo que no dejaba de ser una observación muy generosa.

—Es brillante —asintió Georgiana mientras se enjugaba los ojos—. Me encanta. Mañana le propondré matrimonio y así pondré fin a los temores de Frances hacia la casa si a una esposa de él la tratan la mitad de bien que a ese caballo.

—Ojalá Frances dejara de provocar a Jane con él. —Cecily suspiró —. No deja de hablarle sobre matrimonios de conveniencia, pero Jane nunca ha sido de la clase que… En fin. —De pronto, pareció darse cuenta de que había hablado demasiado.

Georgiana compuso una expresión neutral.

—Hoy por hoy, Frances provoca a todo el mundo. Nos molesta como si fuera una mosca.

—Está muy desagradable, ¿verdad? Mucho más que de costumbre. Creo que se sentirá mejor ahora que Annabelle… Ay, Dios, no debería haber dicho nada.

—¿Annabelle? —repitió Georgiana, confundida—. ¿Qué Annabelle? ¿Annabelle Baker?

—Supongo que sí. Ya sabes, la chica de la taberna. Jonathan no tendría que habérmelo comentado, pero me lo contó, claro, y…, bueno, ahora ya se ha marchado, así que supongo que da igual. —Juntó las pálidas cejas en una mueca de consternación—. No dirás que te lo he contado, ¿verdad?

—No sé qué es lo que me has contado —se sinceró Georgiana.

—Ah, es una estupidez, en verdad. Frances descubrió quién era su padre. Le mandó una carta para confesarle que Annabelle ha estado saliendo con Jeremiah, y ahora supongo que a la chica la han… mandado a alguna parte.

—¿A alguna parte? ¿Adónde?

—Ah, pues no lo sé. ¿A una escuela? ¿A un convento? Dondequiera que…, en fin, donde envíen a la gente. —Cecily no parecía lo más mínimo preocupada.

—Pero Ces… ¿Ella no…? —Georgiana abrió los ojos como platos—. ¿Acaso conocía a Frances? ¿Y si Jeremiah le había prometido que se casarían o que…?

—Eres un encanto —dijo Cecily, y le dio una palmada en la parte más cerca a la que llegó, que resultó ser su pie—. Yo que tú no le

daría importancia. Estoy segura de que es un convento precioso. ¡Ah! —De repente, se le ocurrió algo, trastabilló hasta ponerse en pie y tendió una mano a su amiga—. Debemos bajar de inmediato. Ya casi ha llegado la hora de los bailes.

—¿Los bailes? —preguntó Georgiana, vacilante, con la cabeza llena de pensamientos sobre Annabelle Baker, cuando la levantó un brazo cuya fuerza la sorprendió. Apenas se atrevía a imaginar qué clase de bailes tendrían lugar en una fiesta como esa.

—¡Sí, George, por supuesto! ¿Qué clase de fiesta sería esta sin bailes?

Capítulo veintidós

Los invitados ya estaban formando una fila cuando Cecily y Georgiana volvieron a entrar en el salón de baile, y se les unieron para aplaudir en cuanto los músicos iniciaron una canción alegre y se retomó la danza; por suerte, parecía ser una normal y corriente que no incluía ningún nivel anormal de desnudez ni de estiércol.

—¡Por fin os encuentro!

Jane acababa de divisarlas. Tenía una mano en la espalda de Frances y, a juzgar por el precario equilibrio de su amiga, parecía un elemento vital para mantenerla en pie. Cecily soltó un grito de alegría y le dio un beso a Jane en la mejilla con gesto entusiasta, como si llevara semanas sin verla, y no solo media hora. O… ¿quizá habían pasado horas en realidad? A Georgiana le costaba seguir el paso del tiempo. Los minutos se mezclaban entre sí y tanto duraban una eternidad como se esfumaban en un instante. Sintió un ligero mareo por el rápido ritmo del tiempo, como si hubiera perdido las riendas de un caballo y estuviese galopando fuera de control.

De pronto, Jonathan apareció junto al hombro de Frances y se inclinó para que lo oyeran.

—Está aquí —lo oyó murmurarle a Frances. Georgiana tardó unos segundos en descifrar a quién se refería exactamente—. Lo he visto hace apenas unos minutos en el vestíbulo.

La expresión de Frances se endureció, pero se limitó a asentir y a morderse el labio con una extrema determinación. Sin dedicarles ni una sola palabra más, se giró y se abrió paso entre la multitud para encaminarse hacia la parte delantera de la casa.

Georgiana observó cómo se marchaba y, acto seguido, se giró hacia Jonathan para preguntarle si de verdad debían permitirle que se fuera sola, pero su amigo ya había desaparecido. Se había desmaterializado de forma espontánea, y Jane se había esfumado con él. Antes de que Georgiana pudiera verbalizar su preocupación,

Cecily le agarró la mano para tirar de ella hacia el siguiente baile. Dieron vueltas sin parar en medio del caos de la sala, rodeadas por los invitados. Georgiana a duras penas lograba no perder de vista a Cecily y olvidó momentáneamente lo que la inquietaba mientras la estancia se desenfocaba y sus pies seguían el son de la música, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados y riendo por lo ridículo de la situación.

Llegada a la mitad de la melodía, la multitud se separó unos instantes, y Georgiana vio una silueta alta de pelo cobrizo vestida de modo inapropiado para la ocasión, con la espalda rígida, apoyado en la pared con el rostro ruborizado en tanto observaba a los bailarines con expresión precavida.

Georgiana intentó no echar a correr hacia él y esperó haber logrado abandonar a Cecily con un paso tranquilo y digno. Thomas la vio antes de que llegara a su lado, lo cual la dejó en la extraña posición de tener que hacer algo ligeramente normal con sus rasgos faciales. Se conformó con mirarse los pies mientras caminaba, una precaución necesaria aunque los efectos de cuanto contuviera la botella de Christopher Crawley hubiesen disminuido un ápice.

—No estás disfrazado —le dijo cuando llegó junto a él, y alzó la voz para que la oyera por encima del alborozo de la sala.

—No —respondió Thomas sin dejar de contemplar el baile. Por lo visto, no quería mirarla a la cara.

—¿Te… te gustaría bailar conmigo?

Georgiana no estaba convencida de ser en esos momentos una bailarina demasiado habilidosa, pero morir en un rarísimo accidente en un salón de baile era preferible a ser ignorada por completo.

—No.

Se quedó frustrada. No con Thomas, sino consigo misma; deseaba con todas sus fuerzas enmendar sus errores, pero le resultaba una tarea que quedaba fuera de los límites de su función cognitiva.

—¿Te importaría salir afuera conmigo? Necesito… decirte algo —le murmuró.

Al principio, Thomas no la oyó, y Georgiana tuvo que ponerse de puntillas y repetirlo con más entusiasmo del requerido y notando cómo un mechón de él le rozaba la mejilla al preguntárselo de nuevo. Estaba casi segura de que volvería a negarse, pero él asintió brevemente y la siguió hacia el jardín. Estaba lleno de gente bebiendo, gritando, riendo… La fiesta se derramaba sobre la noche. El aire fresco había atenuado un tanto el efecto del alcohol, y Georgiana se percató de que no iba a poder mantener una conversación seria con él si la gente pasaba por su lado sin parar, totalmente absorta en la bacanal.

—Ven conmigo —le pidió haciendo gala de una osadía que no sabía que poseía y cogiéndolo por el brazo. Para su sorpresa, Thomas no se resistió y le permitió que lo guiara por el jardín hacia lo que, en opinión de Georgiana, debía de ser el célebre invernadero de naranjos.

En el interior estaba oscuro y hacía calor y olía muy bien; estaba iluminado con velas, que deberían haber supuesto un peligroso riesgo de fuego, pero, en fin, seguro que no se consideraba romántico pensar en incendios, y sin duda alguna se trataba de una zona de la fiesta diseñada con fines románticos. Los árboles crecían a diestro y siniestro, desenfrenados, y las ramas se entrecruzaban y se retorcían por encima de ellos para hacer las veces de una especie de dosel. Georgiana oyó risillas y pasos sobre el camino lleno de hojas, pero no supo de quién se trataba. A continuación, le llegó el ruido de una puerta que se abría y se cerraba a lo lejos, seguido del silencio, que le confirmó que estaban a solas. Se sentó en un banco de piedra e intentó recomponerse.

Thomas seguía en pie y la miraba con cautela, como si estuviese a punto de atacarlo. Ella supuso que, a fin de cuentas, lo había hecho: arrastrar a un hombre para apartarlo de la compañía del gentío y llevarlo hasta un sombrío invernadero tal vez se considerara un tanto excesivo, incluso en aquella fiesta.

—Bueno. A ver… En primer lugar, quería pedirte disculpas —vaciló Georgiana.

Él asintió ligeramente.

—La última vez que nos vimos, no nos separamos como a mí me habría gustado, y yo… En fin, no tengo excusa. Fui una cobarde. Frances a veces es una persona a la que cuesta contradecir, pero yo debería haber dicho algo. Estuvo totalmente fuera de lugar. Y espero que sepas que aprecio de corazón lo que compartiste conmigo. Sé que debió de ser… difícil contármelo.

Thomas la contemplaba, solemne, y Georgiana sintió una oleada de cariño hacia él por la forma en que se le arrugaba la ceja al fruncir el ceño, y entonces negó con la cabeza para intentar concentrarse de nuevo.

—Nada de lo que dijo Frances sobre ti era cierto. Los dos lo sabemos. Es que estaba enfadada y dolida y… Qué más da. No tienes por qué perdonarla. No tiene por qué caerte bien. A mí hay días en que no me cae demasiado bien. Pero es mi amiga, y eso para mí es importante.

—Muy bien —terció Thomas cruzándose de brazos.

—Mira, sé que fui una gran decepción…, pero no creo que me comprendas. Venir hasta aquí fue una especie de renacimiento, Thomas. Me había resignado a aceptar la idea de que la vida pasaría ante mis ojos, de que no iba a vivir grandes aventuras, no iba a tener amigos ni historias que contar. No sería nada…, nadie importante para nadie en particular. —Georgiana se detuvo para coger aire, sorprendida por la repentina intensidad de sus sentimientos—. Nunca me atreví siquiera a soñar una vida en que tuviese amigos como Frances y lugares a los que asistir y consecuencias que afrontar. Tal vez sea señal de una vanidad imperdonable, pero, ahora que he atisbado este mundo, no sé cómo podría regresar a mi vieja vida y contentarme con ello.

Thomas se le acercó —con cuidado, como si hubiera una ligera posibilidad de que la joven tuviera la rabia y no quisiera aproximársele tanto como para que pudiera morderlo— y tomó asiento en el banco, a su lado.

—Si no fuera Frances, no lo soportaría. Antes de conocerla, estuve

muy pero que muy sola. Quizá suena a una pobre excusa para un comportamiento más pobre aún, pero es que quería… Bueno, quería decírtelo. Explicarme. Porque me importa mucho lo que pienses de mí, aunque se me haya dado muy mal demostrarlo. Me gustaste desde el primer momento en que nos conocimos.

—Georgiana…

—Tal vez me pongo en ridículo diciéndolo en voz alta —prosiguió ella. Las palabras salían por su boca apresuradas y aterrorizadas—, pero… quiero ponerme en ridículo. Nunca se me ha permitido hasta ahora.

—Georgiana.

—Siento mucho lo que ha ocurrido, Thomas, de verdad que lo siento. Si hice que pensaras que no me importabas, fue la peor clase de mentira que pueda imaginar.

Notó cómo una solitaria lágrima se abría paso entre sus pestañas. No podía mirarlo a la cara y se puso a observarse las manos, apretadas con fuerza sobre el regazo.

—¿Has terminado ya? —le preguntó Thomas con voz muy seria.

—Sí —contestó Georgiana en un susurro.

—¿Piensas mirarme a la cara?

—No —dijo tan bajo como antes.

—¿Por qué no?

—Porque me da miedo que pienses que soy una boba que no merece tu perdón.

Thomas suspiró, y Georgiana percibió cómo se le aproximaba en el banco.

—No eres boba —le aseguró, más cerca y suave de lo que esperaba —. O, por lo menos, si lo eres, yo debo de ser el doble de bobo que tú.

Un escalofrío la atravesó de la cabeza a los pies cuando él le puso una cálida mano sobre la mejilla y su pulgar le rozó la comisura de los labios. Pensó que quizá lo hacía para limpiarle la lágrima, pero en ese momento se adelantó hacia ella, le agarró la cabeza con las manos y le depositó un beso suave sobre los labios, como si temiera romperla por la mitad. Y ella lo sintió así: una parte de su mente se había despegado claramente del resto de su cuerpo, puesto que abandonaba toda inhibición, toda preocupación de que era una línea que ya habría cruzado para siempre, y se irguió para tirar de él hacia sí. Thomas parecía incómodo antes de que ella cerrara los ojos, pero separó los labios contra los suyos, y durante unos instantes gloriosos le regaló a su propio cuerpo la intimidad que había anhelado con desesperación desde la primera vez que lo había visto. La mano de él le recorrió la mandíbula y fue a parar detrás de su oreja para acariciarle el pelo. Hundió los dedos en su cabello en el imposible intento de que se acercaran todavía más, y entonces, de pronto, se apartó con la respiración entrecortada, los ojos cerrados y el ceño fruncido como si algo se hubiera torcido irremediablemente.

—Lo siento. Lo siento mucho —dijo mientras se levantaba y se alejaba de ella.

—No, no digas eso —protestó Georgiana sin aliento. No tenía idea de cómo era posible que él se coordinara lo suficiente como para alzarse y, sobre todo, para irse—. Por favor. Quédate.

Thomas se detuvo en el umbral del invernadero, al parecer incapaz de mirarla.

—No, esto… Los dos sabemos que es inapropiado. Estás borracha, estás molesta y yo me he aprovechado de ti y…

—¿Te has aprovechado de mí? —Georgiana sintió una punzada de indignación—. ¡He sido yo la que te ha traído hasta aquí! Casi… casi a rastras, además. Y te aseguro que no sabía que iba a suceder, pero me alegro de que haya ocurrido. Thomas, quiero estar contigo, ebria o sobria; estuve a punto de besarte en casa de los Taylor. Te besaría siempre que me dieras la oportunidad.

—Por favor, no… Es imposible que lo quieras —negó, alterado—.

No estamos comprometidos, no hemos hecho siquiera un mero amago de cortejarnos. Has pasado demasiado tiempo con esa gente, con gente que no piensa nunca en las consecuencias. No quieres…

—No. ¡No! No me digas qué quiero —dijo Georgiana mientras se levantaba a trompicones y se acercaba a él—. Mírame.

Thomas se giró hacia ella, pero cerró los ojos y suspiró con frustración mientras zarandeaba la cabeza.

—Georgiana, yo…

—Thomas. Por favor. Mírame.

Al fin la miró. La miró como si le tuviera miedo y tuviese miedo de sí mismo y de todas las cosas que pudieran acontecer a continuación. Georgiana tendió una mano y le apartó un mechón de pelo con la misma suavidad con que él lo había hecho la primera vez. Thomas se estremeció ante su contacto y volvió a cerrar los ojos, y entonces ella lo besó con fuerza, lo empujó contra el marco de la puerta y notó cómo se quedaba sin aliento al estrecharla entre los brazos. Las manos de él estaban nuevamente en su cara y en su cuello y en la curva de su espalda. La besaba como si lo necesitara, como si fuese a morir si se detenía, y Georgiana tan solo deseaba estar cerca de él, aunque era probable que ya estuvieran lo más cerca posible, porque notaba la silueta de Thomas contra su cuerpo y sus manos navegando por su espalda de nuevo y cómo se aferraba a su cintura, quemándolo todo a su paso…

Esa vez fue Georgiana la que se apartó y extendió un brazo para estabilizarse con ayuda del cristal de la pared. Su cuerpo estaba llevándole la contraria a toda la lógica y quebrantaba todos los parámetros que debían mantenerla a salvo; en ese momento, lo deseaba en el sentido más amplio de la palabra, más de lo que nunca había deseado nada. No había peligro alguno —en cierto modo, dudaba de que él fuera a tumbarla sobre la húmeda tierra junto a los naranjos y a hacerle el amor apasionadamente en ese mismo instante, por más que ella se lo suplicara—, solo la certeza de que quería más, que ni siquiera besarlo bastaba, como pensó con la mente ya más despejada.

Se miraron con los ojos como platos y desaliñados como si acabaran de poner fin a una pelea, y entonces Thomas rompió la tensión del momento riéndose en voz baja. Se pasó una mano por la cara y luego le agarró una mano a ella para conducirla hacia el banco sin pronunciar palabra. Se sentaron, los dos un poco sin aliento, y guardaron silencio unos instantes mientras valoraban los pecados que habían cometido.

—Georgiana —murmuró—. Deja… deja que intente hacerlo bien. Me importas. Obviamente. No habría… En fin, mira, no quiero que pienses que esto no significa nada para mí. Y no quiero deshonrarte de ninguna forma con mi comportamiento. Hablaré con tu tía y con tu tío. Les mandaré una carta a tus padres…

—¿Cómo dices? No hace falta que me pidas matrimonio porque te compadezcas de mí —terció espantada—. Ni porque…, no sé, creas que es tu obligación. No es necesario que te arrodilles delante de todas las muchachas que confiesen que les gustas ni que… Aquí no hay nadie, Thomas. Nadie nos ha visto. Creo que mi honor está absolutamente intacto.

Incluso mientras lo decía sabía que se estaba traicionando a sí misma. No creía que él le debiera nada, pero eso no significaba que no lo deseara de todos modos.

—¿Crees que te compadezco? De entre todas las cosas que siento, eso no es… Dios, no me estoy expresando nada bien. —Se agarró la cabeza con las manos, y Georgiana presenció la angustia de él—. La verdad es que me fascinas, y si te soy sincero me das un poco de miedo… Dices siempre lo que te apetece, ebria o sobria, y por lo visto exiges la misma sinceridad a todo aquel que te rodea. Y haces que yo quiera ser así. Sincero. Transparente contigo, aunque me aterre. Me encanta… Me encanta estar cerca de ti, pero siempre hay…

—¿Siempre hay qué? —preguntó Georgiana con gran inquietud.

Una pausa. Thomas reflexionaba, como si no supiera por dónde empezar, y luego se mordió el labio y lo intentó.

—Mira, si… si mi hermano Edward siguiera vivo, no habría ningún

poder sobre la Tierra capaz de alejarlo de esta fiesta. Cuando éramos pequeños, nos llevábamos muy bien. Nunca me perdonó ser el hijo mayor, se lo tomaba como una afrenta personal… Creo que pensaba de verdad que, si se esforzaba lo suficiente, podría compensar los tres años que nos separaban. Todo lo que yo hacía, él también lo hacía. A veces intentaba anticiparse a lo que pensaba que haría yo para hacerlo él primero. —Sonrió, aunque pareció dolerle poner ese gesto.

—Debió de quererte muchísimo —comentó Georgiana con amabilidad; para su terror, lo vio tragar con dificultad, como si quisiera evitar echarse a llorar.

—Creo que sí. Yo a él lo quería, sin duda. Es curioso… Nunca se lo dije. Creí saber qué era lo que significaba ser un hombre, ser un hermano o un hijo, pero ahora creo que me equivoqué del todo.

—Seguro que no es cierto —dijo Georgiana.

—Solo lo dices porque no lo sabes —insistió él negando con la cabeza—. Edward tenía diecisiete años cuando murió, Georgiana. No sé qué rumores habrás oído, qué historias cuenta la gente sobre nosotros para llenar los silencios, pero esa es la verdad: murió por culpa de la bebida. Salió una noche a una fiesta, y ese fue su final. Llegó a casa Dios sabe cómo, pero… —A Thomas se le quebró la voz, y se tomó unos segundos para recomponerse—. Murió solo, en su habitación, mientras yo dormía en mi dormitorio. Fue una estupidez. Se encontraba muy mal y dormía boca arriba. Todos los días pienso…, me lo imagino atragantándose, quizá asustado unos instantes, y luego… ya está. Todos los días pienso en cómo podría haber sido distinto. En lo que debería haber hecho yo para evitarlo.

—Pero… —Georgiana estaba llorando—. Pero no fue tu culpa.

—Si alguien tiene la culpa, ese soy yo. Es decir, se suponía que yo iría a esa fiesta. Ahora no recuerdo por qué no fui; quizá por un dolor de cabeza o por… Bueno, ya no importa. Era su hermano y debía estar con él, y no fui. Pero la tragedia va más allá. Dondequiera que fuese y tomara las decisiones que tomase, no hacía sino seguir mi ejemplo. En aquella época, Jeremiah y yo íbamos siempre demasiado lejos, siempre al borde del precipicio, y

Edward solo intentaba seguirnos el ritmo. Demostrar que podía ser tan hombre como yo. Y ahora está muerto porque… me di cuenta demasiado tarde de que… yo no era un hombre en absoluto.

—Thomas. —Impotente, Georgiana le puso una mano en el hombro —. No. Fue un accidente. Un accidente espantoso, pero un accidente de todos modos.

—Si yo me hubiese comportado de otra forma, quizá seguiría vivo. Mi madre también. No sé si de verdad es posible morir por tener el corazón roto, pero creo que es lo que le pasó a ella. Antes de la muerte de Edward, estaba llena de vida, llena de alegría. Era ella la que lograba que todo funcionase, el negocio y la familia, pero la pérdida de mi hermano fue demasiado y no lo soportó. Para mi madre la familia lo era todo. Tras la muerte de Edward, dejó de comer y de hablar. Mi padre hizo lo imposible por mantenerla con vida, por ser su ancla en el mundo, pero no bastó… Y, cuando ella falleció, él empezó a ir a la deriva. Lo… lo perdimos todo, y solamente porque yo pensé que todo esto —hizo un gesto alrededor hacia la fiesta en general— era lo que importaba de verdad.

—No me lo creo —exclamó Georgiana con rotundidad—. No me lo creo, Thomas. Tienes que saber que no hay otra versión de la historia en que lo haces todo bien y no ocurre nada. Solo hay lo que sucedió. Si no hubiese ocurrido esa noche, tal vez habría sucedido la siguiente. En la siguiente fiesta. Puede que le hubieses dicho que cambiara y que él hubiera hecho exactamente lo contrario, porque era joven y terco. No hay modo alguno de saberlo, y culpándote no vas a lograr nada de nada.

Thomas cerró los ojos con fuerza liberando al fin las lágrimas, y acto seguido levantó una mano para limpiárselas. Guardaron silencio durante un rato; el único ruido eran el suave goteo de condensación del techo de cristal y el sonido de la fiesta a lo lejos.

—Lo siento —terminó diciendo—. Siento agobiarte con todo esto. No sé siquiera por qué te lo estoy contando, nunca hemos… No suelo comentarlo. Jeremiah estuvo a mi lado durante mi peor época, pero no hablamos nunca de eso, y creo que esperaba que volviera a ser quien era antes. Diría que está decepcionado por verme tan cambiado. Él también ha cambiado, o quizá… quizá es

que antes yo no veía claramente quién era. En estas fiestas, en esta vida, ya no hay nada para mí. Y aquí me tienes, intentando unir los cabos de mi antigua vida, intentando recordar cómo era ser… —Se interrumpió, y Georgiana le apretó el hombro como muestra de apoyo—. Dios. Lo siento. Debes de pensar que estoy loco.

—Debes dejar de disculparte a todas horas —le dijo Georgiana amablemente entre las lágrimas que derramaba dedicándole una débil sonrisa. Thomas intentó devolverle el gesto, pero, cuando no lo consiguió, ella le cogió la cara con las dos manos—. Thomas, no he pensado en ningún momento que estés loco. Estás sufriendo por todo lo que perdiste. Y da igual lo que decidas pensar sobre ti mismo: debes saber que no has logrado convencerme de que no eres sino bueno. Un buen hermano. Un buen hijo. Un buen hombre.

Le apartó el pelo de la cara y le dio un suave beso en la frente. Thomas se permitió apoyarse en ella, y Georgiana percibió cómo sacudía los hombros por la pena que llevaba demasiado tiempo acarreando. Cuando se apartó, tenía las pestañas húmedas por las lágrimas. Abrió la boca para volver a hablar, pero un estremecedor estallido que tuvo lugar fuera del invernadero se lo impidió. Los dos dieron un brinco y levantaron la vista para ver a través del cristal numerosas luces que explotaban en el cielo nocturno.

Alguien había dispuesto pirotecnia en el jardín.

Thomas negó con la cabeza, divertido, y los dos se echaron a reír aun entre lágrimas.

—Antes no he faltado a la verdad —insistió Georgiana mientras se enjugaba los ojos cuando los fuegos artificiales hicieron una educada pausa—. Al decir que no…, que no estás obligado a nada. Pero, puestos a ser sinceros, no voy a fingir que no lo deseo. Que no te deseo a ti. Bueno, es evidente, pues no puedo estar cerca de ti sin abordarte en una bodega o en un invernadero.

—No se me ocurriría culparte por ello —dijo Thomas con una débil sonrisa—. No hay nada más atractivo que un caballero…, que un caballero que te besa y luego se echa a llorar sobre tu hombro en el jardín de un desconocido, por supuesto.

Pretendía sonar alegre, pero Georgiana sabía que estaba avergonzado. Negó con la cabeza y le sonrió de oreja a oreja.

—Tienes toda la razón —asintió enlazando los dedos con los de él —. No hay nada que le guste más a una dama que unos cuantos sollozos de madrugada.

Thomas se echó a reír, se llevó la mano de ella a los labios y se la besó.

—No sé si pueden considerarse así. Sollozos nocturnos, más bien. Son solo las once.

—Oh. —Georgiana no se había dado cuenta del paso del tiempo. Con el corazón en un puño, se había olvidado momentáneamente de que estaban en una fiesta—. ¿Las once? Supongo… supongo que debería ir a buscar a mis amigos.

De pronto, había pensado en Frances: mandíbula apretada y hombros erguidos al dirigirse hacia un claro desastre. Ahora que Georgiana sabía que Thomas no estaba enfadado con ella, le resultaba mucho más fácil perdonar, y sintió una punzada de culpabilidad en dirección a su amiga. Por más desagradable que hubiese estado, no era una noche para que Frances estuviera sola.

Thomas intentaba ocultar una mueca, como observó ella.

—No hace falta que vengas conmigo —se apresuró a decirle Georgiana, y él sintió un alivio inmediato—. Te buscaré más tarde.

—Muy bien —aceptó Thomas. Se aclaró la garganta y se puso en pie tendiéndole una mano para ayudarla a levantarse—. Ve con tus amigos. Yo volveré al salón y seré el alma de la fiesta: encabezaré todos los bailes y contaré un sinfín de historias.

—No, no lo harás —dijo Georgiana.

—No, no lo haré —asintió Thomas mientras se encaminaban hacia la salida—. Pero creo que por lo menos iré a buscar algo de beber para los dos.

Capítulo veintitrés

Por lo visto, la fiesta había engullido a los amigos de Georgiana. El baile era un ser vivo que se hinchaba y se retiraba al alcanzar todos los rincones de la casa, que bajaba la voz hasta murmullar en algunas partes y que de pronto se ponía a rugir en un *crescendo* en respuesta a estímulos que Georgiana no detectaba. En la muchedumbre del salón de baile, una mujer disfrazada de pájaro escarlata le asestó un buen golpe en el costado, y luego le dio un beso en la mejilla con el falso pico para disculparse y corrió para unirse a los bailarines. Algunos de los amigos semidesnudos de Christopher habían llenado una de las fuentes con vino, y bebían como si fueran cachorros sedientos. Cuando llegó hasta los pasillos, los encontró repletos de parejas que se reían y de grupos de amigos que chillaban histéricos mientras giraban algún pomo y desaparecían en habitaciones en que Georgiana no se atrevía a entrar.

Había dado media vuelta para salir al exterior, pues no había visto a nadie a quien conociera, y durante unos instantes se preguntó si estaba alucinando o si ahora de verdad había personas con aspecto militar, armadas y todo, formando y en fila en el patio de atrás. Una multitud se había reunido para verlos y, cuando sonó un cuerno, las dos hileras de militares se abalanzaron entre sí, gritando como *banshees* con las espadas en alto. Georgiana vio a una chica que parecía disfrazada de bellota en el extremo de los espectadores, y se le acercó para preguntarle qué ocurría.

—Ah, luchan para ganar el favor de lord Haverton —respondió, como si fuese lo más obvio del mundo.

En efecto, el noble en cuestión estaba sentado en un palanquín y observaba el espectáculo con una expresión bastante aburrida, y entonces el chasquido de las espadas al chocar empezó a llenar la noche.

—No van a matarse unos a otros, ¿verdad? —preguntó Georgiana. Se encogió cuando una espada voló tan cerca del rostro de un

caballero que le recortó un poco el vello facial. Era evidente que no las habían desafilado.

—¿Eh? Seguramente no —fue la respuesta poco preocupada de la muchacha.

—¿Has visto a…? ¿Conoces a Frances Campbell? —dijo Georgiana alzando la voz por encima de los gritos ebrios de la batalla, pero la chica no hizo sino encogerse de hombros.

—¿A la señorita Campbell? —intervino otra muchacha, que miraba hacia atrás—. Acabo de verla con un dandi rubio en el jardín de las esculturas. Me ha pedido que me marchara. Ha sido un tanto grosera, la verdad.

Debía de tratarse de Frances, sí. Georgiana le dio las gracias y se alejó, dispuesta a no presenciar el momento en que los combatientes empezaran a infligirse inevitables y horripilantes heridas. No tenía ni idea de dónde se hallaba el jardín de las esculturas, pero rodeó la casa rumbo a lo que parecía una dirección prometedora hasta que acabó caminando por una arboleda extravagante. Varias estatuas griegas se cernían sobre ella desde pedestales de mármol blanco, y habían podado los arbustos hasta conferirles unas formas raras y bulbosas. Estaba observando uno para intentar adivinar qué era cuando oyó una discusión un poco más adelante.

Al acercarse, oyó una voz temblorosa entre los matojos que le resultaba ligeramente familiar. En cuanto se alzó, Georgiana se dio cuenta de que era Frances. No la había reconocido al principio a consecuencia del tono: era rápido, frenético, casi maníaco. De inmediato, Georgiana tuvo la sensación de que estaba escuchando algo muy íntimo. Se agachó detrás de un arbusto un tanto barrigudo y, al asomarse, vio que Frances estaba hablando con Jeremiah Russell. Él estaba estirado sobre un banco con pose relajada mientras escuchaba, aunque Georgiana vio, desde su ventajosa posición, que el joven golpeaba la piedra con los dedos, nervioso y sin parar.

Frances ni siquiera hacía un esfuerzo para aparentar calma. Estaba en pie delante de él, gesticulando con los brazos extendidos

mientras hablaba. Georgiana recordó las ilustraciones que había visto de los juicios, en que los acusados defendían su inocencia ante jurados impasibles. Sabía que debía marcharse, pero en el modo en que Jeremiah se apartaba de Frances, en el tono desesperado de ella y en la forma en que él no la miraba a los ojos había algo que le provocó una corazonada tan fuerte que decidió permanecer cerca.

—No soy estúpida, Jeremiah —iba diciendo Frances, pero ahora con un poco más de amabilidad, como si hiciera lo imposible por lograr que la comprendiera—. Sé que has estado evitándome. Es… Sea lo que sea, podemos hablarlo. Quizá todo fue demasiado apresurado, quizá… debamos cortejarnos primero. Hagamos las cosas como Dios manda. ¡Por qué no! Iremos a cenar acompañados, yo… yo pasaré tiempo con tus padres.

Jeremiah suspiró y se frotó la sien.

—¿Qué es lo que quieres tú? Pensaba que nos entendíamos —prosiguió Frances en un claro intento para aparentar que mantenía las emociones bajo control, pero con un temblor en la voz que ni siquiera ella fue capaz de disimular.

Después de lo que se le antojó una eternidad, Jeremiah tomó la palabra al fin.

—Por favor, no le des más importancia de la que tuvo, Frances —dijo.

Georgiana respiró hondo. Al parecer, Frances había hecho exactamente lo mismo.

—¿Más importancia de la que…? Los dos estuvimos allí, Jeremiah. ¿Acaso lo soñé? Estábamos en la maldita cabaña, y me dijiste… Me dijiste que no podías esperar, que no podías esperar a que estuviéramos casados. ¿Qué importancia le voy a restar a eso? ¿Cómo iba…, cómo iba a significar una cosa distinta?

—Siento mucho si crees que te he inducido a error, Frances. —Parecía un poco incómodo—. Pero… entiéndelo. Cada vez que me daba la vuelta, ahí estabas tú. Sentada lo más cerca posible de mí, bebiendo de mi copa, prácticamente subiéndote encima de mí

siempre que tenías ocasión. Creo que los dos sabíamos qué camino estábamos tomando. Esa noche… no fue más que la… la conclusión natural.

—¿La conclusión natural? —siseó Frances, y Georgiana casi veía la rabia que irradiaba—. La conclusión natural cuando uno habla de matrimonio y cuando uno hace promesas es una boda.

—Estás borracha, Frances. Y has perdido la cabeza, como de costumbre. ¿Crees que quiero que pases tiempo con mis padres? ¿Estás loca? Ah, sí, padre, conoce a mi prometida. Ha tomado láudano y opio y Dios sabe qué más…

—¿Y me lo dices tú? ¿De dónde consigo casi todo eso, Jeremiah?

—Sí, pero bebemos y fumamos para pasarlo bien. Sabemos cuándo parar. No todos estamos tan desesperados como tú para huir de la realidad, Frances. Estás completamente fuera de control. Sé lo que le hiciste a Annabelle, sé que la perseguiste y encontraste a su padre… ¿Qué derecho tenías? Si de verdad quieres casarte, si te quieres casar bien, debes sentar la cabeza y dejar de comportarte como una niña caprichosa. A estas alturas ya no puedo culpar a tu padre…

—Vete al infierno —le espetó Frances con una voz que atravesó limpia la noche y que pareció dejar tras de sí un estruendoso silencio.

—Justo lo que decía. Acabas de darme la razón. Mi padre me advirtió que iba a ocurrir. Me dijo que me fijara en una joven agradable y tradicional…

—Yo soy agradable —dijo Frances, pero por lo visto toda la rabia había desaparecido de su cuerpo.

—Vamos, Frances. No eres agradable, y lo sabes. Dios… Es imposible hablar contigo cuando te pones así. —Jeremiah negó con la cabeza y se incorporó—. De verdad que lo siento, Franny. Es que no… Es que para mí no era lo mismo.

En las inmediateces sonó un grito que sobresaltó a Georgiana. Dos

de los amigos de Jeremiah se acercaban trastabillando entre los matojos, y vocearon para saludarlo. Georgiana se mordió el labio con los ojos clavados en Frances. Su amiga temblaba, pero seguía en pie. Para su sorpresa, no estaba llorando.

—Jeremiah —susurró—. Por favor.

—Ay, por favor, Jeremiah —la imitó uno de sus amigos con un cruel falsete.

Georgiana esperaba que Jeremiah por lo menos lo regañara, pidiera disculpas o hiciera algo que no fuera dejar allí plantada a Frances, humillada, mientras le sonreía, pero no. Se rio. Se rio, se levantó y se alejó.

Sin mirar atrás.

Frances se desplomó en el banco que había quedado libre como si le hubieran disparado.

Dejando a un lado la extrañeza de su súbita aparición, Georgiana corrió a su lado y la cogió del brazo.

—Frances, ¿estás bien? Lo he visto irse, lo he oído…

La expresión de Frances la interrumpió. En lugar de desesperada, estaba disgustada, como si Georgiana hubiera dicho algo que la había ofendido.

—Apártate de mí —le soltó con frialdad, y Georgiana se quedó paralizada con una mano revoloteando ridículamente por encima del hombro de Frances.

—Venga, Frances, no seas…

—No. —Frances se puso en pie y se rodeó el cuerpo con los brazos, como si tuviera frío—. No necesito tu ayuda.

—¿Por qué estás enfadada conmigo? —Georgiana estaba perpleja.

—Oh, no finjas que eres inocente —le espetó Frances. Uno de sus guantes de color marfil tenía una gran mancha roja de vino, y

Georgiana se la quedó mirando cuando Frances tendió un brazo para señalarla—. Te gusta fingir que eres buena persona, que eres una amiga maravillosa, pero, cuando hay la más mínima posibilidad de que te ponga en evidencia delante del hombre de segundo orden que te gusta, de pronto dejo de ser tu amiga.

—Un momento —dijo Georgiana. El calor se iba adueñando de ella —. Espera. Eso no… Eso no fue lo que pasó, Frances. Fuiste muy injusta con Thomas. Solo intentaba ayudarte, y fuiste…

—¿Yo fui injusta? —dijo Frances. Intentaba no alzar la voz, pero cada vez le costaba más esfuerzo—. Fui a buscarte porque necesitaba… Dios, ¡creía que lo entendías! Creía que eras diferente. Te esperé al día siguiente, Georgiana. Me dijiste que irías a verme, y te creí. Y luego cuando no te presentaste ni escribiste, no entendí por qué.

—Ahora te cuento el porqué. Esperaba una disculpa por tu parte, Frances, esperaba que…

—No —la interrumpió Frances. Negó con la cabeza y con una sonrisa lúgubre, como si nada de lo que pudiera decir Georgiana fuese a hacerle cambiar de opinión—. No era eso, ¿verdad que no? Porque lo supe en cuanto te vi en casa de Cecily. No quieres ser mi amiga. Quieres sentirte importante. Quieres asistir a fiestas de primera y beber el mejor vino y que la gente te señale y diga: «Mira, ahí está Georgiana Ellers, qué gran muchacha». Quieres tener mis amigos, mi posición, mi influencia. Bueno, pues espero que sea todo lo que deseas, George. Espero que te haga muy muy feliz.

—Estás equivocada —protestó Georgiana, consciente de lo patética que había sonado su negativa—. Eso no es…

—Ay, gracias a Dios, aquí estáis. —Jonathan apareció de repente entre los árboles, y al cabo de unos segundos Jane y Cecily lo siguieron. Si percibió la tensión entre ambas, decidió ignorarla—. Creía que a lo mejor os habían echado el guante los franceses. Venga, dejad de merodear por el jardín. Vamos donde está la fiesta.

—Sí —asintió Frances mirando fijamente a Georgiana—. Vamos.

***

—Ay, ay, ay —dijo Jonathan media hora más tarde mientras levantaba la vista de la ginebra que se había servido. Su copa mantenía un precario equilibrio en el borde de una de las fuentes ornamentales de lord Haverton. Asintió ligeramente en dirección al salón de baile—. Se aproxima un desastre natural.

—Por el amor de Dios —saltó Jane de inmediato poniendo los ojos en blanco—. No la miréis… y quizá así ella no nos verá.

Frances, que había guardado un nervioso silencio desde la escena que protagonizaran en el jardín, se rio por encima de la copa.

Era demasiado tarde. Betty Walters, con el rostro rojo y con varias flores mustias que le decoraban el pelo, se les acercaba con determinación.

—¿Georgiana? —dijo—. ¿Señorita… señorita Ellers?

Georgiana se encogió e intercambió una atribulada mirada con Jonathan antes de recomponer los rasgos para adoptar una expresión más neutra y girarse hacia Betty.

—¿En qué puedo ayudarte, Betty? —Le salió con menor amabilidad de la que pretendía. La ginebra le afilaba la lengua, y Georgiana oyó a Jonathan reprimir una carcajada detrás de ella.

—Bueno, es que… habíamos quedado en vernos —respondió Betty sonrojándose todavía más.

A Georgiana se le cayó el alma a los pies. Se había olvidado. Se había olvidado completamente.

—Dijimos que nos veríamos en la entrada de la fiesta, y he pensado…, bueno, he llegado a las nueve como quedamos y he esperado… Creía que quizá alguien la había retenido o que había olvidado algo y había vuelto a por eso, y no quería irme a ninguna parte por si aparecía y yo me había esfumado… Así que, como ve, he esperado una hora o quizá un par de horas, pero al final he pensado que quizá no asistía, así que he entrado por si no había logrado verla, y he conocido a personas muy interesantes, pero

ninguna de ellas era usted. Pensaba que tal vez había entrado por el lugar equivocado o que me esperaba en otro sitio o que…

—Betty —dijo Georgiana en un intento por calmar el torrente verbal, consciente de que Betty merecía una disculpa pero incapaz de disculparse sinceramente mientras oyera a Jane riéndose sin miramientos a su lado. Para su horror, Betty estaba muy a punto de echarse a llorar.

—Es que pensaba… Quedamos en que nos veríamos aquí, me lo dijo en la carta, y pensé que debía de haber algún tipo de error… Es un error, ¿verdad que sí? Porque pensaba que lo habíamos pasado maravillosamente bien cuando fui a tomar el té, nos divertimos mucho…

Una desagradable sensación empezó a ascender en el interior de Georgiana. Cuanto más hablaba Betty, más calor y vergüenza sentía ella. Notaba los ojos de sus amigos clavados en su nuca y presentía que se desternillaban de risa y que probablemente perdían todo respeto por ella a cada segundo que pasaba. La ingente cantidad de ginebra que había engullido para lidiar con la extrañeza de estar junto a Frances, como si entre ambas no hubiera ocurrido nada, parecía envenenarla de dentro hacia fuera.

Para su sorpresa, Betty seguía hablando.

—Quería invitarla a nuestra casa, mi abuela me dijo que lo hiciera, me aseguró que era muestra de educación después de haberla visitado nosotras, y que si pretende ser mi compañera especial…

—Betty —la interrumpió Georgiana con suficiente fuerza para que la joven al fin se detuviera—. ¿Nunca te cansas de oírte hablar?

Durante unos instantes, Betty puso cara de intentar con todas sus fuerzas encontrar una interpretación benévola a aquella frase que significara que no la había insultado; cuando no lo consiguió, todo su rostro se frunció.

—Pensaba… pensaba que éramos amigas —murmuró en voz baja.

A Georgiana se le secó la boca. Alzó una mano como si fuera a tocar

a Betty y a pedirle disculpas, pero no logró extenderla delante de sí.

Betty miró por última vez a las caras que se encontraban detrás de Georgiana y, a continuación, se marchó con los ojos anegados de lágrimas.

—Ay, querida —dijo Jonathan sin lamentarlo en absoluto cuando Georgiana se giró hacia él—. Creo que le has roto el corazón, George.

—Dios, hay algo en ella que me pone de los nervios —terció Jane.

Frances se echó a reír sin ganas, pero Cecily arrugaba la nariz.

—Pues a mí me da pena —comentó mientras negaba lentamente con la cabeza—. No puede evitar ser tan ridícula. Y, a fin de cuentas, estamos en una fiesta. Nadie debería llorar en una fiesta.

—Sandeces —dijo Jonathan—. Uno de los principales objetivos de un baile es que la gente termine llorando por las esquinas.

Cecily seguía componiendo una expresión de decepción.

—Creo que deberíamos ir a darle una ofrenda de paz —exclamó Frances de repente. Georgiana le lanzó una mirada confundida, pero parecía sincera—. Por el bien de la fiesta.

—Oh, por favor, hacedlo —asintió Cecily—. De lo contrario, la imagen de su carita triste me arruinará la velada.

—Deberíamos llevarle algo de beber —dijo Frances. Alzó su propia copa de ginebra.

—Iré yo —se apresuró a afirmar Georgiana, y le arrebató la copa con una dudosa coordinación—. Soy yo quien la ha ofendido, se la llevaré.

—Eres un encanto. —Cecily le dio una palmada en el hombro antes de que se marchase.

La estancia era demasiado ruidosa, demasiado luminosa, demasiado calurosa; Georgiana debió de chocarse con unas veinte personas al

cruzarla, pero no le dio importancia alguna, como si los desconocidos se hubieran transformado en parte del mobiliario y no precisaran disculpas ni atención cuando los golpeaba o empujaba. Hizo una pausa y zarandeó la cabeza para intentar despejársela, pero solo consiguió liberar más mechones de pelo, que se escapaban de las horquillas a un ritmo alarmante. Distraídamente, se preguntó qué aspecto tendría la sábana que le hacía las veces de vestido. Si seguía cubriéndole todos los órganos vitales sería un auténtico milagro, la verdad fuera dicha.

Encontró a la señorita Walters afuera, sentada en un banco y contemplando tristemente un rosal con expresión de profundo desconsuelo.

—Aquí estás —dijo Georgiana, y Betty giró su rostro rosado y salpicado de lágrimas hacia ella—. Betty, escucha. He bebido demasiada ginebra como para ofrecerte la clase de discurso de humillación que sin duda mereces, pero es que… Toma. Bebe un poco, por favor. Es de mi parte. Bueno, en realidad, es de parte de todos.

Fue un pobre intento de disculpa, pero Betty se apaciguaba con facilidad y aceptó la copa.

—Seguro… seguro que no tenías intención de ser tan cruel —dijo con voz temblorosa.

Georgiana notaba cómo la culpa le roía las entrañas. Era consciente de que no merecía una valoración tan benigna, pero qué otra cosa cabía esperar de Betty, una muchacha incapaz de no ser demasiado buena ni compasiva.

—Y lo cierto es que por lo general no suelo beber más de un poco de vino. Mi abuela dice que es suficiente cantidad de bebida para una velada. Pero allá donde fueres, supongo… —Le dio un sorbo a la ginebra y puso una mueca de asco en cuanto el líquido le llegó a la lengua—. Es… ¡Es repugnante!

—Sí, ¿verdad? Al final una se acostumbra —dijo Georgiana, y se preguntó si quizá ella se había acostumbrado demasiado a esa bebida.

Betty se atrevió a beber un buen sorbo antes de dejar la copa, sorber y enjugarse los ojos húmedos con las manos enguantadas.

—Te olvidaste de que habíamos quedado, ¿a que sí? No pasa nada, me lo puedes decir, no es la primera vez que me pasa… Me lo imaginé cuando no apareciste, porque la mente siempre recuerda las decepciones del pasado, por supuesto, y una siempre vive con miedo a repetir…

Se levantó con la clara intención de soltar un discurso, pero de pronto su expresión se volvió un tanto extraña.

—¿Betty? —le preguntó Georgiana, nerviosa, al verla balancearse antes de desplomarse de nuevo sobre el banco. Había palidecido mucho y, de repente, se puso las manos sobre la boca como si estuviera a punto de vomitar. Georgiana se apartó instintivamente —. ¿Qué te pasa?

—Estoy… estoy un poco rara —dijo Betty con los ojos como platos.

—Oh. ¿Te encuentras…? ¿Te encuentras mal?

—No… no lo sé. —Procuró ponerse en pie de nuevo, pero tuvo que agarrarse al banco para alcanzar una posición que se pareciera a estar erguida—. ¡Ay, señorita Ellers! He venido con tanta alegría… ¡Creo que me estoy muriendo!

Georgiana estaba demasiado inestable de pie como para ser de gran ayuda, pero se levantó y le tendió un brazo de apoyo de todos modos. Sin embargo, el repentino cambio de peso cuando Betty intentó cogérselo resultó ser demasiado para ella en su estado actual, y perdió el equilibrio y provocó que la señorita Walters cayera al suelo con gran estruendo. Algunos invitados que estaban cerca de ellas gritaron al ver la escena y unos cuantos se dispusieron a ofrecerles su ayuda.

—Ay, Dios, Betty. Lo siento mucho…

Una carcajada tan repentina como estentórea las interrumpió, y Georgiana alzó la mirada y vio que Frances las observaba con los ojos entornados.

—Señorita Walters, beber no es lo suyo, ¿verdad que no? —dijo.

Georgiana pasó la vista de su amiga a la copa de ginebra a medio beber; Frances aferraba un objeto pequeño y oscuro en una mano, y Georgiana reconoció con un desagradable vuelco del estómago el terrible y potente frasco de Christopher.

—¿Qué has hecho? —le dijo Georgiana, consternada, cuando Betty intentaba ponerse en pie—. No está bien, de verdad creo que deberíamos…

—¿Señorita Walters?

Georgiana se quedó paralizada. Conocía esa voz.

Al girarse, vio a Thomas detrás de ella con dos copas de champán en las manos y frunciendo el ceño ante la escena que se desarrollaba delante de él.

Georgiana no podría haber urdido una peor situación para que se encontraran ni aun habiéndolo pretendido.

Cada vez se reunían más personas para ver qué sucedía. Betty se balanceaba a punto de desmayarse, y Thomas dejó el champán y corrió hacia ella para sujetarla antes de que se desplomara de nuevo.

—¿Se encuentra bien? ¿Necesita a un médico? ¿Qué ha ocurrido?

Preocupado, miró de Betty a Georgiana, claramente perplejo al presenciar la falta de acción de Georgiana.

—Ay, señor Hawksley —jadeó Betty con lágrimas recorriéndole las mejillas—. Había algo en mi…, en mi bebida… Creía que me pedía disculpas, creía que quería solucionarlo, pero no ha hecho más que… enve-envenenarme.

—¿Quién la ha envenenado? —inquirió Thomas mientras le pasaba un brazo por los hombros.

Georgiana sintió una punzada en el estómago cuando Betty levantó una mano temblorosa y la señaló directamente. Ella alzó los brazos

en un patético intento por demostrar su inocencia.

—¿Georgiana? —dijo él con tono incrédulo.

—Bah, ha sido un envenenamiento minúsculo —lo desdeñó Frances —. Todos sabemos que haría falta algo más para acabar contigo, Betty.

Georgiana miró a Frances horrorizada, pero su amiga se limitó a reírse. Thomas contemplaba a Georgiana con una sorpresa y una repulsa sin fin, como si lo hubiera decepcionado más allá de sus bajísimas expectativas.

—Me dijo que quedaría conmigo para que no me viera obligada a llegar sola, y luego me ha dejado…, me ha dejado e ignorado, ha sido espantoso. —Betty sollozaba en el hombro de Thomas—. Y cuando la he encontrado ha sido muy grosera conmigo, y yo pensaba… pensaba que era mi amiga.

Georgiana procuró intervenir y decir algo para defenderse, pero tan solo logró balbucir «¡No!» antes de que los invitados que acudían a ayudar la empujaran y le prestaran a Betty sus carruajes y cocheros. Dos de ellos se la llevaron y le sostuvieron los brazos para que no corriera peligro. Thomas solo se giró para mirar a Georgiana cuando Betty desapareció llorando sin parar por la puerta principal de la casa seguida de una pequeña multitud.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó él con voz impertérrita.

Frances resopló, divertida.

—Déjanos solos, Frances —masculló Georgiana, y Frances se colocó una mano en el pecho para simular una gran afrenta.

—Preferiría quedarme a ver el espectáculo, si no os importa.

—Señorita Campbell, esto no es asunto suyo. —En el tono de Thomas, que era áspero por la furia, no había ni un ápice de rendición.

—Mmm… Me temo que eso no es del todo cierto, pero os dejaré con vuestra pelea de amantes. —Frances cogió las dos copas de

champán abandonadas y les hizo un saludo militar antes de marcharse—. Buena suerte, George.

El peinado de Georgiana estaba medio deshecho. La sábana le colgaba de uno de los hombros y revelaba una parte de su silueta. Tenía los labios manchados de vino, la mente enturbiada por la ginebra y un insoportable dolor de cabeza que comenzaba a martillearle la sien izquierda.

Thomas, por el contrario, estaba totalmente sobrio y erguido, y desprendía rabia. El único defecto que ella le encontró fue un mechón que se había salido de su sitio, y, a pesar de la expresión con que la miraba, Georgiana tan solo quería ponérselo detrás de la oreja.

—No la he envenenado —le aseguró cuando su cabeza pudo por fin formar las palabras y transportarlas hasta sus labios.

—Entonces, ¿qué es lo que ha ocurrido?

—No es… No es veneno, Thomas. Es algo que ha tomado Frances…, que he tomado yo. No está muriéndose. Se pondrá bien.

—Lo siento —dijo Thomas mientras se apretaba la frente con los dedos como si le doliera tanto la cabeza como a ella—. A ver si lo he entendido bien: ¿me estás diciendo que le has metido algo en la copa?

Al parecer, Georgiana no estaba explicándose demasiado bien, pero apenas estaba presente en la conversación. Lo único que quería hacer era tumbarse en el jardín y dormir o morir, lo que ocurriese primero.

—¡No! No. Ha sido Frances. Frances lo ha metido y me ha dicho que le llevara la copa, yo solo se la he entregado, pero no sabía que contenía nada fuera de lo corriente.

—Es decir, ¿no te ha sorprendido en absoluto que Frances Campbell quisiera darle una copa a Betty Walters por… por qué? ¿Por la bondad que anida en su corazón?

—¡No! —exclamó Georgiana, pero él tenía razón. ¿Cómo era

posible que no lo hubiese visto?—. No me estás escuchando. No he sido yo. Es culpa de Frances, ha sido Frances…

—Entonces, ¿ha sido Frances la que te ha obligado a plantar a la señorita Walters y a dejarla sola para que te esperara en una fiesta en la que no conoce a casi nadie? Supongo que Frances te ha apuntado con una pistola y te ha obligado a decirle cosas horribles a Betty después de que la pobre no haya sido sino amable contigo, ¿es así?

Ya no estaba enfadado. Estaba decepcionado y dolido, lo cual era infinitamente peor.

—No —dijo Georgiana, desesperada—. No, pero de no haber sido por Frances…

—No puedes culpar a Frances por todas las maldades del mundo, Georgiana, y menos por las que cometes tú. Betty Walters está sumamente molesta y quizá muy dolida porque la ha abandonado, denigrado y… y decepcionado una persona a la que consideraba una amiga. Y no era Frances, Georgiana. Eras tú.

Con regueros de lágrimas en las mejillas, Georgiana intentó hablar, se detuvo y volvió a abrir la boca antes de darse cuenta de que no disponía de nada en absoluto que decir en su defensa.

Thomas negó con la cabeza y se marchó sin pronunciar otra palabra.

Capítulo veinticuatro

Georgiana no se imaginaba a nadie en el mundo que se sintiera peor que ella en esos instantes. Suponía que los huérfanos afectados por una plaga quizá experimentaran su mismo desamparo, pero ellos seguramente no habían asistido nunca a una fiesta, y tal vez fuera mejor no haber asistido nunca a una fiesta que haber presenciado una tan desastrosa como aquella. Oía toda clase de alborozo a su alrededor, pero ella estaba tan abatida que era de todo punto imposible que nada ni nadie le levantara el ánimo; si acaso, la irritaba más todavía saber que los demás estaban disfrutando del evento sin preocuparse siquiera por que a lo largo de aquella corta velada hubieran hecho enfadar a casi todo el mundo que les importaba. Cuando atravesó la casa a trompicones y a solas, las lágrimas corrían libremente por su rostro, y se sintió como una ebria aguafiestas.

Deseaba irse de inmediato, pero debía ocuparse antes del diminuto problema del transporte. Había llegado con el carruaje de Cecily, pero por el momento a Cecily no se la veía por ninguna parte. Georgiana divisó muchas cabezas regias y doradas entre los bailarines, pero ninguna de ellas pertenecía a su amiga. No estaba jugando a las cartas en el salón con ninguno de los hombres y mujeres de aspecto sospechoso, no estaba en el dormitorio del caballo, no estaba nadando en el lago medio desnuda ni acosando a los cisnes, aunque había unas cuantas personas que sí.

Georgiana casi tropezó con un bulto gigantesco tumbado en la hierba del jardín, y se dispuso a pedir disculpas entre lágrimas a la persona a la que había estado a punto de patear antes de percatarse de que no se trataba de un beodo horizontal: era un perro gigantesco. El animal no parecía inquieto por cuanto acontecía a su alrededor y miraba a Georgiana con gran calma y la cabeza apoyada en unas enormes patas marrones. La muchacha buscó al dueño del can y no lo encontró. Dedujo que debía de formar parte de la colección de animales de lord Haverton que con toda probabilidad alguien en busca de un lugar clandestino donde

ocultarse había expulsado de su alcoba palaciega.

—Buenas noches, perro —dijo, y más lágrimas acudieron a sus ojos.

Se sentó al lado del animal y enterró los dedos en su espeso pelaje. El perro soltó un suspiro de alegría.

—Todo ha salido espantosamente mal —le susurró al oído.

El animal no la juzgó y no se levantó para alejarse. Por lo visto, la aceptaba por completo, sin que le importara la persona tan horrible que Georgiana empezaba a sospechar que era, y ella estuvo un buen rato disfrutando de aquella tranquila y susurrante compañía, y le dio las gracias acariciándolo.

En cuanto al fin se puso en pie para irse y el perro se despidió de ella con un suave lametón en la mano, la inspiración hizo acto de presencia; Georgiana había visto a Cecily observando a James el Jinete con anterioridad, y el invernadero de naranjos seguía resplandeciendo atractivo en la lejanía. Si hubiesen buscado un lugar más privado, seguro que habrían tomado aquella dirección, ¿verdad? Georgiana se dispuso a cruzar el jardín con un objetivo y maldijo entre dientes cada vez que tropezaba con el extremo de la sábana, lo cual ocurría con más frecuencia conforme más se parecía a un saco que a un vestido.

El invernadero era vasto, y detrás del zaguán donde Thomas y ella habían hablado con anterioridad se extendía un camino con tablones de madera, que serpenteaba entre los árboles y que presumiblemente continuaba al otro lado. Al recorrerlo, las ramas y las hojas la empujaron. El calor no hizo sino incrementarse cuanto más se adentraba, y el olor a cítrico era tan apabullante que Georgiana tenía la sensación de que se había trasladado de verdad a algún enclave tropical. Dejó atrás un árbol desagradable que estuvo a punto de interrumpir su avance y dobló un recodo hasta dar con otro claro circular.

Estaba ocupado. No por Cecily y James, sino por Jeremiah Russell, que parecía haberse librado de sus amigos y fumaba de mal humor, con la camisa medio desabotonada y el pelo desprovisto de casi todas las hojas que lo habían adornado, y que en su mayoría habían

desaparecido en el transcurso de la velada.

Se giró para mirar hacia Georgiana con un ligero interés cuando la muchacha se sacudió la suciedad que le manchaba uno de los guantes, y al verlo sintió una oleada de furia e indignación.

—Seguro que les sienta mal a los naranjos —le espetó con ira.

Contaba con muchas cosas con que reprenderlo, y fumar algo intenso era el menor de sus pecados, pero por algún lugar debía empezar.

—Seguro que a mí también, pero eso no es suficiente para detenerme —respondió.

Jeremiah estaba más taciturno y callado que de costumbre. Si lo había molestado cómo se habían torcido las cosas entre Frances y él, sin embargo, era enteramente su culpa.

—Pues… me alegro. Espero que te dé un síncope y… y mueras consumido —le escupió mientras se cruzaba de brazos y lo fulminaba con la mirada—. He oído lo que le has dicho a Frances, ¿sabes?

—Ah, ¿de verdad?

Él se puso en pie y, de pronto, Georgiana se dio cuenta de lo borracho que estaba, incluso más que ella. Lo sobrellevaba de otro modo —no se tambaleaba ni se trababa al hablar—, pero tenía los ojos tan inyectados en sangre que parecían carmesíes bajo la tenue luz del invernadero, y cada gesto que hacía parecía ralentizado como si vadeara por el agua. A pesar de todo, caminaba con firmeza, mientras que ella trastabillaba por el cansancio, y con la sensación de que en cualquier momento le fallarían las piernas.

—Pues sí, y creo que ha sido absurdo. Tú estás siendo absurdo. No puedes fingir que no sabías qué significabas para ella, Jeremiah, y todos vimos cómo os comportabais cuando estabais juntos. No lo entiendes…

—No —protestó, y su voz de pronto perdió buena parte de su languidez—. Tú sí que no lo entiendes. No eres la heredera única de

una enorme propiedad, señorita Ellers. No eres… Hay cosas que yo no… Sé que crees que todo es sumamente glamuroso, sumamente fácil, pero cargo responsabilidades sobre los hombros que jamás imaginarías. Cuando me case, no será por amor ni por atracción, sino una cuestión de negocios. No puedes asociarte con una persona… irresponsable, una persona que siempre está a punto de desmayarse sobre unos setos y que no tiene ningún límite. No es la mujer adecuada para mí, Georgiana. Pero en fin —Entornó los ojos y se rio por lo bajo con la cabeza ladeada para contemplarla—. Tú no comprendes las dificultades. Supongo que tú heredarás… ¿qué?, ¿una vaca?, ¿una vaca y una cajita apenas usada con el tabaco de mascar de tu padre?

—¡Cómo puedes estar ahí con una sonrisa en la cara y ser tan cruel! —Georgiana no tenía idea de qué había visto Frances o Annabelle Baker o nadie en aquel canalla arrogante y soberbio—. Eres… ¡eres un malnacido!

—Oh, no te pongas así, George.

De pronto, estaba demasiado cerca de ella, aunque Georgiana ni siquiera lo había visto moverse. El olor a alcohol de su aliento era tan potente que la joven se mareó. Era muy consciente de que estaban completamente a solas y alejados de todos, lo cual le resultaba incómodo y la hizo estremecerse, incluso en el ambiente cálido y húmedo del invernadero, cuando Jeremiah la recorrió de arriba abajo con la mirada. Como si la viera por primera vez, se fijó en el precario equilibrio de su vestido y en su aspecto desaliñado e inestable.

—No me llames así —dijo Georgiana en voz baja dando un paso atrás y subiéndose la sábana de forma consciente para que le cubriera más parte del torso—. Tú no tienes derecho a llamarme así.

Él se echó a reír, y el sonido la puso muy nerviosa. Un pánico desesperado empezaba a constreñirle los pulmones. Le parecía ridículo echar a correr o ponerse a gritar, pues Jeremiah no había hecho nada. Tan solo estaba borracho. Quizá aquel momento tan incómodo terminaría al cabo de unos instantes.

—Dios, ¿qué llevas puesto? Ven aquí —sugirió con tono grave y peligroso.

—No. —Georgiana dio un paso atrás.

—Que vengas aquí —repitió con aspereza, y esa vez Georgiana sí que intentó correr.

No tuvo en cuenta el vestido, y las piernas se enredaron de inmediato con la tela. Se preparó para el impacto contra el suelo, pero no sucedió. Jeremiah la cogió con fuerza por las muñecas y tiró de ella hacia arriba. Tal vez, pensó, tan solo la estaba ayudando a estabilizarse. Tal vez era un malentendido y la soltaría enseguida. Georgiana intentó apartarse, pero las manos de él la aferraban como una tenaza, y todo el aire salió de su cuerpo por la conmoción. Supo que había esperado que algo los interrumpiera, que alguien acudiera en su rescate, como había hecho Frances en la Cabaña de los Bastardos cuando Christopher la acorraló, pero no apareció nadie.

Jeremiah la apretó contra sí y le dio un fuerte beso. Georgiana se quedó paralizada con la esperanza de que la inmovilidad lo desanimara, pero la falta de reciprocidad no pareció inquietarlo lo más mínimo. Con una mano seguía sujetándola por la muñeca, mientras que la otra se desplazó hasta el cuello de ella, ignoró el hecho de que se estremecía ante su caricia, le recorrió la mandíbula y la apretó tan fuerte que Georgiana se preguntó si le había desgarrado la piel y le había provocado heridas con el tamaño y la forma exactos de sus dedos.

Su mano comenzó a descender por el pecho, y ella jadeó indignada cuando notó cómo los dedos de él avanzaban por debajo de la sábana y le estrujaban la carne sin miramientos. Una parte de su mente le repetía que era imposible que estuviera sucediendo aquello, pero el dolor insistía en que así era. Jeremiah tiró de la tela con una sola mano, y a Georgiana se le ocurrió de pronto que quizá estaba intentando quitarle el vestido. Respiró hondo para chillar, para intentar algo, lo que fuera, y entonces por suerte oyó ruidos de alguien que se movía entre los árboles tras ellos. Quienquiera que fuese se estaba alejando, pero la distracción bastó para que Jeremiah aflojara el agarre unos instantes y se girara para ver quién

los había sorprendido.

Georgiana solo necesitó aquellos instantes. Se recogió lo que quedaba de sus faldas y corrió torpemente en dirección contraria, incapaz de sentir alivio ni siquiera cuando el aire nocturno la golpeó, incapaz de detenerse hasta que hubo puesto cierta distancia entre ella y el olor de los naranjos. Uno de sus zapatos se quedó atrapado en el césped y se le salió, y Georgiana se detuvo un segundo para quitarse el otro, corriendo con las medias hasta que ya no pudo más.

Se había acercado lo suficiente a la casa para poder gritar y que alguien la oyera, y fue en aquel punto de relativa seguridad donde por fin se desplomó. Se recostó contra un murete e intentó respirar entre los sollozos que le aprisionaban la garganta.

Jeremiah no la había seguido. Georgiana no lo veía; no se encontraba en la puerta del invernadero ni recorría el promontorio en su dirección, así que no había necesidad inminente de huir de allí. No se lo imaginaba corriendo hacia ella e intentando agarrarla delante de los invitados, pero era un hombre muy respetado y querido. Quizá los asistentes se limitaban a observar en silencio cómo la arrastraba consigo.

Por irracional que fuera, aquel pensamiento le congeló la sangre en las venas. Se puso en pie a trompicones, ansiosa por regresar a casa. Lo que más deseaba en el mundo era que hubiese dispuesto que el carruaje de los Burton le proporcionara una fácil partida. Tenía un nudo en el pecho y algo urgente y ardiente que le subía por el estómago, como si fuera a vomitar en cualquier momento. Por más que quería respirar con un ritmo regular, no podía evitar tragar inestables bocanadas de aire.

Pensó nuevamente en Cecily y en su carruaje, y la idea de tener que relatar lo sucedido la agotó de inmediato, pero deseaba alejarse de Jeremiah Russell tanto como le fuera posible. Sabía que con el tiempo se encolerizaría hasta decir basta —ya notaba la rabia que nacía en su interior, todavía fuera de su alcance—, pero, ahora que lo peor de su miedo ya había disminuido un poco, lo único que sentía eran las náuseas y el cansancio.

Estaba más que harta de aquella noche, y por ende de todos los presentes. No soportaría experimentar nada más, ver a otra persona ebria ni mantener otra conversación absurda ni beber otra copa de vino. Necesitaba su casa, su cama y el familiar sonido de los ronquidos del señor Burton al otro lado de la pared para arrullarla hasta que se quedase dormida.

Resultaba extraño sentir claustrofobia en una propiedad que debía de abarcar setecientos u ochocientos acres. Mientras caminaba, miraba hacia atrás de manera compulsiva para asegurarse de que no la seguía ninguna sombra ni había nadie persiguiéndola, y en ese momento vio a Frances.

Se encontraba a cierta distancia, justo en la linde de la zona que había sido el improvisado campo de batalla. Estaba observando las verdes laderas que descendían hasta el lago, pero era claramente ella: la luz de la luna iluminaba el delicado contorno de su vestido blanco.

A Georgiana se le pasó por la cabeza que quizá debería ir junto a ella. No para intentar desenredar la maraña de su amistad mediante las disculpas y las razones y las explicaciones necesarias —había superado el nivel de cansancio hasta el punto de no saber por dónde empezar—, sino porque se le ocurrió que quizá Frances era la única persona que la comprendería de verdad. Recordó la expresión de temor de su amiga cuando Jonathan y ella corrieron en su ayuda en la cabaña, y de pronto supo con nefasta claridad lo que le había hecho Jeremiah de verdad.

Bajó los hombros al darse cuenta de que aquella noche no encontraría palabras para hablar con Frances. Tenía la muñeca irritada y el cuello rojo por donde Jeremiah se lo había agarrado. Iba a tener que esperar hasta la mañana siguiente. Estaba completamente exhausta.

—Tienes un aspecto espantoso.

Una voz la sobresaltó, y al levantar la mirada vio a lord Haverton a su lado, resplandeciente con un nuevo disfraz formado por un abrigo dorado revestido con hojas de verdad. Su tono no era acusatorio ni cruel, tan solo describía un hecho.

—Sí —respondió Georgiana, consciente de que sonaba derrotada por completo.

—No te lo estás pasando bien —añadió él. No lo formuló como una pregunta.

—Pues… no, lo cierto es que no —contestó a lo que debía de ser el mayor eufemismo del siglo.

—Vuelve a casa, entonces. Para ti la fiesta ya ha terminado.

—No tengo carruaje —lo informó con una débil sonrisa—. No encuentro a mis amigos.

Lord Haverton la estudió durante unos segundos.

—Yo sí tengo un carruaje —dijo—. Pero lo quiero de vuelta. Ese carruaje me gusta mucho. Y el hombre que lo conduce también.

Georgiana sintió un alivio tan arrollador que dio un torpe paso adelante y lo abrazó. Supo un segundo más tarde que probablemente se había excedido, y al separarse empezó a disculparse, pero él le dio una cariñosa palmada en la cabeza como si fuera un perro revoltoso y le indicó el camino.

El apuesto cochero no le preguntó nada, ni siquiera la miró sorprendido cuando ella subió al decorado vehículo blanco como si acabara de salir gateando de su propia tumba. Tan solo le preguntó su dirección, y se pusieron en marcha.

Georgiana le estuvo enormemente agradecida tanto por aquel amable gesto como por el silencio que guardó el hombre cuando ella se recostó en los cojines y cerró los ojos, feliz por alejarse de la noche más horrorosa que había vivido nunca.

Capítulo veinticinco

Georgiana llegó a casa mucho después de que los Burton se hubiesen acostado y a la mañana siguiente se despertó temprano con una profunda inquietud, cortesía de un estómago revuelto y horas de pesadillas inconexas. No dejó de revivir las espantosas imágenes de Betty, dolida y traicionada; de las manos de Frances, que temblaban en la habitación de la Cabaña de los Bastardos; de Jeremiah, que se cernía sobre ella en la oscuridad; y de Betty, engañada y envenenada y sollozando histérica mientras unos buenos samaritanos se la llevaban.

El sol acababa de salir. Incluso la suave luz rosada del astro rey era un tanto ofensiva para su retumbante cabeza. Se vistió deprisa y en silencio, y acto seguido bajó las escaleras para pedir el carruaje entre susurros, antes de que su tía se despertara y se lo prohibiese.

De todas las personas con las que se había cruzado en el mundo, la señorita Walters era la que menos merecía crueldad. Georgiana seguía confundida, pero sabía que, si iba a enderezar algo en su vida, debía comenzar con Betty.

Al llegar, le sorprendió que la casa de los Walters fuera preciosa y de buen gusto, ni demasiado grande ni demasiado pequeña, con un floreciente jardín repleto de una sucesión de olores dulces y pegajosos. Parecía bastante vieja, pero era evidente que a lo largo de los años la habían cuidado bien. Viviendo aún más lejos de la ciudad que los Burton, la señora Walters poseía una tierra amplia y había logrado que resultara muy agradable.

Después de haber admirado la casa, Georgiana esperó nerviosa en un frío y limpio salón a que una criada de rostro amistoso anunciara su llegada. En las escaleras apareció un hombre, que la miró y le dedicó un breve asentimiento antes de marcharse con un gran maletín de cuero, y Georgiana reparó con ansiedad en que debía de ser el médico. Al final oyó pasos en las escaleras, y la señora Walters entró en la estancia acompañada del brazo de Betty, que estaba pálida pero, por suerte, un poco más viva de lo que

Georgiana había temido. Un perrito desgreñado las seguía a la zaga y su inquieta mirada pasó de Georgiana a sus dueñas y a Georgiana de nuevo.

—Buenos días, señorita Ellers. Vayamos al jardín. —Betty sonaba increíblemente cansada, pero en su voz había más seguridad de la que Georgiana había oído nunca—. No pasa nada, abuela.

Se cogió del brazo de Georgiana y las dos juntas se dirigieron hacia el patio trasero con paso lento, y allí se sentaron, rodeadas por una multitud de rosas de todas las variedades y colores posibles. Guardaron silencio durante un minuto mientras escuchaban el canto de los pájaros y el zumbido de las abejas dormidas, hasta que Georgiana no pudo soportarlo más.

—Te veo bien, Betty…, todo lo bien que cabe esperar, quiero decir —empezó; las palabras salían de su boca a ráfagas—. Toma, te he traído un encaje que la señora Burton guardaba para mí y unas cuantas rosas silvestres y madreselvas del jardín. Es que no sabía qué darte para decir: «Siento haberte envenenado». De verdad que lo siento muchísimo, Betty. Fue un accidente. Bueno, no fue un accidente, por supuesto, pero mi intervención sí que fue accidental. Frances te metió algo en la bebida, y yo no tenía ni idea de que iría tan lejos… Es decir, debería haberlo pensado, debería haberlo sabido, pero… no se me ocurrió. —Se quedó sin aire.

Betty se la quedó mirando, pensativa.

—Fue horrible, ¿sabes? Nunca me he sentido tan… tan desconectada de mi propio cuerpo —aseguró con gravedad, y Georgiana asintió con una mueca—. Cuando dejé de sentirme mal, me animé por completo, y cuando llegó el carruaje al parecer creía que era una auténtica hada, una ninfa, y los Salisbury, el encantador matrimonio que me ayudaba, tuvieron que cogerme porque empecé a corretear sin parar diciendo que estaba «esparciendo mi magia». —Georgiana asintió de nuevo e intentó mantenerse impasible ante lo último—. Cuando llegué a casa, me puse muy pero que muy mal. De hecho, vomité sobre el Dandie Dinmont terrier de mi abuela.

A Georgiana la preocupaba echarse a reír y herir nuevamente los

sentimientos de Betty; para su alivio, Betty fue la primera en reírse.

—Lo siento mucho, Betty. Sé que en realidad no es divertido —dijo mientras intentaba recomponerse.

—No, no —terció Betty con suavidad—, sí que es bastante divertido. En cuanto terminé, el pobre se miró, se giró y también vomitó sobre la alfombra.

Las dos se echaron a reír, pero a continuación Georgiana volvió a ponerse seria.

—Me olvidé de ir en tu busca, Betty. Me olvidé de que te lo había prometido, y, en lugar de disculparme como merecías, te traté peor que mal. Sé que siempre tiendes a ser compasiva, pero mi comportamiento fue del todo imperdonable, y nadie te culparía si no volvieras a dirigirme la palabra nunca. Pero, si me lo permites, Betty, quiero compensártelo de algún modo.

Betty suspiró, y acto seguido se inclinó hacia delante y le dio una palmada en la mano.

—No voy a decir que esté todo olvidado, porque no lo está, pero aun recordándolo hoy no encuentro las fuerzas para enfadarme. Quizá tienes suerte de que no haya dormido nada, pero creo que puedo darte otra oportunidad. Y, además, nadie me había regalado nunca rosas silvestres.

Georgiana notó que se quitaba un peso del pecho. La amabilidad de Betty era un bálsamo, aunque supiera que no se la merecía.

—Gracias, Betty. De corazón. Siento lo de Frances; ha hecho gala de una pésima conducta, si bien no puedo fingir que toda la culpa sea suya. Yo me he comportado tan mal como ella. Dios, ojalá pudiera viajar atrás en el tiempo y decidir quedarme en casa y no asistir a esa maldita fiesta. Fue una pesadilla de principio a fin.

—Es un… Es un poco sinvergüenza a veces, ¿verdad que sí? —dijo Betty, y el hecho de que le hubiera costado tanto encontrar un insulto con que describir a alguien que literalmente la había envenenado hizo que Georgiana sintiera una oleada de afecto hacia

ella.

—Bueno, yo también —contestó Georgiana con remordimientos. Betty sonrió.

—¿Qué fue lo que hizo que el resto de la noche fuera tan repugnante para ti, si no te importa que te lo pregunte?

Georgiana iba a evitar responder, pues no le parecía el lugar ni el momento para hablar de sí misma, pero vio algo en los ojos amables de Betty o en el agradable entorno —o quizá fuera la certeza de que ni Betty ni su abuela la denunciarían por intento de asesinato— que la tranquilizó hasta el punto de querer contarle toda la historia.

Había que reconocer que Betty dio un brinco en los momentos adecuados, sobre todo cuando Georgiana llegó a la parte en que Thomas y ella se besaron, aunque lo relató por encima para no sorprender tanto a Betty como para que enfermara de nuevo. Fue intencionadamente ambigua con lo que creía que había ocurrido entre Frances y Jeremiah, y le costó un poco llegar al encuentro que había mantenido con él en el invernadero.

—Supongo que en la fiesta no habría ni un alma que me creyese, pero fui hasta allí en busca de Cecily, no dispuse quedar con él en absoluto. Estaba tan ebrio, Betty, tanto… Bueno, digamos que cuanto había tomado no tuvo el mismo efecto con él que contigo. No dejaba que me fuese. —Se rozó la muñeca con la otra mano, aunque no tenía ninguna marca—. Me besó e intentó… Creo que habría ido mucho más lejos si no nos hubiesen interrumpido.

Notó un nudo en la garganta, una masa sólida que amenazaba con ahogarla. Aun así, no lloró.

—Ay, Georgiana. Lo siento mucho. Es un animal. Un animal de verdad —dijo Betty, anonadada—. Si yo fuera…, en fin, si fuera un hombre, ¡lo atravesaría con una espada!

—¿De verdad lo harías, Betty? —Georgiana se rio.

—Pues… no, supongo que no, puesto que no me apetece ir a la

cárcel. Mi abuela dice que solo te permiten lavarte una vez al mes, ¡y sin jabón! Pero sí que me gustaría darle un buen sermón, cielos.

—Eso sí que me lo creo —dijo Georgiana con una sonrisa.

Le parecía cruel pensar que Betty le caía bien solo porque en su compañía no sentía presión ni la apremiante necesidad de impresionarla, pero quizá eso de la calma no estaba tan mal. Quizá era señal de que una estaba ante una amiga de verdad.

—Si te soy sincera, Betty, estoy perdida y no sé qué se supone que debo hacer ahora.

—Si me permites que sea tan atrevida como para darte un consejo, creo… creo que la sinceridad es la mejor opción, señorita Ellers. Cuéntale al señor Hawksley lo que ocurrió, cómo te sientes. Solo tú puedes decidir cómo proceder con tu amistad con la señorita Campbell, aunque debo decir, si tengo voz y voto, que preferiría que la metieran en la cárcel sin jabón ni amigas. —Lo dijo de corrido, pero luego se detuvo y pareció reconsiderarlo—. O quizá no, eso es demasiado atroz… Que tenga una o dos amigas, dos delincuentes. Imagino que en la prisión se hacen amigos de por vida, lo cual sería bastante interesante para ella…

—Tienes razón, Betty, claro —la interrumpió Georgiana antes de que la conversación se fuera de madre—. Debo solucionarlo. Solo espero… espero no haber destruido todas mis amistades sin posibilidad de reconducirlas.

Betty le dio una palmada en la mano que tenía sobre el banco y sonrió.

—Bueno, pase lo que pase, me tienes a mí, Georgiana. Puede que no sea tan divertida como los otros, pero se me dan bastante bien los juegos de cartas, y hasta la fecha no ha sido necesario llamar a ningún médico durante una de mis partidas.

***

Fue casi a la hora de comer cuando Georgiana regresó a casa de los Burton; el cielo, que previamente había lucido un azul despejado, se

había nublado bastante, y había empezado a lloviznar. Saltó del carruaje y echó a correr para huir de la lluvia y dirigirse a la puerta principal.

Antes de que pudiera abrirla, alguien lo hizo en su lugar.

Frances se encontraba en el umbral con un vestido impecable, por lo visto a punto de terminar de despedirse; se giró para lanzarle una benévola sonrisa a Georgiana, que tan solo pudo componer una expresión confundida como respuesta.

—¿Frances? ¿Estás…? Había salido, pero si quieres hablar…

—Ah, no te preocupes, George, ya he pasado una espléndida mañana hablando sin parar. No me queda nada que decir. Dejaré que os pongáis al día.

Asintió para despedirse con la misma sonrisa desconcertante y tranquila pintada en el rostro, y acto seguido comenzó a recorrer el camino de entrada con paso tranquilo. Su carruaje se detuvo para recibirla en el momento exacto.

Las palabras de su amiga tan solo la habían dejado más confundida aún, y Georgiana se apresuró a entrar en la casa, colgó el sombrero y se quitó los guantes.

—Señora Burton, yo…

Oyó que alguien se aclaraba la garganta; al darse la vuelta para ver quién era esa persona, estuvo a punto de soltar los guantes por la sorpresa.

Veía a la señora Burton por la puerta abierta del comedor, merodeando cerca de la mesa. Las siluetas sentadas delante de ella, rígidas en sus asientos y mirando a Georgiana por encima de dos tazas de té intactas, no eran sino sus padres.

—Pero estáis… ¿Qué estáis haciendo aquí? —dijo Georgiana, y durante unos instantes tuvo la sensación de que el tiempo había transcurrido sin que se diera cuenta.

No tenía la más mínima idea de por qué estaban allí. Hacía semanas

que no pensaba en ellos, y no le encontraba sentido alguno a verlos sentados en la misma mesa en la que ella llevaba los tres últimos meses desayunando.

—Tus padres estaban de camino a Londres, Georgiana, para arreglar unos asuntos… En fin, y yo les mandé una carta —la informó la señora Burton mientras retorcía una servilleta con las manos—. Para pedirles que te hicieran una visita, pues sabía que los echabas de menos. Y se les ha ocurrido hacer una parada en el camino y… y aquí los tienes.

El señor Ellers, vestido todo de marrón con un elegante bigote a juego, estaba encolerizado. La señora Ellers, que era la viva imagen que Georgiana sospechaba que adoptaría ella al cabo de veinticinco años, tenía unos cuantos cabellos grises de más que salpicaban su tenso peinado y aspecto demacrado. Si el aire del mar le había sentado bien, en la palidez de su rostro no había ningún indicio de mejoría.

—Aquí estamos, sí —masculló su padre entre dientes.

—No lo entiendo. ¿Frances estaba aquí? Y vosotros…

—Yo en tu lugar me mordería la lengua —le espetó la señora Ellers.

Georgiana se encogió tanto que casi dio un paso atrás.

—Siéntate.

Se sentó con un mal presentimiento en el estómago, tan intenso que amenazaba con hacer que se desplomara directamente sobre los tablones del suelo.

—Tu amiga, la señorita Campbell, nos acaba de informar de tu comportamiento, absolutamente censurable. Nos ha contado que has mantenido…, que has mantenido… —Su padre estaba tan furioso que, por lo visto, no lograba pronunciar todas las palabras seguidas.

—¿Que he mantenido qué? —preguntó Georgiana en una voz que apenas era más que un susurro. Su mente se aceleró deprisa al comprender la situación.

Era cierto que en los últimos tiempos había mantenido una actitud que la había llevado a hacer muchas cosas que su familia no aprobaría, pero no podía creer que Frances hubiera viajado hasta su casa para conversar con sus padres acerca de su tendencia a beber. Al fin y al cabo, casi siempre era Frances quien le ofrecía las botellas.

—Que has mantenido… ¡relaciones sexuales, Georgiana! —gritó su madre, y puso una mueca al articular esa expresión.

Georgiana se quedó tan anonadada que estuvo unos instantes sin habla. De todas las cosas que habría esperado que su madre le dijera después de estar tanto tiempo separadas, gritar la expresión *relaciones sexuales* no había sido una de ellas. Nunca había visto a sus padres tan alterados. Le lanzó una aterrorizada mirada a la señora Burton, pero su tía apartaba los ojos.

—¡Es rotundamente falso! —exclamó Georgiana, indignada, con una rabia que crecía hasta equipararse con la de su madre.

—La señorita Campbell estaba desconsolada, no sabía si contárnoslo o no, pero gracias a Dios que nos lo ha dicho, la verdad —dijo su padre, y golpeó la superficie de la mesa tan fuerte que las tazas de té tintinearon, nerviosas—. Estás fuera de control, Georgiana. Y eso se ha acabado.

—No lo entiendo —protestó Georgiana, mirando suplicante a uno y a otra—. ¿Qué es exactamente lo que se supone que he hecho?

—La señora Campbell dice que has estado retozando con un hombre —murmuró la señora Burton—. Que nos has mentido, Georgiana, que me has mentido a mí acerca de quién te acompañaba a las fiestas, acerca de dónde ibas… Fingías que te marchabas con los Campbell cuando en realidad te ibas con la joven Woodley y su amiga…

A Georgiana se le rompió un poco el corazón al oír la traición que teñía la voz de su tía.

—Señora Burton, por favor, le aseguro que…

—¡No! Ni una palabra más —le escupió su madre—. La señorita Campbell debería estar prometida con un tal señor Russell, al parecer. De verdad, ¿cómo has podido hacerle tal cosa a una muchacha a la que consideras tu amiga? Nos ha contado que has coqueteado con él, que te has comportado de modo inapropiado, y que los dos habéis… ¡Dios santo, Georgiana! Vas a ser la perdición de nuestra familia.

Georgiana seguía intentando encajar las piezas. ¿Coqueteando con Jeremiah? ¿Acostándose con Jeremiah? ¿Qué había poseído a Frances para inventarse esas cosas?

—¿Con el señor Russell? —Georgiana se volvió de nuevo hacia su tía—. Señora Burton, por favor, admito que he frecuentado compañías que no serían del todo de su aprobación, y es cierto que he asistido a algunas…, a algunas fiestas y a algunos encuentros que no eran del todo adecuados, pero en la vida he mirado al señor Russell de ese modo, y además…

—No lo niegues, Georgiana —terció el señor Ellers con gravedad—. La señorita Campbell dice que desapareciste con él en cierta cabaña. Nos ha contado que no había acompañantes, que sus padres se habían marchado, que creía que tu tía lo sabía. Y que le dejaste muy claro que fuiste a la planta de arriba con él y que hicisteis algo indescriptible.

—¿En la cabaña? Esa fue Frances, padre. ¡Fue Frances! Entiendo por qué no quería que se hiciera público lo que hizo, pero ¿por qué iba a asegurar que era yo…?

—Dice que ha intentado ayudarte, incluso perdonarte, pero que has traspasado la línea del perdón, Georgiana —añadió su madre mientras negaba con la cabeza—. Después de todo lo que ha hecho por ti, dice que anoche te vio besándote nuevamente con el señor Russell.

—Georgiana, dice que has intentado hacerle daño a la señorita Walters —dijo la señora Burton con tristeza—. Que le metiste algo en su bebida en un acto de pura crueldad.

Su madre estaba diciendo otra cosa, pero Georgiana no la oyó,

puesto que un extraño pitido en los oídos lo tapaba todo. De repente, muchas cosas empezaban a cobrar sentido. Por supuesto. ¡Por supuesto! Frances había sido la que los había interrumpido. Había visto lo que Jeremiah le había hecho en el invernadero de naranjos. Lo había visto tocándola, los había visto muy juntos en aquella cálida oscuridad y había sacado sus propias conclusiones. Por más furiosa que estuviera Georgiana, lo comprendía, y de alguna forma se quedó impresionada. Ella no habría sido capaz de urdir y ejecutar una venganza con tanta perfección ni siquiera en mil años.

—No culpo a mi hermana —soltó la señora Ellers con frialdad—. Jamás me habría imaginado que serías así, Georgiana, o de lo contrario habría hecho lo imposible por alejarte de los problemas. Solo espero que no sea demasiado tarde. Recoge tus cosas. Estoy convencida de que la Orden de Santa Lucía te aceptará hasta que decidamos qué hacer a continuación.

Georgiana sospechaba que la Orden de Santa Lucía era un convento. Aquella revelación anuló todos los ruidos que le nublaban la cabeza.

—No —susurró.

Su padre meneaba la cabeza.

—Ya está decidido.

—No. ¡No! No pienso ir, padre. No pienso ir. Soy culpable de juzgar mal a la gente, soy culpable de mentir… Le he mentido a usted, tía, y lo lamento profundamente, no se lo merecía. Pero no soy culpable de lo demás. No he fornicado con nadie. No he envenenado a Betty Walters. ¡Ni siquiera la propia Betty se lo cree! Acabo de ir a hablar con ella y ha sido muy pero que muy amable conmigo. Y no pienso irme… ¡No voy a ir!

—Quizá… —le comentó la señora Burton a su hermana, con la voz empapada de lágrimas—. Quizá sea mejor que le demos una oportunidad para…

—No —la cortó la señora Ellers levantándose—. Tu reputación está

hecha trizas, Georgiana. Y la nuestra también lo estará. Debemos pensar en el bien de todos los involucrados. ¿Qué vamos a hacer contigo ahora? ¿Cómo vamos a esperar que alguien desee casarse contigo? ¿Quién iba a aceptarte?

—¡No lo sé! —gritó Georgiana, y se puso en pie para igualar a su madre en estatura y en furia—. Antes no mostrabais demasiado interés para estar conmigo, así que ¿por qué os iba a importar ahora? No podéis ignorarme cuando me porto bien y estoy tranquila y hago todo lo que pedís sin quejarme, y luego intentar hacer de padres cuando por fin empiezo a vivir mi vida. Si tan solo intentáis recuperar la inversión, ¿por qué no me lleváis hasta los muelles y me vendéis al primer pirata que pase en un barco? ¡Estoy convencida de que compran cinco mil muchachas al año, aunque sea mercancía robada!

—No es un asunto que podamos tomarnos a risa, Georgiana —dijo el señor Ellers mientras se levantaba, de modo que todos estuvieron en pie alrededor de la mesa—. Vas a venir con nosotros ahora sin armar alboroto y vamos a… ¿Adónde te crees que vas?

Pero Georgiana ya se había marchado. Le resultaba claro que no podía decir nada para convencerlos, y ni siquiera sabía si era lo que deseaba. Lo único que lamentó fue ver la expresión de la señora Burton al huir. Era la única que merecía una disculpa y conocer la verdad.

Debía moverse a toda prisa, pero no iba a poder llamar al carruaje, claro. Desesperada, pensó adónde ir, y su mente voló hasta la casa de Betty, aun sabiendo que debía de encontrarse a por lo menos ocho millas campo a través. Betty sabía la verdad y podía ayudarla a limpiar su nombre. Betty le ofrecería cobijo. Aunque la señora Burton guiara a sus padres en esa dirección, iban a tener que escucharla, y con Betty a su lado. Y quizá entonces empezarían a comprenderlo.

La lluvia arreciaba, pero Georgiana no tenía otra alternativa más que seguir adelante. Agachó la cabeza y comenzó a correr hacia la casa de los Walters tan rápido como le permitían las cansadas piernas.

Capítulo veintiséis

Era bastante fácil saber qué dirección era el noroeste cuando una se encontraba en un jardín delantero que le resultaba conocido, pero, después de caminar dos horas bajo una lluvia torrencial, Georgiana no pudo encontrar la forma de salir de un charco y avanzaba en uno que le llegaba hasta los tobillos. Tenía el vestido pegado al cuerpo y su pelo era una maraña de mechones pesados y calados que debía apartarse constantemente de los ojos a fin de ver por dónde iba. De haber seguido el camino, habría llegado antes a algún lugar conocido, pero el pánico la había llevado a la alocada decisión de tomar una ruta más directa para acelerar el trayecto y evitar que la detuvieran. Ya había dado breves paseos por los campos y los bosques que rodeaban la casa de los Burton, y sabía que había muchos caminos y senderos fáciles de recorrer, pero tan alejada de la civilización no veía más que terreno ondulado en millas a la redonda.

No era un paisaje alentador.

Lo que Georgiana había interpretado como una rápida tormenta de verano no mostraba indicios de amainar, y, si bien la furia y el sentirse dolida la habían impulsado durante los primeros veinte minutos de trayecto, esas emociones se habían convertido en desesperación cuando se dio cuenta de que ya no podía seguir corriendo. Desde entonces, había ido avanzando entre el barro con la inquietante sensación de que había cometido un grave error. Debía admitir por fin que no tenía idea de dónde se encontraba.

De vez en cuando conseguía atisbar el débil resplandor del sol entre una nube espesa y utilizaba la posición de la estrella para reorientarse, pero al reflexionar al respecto ya no estaba del todo convencida de que la casa de Betty se encontrara en dirección noroeste. Estaba más o menos hacia el oeste, pero enseguida había aprendido que aquella información no bastaba para justificar una expedición solitaria sin ni siquiera un sombrero que la protegiera de la lluvia. Había planeado una escapada veloz e imaginado que a

esas alturas ya estaría con Betty y todo habría quedado explicado; sin embargo, había logrado perderse y calarse por completo en los páramos.

No había nada que pudiera hacer sino caminar y nada que hacer mientras caminaba sino pensar.

Georgiana comprendía por qué Frances estaba tan enfadada. Se hacía una idea de la escena que habían protagonizado a los ojos de su amiga y de lo traicionada que debía de sentirse. Quizá había ido demasiado lejos al presentarse en casa de la señora Burton antes de pedirle explicaciones a Georgiana y al intentar arruinarle la vida con mentiras y acusaciones injuriosas, y delante de sus padres, nada menos, pero Frances estaba dolida, y mucho. Georgiana deseaba verla para explicárselo, para contarle que ahora sabía con detalle la clase de persona que era Jeremiah y qué precio había tenido que pagar para descubrirlo.

Sus padres no podrían haber escogido un momento menos oportuno para aparecer a tomar una taza de té.

Georgiana no estaba preocupada por decepcionarlos, decidió. Era un tanto liberador admitir para sus adentros que, en realidad, ellos la habían decepcionado a ella durante mucho tiempo; era justo que les devolviera el favor. En un solo verano, los Burton habían conseguido involucrarse más en la vida de Georgiana que sus padres en toda su vida. Y era a la señora Burton a la que la muchacha visualizaba ahora, dolida y escandalizada y perpleja en el rincón del salón.

Sus padres bien podían irse al infierno, le traía sin cuidado.

Si algún día conseguía llegar a casa de los Walters, Betty le contaría a la señora Burton lo que había sucedido realmente en la fiesta. Aunque sus padres insistieran en encerrarla, por lo menos los Burton conocerían la verdad, y quizá entonces fueran capaces de convencer a su madre y a su padre para que no se comportaran de un modo tan medieval. Georgiana pensó con culpabilidad que iba a tener que ser casi sincera con la señora Burton si pretendía que su relación se restaurara y esperar que su tía considerara que beber y fumar un poco —y quizá algún que otro beso ilícito, si Georgiana se

armaba de valor para admitirlo— era menos horripilante que fornicar e intentar asesinar a alguien.

Pensar en aquel beso ilícito debería haberla llenado de una gran alegría, pero ahora no le provocaba más que un gélido arrepentimiento y una ansiedad que le embargaban el pecho. Era difícil desenredarlo todo: el aroma de las naranjas, la sensación de la suave mano de Thomas sobre su mandíbula, la expresión de él al ver el estado de Betty, el dolor que le causaban los dedos de Jeremiah al apretarle más y más la piel. Quería contarle a Thomas lo que había ocurrido, encontrar el hilo de la verdad y tirar de él, pero eso también significaba decirle lo que había hecho Jeremiah. Y ya le había costado mucho decírselo a Betty.

Desesperada, Georgiana consideró que se trataba de un embrollo extraordinario.

La Georgiana de unos tres meses atrás estaría tan impresionada como consternada al ver en quién se había convertido durante el verano. En los páramos, con tiempo y espacio sin fin para pensar en lo que la había llevado hasta allí, notó el impacto de la verdad. No había sido una buena amiga para Betty, quien solo deseaba compañía. No había sido una buena amiga para Frances, quien se había portado muy mal, sí, pero quien también había acudido a ella en busca de consuelo y de apoyo, y se había visto abandonada por Georgiana cuando más la necesitaba. Frances había estado en lo cierto: ella se había imaginado siendo alguien importante. Se había visualizado entre la sociedad londinense llegado el otoño, un triunfo tan grande que nadie recordaría que no tenía ningún derecho a estar entre la flor y nata de la capital. Se había imaginado que todo aquel poder y estatus estaba casi al alcance de su mano, algo tan ridículo como se le antojaba ahora. Nunca sería capaz de sustituir a Frances Campbell, y convertirse en la clase de persona que mentía y engañaba y abandonaba a amigas en los bailes no cambiaría ese hecho.

Todo lo que Thomas había dicho sobre ella era completa y desgraciadamente cierto.

Tanta reflexión no servía de nada si iba a morir en los páramos a consecuencia de una potente mezcla entre mal tiempo y una

estrepitosa falta de sentido común, por supuesto. La mera idea de cuánto iba a tener que esforzarse para enmendar su comportamiento debería haber sido motivo suficiente para rendirse, tumbarse boca abajo en la hierba y decidir no volver a ponerse nunca más en pie; no obstante, apretó los dientes y siguió adelante sin noción alguna de hacia dónde se dirigía, pero con la débil esperanza de acercarse aunque fuera un poco a la dirección correcta.

***

Cuando empezaron los relámpagos, Georgiana casi había llegado a un bosquecillo. Los árboles gruñían por el esfuerzo de mantenerse erguidos entre el viento tormentoso y se doblaban como si algo los atacara. Con los relámpagos llegaron los truenos, que se adueñaban del cielo y la hacían gritar por lo próximos que parecían. Georgiana creía haber oído decir que no era seguro ser el punto más alto en el paisaje cuando comenzaba a relampaguear, aunque quizá también fuera poco seguro cobijarse debajo del punto más alto de los alrededores, y contempló con gran suspicacia los árboles que previamente había considerado su salvación. Tras decidir que con toda probabilidad moriría ahogada si no lo hacía, optó por adentrarse en el bosque y buscar las raíces nudosas más secas donde refugiarse y sentarse para descansar las piernas hasta que el tiempo mejorara. Olía a musgo y a tierra húmeda, y Georgiana respiró hondo. Agradeció la relativa calma después de horas de sentir que el viento aullador le arrancaba el aire de los pulmones. Otro trueno retumbó y la lluvia siguió cayendo, pero el aire era espeso y pegajoso por el calor veraniego, y, a pesar del vestido empapado, la joven acabó recostándose en un duro pedazo de corteza con la sensación de que había gastado toda la fuerza física y emocional que guardaba en las reservas.

Se despertó con un sobresalto cuando un fuerte restallido pareció sacudir la tierra, y abrió los ojos de pronto a tiempo de ver nuevos rayos atravesando el cielo a poca distancia de donde estaba sentada, seguidos de otra ensordecedora explosión. Estaba temblando, ahora hacía mucho más frío, y para su terror se percató de que había anochecido.

Curiosamente, solo entonces se le ocurrió que debería tener miedo

de verdad. Si había sido incapaz de encontrar el camino de día, ¿cómo iba a lograrlo de noche? Y ¿cómo iba nadie a encontrarla si ni siquiera ella sabía dónde se encontraba? Lo único que podía hacer era quedarse sentada y aguardar a la luz de la mañana y esperar estar en lo cierto al recordar que en Inglaterra no quedaban lobos. Si hubiese tenido suficiente energía, tal vez se habría puesto a chillar. Por lo menos, sería una forma un tanto dramática de recibir a la muerte. A fin de cuentas, siempre había querido representar el papel protagonista de una historia majestuosa y apasionante.

Aunque debía admitir que no de una que terminaba como aquella.

No estaba del todo dormida, ni del todo despierta tampoco, cuando oyó un extraño ruido que no parecía formar parte de sus sueños. Iba acrecentándose, y, en cuanto se percató de qué era, se rasguñó las manos con las raíces del árbol en su prisa por levantarse para verlo bien. El alba intentaba abrirse paso y, en aquella penumbra rosada e irreal, un alazán galopaba en su dirección a través del prado con los flancos manchados de barro y el jinete inclinado sobre el cuello del animal.

Georgiana levantó los brazos e intentó gritar, pero se le moría la voz en la garganta. Por suerte, el jinete no necesitó que lo llamara. Se dirigió hacia ella y se detuvo bruscamente justo delante de los árboles, y acto seguido desmontó con un rápido movimiento, y al acercarse se quitó el sombrero que le oscurecía el rostro.

—Oh —murmuró Georgiana como una boba—. Oh. Qué… qué ridículo que estés aquí.

Thomas Hawksley estaba empapado, cubierto de barro, y lucía una expresión de honda preocupación que consiguió desbaratar los pobres esfuerzos que hacía Georgiana para no perder la compostura. La muchacha respiró hondo e intentó decir algo absurdo (por ejemplo: «¿Vienes a menudo por aquí?»), pero acabó rompiendo a llorar con gran estruendo y vertiendo lágrimas tan humillantes como horrorosas.

Él se le acercó, ya con los brazos abiertos, y ella los aceptó entre temblores a consecuencia del frío, el agotamiento y el alivio.

Thomas no la soltó durante un buen rato; cuando lo hizo, fue para quitarse el malogrado abrigo y rodearle los hombros con esmero. Georgiana se lo caló y retrocedió hasta las raíces del árbol para poder desplomarse mientras él se ocupaba de su caballo.

Todos los segundos en que no la tocaba le parecieron una pérdida terrible, y, cuando volvió para sentarse a su lado, ella le tendió una mano temblorosa. En cuanto notó los dedos cálidos y enguantados de él entrelazarse con los suyos, podría haber muerto de alegría. Lo miró a los ojos, y durante unos instantes todas las complicaciones desaparecieron; estar allí sentada y sujetarle la mano en tanto el alba quebraba el firmamento era lo que tenía que ser. Por sucio que estuviese Thomas, Georgiana sabía que en comparación ella debía de asemejarse a la estatua de un jardín que alguien había abandonado para que se pudriera. Giró la cabeza, de pronto consciente de su estado, y él pareció leerle los pensamientos y le ofreció un pañuelo para que se limpiara el rostro, colorado y manchado de lágrimas.

—¿Cómo…? ¿Cómo diantres me has encontrado? —le preguntó cuando se hubo repuesto y se hubo quitado el atractivo flujo de mocos de la nariz.

—Estás sentada en la única arboleda que hay en millas a la redonda. El único lugar distinguible, de hecho. En cuanto me he acercado a la zona adecuada, habría sido más difícil no encontrarte.

—Ah. Claro —dijo Georgiana—. Pero… ¿qué haces aquí?

—Por desgracia, la señora Burton era de la opinión de que tal vez hubieses muerto. Esta mañana he visitado a la señorita Walters para interesarme por su salud, y tu tía estaba allí con dos personas que aseguraban ser tus padres. Han dicho que llevabas muchas horas desaparecida, y que habían ido en carruaje hasta la casa de los Walters para ver si te encontraban ahí. Betty y tu tía estaban bastante… histéricas. —El recuerdo lo afectó un tanto, y a continuación se puso serio—. Eres tremendamente afortunada por tener a una amiga tan compasiva como Betty Walters.

—Lo sé —asintió Georgiana antes de respirar hondo—. Fui despreciable con ella, Thomas. Sé que lo fui. Ya le he dicho cuánto

lo siento, pero no basta. Seguiré diciéndoselo hasta que sepa que es la verdad. Tenías razón en la fiesta. Betty Walters es una buena amiga, y yo me he comportado como una auténtica granuja. He mostrado una imperdonable debilidad de carácter. Haré cuanto esté en mi poder para asegurarme de que no vuelve a suceder, porque esa… esa no es la clase de persona que quiero ser.

—Bueno. —Thomas suspiró, y luego le dedicó una débil sonrisa como si ella no fuera más que una idiota por la que sintiera cierta debilidad por accidente—. Me alegro de que sea así. Hace poco he decidido que me gustas mucho, y habría sido una lástima revocar mi decisión tan pronto.

Oír aquello le provocó tal alivio que Georgiana notó cómo nuevas lágrimas amenazaban con derramarse. Parpadeó para contenerlas con una inestable sonrisa.

—No puedo… No puedo culparte por haber pensado mal de mí. Lo he hecho todo peor que mal. ¿Estaban…? ¿Estaba la señora Burton muy enfadada?

—No, tan solo preocupada —la informó—. Todos estábamos preocupados.

—¿Y mis padres? —preguntó Georgiana, y vio la respuesta de él en su ceño fruncido antes de que le contestara.

—Ah… Sí. Bueno. Ellos sí que estaban un poco enfadados.

—No pretendía…, no sé, escaparme ni nada parecido —le aseguró con timidez—. Estaba en un apuro y no sabía qué hacer. De hecho, iba a visitar a Betty, pero… En fin, no se me da especialmente bien orientarme.

—¿Dónde crees que estamos ahora mismo? —le preguntó Thomas, y ella miró alrededor, como si los páramos le ofrecieran ese día más respuestas que el anterior.

—Pues… ¿a unas cinco millas al noroeste de la casa de los Burton? —dijo, esperanzada.

Él se echó a reír, pero no de forma cruel.

—Estás a solo dos millas de casa. Debes de haber avanzado en círculos. Si hubieses seguido así, seguro que no habrías encontrado más que páramos y páramos durante por lo menos otro día.

Georgiana se estremeció al pensarlo y se alegró de haber pasado una incómoda noche abrazada a un árbol en lugar de trastabillar en la oscuridad rumbo a su inevitable aniquilación.

—Gracias. Por venir a buscarme, quiero decir. A pesar de…, en fin, a pesar de todo.

—Puesto que apenas puedes llegar a cruzar un jardín o una bodega sin casi encontrar la muerte con una caída, pensé que alguien debía acudir en tu ayuda antes de que tropezaras en un acantilado —dijo, y le apretó la mano—. ¿Por qué tenías tanta prisa por ir a ver a la señorita Walters? Tu tía no ha conseguido explicar esa parte.

Georgiana respiró hondo, y acto seguido todo salió apresurado por sus labios.

—Frances se… se hizo una idea equivocada con una cosa. Creía que yo había hecho algo para hacerle daño, y, en lugar de preguntármelo, decidió ir directamente a la parte en que ejecutaba su venganza. Les contó mentiras horribles a mi tía y a mis padres. Quieren encerrarme porque creen que… que estoy totalmente arruinada. Sé por qué Frances está enfadada, de verdad que lo entiendo, pero ojalá me hubiese dado cinco segundos para que se lo explicara. Cree que estoy con Jeremiah, nada menos, entre todas las opciones absurdas… En fin. Ojalá no me hubiese visto con él en el invernadero…

—¿En el invernadero? —repitió Thomas con suavidad y recelo en la voz.

Georgiana intentó prepararse para decirlo en voz alta. Sabía que Jeremiah era el villano de la historia, pero seguía temiendo verbalizarlo. Sobre todo la parte en que la había forzado a pocos pies de distancia del lugar donde Thomas y ella se habían besado. No quería dar la impresión de que era una besadora en serie en invernaderos.

—Fui en busca de Cecily, pero lo encontré a él, y no me di cuenta de lo ebrio que estaba. Debería haberme ido, la verdad. Pero no… —Negó con la cabeza—. Él no debería haber hecho eso. Intenté alejarme, lo intenté de veras, pero era demasiado tarde y él me agarró y… no me soltaba.

—¿Que te hizo qué? —dijo Thomas lentamente.

—Sé que visto en retrospectiva no es para tanto. —Georgiana se encogió—. Un beso robado, seguro que sucede mil veces al día, pero… yo no quería besarlo, Thomas. Y no creo que él quisiera detenerse ahí. Me hizo daño, me insistió, y nos interrumpieron, gracias a Dios, pero fue… fue espantoso. No se pareció en nada a… En fin, a lo que sentí contigo.

Thomas se había quedado muy callado y miraba las manos de ambos. Ella quería incitarlo a hablar y sus nervios se incrementaron conforme se prolongaba el silencio de él, pero se mordió la lengua.

—Voy a matarlo —afirmó al fin.

—No, no lo vas a matar —protestó Georgiana apretándole la palma de la mano con el pulgar. El roce pareció ayudarlo a recuperar el sentido común.

—No, no lo voy a matar —dijo, y suspiró y negó con la cabeza antes de mirarla a los ojos—. Pero Dios santo, Georgiana, alguien debería hacerlo. ¿Estás…? ¿Estás herida? ¿Estás bien?

—Un poco. No lo sé. Si no lo estoy ahora del todo, creo que lo estaré —respondió, y de forma inconsciente se llevó los dedos al cuello con la esperanza de estar bien en el futuro.

—Sabía que Jeremiah estaba perdido —confesó, desconsolado—, pero no tan perdido. Quizá lo tuve delante de mí y no lo vi o no quise verlo. Alguien debe hacer algo, alguien debe conseguir que entre en razón.

—Por favor, no lo hagas —dijo Georgiana, e intentó quitarle hierro al asunto—. De verdad. Betty dice que en la cárcel no hay jabón.

Thomas no se rio. La miró fijamente y buscó indicios de violencia,

y, mientras ella lo observaba, los ojos de él le recorrieron el cuello del vestido. Con una insoportable amabilidad, tiró del dobladillo y levantó la tela un dedo o dos para taparle la piel. Georgiana todavía no había buscado heridas allí, no había querido verse marcada por la mano de Jeremiah, pero supo por la expresión sombría de Thomas que lo estaba.

Por alguna razón, estaba avergonzada y cohibida, como si aquello fuera prueba de algún error suyo, pero al mirar a Thomas lo vio a punto de echarse a llorar. Le puso una mano en la cara para intentar ofrecerle un poco de consuelo, y él se la cogió y le plantó un beso en la punta de los dedos.

—Lo siento —dijo.

Georgiana se mordió el labio y meditó unos instantes antes de volver a tomar la palabra.

—Se acostó con Frances, ¿sabes? —murmuró—. No creo… No creo que quisiera hacerlo conmigo. No del todo.

Él aspiró una buena bocanada de aire, y luego lo soltó poco a poco.

—Debería haber… Si hubiese prestado atención y hubiera mirado más allá de mis narices, quizá podría haberlo evitado. Tú, la señorita Campbell… ¿Cuántas personas han sufrido porque yo no he podido ver en qué se ha convertido?

—Esas personas han sufrido por culpa suya, Thomas —añadió Georgiana—. No por culpa tuya. No es tu deber salvar a todo el mundo. —Tendió una mano y le rozó el brazo con suavidad—. Aunque hoy has llevado a cabo la espléndida labor de salvarme a mí. Ahora si consigo convencer a la señora Burton de que no he recorrido la campiña estando en celo…

Thomas emitió una breve carcajada al oírlo, como había pretendido ella.

—No me cabe ninguna duda de que en este preciso momento Betty está intentando limpiar tu nombre de corazón, si bien quizá le cueste. Cuando me he marchado, la pobre estaba tan preocupada

que no resultaba coherente.

—Deberíamos poner fin a su angustia —sugirió Georgiana.

Thomas asintió. Estaba a punto de levantarse cuando de pronto vaciló.

—Georgiana, tengo que advertirte… No voy a perder ni un segundo más de mi tiempo en esta maldita vida. No voy a ver cómo la gente miente y bebe hasta casi morir y se alientan unos a otros a cometer nuevas y espantosas aventuras… Es demasiado para mí. No puedo… Veo a mi hermano, Georgiana. Cada vez. Veo todo lo que he perdido. Creía que si me apartaba de Jeremiah, si me apartaba de mis viejos amigos, perdería el último fragmento de mí mismo al que me aferraba con desesperación, pero ahora veo que no perdería nada. He terminado con el hombre que era, y no pienso avergonzar la memoria de Edward fingiendo lo contrario. Necesito… necesito aprender a sobrellevar las cosas según mis propios términos.

Irradiaba una ligera ansiedad, como si Georgiana fuera a proclamar que no se imaginaba nada peor que renunciar a las fiestas y al melodrama y a la interminable despreocupación de la alta sociedad, que ya la habían agotado.

—¿Sabes? Estoy bastante cansada de todo eso —dijo—. Te confesaré que nada me haría más feliz que acabar el verano jugando a las cartas con Betty, si me acepta a su lado, y echándome largas siestas y disfrutando de un poco de paz y tranquilidad.

—Yo no me imagino nada mejor —asintió Thomas, la expresión suavizada por el alivio.

—Como comprenderás, puede que para cenar beba una copa de vino —lo avisó Georgiana—. Quizá me emborrache un poco si me toca escuchar una de las historias sobre chirivías de la señora Burton. Pero tranquilo, Thomas. No hace falta que te preocupes.

—No será tarea fácil, ya que siempre haces que me preocupe enormemente —dijo.

Le agarró las frías manos con las suyas, y con los pulgares le rozó

las muñecas en el punto donde le latía el pulso. Georgiana pensó que tal vez se desmayaría por el puro placer de la caricia antes de decidir que sería muy absurdo.

—Mis intenciones apenas importan si mis padres consiguen su objetivo y me llevan a rastras a arrepentirme de todos mis pecados como Dios manda, por supuesto —se limitó a decir con un suspiro.

Thomas la estrechó y ella se recostó contra su cuerpo, maravillada ante la idea de que la ingente cantidad de barro que los cubría a los dos no fuera en absoluto desagradable.

—Me gustará ver cómo lo intentan —le aseguró, y le rozó la frente con los labios al hablar—. No pienso dejar que te lleven aunque de por medio haya espadas, sabuesos o fuego del infierno.

—No te preocupes —lo tranquilizó Georgiana con una sonrisa—. No creo que sea para tanto.

Capítulo veintisiete

Georgiana regresó a casa de los Burton empapada, más sucia de lo que había estado nunca, y preparada para la batalla. No estaba del todo segura de qué iba a decirles a sus padres, pero tener a Thomas a su lado —la ayudó a descender del caballo, la acompañó cuando abrió la puerta principal— tranquilizó sus nervios y la armó de valor para lo que la esperase en el interior.

Sin embargo, no debería haberse preocupado. En cuanto la señora Burton la vio agotada y embarrada, con los ojos hinchados después de tanto llorar y pálidos regueros de lágrimas que le decoraban las mejillas, corrió a darle un fuerte abrazo.

—¡Georgiana! Cuánto me alegro de que estés bien. —Lloró contra el pelo mojado de la muchacha.

Georgiana sabía que en esos instantes no debía de ser una persona a la que fuera demasiado agradable abrazar, si bien apretó a su tía tanto como pudo para demostrarle lo agradecida que se sentía.

Quizá la señora Burton esperaba presenciar unas muestras de afecto parecidas por parte de los padres de la muchacha. El señor y la señora Ellers se limitaron a quedarse en el recibidor y a mirarla con el mismo ceño fruncido. Su padre añadió un tic nervioso en la sien. El señor Burton, que a todas luces deseaba estar lo más lejos posible de aquella conversación sin tener que salir de la casa, se encontraba en la puerta del salón con rostro aliviado pero inquieto.

—Sea como fuere —tomó la palabra su madre—, esta pequeña distracción ha terminado. Se acabaron las tácticas para retrasar lo inevitable, se acabaron los arrebatos de histeria. Vas a venir con nosotros.

—¿Distracción? —exclamó la señora Burton mientras soltaba a Georgiana y miraba a su hermana—. ¡Podría haberse caído! ¡Podría haber muerto!

—Quería llamar nuestra atención, y lo ha conseguido —comentó la señora Ellers sin alterarse—. Eso no cambia nada.

—Si me permiten —empezó a decir Thomas—, hay algunas circunstancias de las cuales quizá no están al corriente…

—Estoy perfectamente al corriente de lo que ha sucedido o de lo que esta joven afirma que ha sucedido. —El señor Ellers movió la mano hacia la puerta abierta del comedor, donde Georgiana vio a Betty Walters en pie apretando un pañuelo con las manos. Era obvio que había estado llorando, pero en ese momento intentaba esbozar una suerte de sonrisa en dirección de su amiga—. Tal vez haya unas cuantas discrepancias entre la historia que nos contó la señorita Campbell y la que nos acaba de relatar la señorita Walters, pero sigue siendo un hecho que nuestra hija ha asistido a fiestas sin ir acompañada, que ha bebido y ha sido vulnerable a los acosos de toda clase de canallas y sinvergüenzas…

—Señor Ellers —terció Thomas con frialdad, quizá consciente de que el discurso también lo incluía a él—, le aseguro que…

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Thomas Hawksley, y debo decir que disiento con la mayor de las rotundidades…

Calló de pronto porque la señora Burton se le había acercado y le había dado una palmada en el brazo.

—No se preocupe, señor Hawksley —le dijo antes de girarse hacia los padres de Georgiana y erguirse cuan alta era—. Yo me encargo a partir de ahora.

—¿Que tú qué? —le espetó la señora Ellers—. Me temo que este asunto ya no te incumbe.

—Vais a escuchar lo que tenga que decir mi esposa —saltó el señor Burton de repente. Todo el mundo se volvió para mirarlo, sorprendido durante unos instantes por el mero hecho de que hubiese tomado la palabra.

—Sí. ¡Sí! Ya me has oído, Mary —dijo la señora Burton, animada

por el apoyo de su esposo. Georgiana intercambió una mirada de perplejidad con Betty, que se había cubierto la boca con una mano —. No voy a negar que Georgiana ha tomado decisiones cuestionables, y es culpa mía por no haber sabido vigilarla mejor. No, no, Georgiana, es cierto. Sé que ya no eres una niña, pero mientras vivas aquí soy tu protectora, y te he fallado. Te he fallado. Pero no pienso quedarme aquí y permitir que tú —señaló hacia la señora Ellers, cuya boca se había abierto de par en par por la conmoción— la culpes y la avergüences e intentes castigarla cuando la señorita Walters acaba de contarnos lo que el repugnante señor Russell le ha hecho. No es una delincuente, no es el demonio; es solo una joven que ha cometido algunos errores y que ha pagado un alto precio por ellos. Y no lo voy a permitir más. Necesita descansar. Necesita que alguien cuide de ella. Necesita ponerse manos a la obra, sí, y tiene mucho que hacer si desea que volvamos a confiar en ella, pero no voy a dejar que os la llevéis a ninguna parte, y si queréis intentarlo vais a tener que regresar aquí con todos los militares que haya en Inglaterra. Me enfrentaré a todos ellos. Lo digo de corazón, Mary.

—Es absurdo —saltó el señor Ellers dando un paso hacia Georgiana —. Es nuestra hija. Nosotros decidimos lo que es mejor para ella y el mejor modo de lidiar con lo sucedido.

—Creo —dijo Thomas con una mano protectora sobre el hombro de Georgiana— que la decisión ya está tomada. ¿Georgiana?

—Voy a quedarme aquí —afirmó la joven con los ojos llorosos— todo el tiempo que mi tía y mi tío acepten acogerme.

—Espléndido —asintió la señora Burton. Se cruzó de brazos y fulminó al señor y a la señora Ellers con la mirada como si fueran dos ratas que habían aparecido en el pasillo y no dos miembros de su propia familia. Georgiana tuvo la sensación de que sus padres nunca se habían sentido tan pequeños—. Asunto concluido, pues.

***

El resto del día pasó volando. Los padres de Georgiana se marcharon después de intercambiar unas cuantas frases más con la señora Burton en el camino del jardín. Thomas se quedó el

suficiente tiempo como para que la señora Burton dejara de inquietarse y comenzó a lanzarle a Georgiana sonrisillas cómplices, hasta que la muchacha puso los ojos en blanco y le dijo que se fuera a casa a descansar un poco.

Betty no se movió. Le señaló a Georgiana el piso de arriba con alegría y le aseguró que la esperaría en el salón mientras se afanaba con su bordado —«De todos modos, mi abuela hoy no necesita el carruaje, es su día de descanso, así que puedo quedarme todo el tiempo que quieras, de verdad»—, mientras la señora Burton le pedía a Emmeline que le preparara un baño a su sobrina.

—Lo siento mucho, señora Burton —se disculpó Georgiana, apesadumbrada, cuando su tía la guio hacia la planta de arriba—. De veras. Le prometo que me portaré mejor. No han hecho más que ser amables conmigo, y yo me he comportado de un modo infame.

—Ay, calla. Ya me enfadaré más tarde contigo, Georgiana, pero ahora mismo soy incapaz de reunir el valor para ello —respondió su tía mientras se enjugaba los ojos y la despedía para que se diese un baño.

Georgiana recibió el agua caliente como si fuera una bendición. Notó cómo al sumergirse el líquido suavizaba todos sus músculos, que habían sufrido una gran tensión. Se desprendió de tanto barro que le dio la sensación de que se había pasado semanas acampada en los páramos lodosos, no una mísera noche.

Las marcas de su cuello se transformaban en unas horrendas nubes púrpuras, amarillas y verdes; las recorrió con los dedos, puso una mueca y, finalmente, sus pensamientos se dirigieron hacia la mano que las había causado.

Thomas creía que podría haber detenido a Jeremiah Russell de haber sabido hasta qué punto se había perdido. Georgiana se encontraba en la incómoda posición de no solo saber, sino de haber experimentado en sus propias carnes hasta qué punto estaba fuera de control. En la seguridad de su hogar —pues aquel ya era su hogar, como pensó entre lágrimas—, el cansancio se apoderó de ella, y estuvo tentada de pasar página de lo ocurrido. De dejar de hablar de ello. De expulsarlo de su cabeza e intentar olvidarlo.

No obstante, no la abandonaba la idea de que Jeremiah volvería a hacer lo mismo… y algo peor. Era improbable que Frances le contara a nadie lo que había sucedido entre ambos aquella noche en la cabaña —fuera o no su culpa, acabaría arruinada—, pero quizá Georgiana sí podía decirlo y, aun así, mantener una parte de sí misma intacta. Aunque la tildaran de ramera y de mentirosa, aunque medio condado tomara partido por él, tal vez valdría la pena sembrar la semilla de la duda; tal vez entonces las mujeres se apartarían y los padres se lo pensarían dos veces antes de dejar a sus hijas en compañía de Jeremiah Russell. Quizá la sociedad murmuraría sobre ella, quizá le costaría encontrar a otro hombre que la aceptara en caso de que Thomas le echase un nuevo vistazo y decidiera cambiar de opinión, pero había muchas formas de terminar arruinada, y Georgiana se había dado cuenta de cuál era la que le importaba menos de todas.

Ahora sabía por qué deseaba que aquella historia en particular llegase a su fin.

Se durmió un poco después del baño, pero no se permitió bajar la guardia por completo y se pasó el resto del día en un estado de intensa inquietud, incapaz de explicárselo a la señora Burton, quien con toda probabilidad lo interpretó como un agotamiento nervioso.

Invitaron a Betty a cenar. Georgiana no comió demasiado, a pesar de los intentos de su tía, y Betty no dejó de lanzarle preocupadas miradas de reojo mientras devoraba su porción de tarta.

Más tarde, cuando al final se encontró a solas con su amiga, Georgiana le susurró al oído y le contó el plan que había empezado a fraguarse en su cabeza en algún punto entre la tarta y el pudin que ella no había tocado. Betty se puso un poco nerviosa, pero asintió con el mejor de los ánimos.

Al cabo de unas horas, en cuanto los Burton se hubieron acostado y Betty teóricamente había regresado a casa, Georgiana se sentó de nuevo junto a la puerta y escuchó con atención hasta percibir el ruido de los cascos sobre el camino. Tan pronto como llegó el carruaje, subió lo más sigilosamente posible, y cuando el vehículo arrancó ella miró por la ventana sin decir nada, sin reparar en lo tensa y rígida que estaba hasta que Betty le dio una reconfortante

palmada en la mano.

—Gracias, Betty —le susurró cuando llegaron a su destino—. Si no te importa, creo que tengo que hacerlo sola.

Georgiana salió del carruaje y recorrió el último tramo del gran camino de entrada temblando un poco, aunque no sabía si era por los nervios, por el aire nocturno o por el cansancio. A pesar de la hora tardía, muchas habitaciones de la planta baja de la casa seguían iluminadas. Vacilante, Georgiana llamó a la puerta; una parte de ella rezaba por que no respondiera nadie y pudiese marcharse de allí como si no se hubiese presentado.

Un criado abrió la puerta y se dispuso a entregar su mensaje mientras ella aguardaba insegura en el umbral. Cuando el hombre regresó, sin embargo, lo hizo a solas. La informó de que su señora estaba «indispuesta». Georgiana valoró la posibilidad de insistir con ahínco —incluso, muy brevemente, de empujarlo y correr hacia las profundidades de la casa—, pero se limitó a darle las gracias para que pensara que se marchaba.

En lugar de regresar junto al carruaje, alzó la mirada y acto seguido se apresuró a dirigirse hacia el lateral de la casa, con la esperanza de que ningún encargado con vista de lince le disparara en el acto. Llegó hasta los jardines traseros, el césped que tan bien conocía. Detrás de los ventanales cerrados, vio lo que andaba buscando.

Frances estaba sentada, cenando con sus amigos. Bajo la luz de las velas parecía taciturna y cansada, con un vestido que caía sin contemplaciones sobre sus hombros, y aferraba una copa llena de vino con una mano. Jonathan estaba hablando con Jane; Cecily escuchaba a Christopher, que gesticulaba con el tenedor al hablar. Desprendían una especie de resplandor sobrenatural al estar acomodados bajo la luz tenue del salón, pero la escena de la que antes Georgiana se moría por formar parte ahora le resultaba un tanto distinta. No veía juventud ni vivacidad ni glamur; veía a personas más viejas que la edad que tenían, personas que a menudo eran más infelices que felices, personas con deseos y necesidades a menudo insatisfechos. Incluso en ese momento, después de todo lo ocurrido, no podía enfadarse con Frances. Su amiga estaba muy delgada, bastante demacrada, y la luz de las velas arrojaba sombras

en las hendiduras de sus mejillas. Georgiana creía comprender un poco cómo se sentía después de haberse pasado unos cuantos meses intentando seguirle el ritmo, aunque no imaginaba la mella que haría en cualquiera vivir así durante toda la existencia.

Se los quedó mirando, durante unos instantes cautivada todavía por ellos, y entonces Frances levantó la vista y la miró a los ojos. Georgiana pensó que Frances fingiría que no la había visto o que quizá le enviaría a los sabuesos de su padre para que la expulsaran de allí antes de hablar con ella. Sin embargo, se levantó entre tambaleos y se encaminó hacia los ventanales. El resto de sus amigos se giraron para ver cómo los abría y se enfrentaba a Georgiana.

—¿Qué? —le soltó sin rodeos.

—Frances…

Georgiana no sabía por dónde empezar. En el carruaje había estado decidida, pero ahora le temblaba la voz. Jonathan se irguió lentamente de la silla y se acercó para colocarse junto a Frances, sin decir nada, con expresión precavida.

—He venido a decir que lo que viste, lo que creíste ver entre Jeremiah y yo, no fue una especie de abrazo romántico. Si no nos hubieses interrumpido… En fin, me da miedo pensar lo que me habría hecho. Me alegro de que estuvieras allí. Me salvaste, aun sin pretenderlo. Te prometo que no fui a buscarlo, que no quedé con él. Fui en busca de Cecily y entonces… él me atacó, Frances.

Frances respiró hondo al asimilar aquello. No dijo nada, pero Georgiana vio en sus ojos que la comprendía y en el hundimiento de sus hombros que una parte de la rabia la abandonaba. Durante unos instantes, sintió alivio. Frances la creía. Estaba convencida. Jonathan también parecía creerla. Había arqueado las cejas tanto que el pelo casi las ocultaba, y observaba el rostro de Frances con tiento, como si quisiera interpretarlo.

—Y quería decirte…, quería decirte que lo siento. No he sido una buena amiga, sobre todo cuando tú necesitabas una. No creo que eso justifique lo que le hiciste a Betty ni lo que intentaste hacerme a

mí, pero entiendo por qué lo hiciste, aun cuando habría preferido que no hubieras hecho. Y una cosa más —prosiguió, y bajó la voz hasta emitir casi un suspiro—. Lo que ocurrió aquella noche, Frances, me hizo darme cuenta de que creo que en la cabaña Jeremiah también te atacó a ti.

El cambio en Frances fue instantáneo, aunque su expresión no se alterara en absoluto. Tan solo irguió un poco los hombros y ladeó ligeramente la cabeza para contemplar a Georgiana.

—No tienes ni idea de qué estás hablando —le espetó con voz fría y arisca—. Y yo en tu lugar no iría por ahí repitiendo el cuento que te has inventado.

Después de todo lo que había soportado recientemente, a Georgiana la sorprendió que aquellas palabras todavía pudieran dolerle en el alma.

—Frances, no te lo digo para hacerte daño. Intentaste arruinarme, le hiciste daño a Betty y debería estar muy enfadada contigo, que lo estoy, pero esto es más importante. ¿Por qué habría acudido a ti si no? Por favor… Debes saber que no estás sola en esto.

—La necesidad patológica que sientes por ser el centro de atención me está agotando —dijo Frances, casi aburrida—. No eres la protagonista de nuestras vidas, Georgiana. No eres ni siquiera especialmente interesante. No me extraña que hayas urdido algo de este calibre, que hayas proyectado todo tu melodrama sobre mi persona…

—No me he inventado nada —saltó Georgiana con las mejillas coloradas por la frustración—. Él… me dejó marcas, Frances. —Se bajó la tela del vestido. Frances se la quedó mirando sin pronunciar palabra, pero Georgiana vio cómo Jonathan se sobresaltaba al verlo y que miraba hacia atrás, hacia el lugar que ocupaban Jane, Cecily y Christopher, quienes observaban la escena en silencio—. Es de esa clase de hombres. Las dos lo sabemos. Tanto da lo que haya pasado entre nosotras… Me importas. Creo… creo que habría que llevarlo ante la justicia. Quiero contarle a la gente lo que me hizo. No voy a contar tu historia en tu nombre ni te voy a pedir que la cuentes, puesto que es decisión tuya y de nadie más. Pero necesito a mi

amiga… —Se le rompió la voz, e intentó tragarse el nudo de la garganta—. Necesito saber que tengo tu apoyo en este asunto.

Era consciente de que Frances aborrecía la debilidad, pero no pudo evitarlo; se sentía débil. Llevaba dos días sin dormir bien. Se sentía desnuda y expuesta, y cuanto más la miraba Frances con frialdad, como si estuviera loca, más difícil le resultaba formar pensamientos coherentes.

—No tengo nada más que decirte —le respondió Frances.

Georgiana supo en ese momento que la había perdido. Fue un dolor violento y ardiente, como si le hubieran disparado en el pecho. Un verano entero de amistad —y todo lo que habían compartido— que se extinguía en un solo día.

—¿Por qué? —acabó preguntando, y detestó que sonara a una súplica desesperada.

—¿Por qué? —repitió Frances con tono burlón—. ¿Que por qué? ¿De verdad crees que puedes aferrarte a mí, a todos mis amigos, y jugar a ser rica e importante y a tener contactos para siempre? Este no ha sido nunca tu mundo, Georgiana. Solo estabas de visita. Estabas ahí porque me divertías… Ahora ya no me diviertes. No le encuentro ni un ápice de entretenimiento a relacionarme con muchachas que intentan usurparme y que luego descubren que no pueden mantener el ritmo; jóvenes que desean pasárselo bien y experimentar la gloria, pero que lanzan acusaciones por doquier cuando la situación las sobrepasa…

—¡Te hizo daño, Frances! —gritó Georgiana—. Las dos lo sabemos. Jonathan lo sabe. Y debes saber que te estoy contando la verdad. Lo que te pasó no fue culpa tuya. Es un hombre peligroso, y estoy segura de que lo ha hecho antes. ¿Qué me dices de Kitty, la del verano pasado? ¿Qué me dices de Annabelle Baker? Lo volverá a hacer. Jeremiah… ¿Jonathan?

Se giró hacia él, desesperada, en busca de ayuda. Estaba pálido y apretaba la mandíbula; parecía que iba a decir algo, pero al final negó con la cabeza tristemente y miró a Frances, quien le clavó los ojos con sombría determinación.

Georgiana se percató de que todos estaban unidos y, ahora que ya no estaba con ellos, estaba en contra de ellos. Cuanto dijera Frances sería la verdad y Jonathan no le llevaría la contraria. Iban a vivir para siempre en aquella mentira y harían las paces con esa falacia.

Georgiana no podía. Los empujó a ambos y se adentró en el salón. Con ríos de lágrimas de frustración en las mejillas, miró hacia Cecily, hacia Jane.

—Vosotras sabéis que digo la verdad, ¿a que sí? ¿Por qué no intervenís? ¿Por qué no hacéis algo para variar? Erais mis amigas —dijo lastimosamente.

Cecily estaba llorando con una mano sobre los labios, pero no la miró a los ojos. Jane sí, pero su expresión no revelaba nada. Christopher tuvo la osadía de sonreír.

Por su culpa, Georgiana tuvo la sensación de que era una niña pequeña en pleno berrinche. Fue como si estuviese en una pesadilla o, mejor dicho, como si hubiera despertado de un largo sueño en que todos se habían preocupado por ella de corazón, y tuviese que enfrentarse a la verdad de pronto.

—Sal de mi casa —le dijo Frances con los brazos cruzados.

—Por favor, Frances…

—Que salgas de mi casa —le repitió, pronunciando con esmero cada palabra.

Georgiana echó un último vistazo a la estancia. Miró a Jonathan, a quien había considerado un verdadero amigo, pero lo vio bajar los ojos hasta el suelo, y entonces se rindió.

Salió de la estancia, a duras penas capaz de verse los pies a consecuencia de las lágrimas. Oyó la carcajada de Christopher tras ella, una risotada cruel, despreocupada, desdeñosa. Ya casi había llegado al camino de entrada cuando tropezó y se desplomó sobre la gravilla, embargada por el cansancio y la angustia. Se quedó arrodillada donde se había caído y empezó a llorar. No intentó levantarse, pues presentía que las piernas no podrían sostenerla. Los

ruidos que emitía sonaban casi animales. Se llevó una mano a la boca para intentar silenciarlos, pero en su interior algo se había liberado y no podía parar.

Había esperado sentir rabia y frustración, sí, pero una parte muy boba de sí misma había imaginado que iba a ser capaz de conservarlo todo. Verbalizar lo ocurrido y, aun así, conservar a Frances de algún modo.

Pero Frances no podía enfrentarse a lo que Jeremiah le había hecho, y Georgiana no podía dar la espalda a lo ocurrido. Era imposible que su amistad se recompusiera: sus realidades divergían. Aceptar a Georgiana en su vida significaría aceptar que todo había pasado tal como Georgiana lo había relatado, y eso era algo que Frances no estaba dispuesta a admitir.

Georgiana seguía sollozando en el suelo cuando oyó pasos que hacían crujir la gravilla. De pronto, Betty estaba junto a ella, la rodeaba con los brazos y la tranquilizaba acariciándole la espalda como si fuera un bebé enfermo.

—Ya está, ya está —murmuró, y dejó que Georgiana llorara mientras le daba suaves y torpes palmadas en la cabeza—. Todo irá bien, ya lo verás. ¿Qué es lo que se suele decir? Después de la tormenta viene… algo. Ay, Dios, ¿qué era? ¿Viene la luz? No era así… Bueno, da igual; la cuestión es que ahora la tormenta arrecia, pero no va a llover eternamente.

Capítulo veintiocho

A la mañana siguiente, Georgiana se despertó confundida y ojerosa después de haber dormido durante doce largas horas. Se quedó un rato sentada en su diminuto tocador, donde incidía levemente el sol de media mañana, para meditar sobre sus siguientes pasos. Las cosas se habían salido de madre, pero estaba en su haber la posibilidad de coger las riendas del resto de su historia. Para ello debía hacer algo que había evitado durante buena parte del verano: contar la verdad.

En primer lugar, tenía que hablar con la señora Burton.

—Es un canalla. Un sinvergüenza. No me puedo creer que te haya hecho eso, pobrecita mía —le dijo su tía entre lágrimas después de que Georgiana le hubiese narrado cuanto había ocurrido entre Jeremiah y ella. La señora Burton ya lo había oído, pero en la versión indirecta y un tanto abreviada de una consternada Betty. El relato extendido pareció afectar profundamente a la mujer, y Georgiana se vio en la extraña posición de tener que consolar a la señora Burton, y no al contrario.

—Estoy bien, señora Burton. O lo estaré. Pero tiene razón, es un canalla. Y la cuestión es que… creo que todo el mundo debería saberlo.

—¿Estás segura? —le preguntó su tía mientras le cogía la mano—. En cuanto salga a la luz, Georgiana, no podrás retirarlo.

—Lo sé —asintió la muchacha con tristeza—. Pero es tan cierto para él como para mí. Yo quizá pierda la buena imagen que tenga de mí la gente de la ciudad, pero, si a él le ocurre lo mismo, habrá merecido la pena.

—Muy bien —dijo la señora Burton envalentonada—. Muy bien. Escribiré… Creo que les mandaré una carta a todas las personas decentes a las cuales conozco. Y… también le mandaré una carta a su madre.

Sonaba tan decidida que Georgiana se alegró muchísimo de contar con ella en su bando. Su tía podría haberse puesto en su contra, podría haberle pedido que lo guardara en un cajón para protegerlos a todos de la vergüenza y el ridículo; el hecho de que no se lo hubiese pedido, habida cuenta de que vivía y moría por lo que los vecinos pensaran de ella, resultaba muy valiente e implicaba una lealtad que iba más allá de lo que la propia Georgiana se había atrevido a soñar.

—Debo advertirte: con toda seguridad la gente hablará, Georgiana, y no me cabe ninguna duda de que se dirán muchas cosas espantosas sobre ti. Jeremiah no se va a quedar de brazos cruzados y querrá contestar, y su familia defenderá su nombre hasta las últimas consecuencias. Pero nosotros sabemos que llevamos la razón. Espero que eso te brinde cierto consuelo. En mi caso, es así.

Fiel a su palabra, la señora Burton se pasó casi todo el día inmersa en las cartas, inclinada sobre el escritorio de su esposo, escribiendo y reescribiendo durante horas, hasta que quedó satisfecha con lo que había rubricado. El señor Burton había salido a dar un larguísimo paseo. En opinión de Georgiana, su tío se había marchado con suma alegría. La joven fue a buscar papel y tinta en un momento dado y le dio un cariñoso beso a la señora Burton en la cabeza, lo cual provocó que su tía se sobresaltara un poco y emitiera un divertido graznido de sorpresa.

En su habitación de la primera planta, Georgiana también escribió sus propias cartas; una para Jonathan y otra para Cecily. Incluso escribió una para la señorita Annabelle Baker, y con un pálpito anotó la dirección de la Orden de Santa Lucía. Parecía un acto del todo desesperado, pero no pudo descansar hasta que hubo terminado. No esperaba recibir ni una sola respuesta. Tan solo esperaba que sus palabras apelaran a una parte tierna y secreta de los demás que quisiera hacer lo correcto, o por lo menos a la parte que detestaba a Jeremiah Russell casi tanto como ella.

La última carta que escribió fue la más fácil de redactar.

Querido Thomas:

En primer lugar, debo darte las gracias de nuevo, y ofrécele también

mi más sincero agradecimiento a tu espléndido caballo.

En segundo lugar, creo que es justo que te diga que Frances y yo hemos cortado lazos de forma definitiva. Lamento la forma en que nos marchamos, pero no temas, pues Betty y mi tía me han cuidado muy bien. Quizá me están cuidando demasiado bien, si existe tal posibilidad. Me han obligado a comer ingentes cantidades de pan y de queso, y me he dado numerosos baños.

Es probable que sea escandaloso que te lo cuente —me refiero a lo de los baños—, así que espero que estés escandalizado, como debe ser.

He decidido explicar la verdad sobre Jeremiah. Espero que entiendas mis motivos para hacerlo y que no afecte a la relación que mantenemos tú y yo. Si te afecta, fingiré que soy fuerte en mis convicciones, fingiré que me trae sin cuidado lo que piensas y te diré que no me importa lo más mínimo que estés en desacuerdo. Frances ha tomado otra decisión, pero no voy a pensar mal de ella por ello. No hay un camino correcto, creo, para hacer esto…, solo lo que sea correcto para mí.

Por favor, ven pronto. Deseo verte, y no creo que mi tía me deje volver a salir de casa en la vida. En sus manos, es posible que muera pronto, lapidada debajo de una montaña de pan y de queso.

Con todo TODO mi cariño,

Georgiana

La respuesta llegó aquella misma noche.

Georgiana:

Sería enormemente vergonzoso por tu parte que murieras después del gigantesco esfuerzo que hice para rescatarte de los páramos cual héroe. Por favor, no eches a perder todo mi duro afán tan pronto. Trata de permanecer en este plano mortal por lo menos un poco más.

Espero que sepas que voy a apoyarte en tu decisión, por supuesto. Tengo la sensación de que soy la clase de bobo que te apoyará en

cualquier asunto de forma incondicional. Si algún día decides presentarte a Primera Ministra, ignoraré las burlas de mis colegas y empapelaré la ciudad con carteles con tu rostro y seguiré incluso cuando comiencen a arrojarme frutas y verduras podridas.

Iré a visitarte de inmediato, aunque solo sea para arrebatar el pan y el queso de las benévolas manos de la señora Burton.

Voy a ignorar educadamente la mención a los baños.

Enteramente tuyo,

Thomas

***

La señora Burton se puso un poco nerviosa cuando llegó una invitación dirigida a Georgiana para ir a cenar con los Hawksley. La muchacha no podía culpar a su tía y no lamentó el tiempo que invirtió para asegurarle que el padre de Thomas iba a asistir de verdad, y que, por lo tanto, en su visita no había nada que temer. Durante un tiempo, se le antojó probable que le impidieran asistir, como castigo por el censurable comportamiento del que había hecho gala durante el verano; sin embargo, la señora Burton cedió durante la cena, pues en el fondo no era sino una romántica.

En cuanto la hubieron convencido y dejó atrás los recelos, la señora Burton se alegró enormemente de la invitación y ayudó a Georgiana a prepararse con entusiasmo, e incluso le prestó algunas de sus mejores joyas.

A lo largo del trayecto, los nervios se adueñaron de Georgiana. Había intentado prepararse para la imagen de la casa de Thomas, con la sensación de que varios meses de fiestas en los lugares más decadentes de los alrededores la habían anestesiado con respecto a la majestuosidad de los grandes caserones, pero el de los Hawksley la dejó sin aliento de todos modos. Llegaron por un largo y serpenteante camino de entrada, flanqueado por árboles a ambos lados, creando así una arcada frondosa que se abría para mostrar una espléndida propiedad. La casa estaba construida con piedras de color crema, bellamente cubiertas por la hiedra que crecía sin

control. Un pequeño grupo de criados apareció ante ellos para asegurarse de que el carruaje, los caballos y el cochero recibían los cuidados apropiados, y la simple presencia de los sirvientes bastó para intimidarla. Pero entonces salió Thomas por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja, y todos los temores de la muchacha se disiparon.

—Me da la sensación de que les podría haber pedido que me llevaran en volandas hasta la casa y no me habrían dejado en el suelo hasta llegar a la mesa del comedor —observó cuando él le agarró la mano y la ayudó a bajar del carruaje.

—Sandeces. Eso solo me lo hacen a mí. A ti te habrían lanzado al suelo.

El señor Hawksley padre estaba encantado de verla y le besó la mano con gran efusividad. Los tres se sentaron a cenar en un comedor grande y espacioso en que fácilmente habrían cabido sesenta invitados. Thomas asistió con una sonrisa al interesante debate sobre literatura en que se adentraron su padre y ella. Después del plato principal, hubo una pausa en la conversación, y el señor James Hawksley se aclaró la garganta.

—Hace poco recibí una carta, señorita Ellers, de parte de tu tía. Me contaba unos sorprendentes hechos acerca de nuestro amigo, el señor Russell.

—Ya no es nuestro amigo —se obligó a puntualizar Thomas—. Solo lamento haber tardado tanto en darme cuenta.

—Eres demasiado duro contigo mismo —le dijo su padre—. No eres el responsable de todas las maldades del mundo.

Thomas suspiró y negó con la cabeza, como si no quisiera creerlo.

—Me temo que tengo que añadir que también he recibido una carta de la señora Elizabeth Russell, que tiempo atrás fue una buena amiga mía, como Jeremiah lo era de nuestro Thomas. Está decidida a hacer correr la voz de que su hijo es un buen hombre, de una familia respetada, y que cualquier acusación que sugiera lo contrario es de naturaleza difamatoria. No hablaba demasiado bien

de ti, la verdad sea dicha, aunque no mencionaba tu nombre. ¿Quieres que te muestre la carta?

—No, no. No es necesario —respondió Georgiana enseguida.

Leer la carta no le haría ningún bien. Ya había sabido que podía ocurrir, por supuesto, pero quizá había sido ingenua al pensar que los Russell tal vez sintieran demasiada vergüenza como para contestar a los rumores de forma directa.

—Sé que quizá no lo parece, pero creo que es una buena señal, Georgiana —le dijo Thomas con sinceridad mientras le tomaba la mano—. Si no les hubiera llegado la información por varias vías, a través de canales respetables, se habrían limitado a ignorarla. Que se sientan obligados a defenderse significa que hay gente, gente cuya opinión ellos respetan, que debe de creerte.

—Supongo que sí. Aunque no estoy segura de que saber que me están calumniando por todo el condado me haga sentir mejor. —Georgiana tenía mucho calor y le dio un reconfortante sorbo a la copa de vino—. A veces creo que estoy exagerando, y que eso es justo lo que la gente piensa.

—No. Eres tú quien está en posesión de la verdad, querida —le aseguró el señor Hawksley con firmeza—. Siempre habrá gente que no te crea, o gente que te crea y considere que no es más que un asunto juvenil e inofensivo, pero dudo de que entre ellos haya una sola persona que desee que le hagan el mismo daño que a ti. Y ahí reside el quid de la cuestión: a ti te hicieron daño.

En un acto reflejo, Georgiana se llevó una mano a los moratones del cuello, que empezaban a desaparecer, aunque el verdadero daño que le había hecho Jeremiah no le había dejado ninguna marca discernible. De pronto, sintió que iba a echarse a llorar y se clavó las uñas con fuerza en la palma de la mano para contenerse. Al parecer, el señor Hawksley se dio cuenta.

—Thomas, ¿serías tan amable de ir a pedir que traigan el oporto? De hecho, si quieres puedes ir a por el mío en mi despacho. Ya sabes dónde guardo la llave del armarito.

Thomas le lanzó una mirada a Georgiana, pero se levantó, obediente, y abandonó la estancia.

—Señorita Ellers, no voy a fingir que imagino lo que debes de sentir en estos momentos —continuó el señor Hawksley—, pero te aseguro que cuentas con el apoyo de todos los varones Hawksley. Aunque estoy convencido de que no hace falta que te lo diga. Thomas parece estar enamoriscado de ti.

Se lo comentó con un resplandor en los ojos tan pícaro que Georgiana se rio aun sin quererlo. Al poco, el hombre se puso serio de nuevo.

—Sé que he depositado una carga demasiado grande sobre los hombros de Thomas. Ahora tal vez yo te parezca una compañía maravillosa, pero te aseguro que tengo días malos. Días muy malos. Thomas los ha soportado todos, a pesar de que a él le pesan las mismas pérdidas que a mí. Seguro que te ha contado la… la desgracia que nos ha sobrevenido como familia. Hace mucho tiempo que no lo veo disfrutar de la compañía de nadie. Aquí, en Highbourne, no ha invitado a ningún amigo. Cuando Rashmi, mi mujer, vivía, esta casa siempre estaba llena de alegría. Estaba acostumbrada a tener cerca a la familia. Sé que cuando se mudó aquí se encontró fuera de lugar, así que intentó serlo absolutamente todo para sus hijos. No quería que se perdieran nada: celebrábamos el Diwali y luego empezábamos los preparativos para la Navidad. Los criados siempre estaban confusos, pero ¡Dios!, a Edward y a Thomas les encantaba. —Suspiró—. Aquel muchacho que reía sin descanso llevaba mucho tiempo ausente. La vida de Thomas se había reducido a moverse por la casa, a dar largos paseos a caballo, a hablar lo justo y necesario. Tan solo hacía vida social cuando me acompañaba a mí para evitar que me pudriera en mi estudio. —Esbozó una sonrisa triste—. No ha sido justo para él. Me ha hecho de padre, cuando debería haber sido a la inversa. No te lo digo para que te compadezcas de él ni para añadirte una presión inmerecida sobre los hombros, pero es que es maravilloso verlo contento de nuevo, señorita Ellers. Le has dado la posibilidad de ser feliz, la certeza de que esa opción todavía existe para él. Y te estoy enormemente agradecido por ello.

—Me preocupa… —murmuró Georgiana—. A veces me preocupa

provocar más problemas que dicha. Este verano no me he comportado demasiado bien, señor Hawksley. Intento no culparme por lo que sucedió con el señor Russell, pero en ocasiones me pregunto si no me lo merecí después de haberme equivocado tanto. Y… y no deseo causarle a Thomas más molestias después de todo lo que ha tenido que soportar.

—Querida, no voy a hablar de lo que ha sucedido ni de la forma escandalosa en que tal vez te hayas portado, pero sé con absoluta certeza que jamás serías la culpable de las acciones de Jeremiah Russell, y también sé que Thomas no es un hombre que se acobarde solo porque algo resulte complicado. No eres una muchacha que provoque problemas. Eres la muchacha que ha empezado a gustarle a mi hijo. A mí también me gustas, aunque ni que decir tiene que no tanto como a él, y lo que debas afrontar ahora, si los dos estáis hechos el uno para el otro, lo afrontaréis juntos.

—Yo… Gracias, señor Hawksley.

Georgiana estaba tan sobrepasada que a duras penas sabía qué hacer, pero se contentó con ponerse en pie y darle un beso en la mejilla.

—Vamos, vamos —dijo el hombre, sonrojado, mientras la despedía con un gesto y con expresión de satisfacción.

—Thomas lleva un buen rato buscando el oporto, ¿no le parece?

—Sí —asintió—. Y más que va a tardar. Hace cerca de cuatro meses que perdí esa llave.

Capítulo veintinueve

El señor Burton seguía tan taciturno como siempre, pero para demostrarle a su sobrina que la apoyaba había tomado por costumbre darle alentadores apretones en el hombro siempre que se cruzaba con ella, gestos que quizá expresaban más que las palabras. Georgiana visitó la biblioteca una mañana y se encontró con una selección de libros nuevos, atados con esmero con un lazo como si alguien acabara de comprarlos. El señor Burton no confirmó ni desmintió que se los regalaba él, pero la señora Burton suspiró y puso los ojos en blanco cuando Georgiana se lo preguntó, y así supo la joven que su tío había tanteado una nueva manera de levantarle el ánimo… y que había acertado de lleno.

Aunque la señora Burton había perdonado por completo a Georgiana por su comportamiento durante el verano, no transigía en lo que respectaba a la iglesia. A Georgiana la aterrorizaba el trayecto hasta St. Anne's del domingo siguiente, así como la posibilidad de ver a Cecily, a Jane o, Dios no lo quisiera, a la mismísima Frances. La señora Burton estaba convencida de que su sobrina necesitaba mostrarse y parecer una muchacha respetable, y a esas alturas todo el mundo ya sabía lo que había ocurrido entre Jeremiah y ella. Georgiana no creía que un cuello alto o unos lazos blancos de más en su sombrero fueran a decantar la opinión pública a su favor, pero aun así aceptó las exigencias de la señora Burton, consciente de que no eran sino producto de su amabilidad.

Thomas iría a la iglesia para apoyarla, y sabía que Betty también asistiría. Con la señora Burton frunciendo el ceño a su lado (y el señor Burton ligeramente avergonzado por lo acontecido, pero junto a ambas de todos modos), Georgiana contaría con un minúsculo ejército formado por soldados poco convencionales dispuestos a defender su honor.

Llegaron temprano. Era un día precioso, aunque Georgiana apenas se fijó. El sol de agosto, que ya brillaba inclemente, se vio suavizado por una agradable brisa matutina, y los jardines de la iglesia

resplandecían con una cacofonía de flores silvestres.

Georgiana mantuvo la vista clavada en el suelo cuando entraron y se dirigieron a sus asientos, y notó los ojos de los demás perforándole la nuca en todo momento. Su tía había insistido en que se sentaran en las primeras filas, para demostrar que no tenían nada de lo que avergonzarse, pero Georgiana le había suplicado que escogieran un lugar menos ostentoso y había ganado aquella batalla en particular. Una vez que se hubo sentado, pudo observar a los demás asistentes conforme llegaban y conversaban en el pasillo y cerca de las hileras de bancos. Thomas todavía no había aparecido. Betty estaba allí con su abuela y la saludó con gran entusiasmo desde la otra punta de la iglesia.

Cuando Cecily entró, Georgiana se quedó sin aire. Se preparó para un enfrentamiento, pero no tenía por qué preocuparse. Cecily pasó delante de ella como si no la hubiese visto —quizá, de hecho, no la había visto— y se sentó en uno de los primeros bancos. Cuando Jane entró, miró de reojo en dirección de Georgiana y siguió caminando. Christopher fue el único en reparar en ella. La miró a la cara y le dedicó un guiño desagradable y libidinoso que obviamente pretendía acobardarla… y que lo consiguió.

La señora Burton iba enumerando a quiénes había escrito y quiénes habían respondido, pero tuvo el suficiente tacto de comentárselo solo a su esposo, consciente de que su sobrina no estaba de humor para escucharla. Georgiana se atrevió a mirar hacia la puerta antes de que empezara el servicio y se quedó paralizada con el corazón en la garganta; Frances Campbell se encontraba en la entrada, vestida con sus mejores galas de domingo, con aspecto un tanto pálido e incómodo.

El vicario estaba ocupando su lugar y hojeaba la Biblia, pero Frances todavía no se había sentado, sino que miraba tras de sí como si esperara a alguien. En cuanto entraron algunos de los rezagados —Thomas no se encontraba entre ellos, como observó Georgiana con una punzada de preocupación—, vio que el rostro de Frances se iluminaba de pronto con alegría. Al parecer, hablaba con alguien que aguardaba al otro lado de la puerta. Tras alargar el cuello de forma poco elegante, Georgiana divisó la manga de un hombre que gesticulaba en su dirección. El desconocido se movió y

dio un paso hacia ella, y en ese momento la muchacha vio de quién se trataba.

Georgiana se puso en pie de pronto, y la señora Burton la miró de manera inquisitiva.

—Es que… necesito un poco de aire, tía. Enseguida vuelvo.

La mujer le dio a Georgiana una palmada en el brazo, pero no amagó con impedirle que se marchara.

Georgiana recorrió el banco y se encaminó hacia la puerta, agradecida de que hubiera tanto ruido como para que su partida pasara desapercibida.

Jeremiah Russell se encontraba ya en el pasillo principal junto a Frances y le insistía con gestos para que lo siguiera. Georgiana no estaba preparada para la oleada de rabia y odio que creció en su pecho al verlo. Deseaba huir de allí… No, deseaba golpearlo; deseaba golpearlo y luego huir de allí a toda prisa para no volver a cruzarse nunca con él. Frances se resistía y negaba con la cabeza cuando Jeremiah intentó que se marcharan juntos, y de repente él le agarró el brazo con fuerza y tiró de ella para caminar hacia el cementerio, donde era poco probable que los molestaran.

Georgiana vaciló unos instantes, pero al final los siguió. Estaban hablando en susurros, y Frances siseaba las respuestas. Georgiana percibió la profunda tensión que vibraba entre ellos en el ceño fruncido de Jeremiah y en los hombros encorvados de Frances, pero era incapaz de descifrar con exactitud qué estaba ocurriendo. Quizá, pensó en un arrebato de locura, se habían reconciliado. Quizá Frances había corroborado la versión de él si eso significaba que Jeremiah volviese a verla con buenos ojos. Georgiana sabía que la mayoría de las familias pudientes habían cerrado filas para protegerlo, pero seguro que Frances no iba a creer una mentira tan grande de un hombre que la había tratado de forma tan aborrecible, ¿verdad?

Mientras se les acercaba, intentando en todo momento permanecer oculta entre los árboles, Georgiana oía el alcohol que teñía la voz de Jeremiah. Farfullaba sin parar, como si ya llevara varias horas

bebiendo. Tal vez ni siquiera se había acostado; no parecía que hubiera descansado demasiado. Cada vez hablaba más y más alto, y Frances iba encogiéndose conforme lo oía.

—La situación se está descontrolando. Ha empezado a afectar… Los caballeros cancelan las reuniones que tenían conmigo. Mis propios padres me miran como si fuera una especie de…, una especie de delincuente, Frances, y esto tiene que terminar. Incluso recibí una carta de Annabelle, nada menos, desde aquel maldito convento, y también de sus padres, lanzando toda clase de acusaciones. Sé que fui descortés contigo, sé… Reconozco que las cosas no salieron como esperábamos…

—¿No salieron como esperábamos, Jeremiah? —La incredulidad carcomía la voz de Frances—. Yo creo que salieron exactamente como tú esperabas.

—Por favor, Frances. Estoy… en una posición muy complicada. —Ahora esgrimía un tono adulador, y Georgiana arrugó la nariz con repulsión—. ¿No podemos… atesorar lo que tuvimos, recordar lo que fue y dejarlo en el pasado?

—Verás, Jeremiah. Es difícil atesorar un puñado de buenos recuerdos cuando sabes lo que ocurrió después —le espetó.

—Ah, sí, pobrecita señorita Campbell. Todo el mundo dice siempre que eres la viva imagen de la inocencia, por supuesto. Si se te ocurre a hablar mal de mí, espero que sepas que tengo mucho que decir acerca de tu propio proceder, y a nadie le costaría lo más mínimo creer que tú…

—Cállate, Jeremiah —le dijo Frances con frialdad—. Estás poniéndote en ridículo. No hace falta que te preocupes. No pienso implicarme en ninguno de tus embrollos.

Georgiana vio que una parte de la tensión abandonaba los hombros de Jeremiah. Estaba tan borracho que se balanceaba sin parar. Al observarlo, ya no veía a un joven rico y atractivo; veía a un beodo depravado, a un joven egoísta y descontrolado que nunca había tenido que hacer frente a las consecuencias de sus actos y que reaccionaba como un niño llorón cuando se le acercaban. Frances lo

contemplaba como si por fin viera lo mismo.

—Sé que lo hiciste —murmuró lanzándole una mirada desafiante—. Puede que no lo grite a los cuatro vientos, pero quiero que sepas que sé exactamente qué tipo de hombre eres. Sé… sé que George decía la verdad.

Los dedos de Georgiana aferraron con fuerza la rama del árbol que la ocultaba. No había sabido hasta ese momento cuánto significaría todavía para ella oír a Frances pronunciar aquellas palabras.

—Esa… esa odiosa fulana —gruñó Jeremiah. Había cogido a Frances de nuevo por el brazo. Ella intentó liberarse, pero él no la soltó y se le acercó más—. Es una mentirosa, Frances, es una mentirosa y una ramera que vino hacia mí suplicando que le…

—Suéltame, Jeremiah. Por el amor de Dios, ¡me estás haciendo daño!

Frances se revolvió e intentó zafarse de los dedos de él, pero Jeremiah le sonreía triunfal, claramente disfrutando al verla forcejear y perder. Georgiana no pudo soportarlo más.

—¡Suéltala! —gritó.

Salió de su escondrijo, y Jeremiah miró alrededor, sorprendido. Frances aprovechó la oportunidad para liberarse y dar un paso atrás. Los ojos de Jeremiah se clavaron en Georgiana y, tan pronto como vieron a quién estaban mirando, se entornaron.

—¡Tú! ¡Pretendes arruinarme! —chilló.

Georgiana intentó apartarse de su alcance cuando él echó a correr en su dirección, pero no lo consiguió. Jeremiah la cogió por los hombros, y ella vio de cerca lo rojos y desenfocados que tenía los ojos. Su aliento, que apestaba a alcohol y a tabaco, la abrumó cuando intentó soltarse, y de pronto había regresado al invernadero de naranjos con un grito atascado en la garganta. Jeremiah parecía totalmente perdido, como si toda razón lo hubiera abandonado tiempo atrás. No servía de nada intentar refutar lo que le había dicho; era cierto, y de todos modos no pensaba escucharla.

Georgiana intentó liberarse en vano.

—¡Frances! ¡Ve a buscar ayuda! —gritó.

Jeremiah le hizo perder el equilibrio hasta que la joven cayó en el suelo y se dio un fuerte golpe con una lápida. Al intentar levantarse, notó un dolor atroz que le surgía en la sien. Con los ojos medio cerrados, vio que Frances procuraba alejarse, pero Jeremiah había echado a correr hacia ella. Georgiana buscó algo que arrojarle y encontró una piedra grande, que le lanzó con toda la fuerza que pudo reunir. El guijarro rebotó en la pierna de él y no le hizo daño alguno, pero volvió a llamar su atención, y así Frances pudo escapar.

Georgiana logró levantarse apoyándose en la lápida, pero en ese momento Jeremiah llegó junto a ella. Con un rápido movimiento, le retorció el brazo detrás de la espalda y se lo apretó tanto que seguramente se lo había roto. Era muy fuerte, incluso tan ebrio, algo que Georgiana odiaba.

—Retíralo —le espetaba—. Admite que eres una mentirosa. Dile a todo el mundo lo que sucedió de verdad. Que me lo pediste tú.

—No —respondió Georgiana con la voz temblorosa, y para sus adentros se maravilló de su propia estupidez.

Furioso, Jeremiah respiró hondo con los ojos como platos, y de pronto le dio tal tirón a su brazo que tuvo la sensación de que se lo había arrancado. Ahora sí que oyó Georgiana un crujido, tan alto y distinguible como se oyó a sí misma chillar. Nunca había proferido un ruido como aquel, y la sorprendió bastante ser capaz de aullar de ese modo. Se cayó al suelo y se sujetó el brazo inútil y dolorido con el otro, mientras entornaba los ojos y se preguntaba si iba a vomitar. Jeremiah parecía verdaderamente sorprendido por cuanto acababa de hacer, estaba incluso a punto de disculparse y avanzaba hacia ella con paso tambaleante y los brazos extendidos… Y entonces, como si hubiese salido de la nada, Thomas se encontraba junto a ellos.

Había derribado a Jeremiah con tanta fuerza que los dos se desplomaron en el suelo. Forcejearon, Jeremiah intentó quitárselo

de encima sin éxito, y durante unos instantes pareció que todo había terminado. Thomas le apretaba el cuello con un brazo y lo mantenía tumbado en el suelo, pero en ese momento Georgiana vio algo que él no.

—¡Cuidado! —gritó.

Thomas reparó en la daga que Jeremiah se había sacado del abrigo un segundo más tarde que ella, y se echó hacia atrás justo a tiempo. Jeremiah apuntaba a su viejo amigo con una mano temblorosa.

—¿Te has vuelto loco? —chilló Thomas mientras se levantaba. Le salía sangre del corte que le había hecho en la mejilla.

—¿Yo? —Jeremiah soltó una hueca carcajada—. ¿Qué me dices de ti? ¿Destrozas años de amistad… por esto? Después de todo lo que he hecho por ti… Están intentando quitármelo todo, Hawksley. Yo… ¡yo te desafío! —bramó escupiendo saliva.

Georgiana se lo quedó mirando aterrorizada, concentrada en respirar con regularidad para no desmayarse por el dolor.

—No digas sandeces —respondió Thomas levantando las manos poco a poco.

Los dos hombres se miraron mutuamente durante un rato con la respiración acelerada. Jeremiah alzó de nuevo la mano que sujetaba la daga… y de pronto se oyó un potente chasquido, y Jeremiah se tambaleó, se inclinó y cayó de bruces al suelo.

Betty Walters se encontraba donde antes estaba Jeremiah blandiendo una gruesa rama de un árbol como si fuera una espada. Su expresión pasó de honda concentración a absoluto terror en cuestión de segundos.

—Dios santo —susurró—. Dios santo, Dios santo. ¿Lo he matado?

—Creo que no —contestó sin aliento Frances, que acababa de llegar de la iglesia seguida por toda la congregación. Los asistentes emitían gritos de consternación. Frances se detuvo unos instantes para recuperarse, se dobló por la mitad por el esfuerzo, y acto seguido se acercó donde Jeremiah yacía boca abajo en el suelo y le

dio un golpe con la punta del zapato—. Sigue respirando, por desgracia. Está inconsciente.

Ahora que el peligro había pasado, Georgiana, cuya respiración había alcanzado cotas de hiperventilación, se permitió desmayarse. Cuando unos puntos negros bailotearon y le empezaron a nublar la visión, oyó gritar a la señora Burton. Y después, en cuanto notó que los brazos de Thomas la rodeaban, el mundo se sumió en la oscuridad.

Capítulo treinta

Cuando Georgiana volvió en sí, estaba tumbada sobre un duro banco de madera con una arrugada prenda de ropa debajo de la cabeza. Al parecer, era el abrigo de verano del señor Burton, a juzgar por el aspecto de su tío, que se cernía sobre ella con una expresión preocupada en el rostro. Un desconocido le colocaba el brazo en un cabestrillo formado por un palo de madera y unos cuantos trozos de tela, y fue el dolor de la operación el que le había devuelto la consciencia.

—Au —murmuró innecesariamente.

Thomas, que resultó estar sentado detrás de ella en un lugar donde no lo veía, le cogió la mano sana.

—Apriétamela hasta que me la rompas —le dijo cuando Georgiana echó la cabeza hacia atrás para observarlo. Le dedicaba una débil sonrisa, incapaz de ocultar lo inquieto que estaba.

—Seguro que serviría más bien de poco —terció Georgiana. Se encogió y respiró con dificultad mientras le rodeaban el brazo fuerte contra el apoyo—. Si te rompo los dedos, habría que preparar cinco cabestrillos diminutos, y entonces necesitarías apretarme a mí la mano, y así daría comienzo un círculo…, un círculo vicioso e interminable de fracturas óseas.

Soltó un grito cuando ataron el último fragmento de tela, y acto seguido le dio las gracias entre dientes al hombre que se lo había colocado.

—Necesita ver a un médico —le dijo—. Aunque de momento aguantará, no he podido sujetarlo del todo bien. Es una rotura limpia pero complicada, señorita.

—Oh —masculló Georgiana con la cabeza todavía dándole vueltas.

La señora Burton la miraba desde arriba, los ojos rojos por el llanto.

—¿Lo han arrestado? —le preguntó Georgiana a su tía mientras su tío le estrechaba la mano a su improvisado doctor.

La señora Burton negó con la cabeza, y su preocupación se transformó en rabia.

—Avisaron a un agente de policía, pero todos estábamos pendientes de ti. Un hombre lo vigilaba, pero Jeremiah se ha despertado y se ha escabullido. Para cuando llegó la ayuda, ya hacía rato que había desaparecido.

—Supongo que regresará a la casa de su familia en Manchester —dijo Thomas con resignación—, donde cerrarán las puertas una temporada hasta que crean que todo ha quedado en el olvido.

Georgiana suspiró y se incorporó con cuidado, ignorando las protestas de la señora Burton. Le palpitaba y le dolía la cabeza. Cuando se la tocó con una mano, constató que tenía el pelo lleno de sangre seca, pero no le pareció que en ese momento estuviera sangrando. Barrió con la mirada la multitud que seguía congregada en la iglesia —era poco probable que alguien fuera a marcharse en breve y dejase pasar la oportunidad de relatar más tarde aunque fuera una pequeña parte de lo sucedido— hasta que atisbó a Frances sentada en un banco con el brazo de Jane sobre los hombros.

—Me gustaría hablar con la señorita Campbell, si acepta acercarse —le dijo a Thomas.

Él asintió y fue a buscarla. Con suma educación, al volver junto a ella se llevó a los Burton para que las dos muchachas pudieran estar a solas.

Frances parecía turbada, pero enormemente enfadada. Ahora que la había hecho llamar, Georgiana no estaba segura de qué le iba a decir.

Por suerte para ella, Frances tomó la palabra primero.

—Betty Walters, la heroína del día —dijo con incredulidad, y Georgiana se echó a reír, si bien se detuvo de pronto cuando le

dolió demasiado—. ¿Sabes? Se había dado cuenta de que te habías ido. Había salido a buscarte cuando me he topado con ella. Iba a buscar a los demás, pero ella ha seguido hacia delante. ¿Quién iba a decir que era una experta manejando objetos pesados?

—Es maravillosa —exclamó Georgiana con cariño. Frances se encogió de hombros.

—Ojalá lo hubiera matado —dijo como si tal cosa—. Ojalá Ces hubiese traído su arco. Cuando te has desmayado con la cabeza cubierta de sangre, ha dado la sensación de que habías muerto.

—Lo he intentado con ahínco.

—Por otro lado —prosiguió Frances—, ha sido enormemente estúpido por tu parte seguirnos. —Estaba jugueteando con los dedos de sus guantes como si, de hecho, estuviera nerviosa—. No era asunto tuyo, la verdad.

—Bueno, creo que en los últimos tiempos todos hemos tomado decisiones un tanto cuestionables —respondió Georgiana con una sonrisa burlona.

Frances se tensó, como si fuera a sentirse ofendida, pero al final tan solo puso los ojos en blanco y se levantó.

—Habla por ti.

Georgiana intentó sentarse más erguida, pero enseguida comprobó que le dolía demasiado como para que fuera factible.

—Oye… Sé que ya no somos amigas. No volveré a presentarme en tu casa. Pero si te apetece hablar, de lo que sea, sigo aquí.

—Tienes un aspecto espantoso —le soltó Frances con frialdad, ignorándola—. Deberías quemar ese vestido.

—Muy bien, Frances. —Georgiana suspiró y cerró los ojos—. Me rindo.

Estaba demasiado cansada como para soportarlo más. Con toda probabilidad, había sido una ingenua al intentar hacer las paces con

ella.

Cuando volvió a abrir los ojos, esperaba que Frances se hubiera marchado, pero la joven seguía a su lado, con la mandíbula apretada.

—Yo… Supongo que, en general —dijo con algo de esfuerzo—, sí que lamento que todo haya salido así. Es evidente que no era el hombre que yo creía que era, y hay algunas cosas que yo podría haber… Bueno, tanto da. Me alegro. De que no estés muerta, quiero decir.

Le dedicó un último asentimiento, parpadeando deprisa para ocultar lo que Georgiana sospechaba que eran lágrimas auténticas, y se alejó.

Georgiana la vio llegar hasta el banco ocupado por sus antiguas amigas, vio que Jane le tendía los brazos a Frances y que, para su sorpresa, Frances hacía lo mismo. Se sentó y se recostó sobre Jane, permitiéndole que la rodeara con un brazo protector de nuevo y que le depositara un breve y casto beso en el pelo.

Quizá, pensó Georgiana, todavía había esperanza para que Frances Campbell experimentara alguna suerte de felicidad, después de todo. Sin duda, no sería normal y corriente, pero en lo que a la señorita Campbell respectaba casi nada lo era.

Thomas se sentó a su lado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —contestó Georgiana, removiéndose en el banco y volviendo a poner una mueca cuando unas afiladas punzadas de dolor le recorrieron el brazo en respuesta—. Me ha dicho que se alegra de que no me haya muerto. Creo que es lo más cercano a una disculpa que llegaré a oír de sus labios.

—Creo que, para ser una persona con una herida en la cabeza, eres muy intuitiva —dijo Thomas, y ella le lanzó una leve sonrisa.

—Todavía no te he dado las gracias por precipitarte de cabeza a pelear con un hombre armado, ¿verdad que no?

—Bueno, cuando se lo cuentes a alguien, no me importaría que olvidaras mencionar que yo no tenía ni idea de que estaba armado —terció Thomas cogiéndole la mano sana.

—Saldrá de esto sin sufrir ninguna consecuencia, ¿no es así?

Al hablar, le tembló un poco la voz. A Georgiana no le gustaba nada pensar que Jeremiah seguía ejerciendo algún tipo de poder sobre ella, pero le daba miedo imaginarse que volvía a encontrárselo algún día, que lo veía en un salón durante una fiesta o en una boda, o en aquella misma iglesia, y que sería incapaz de hacer nada al respecto.

—No creo que vayan a detenerlo —asintió Thomas con amabilidad —, pero ahora todos sabemos cómo es. No regresará a la sociedad en un futuro próximo. Y la señora Burton no es la única capacitada para escribir cartas airadas. Mi padre está muy entusiasmado con la idea de sumarse a su campaña.

Georgiana suspiró y lo contempló bien. Se fijó en las manos cogidas, en el sincero afecto con que la miraba y en el corte que se había ganado cuando literalmente se había lanzado a defenderla.

—Estás muy atractivo con la cara cubierta de sangre —le dijo, y Thomas se rio, se inclinó hacia delante y le dio un suave beso en la frente.

—Para ser una muchacha tan agradable, tienes unos gustos muy raros y alarmantes. Venga, vamos a llevarte a casa.

Capítulo treinta y uno

El señor y la señora Gadforth habían organizado la que quizá fuese su cena más extravagante hasta la fecha. Habían comprado una pieza horripilante para su colección —un oso polar auténtico, capturado y disecado por un conocido del señor Gadforth que, al parecer, solamente tenía una vaga idea de cómo era un oso (o cualquier animal en general)—. La bestia presidía el vestíbulo y repelía a todo aquel que lo mirara; menos a los Gadforth, que lo trataban como si fuera su hijo y acabara de regresar a casa de la guerra. La señora Gadforth, que ya llevaba varias copas encima, iba dando sorbos a su vino hasta que el señor Gadforth vociferó que estaba traicionando la imagen de los votantes conservadores, y ella le respondió asestándole un golpe con el abanico y continuó bebiendo como si no hubiera oído nada.

A consecuencia de la presencia del oso, habían anunciado que la temática de la velada estaría dedicada al Ártico. Siendo fieles al espíritu de la imaginación inglesa, no habían hecho sino visualizar a su antojo qué aspecto debía de tener el Ártico, en lugar de preguntarle a alguien que hubiera viajado al norte y pudiese proporcionarles información fidedigna. A tal efecto, servían un «ponche polar» de un azul muy extraño que parecía hecho con sidra, el cuarteto de música tan solo tocaba gigas de estilo irlandés y los sirvientes llevaban sombreros de pelo devorados por las polillas.

A la señora Burton todo aquello le pareció prodigioso, y no dejó de decírselo a su esposo y a Georgiana, que tan solo agarraba la copa y sonreía ligeramente cuando era necesario. Todavía no se le había curado el brazo del todo, y ella era muy consciente, pues notaba que, aunque ya no lo llevara en cabestrillo, en todo momento debía tenerlo apoyado en algo. De tanto en tanto le dolía, pero no sabía si era un dolor residual de la fractura o solamente el recuerdo de cómo se lo había roto, que se reproducía una y otra vez en su cabeza. Siempre que pensaba en ello, notaba un desagradable vuelco en el estómago y la extraña sensación de que, si no se lo

sujetaba con fuerza, se le despegaría del cuerpo.

Llevaba casi dos meses sin emborracharse, desde el día de la fiesta en Haverton House. Se había aventurado un poco en el reino de los opioides cuando el médico necesitó colocarle bien el hueso, pero estaba más que convencida de que aquello no contaba. Sorbía con suma alegría el repugnante ponche de la señora Gadforth, consciente de que no necesitaría otra copa; de todos modos, no era una auténtica proeza para nadie que hubiese probado aquella pésima mezcla.

—¿Estás lo bastante bien como para bailar, Georgiana? —le preguntó la señora Burton con entusiasmo cuando la banda dio comienzo a un nueva pieza animada y los bailarines se alinearon en el salón.

—Creo que… esta vez no voy a bailar —respondió Georgiana, y señaló con gesto vago el rincón opuesto de la estancia.

La señora Burton se encogió de hombros, cogió la mano de su esposo y lo arrastró hacia la liza.

Hacía bastante tiempo que Georgiana no había asistido a una celebración en sociedad, y lo cierto era que le estaba resultando agotador. Ya no podía ocultarse en el anonimato, quedarse en el fondo de la sala y dedicarse a beber mientras los demás se divertían; desde los incidentes con Jeremiah, había sido la protagonista de interminables rumores y comentarios, y el mero hecho de entrar en el salón había bastado para provocar una oleada de murmullos que eran tan sutiles como el oso de la señora Gadforth. Incluso en ese momento, cuando los bailarines iniciaron la danza, detectaba con facilidad las conversaciones que tenían lugar sobre ella: los asistentes se inclinaban unos contra otros para mencionarla en fuertes susurros, y apartaban la mirada cuando Georgiana los observaba. Le parecía imposible que tiempo atrás hubiese estado en aquel lugar y se hubiera aburrido hasta la saciedad; ahora estaba tan nerviosa que deseaba un poco de tranquilidad.

Dejó la copa en una mesa y se dirigió hacia la puerta del salón. La casa estaba tan poco iluminada como en su anterior visita

—«Bueno, el Ártico es bastante oscuro, ¿verdad?», había dicho la señora Burton para defender a los Gadforth—, pero Georgiana pudo interpretar la geografía del pasillo. Fue directa hacia una columna griega y pálida que sobresalía de la oscuridad, y que le resultaba un tanto familiar.

Después de todo lo que había sucedido, le pareció ridículo ocultarse de nuevo en aquella casa espantosa a escuchar los murmullos y las débiles notas de música, con la férrea esperanza de pasar desapercibida. A pesar de la insoportable inquietud que la había embargado la última vez que estuvo allí, la calmó la solidez de la pared contra su espalda, así como la promesa de que en aquella fiesta no iba a suceder nada indecoroso. Nadie esperaba de ella otra cosa que ser educada y quizá probar uno de los «pasteles de pingüino» de la señora Gadforth (el señor Burton había probado uno y le había asegurado que era de pollo, que habían pintado de azul no se sabía cómo).

Georgiana oyó pasos en el corredor y se atrevió a asomar la cabeza de su refugio, y acto seguido sonrió de oreja a oreja cuando vio quién se acercaba.

—Betty —siseó—. ¡Betty! ¡Ven aquí!

—¿Cómo? ¿Qué estás haciendo ahí? —respondió Betty en voz alta, y Georgiana se echó a reír.

—¡Por el amor de Dios, Betty, no grites! Nos estamos escondiendo —susurró lo más fuerte que pudo.

Betty siguió obediente el sonido de su voz y se reunió con ella en su escondrijo. Se recogió las faldas con muy poca gracia al intentar encaramarse a la cornisa junto a su amiga.

—¿Por qué te escondes? Ay, cielos… ¿Siguen hablando de ti? La gente no para de preguntarme, pero ya lo he contado tantísimas veces que siempre acabo perdiendo el hilo del relato… Y la verdad es que no me gusta revivir la parte en que la cabeza de él emitió aquel espantoso chasquido —dijo Betty estremeciéndose.

Le ofreció una nueva copa de ponche ártico a Georgiana, que esta

enseguida rechazó.

—Sí. Siguen hablando de mí. Para ser justos con ellos, creo que es lo más interesante que ha ocurrido por aquí en los últimos siglos.

—Pero eso no es ser justo contigo en absoluto —la reprendió Betty, y Georgiana suspiró.

—Tienes razón, por supuesto. Soy arisca y gruñona, y debería dejar que esa pobre gente disfrute de su fiesta con el oso muerto.

Betty asintió, claramente satisfecha ante el progreso moral de su amiga.

—¿Te sigue doliendo? —Rozó con cuidado el brazo de Georgiana—. Yo me rompí el tobillo cuando era pequeña y, por lo visto, me pasé meses, quizá un año entero, arrastrando la pierna. Mi abuela dice que era una estratagema para conseguir que me dieran más galletas, pues siempre que me echaba a llorar era lo único que me detenía. También dice que, cuando me di cuenta de que el dolor conllevaba dulces, me dispuse a hacerme tantas heridas como podía. Mis padres llamaban constantemente a los médicos y comentaron que tal vez necesitaba un cabestrillo para todo el cuerpo. Creo que un día incluso valoraron la posibilidad de llamar a un sacerdote ¡por si era un mal de naturaleza espiritual! Lo más curioso es que lo mismo le pasó a la perra de mis padres; no lo del sacerdote, no creo que temieran por el alma de Fifi, sino que fingía cojear porque así le daban una recompensa. Galletas.

—De verdad que eres un ser fascinante —terció Georgiana.

—¡Oh! ¿Eso es bueno o malo? *Fascinante* no suena tan bien como *encantador* ni *elocuente* ni…

—Es maravilloso —le aseguró Georgiana—. Betty Walters, es fantástico estar en tu compañía. Eres una fuente de diversión inagotable. De verdad te digo que nunca tengo idea de qué es lo que vas a decir a continuación.

—Yo tampoco, si te soy sincera —comentó Betty con un espanto tan genuino que Georgiana se rio y le dio un abrazo espontáneo—. ¡Ay!

Cuidado con tu brazo. —Cuando Georgiana la soltó, se ruborizó—. ¿Ya ha llegado Thomas?

—Todavía no.

Georgiana no podía no sonreír, y apretó los labios con fuerza en un intento para contenerse.

—¿Crees que te… te lo va a proponer? ¿Lo hará aquí? Ay, espero que te lo proponga, Georgiana… Ya es hora de que lo haga, y es obvio para todo aquel que os ve juntos que estáis hechos el uno para el otro. Te imagino como la novia más radiante, aunque quizá sería mejor escoger otra iglesia, un poco más alejada. Diría que tu herida en la cabeza dejó manchas de sangre en los bancos de St. Anne's, y no creo que el día de tu boda quieras ver tu propia sangre. ¡Oh! Y cuando te hayas instalado en Highbourne House debes invitarme. Me encantaría ocupar una habitación orientada al sur, mi abuela ha estado allí y dice que son las mejores, los dormitorios más bonitos de todos…

—Betty, no me ha propuesto matrimonio, y si me lo propone aquí, entre los extraños amigos del señor y de la señora Gadforth y de sus criados disfrazados de exploradores del norte, tendré que rechazarlo con vehemencia —dijo entre risas.

Thomas todavía no le había hecho una proposición de matrimonio, pero Georgiana no estaba en absoluto preocupada. No tenía razón alguna para dudar de él. Habían sido inseparables desde el día en que se rompió el brazo; había disfrutado de numerosas cenas con los Hawksley y él había soportado casi tantas a la mesa de la señora Burton. En varias ocasiones habían acompañado al señor Burton en su caminata matutina y habían salido a dar tranquilos paseos a caballo con los corceles de Thomas, tras los cuales regresaron a casa con el pelo alborotado por el viento y felices. Él había tocado para ella en su amado piano y Georgiana había observado, embelesada, cómo se perdía en la música y regresaba a su lado con una sonrisa.

Muchas zonas de la casa de los Hawksley seguían cerradas a cal y canto, pero cada vez que Georgiana la visitaba se abría una nueva. Las habitaciones cobraban vida de nuevo cuando Thomas le contaba sus historias.

La había guiado por los jardines y hasta la casa del árbol que había construido para su hermano, le había mostrado todos los lugares secretos que habían compartido antes de olvidar cómo ser niños. Le había enseñado el retrato de su madre, en tonos marrones y azules, donde aparecía estoica y seria, y que estaba situado encima de la chimenea de la estancia que había sido su saloncito particular, pero luego le mostró otro cuadro, uno que su padre había encargado cuando se casaron en la India, en que ambos llevaban ropas de seda brillante y joyas de oro y flores.

En esa pintura, su madre sonreía.

La semana anterior, Thomas les había pedido a sus criados que abrieran una puerta que ella todavía no había cruzado: la asombrosa biblioteca de Highbourne. Georgiana se ensimismó de inmediato, exploró todos los estantes con los ojos y con las manos, sacó clásicos que le encantaban, recorrió con veneración los lomos de bellísimas ediciones que temía arruinar si las tocaba. La mitad de los libros habían sido de la madre de él, y cuando los extraían soltaban nubecillas de polvo, como si nadie los hubiese abierto en muchísimo tiempo. Georgiana le estaba hablando de la historia de uno de sus libros favoritos —una novela gótica tan apasionante que se pasó toda la noche leyéndola en el escritorio de su padre, y solo se dio cuenta cuando el alba empezó a iluminar la ventana— cuando Thomas cerró el volumen con suavidad, se lo arrebató de las manos y la besó; no con la pasión de los besos clandestinos de su pasado, sino con la ternura y la promesa de cuanto estaba por llegar.

—Habrá que instalar una cama aquí —le había dicho entre risas—. Pasarse la noche leyendo en una mesa suele provocar terribles dolores de cuello.

Betty se negaba a cambiar de tema, y Georgiana le permitió que hablara de vestidos de dama de honor, de adornos florales y de las sinfonías más románticas para bailar, hasta que oyó nuevos pasos en el corredor… y de pronto Thomas en persona se encontraba delante de ellas.

—¡Oh! No estábamos hablando de usted —saltó Betty de manera poco convincente, y Georgiana lo miró con las cejas arqueadas.

—Me alegra oírlo —dijo Thomas—. La señora Burton me ha dicho que habías desaparecido y que con toda probabilidad te encontraría escondida en algún lugar inapropiado.

—No es un lugar inapropiado, señor Hawksley, es una hornacina —la apoyó Betty—. Los dejaré a solas.

Antes de bajar de la cornisa y correr en dirección a la fiesta, le hizo un exagerado guiño a Georgiana.

—¿Quiero saber a qué ha venido eso? —preguntó Thomas ofreciéndole el brazo para que Georgiana pudiera bajar con una sola mano y con cierta elegancia.

La muchacha se alisó el vestido al ponerse en pie.

—Ni yo misma quería saber a qué ha venido eso, y he tenido que escucharlo de principio a fin, pero te lo ahorraré gracias a la bondad que me inunda el corazón.

—Te estoy agradecido, seguro. ¿Está siendo una velada agradable?

—No demasiado —respondió—. Aunque hace poco ha mejorado considerablemente.

—Una noticia excelente —se alegró Thomas. Georgiana no necesitaba girar la cabeza para saber con exactitud qué mirada le estaba dedicando—. Escucha, tengo que pedirte un favor… Espero que no te incomode demasiado.

—¿De qué se trata? —se interesó Georgiana con cautela cuando se acercaron al salón—. No voy a beberme tu ponche, si es lo que pretendes… Pero, si se lo entregas a la señora Gadforth, se lo dará encantada a su oso.

—Gracias a Dios —dijo Thomas—. Ya he dejado una copa detrás de una escultura, y han intentado endilgarme otra de inmediato.

—Basta de evasivas. ¿Cuál es el favor?

—Ah. Verás. Sé que te resultará una gran inconveniencia, puesto que sigues un poco dolorida, y soy consciente de que últimamente

la vida pública te agota sobremanera, pero esta noche siento una egoísta predisposición para bailar contigo. ¿Qué me dices?

Le dio un beso a Georgiana en la mano, y ella puso los ojos en blanco antes de emitir un benévolo suspiro.

—Vayamos, pues. Es intolerable que me lo preguntes, pero supongo que me puedo permitir un breve baile.

Querida señorita Ellers:

He recibido todas las cartas que me has mandado. Por favor, ten por seguro que no es necesario que me mandes más. Tu escritura es tan pobre que seguro que es una tarea muy ardua, y no deseo correr el riesgo de que te hagas daño por mi culpa. Como probablemente ya debes de saber, también le he escrito a la señorita Betty Walters, así que también estaría bien que desistieras en ese sentido. No tengo intención alguna de que se convierta en una costumbre.

Para responder a tu última misiva: sí, la señorita Woodley y yo asistiremos a tu boda en marzo. Mi madre y mi padre no, pues mi padre está en el extranjero y mi madre se encuentra en Bath con unos amigos, y los dos quieren mantenerse alejados indefinidamente.

Frances Campbell

P. S. Por cierto, me gustaría aclarar que ha sido muy presuntuoso e impertinente por tu parte mandar la invitación de Jane a mi casa. Tanto da los rumores que hayas oído: es rotundamente falso que Jane viva aquí.

P. P. S. Jane me ha pedido que te transmita la recomendación de que no lleves una cinta verde, ya que ese color hace que parezcas una enferma. Nos vemos el día ocho.

Nada de verde, Georgiana.

Hablo en serio.

Agradecimientos

Tengo que darle las gracias a mucha gente, pero antes me gustaría hablar acerca del contexto histórico de la novela.

En el momento de publicarse, el gobierno del Reino Unido y numerosos medios de comunicación están intentando blanquear la historia de Inglaterra. Pretenden anular los avances que hemos hecho —y que debemos seguir haciendo— para comprender el pasado del Reino Unido, incluido el imperialismo y su papel prominente en el comercio de esclavos transatlántico. Esa historia da forma y sigue dando forma a las estructuras de poder de hoy en día.

La novela retrata una Inglaterra multicultural en la Regencia en una declaración de intenciones para revertir la tendencia de blanquear los relatos históricos que contamos. Aunque *Reputación* sea una obra de ficción, durante el período de la Regencia, y a lo largo de la historia de las islas, hubo muchas personas negras y de origen indio ocupando posiciones de poder en la sociedad, y para mí era importante que esas comunidades aparecieran en la narración.

Ahora llega el momento de que me arremangue y le dé las gracias a un porrón de gente.

Mi interminable agradecimiento a mi brillante agente, Chloe Seager, por haber comprendido a Georgiana desde el principio, por estar en mi bando y, en general, por ser una persona divertida y de buen corazón. Se ha hecho realidad un sueño que había tenido siempre, y sin tu ayuda no habría sucedido. Gracias también a todo el equipo de Madeleine Milburn por vuestro apoyo y por organizar una espectacular fiesta de Navidad.

Gracias a mis editoras Sarah Bauer y Katie Lumsden por lograr que esta experiencia sea tan fantástica, y a Blake, Grace, Jenna, Eleanor, Louise y a todo el mundo de Bonnier Books que ha participado en el nacimiento de este libro. Gracias a Sophie McDonnell por diseñar la cubierta y a Louisa Cannell por la ilustración que da vida a

Georgiana y a sus amigas. Gracias a Sarah Cantin de St. Martin's Press por llevar a Georgiana a beber una copa en los Estados Unidos.

Esta novela no existiría sin mi pareja, Nick, que me ha escuchado hablar sobre la historia sin parar y que me ha puesto platos de comida delante de mí cuando yo era más documento Word que persona; ni sin mi hermana Hannah, la primera persona que me convenció de que quizá valía la pena leer esta historia mediante un ligero acoso sororal. Gracias una y otra vez a mi querida y especial amiga Rosianna, que me ha puesto los pies en el suelo muchas veces durante el proceso editorial y que me ha escrito, con papel y boli, para contarme cuáles eran sus partes preferidas.

Gracias también a mis padres, por vuestro amor y por vuestros libros; a Kez, que pasó las páginas para ver si Thomas asistiría al baile; a Anna y a Photine, por su apoyo y entusiasmo cuando me quedaba sin energía; y a Venessa, Jeska, Rose y Bhavna, por vuestro precioso arte.

Los lectores beta con quienes he trabajado me ayudaron muchísimo a dar forma a la novela, y estoy eternamente agradecida a Helen, Caolinn (que se desvivió), Sapan, Chloe, Iori, Lynn y Georgiana por vuestros consejos. Hannah y Liberty, gracias por prestarme vuestros ojos. Jazza, gracias por prestarme uno de tus apellidos (aunque la verdad es que te sobra uno, así que era lo mínimo que podías hacer).

Gracias en especial a las comunidades que encontré mientras escribía, incluidos mi grupo cibernético de escritura (nos veremos todos en el infierno) y los amigos que he hecho al hablar de los libros que me encantan. Si buscas a gente aficionada que se esfuerza sin descanso en crear contenido por mera diversión, a personas que se apoyan unas a otras y que se animan a diario, las encontrarás fácilmente en internet.